SHE'S CHARMED, HE'S SURE.

Witcha Gonna Do?



USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

AVERY FLYNN

"[A] fantastic mix of hilarity and heat."—National bestselling author India Holton

Witchington #1

Witcha Gonna Do?

Avery Flynn



Diagramado por Desiree

IMPORTANTE

Esta traducción fue realizada por un grupo de personas fanáticas de la lectura de manera **ABSOLUTAMENTE GRATUITA** con el único propósito de difundir el trabajo de las autoras a los lectores de habla hispana cuyos libros difícilmente estarán en nuestro idioma.

Te recomendamos que si el libro y el autor te gustan lo apoyes dejando tus reseñas en las páginas que existen para tal fin y que compres el libro si este llegara a salir en español en tu país.

Lo más importante, somos un foro de lectura **NO COMERCIALIZAMOS LIBROS** si te gusta nuestro trabajo no compartas pantallazos en redes sociales, o subas al Wattpad o vendas este material.

¡Cuidémonos!

Índice

Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo
Acerca de la Autora

Sinopsis

Una bruja desafortunada y su némesis sabelotodo deben formar equipo en la primera de una nueva y picante serie de comedia romántica de la autora superventas de USA Today, Avery Flynn.

¿Puede haber algo peor que no tener ninguna habilidad mágica siendo miembro de la familia de brujas más poderosa de la historia? Antes solía decir que no, pero luego no paran de proponerme citas con Gil Connolly, cuyo atractivo sólo es igualado por su ego. En serio, no me agrada. No lo soporto. Aunque tampoco pueda dejar de pensar en él (concretamente en besarlo), pero vamos a fingir que nunca les he contado esa parte.

Así que sí, mi vida no es la mejor en este momento, pero luego va directamente al peor infierno absoluto cuando accidentalmente hago que el hechizo de mi hermana falle y maldiga a toda mi familia. ¿Y la única persona que puede ayudarme a romper el hechizo? Lo has adivinado. Gil, el imbécil súper sexy.

Ahora tenemos que trabajar juntos para salvar a mi familia y superar a unas fuerzas malvadas y nefastas empeñadas en dominar el mundo. Ah, sí, y tenemos que hacer todo eso mientras luchamos contra la atracción que surge entre nosotros, porque puede que yo no sea mágica, pero lo que está pasando entre Gil y yo seguro que lo parece.

A Rachel.
Realmente eres mágica.
Xoxo, Avery.

La magia sucede fuera de tu zona de confort.

-Jayde Adams, *Serious Black Jumper*

Capítulo 1

Tilda…

Entre las sectas mágicas que dirigen el país, una familia ha estado entre los poderosos desde que sólo existían las trece colonias: los Sherwood de Virginia. Sin embargo, en toda familia hay una oveja negra. En la familia Sherwood, esa persona es Matilda Grace Sherwood que, a pesar de pertenecer a una de las familias más mágicas de todo el Witchingdom, no podía ni sacar un conejo de su sombrero de béisbol favorito.

Hola. *Saluda* Esa soy yo. Por favor, no me llames Matilda, es Tilda, o Tillie si eres mi hermana mayor, Effie. Por supuesto, sólo se sale con la suya porque podría convertirme en una lata de seltzer en un vídeo en directo de WitchyGram y algunos días se enfada lo suficiente como para hacerlo. Tú, sin embargo, puedes quedarte con Tilda.

Bienvenidos a Salem's Bakery and Coffee Shoppe, en pleno centro de Wrightsville, donde, en un acto de ingenuidad o estupidez (elijan), estoy esperando a mi cita. No, espera, no mires ahí. No soy la rubia guapísima que está en el mostrador pidiendo un café con leche de soja doble con un shot de avellana sin azúcar y un cupcake de ojo de tritón caliente. No, lo siento. Tampoco soy la linda de cara fresca sentada junto a la ventana con el cabello castaño que le cae por la espalda en ondas que demuestran que en algún lugar de su árbol genealógico había una sirena. Soy la bajita con el cabello rojo que prácticamente brilla en la oscuridad, la de piel pálida y con gafas sentada en la mesa del fondo, bajo un árbol de sangre de dragón.

Ugh. Odio estos árboles. ¿Por qué? Digamos que mi silla está empujada hacia delante todo lo que permite la pequeña mesa de bistro porque sólo hace falta que la pegajosa y sanguinolenta savia del árbol te manche el cabello una vez para aprender la lección. ¿Alguna vez has tenido chicle en el cabello? Esto es peor. Imagina que ese chicle oliera *fatal* y tuviera mente propia. Sí. Definitivamente no es una situación ideal, por decirlo suavemente. Peor aún, los árboles de sangre de dragón parecen amarme desesperadamente. Sus ramas se alargan cuando estoy cerca y se retuercen para acercarse. Si no los conociera mejor, diría que están totalmente enamorados de mí, pero eso es extraño incluso para mi vida.

Quizá tenga algo que ver con el hecho de que soy una outré. Así es como

llamamos a la rara raza de bruja que no tiene absolutamente ningún poder.

Cero.

Sin algo.

Nada.

Qué suerte tengo, ¿verdad? No sólo tengo la habilidad mágica de tu cojín de sofá básico, sino que atraigo árboles con olor desagradable. Y de acuerdo, eso estaría bien si me gustaran mucho los árboles (OMG, ¿es una manía de verdad? Si es así, por favor, no me lo digas. Mi cerebro ya es un lugar bastante raro sin esa información), pero no lo soy.

Lo que pasó y por lo que estoy aquí sentada preparándome para una probable decepción es lo siguiente: Hace unos meses, iba a cumplir un año sin una cita de ningún tipo y me decidí a hacer algo al respecto. No porque piense que mi vida no tiene sentido sin un hombre, sino porque a veces sólo quiero una mano que sujetar, una persona con la que bromear y todas las demás cosas increíbles (y bien, orgásmicas) que acompañan al enamoramiento y a tener a alguien a quien quieres y que también te quiere a ti.

¿Es eso tan malo? Si lo es, entonces eso encaja perfectamente con el resto de mí, porque según mucha de la gente del Witchingdom, soy un bicho raro sin magia con la que no merece la pena hablar, y mucho menos salir.

Así que eso nos lleva de nuevo a la razón por la que estoy en la panadería esta mañana con mi top más lindo para salir y unos vaqueros informales (pero mortalmente increíbles) con la cintura elástica oculta, porque nadie necesita pasarse la vida con su estómago presionado como un ojo de buey pellizcándose. Tengo una cita. Lo ideal sería estar sentada donde está cabello de sirena junto a la ventana para comprobar las posibilidades mientras pasa la gente, pero las instrucciones de la casamentera eran explícitas.

Espera a un hombre alto, moreno y apuesto bajo el árbol de sangre de dragón.

Uf. De verdad, preferiría no sentarme cerca de este árbol (créeme, huele tanto a fétido aliento de dragón que respirar hondo y tranquilizarse no es una opción). Pero a tiempos desesperados, medidas desesperadas y todo eso. Las tres últimas citas que me organizó Griselda fueron... bueno... digamos que no fueron bien.

¿Sabes que todo el mundo tiene un némesis en su vida? A mí me organizaron una cita a ciegas con el mío no una, ni dos, sino tres veces, así que sí, se podría decir que además de ser tan mágica como un tocón de árbol seco,

también tengo problemas para salir. Por eso fui con la casamentera. Creía de todo corazón que Griselda elegiría mejor; al fin y al cabo, es una duendecilla de trescientos años. Son más que afortunados en el amor. Algo de eso se le ha tenido que pegar a la hora de elegir citas para mí.

¿Verdad?

Así que mi última cita llega unos minutos tarde. Eso sucede. La vida en el Witchingdom puede ser incierta. Nunca sabes cuándo un gnomo va a bloquearte el paso bajo el paso elevado y exigirte que resuelvas tres acertijos o bailes la Macarena diez veces seguidas. Luego están los gnomos constructores, a los que les encanta ser útiles, se lo pidas o no. La semana pasada, un gnomo añadió un ventanal a la casa de la señora Stuckley mientras tomaba una siesta. Ella nunca lo había pedido, y mucho menos había contratado a los gnomos para el trabajo. Aun así, el equipo de gnomos no se marchó hasta que ella pagó la factura en M&Ms, pero nunca los rojos.

Es salvaje ahí fuera. Confía en mí.

Mientras espero mi cita misteriosa, decido echar un vistazo a WitchyGram para ver cómo mis esfuerzos van a llevar a mi familia, los Sherwood, al mundo moderno de las redes sociales y hacer que una de las familias más poderosas (de acuerdo, y más snobs) del Witchingdom sea más cercana.

Gerente de medios sociales no es exactamente el trabajo que la mayoría de la gente esperaría de un Sherwood. Mi familia es básicamente la Tom Brady de la brujería: muy buena durante mucho tiempo. La gente celosa siempre nos acusa de haber hecho trampas para ganar poder político, y sí, los tejemanejes del Deflategate[1] no ayudaron a esa creencia, pero aun así, fue una constante batalla de imagen pública, lo que significó que por una vez mis habilidades de no tener magia fueron útiles.

Así que mientras el resto de mi familia hace las grandes cosas mágicas para asegurarse de que todo sucede de acuerdo con las reglas de la sociedad, yo llevo la cuenta familiar de las redes sociales en WitchyGram bajo la atenta mirada de mis padres. Muy atentos, muy controladores, que todo lo ven, porque siempre esperan que meta la pata. Bien, *ya* me ha pasado alguna que otra vez: publiqué una foto de mamá en mitad de un hechizo poniendo la expresión más histérica, con las mejillas hinchadas y los ojos bizcos. Claro, no era precisamente halagadora, pero es nuestro post más viral hasta la fecha, y ese es el objetivo: hacer que la familia más poderosa del Witchingdom sea un poco más cercana y mostrar lo increíbles que *son los* Sherwood mientras yo me mantengo lo más lejos posible del marco fotográfico.

No es que mi familia no me quiera, es que tener a una outré entre ellos no refuerza precisamente la imagen de brujas super poderosas que mi familia quiere que todo el mundo tenga de nosotros. Una outré no es vista como la excepción que confirma la regla del poder de los Sherwood, sino como la grieta en el linaje familiar que demuestra la podredumbre interior.

Eso es algo que recuerdo cada vez que tengo que revisar y limpiar los comentarios que la gente hace en respuesta a las publicaciones familiares en las redes sociales. El comentario desagradable de hoy no ha sido diferente de lo habitual.

—Una bruja realmente poderosa sería capaz de hechizar a un niño para que dejara de serlo.

—Los Sherwood deberían avergonzarse de haber dejado salir al mundo a esa monstruosidad de Matilda. Ocultar a Outrés fue suficiente para mi generación, debería ser suficiente para esta generación.

—Freaks and Cheats: La historia de la familia Sherwood.

Puede que no sea mágica, pero mi tiempo de reacción para borrar y bloquear es más rápido de lo que se tarda en decir abracadabra, algo que ya nadie hace (una pena, porque es una palabra muy divertida). Tuve que agilizar mis reflejos de ver imbéciles porque eso constituye el cincuenta por ciento de mi trabajo. Todo el mundo es un imbécil valiente desde la seguridad de Internet.

Antes, cada uno de esos comentarios envenenados me dejaba el corazón en carne viva. Ojalá pudiera decir que ya no me molestan en absoluto, pero sería mentira. La realidad está en algún punto intermedio. La verdad es que soy un fracaso y a todo el mundo le encanta señalarlo como si estuviera confundida al respecto.

Odio tener que decírselo a esa gente, pero soy consciente de mis defectos desde que nací. Es imposible no verlos.

Trabajo con la fuerza de mis pies, no con el chasquido, crujido y estallido de la magia, como todo el mundo. No sé deletrear ni leer bien las cartas del tarot ni saltar de nube en nube por el horizonte. Soy un bicho raro. Soy la única outré de toda la ciudad de Wrightsville, de todo el árbol genealógico de los Sherwood y (que yo sepa) de toda Virginia.

Sin embargo, si pienso demasiado en ello, se me calienta la piel, me sudan las palmas de las manos y busco la salida más cercana para no hacer algo aún más impropio para los Sherwood que ser una exagerada llorando en público.

En lugar de eso, exhalo toda la negatividad y recuerdo las cosas buenas de

mi vida, como mi mágico grupo de apoyo para inadaptados, las noches de cine con mis hermanas y el sabor de los cupcakes calientes de ojo de tritón, de verdad, si no los tienen en tu cafetería, tienes que pedirlos.

Como de costumbre, una vez que mis pulmones se han quedado sin oxígeno, he alejado todo ese odio todo lo que he podido. Vuelvo a estar preparada para ignorar las miradas a veces curiosas y a veces crueles de la gente por la calle y aferrarme con fuerza a mi esperanza de que hay un lugar para mí en este mundo, aunque sólo sea un pequeño punto en el límite de lo aceptable.

Es ese pequeño resquicio de esperanza el que explica por qué estoy aquí, en Salem's, sentada en un ángulo incómodo para evitar la savia del árbol de sangre de dragón y esperando que tal vez esta cita sea la que lo cambie todo. Como si el universo estuviera escuchando mis pensamientos, la campana de la puerta de la panadería tintinea. El aire a mi alrededor se estremece.

¡Podría ser él!

Sin apartar los ojos del teléfono, salgo de la aplicación WitchyGram e inhalo profundamente durante un largo suspiro tranquilizador.

Darme cuenta demasiado tarde del error que acabo de cometer.

El hedor nauseabundo del árbol de sangre de dragón me llena los pulmones. El olor a sobras mohosas y leche rancia es tan palpable que puedo saborearlo en la lengua. Me dan arcadas. Toso. Todo el oxígeno huye de mis pulmones, dejándome sin aliento. Los ojos me lloran tanto que apenas puedo ver. Lo único que puedo distinguir de la figura borrosa que se precipita hacia mí es que tiene los hombros anchos y es muy alto.

Me agarra por el brazo, hola, Sr. Manos Firmes y Fuertes, y me levanta de la silla y me aleja del árbol. Por el impacto que me da en la espalda con la palma de la mano mientras sigo luchando por respirar, no me cabe duda de que el tamaño de sus manos coincide con el del resto de su cuerpo. Tardo un minuto, y atraigo la atención de todas las brujas de la panadería (muchas de las cuales me enfocan con las cámaras de sus teléfonos, oh, sí, a mamá le va a encantar), pero gracias a la ayuda de mi acompañante, por fin recupero el aliento y la vista.

—Muchas gracias —digo mientras empiezo a darme la vuelta para dar las gracias a mi cita—. Sé que no debo respirar profundamente cerca de...

Las palabras, *un árbol de sangre de dragón*, mueren en mis labios en cuanto veo a mi cita, corrijo, mi némesis.

—Y aun así, lo hiciste —dice Gil Connolly con esa voz ronca y prejuiciosa que no hace absolutamente nada para restarle valor a su absoluto y más

exasperante gruñido de profesor de arqueología sexy—. Por favor, di que no me estás esperando aquí. Otra vez.

¿Tener una cita con mi némesis una vez? Raro.

¿Dos veces? Un accidente.

¿Tres veces? Mala suerte.

¿Cuatro veces en un mes? Sólo hay una explicación. Definitivamente estoy maldita.

Capítulo 2

Gil…

Muy bien. Mis métodos de investigación son poco ortodoxos, *por* eso el Consejo me desterró a este proyecto secreto y encubierto, pero funcionan.

En menos de un mes, he tenido tres oportunidades (lo que algunos llamarían citas) para observar a Matilda Grace Sherwood en su hábitat habitual y estudiar sus reacciones ante la magia astuta de bajo nivel. No estamos hablando de tazas de té flotantes ni de transformaciones corpóreas (lo que la mayoría de las brujas llaman intercambios corporales), sino de reverberaciones táctiles y extravíos. Son los tipos de magia básica que capta hasta un recién nacido, los indescriptibles dedos fantasmas de algo que está ahí fuera y que el niño no puede ver pero sí sentir.

Tilda, sin embargo, puso a prueba la verdadera nulidad en todo momento. Fue extraordinaria. No sólo es una fuera de serie, sino que es el ser no mágico más plano de los libros de registro. He pasado suficiente tiempo con ella como para que mi controlador no sospeche de qué equipo soy realmente: del Consejo o de la Resistencia.

Por supuesto, el único equipo al que pertenezco es el mío.

Es un juego peligroso, pero estoy más que preparado.

Jugaré en ambos bandos el tiempo que haga falta para conseguir lo que realmente quiero: que el Consejo libere a mis padres del exilio o que la Resistencia los saque de allí. No me importa quién lo consiga, simplemente haré lo que haga falta para asegurarme de que así sea.

Así que aquí estoy trabajando mis contactos con la Resistencia mientras hago el trabajo del Consejo, que durante los últimos cien años ha conseguido convencer a los ciudadanos normales del Witchingdom de que no es más que una leyenda urbana. Pero la verdad es que son muy reales, muy poderosos y muy decididos a asegurarse de que cualquier amenaza mágica a su poder sea eliminada. Y por eso el Consejo me ha enviado aquí, a lo más profundo del territorio de la Resistencia, para averiguar si Tilda Sherwood está fingiendo ser una outré como tapadera de algo más perjudicial para la existencia del Consejo.

Sin embargo, siempre parecía surgir algo que truncaba mis esfuerzos por responder a esa pregunta. Por eso me he visto obligado a concertar otra cita. Es

como si cada vez que empiezo a acercarme al tercer y cuarto nivel de pruebas, ocurre algo extraordinario y la supuesta cita termina abruptamente.

La primera cita terminó cuando ella volcó su taza de té de saúco sobre mi regazo. Si no hubiera sido porque eligió la versión con hielo, ahora estaría hablando en una octava mucho más alta.

Un enjambre de monos voladores puso fin a nuestra segunda cita cuando se abalanzaron de la nada y se la llevaron. Si no fuera porque se estaba riendo de lo absurdo que era, habría ido tras ella, pero había algo en la alegría absoluta de sus risitas que me dejó momentáneamente mudo.

La semana pasada, estaba a punto de lanzarme al tercer nivel cuando la gran dama que es su madre entró en el Museo de Hechizos Drásticos echando humo por una publicación poco favorecedora en las redes sociales. El humo salía literalmente detrás de Izzy Sherwood, pequeños penachos negros y grises se arremolinaban alrededor de los pocos cabellos que se habían soltado de su moño apretado. Me interpuse entre ellas para impedir que Tilda me atacara antes de darme cuenta de lo que había hecho. Por su parte, Tilda se limitó a rodearme con indiferencia y a poner los ojos en blanco, totalmente indiferente a la furia de una de las brujas más poderosas de todo el Witchingdom.

Sin embargo, esta vez va a ser diferente. Esta vez lo ridículo e inesperado ya ha ocurrido. Comenzará nuestra cita, corrección, oportunidad de observar, no la terminará.

Las gafas moradas de Tilda se han desacomodado mientras le daba palmaditas en la espalda para despejarle los pulmones. Debería estar ridícula. En cambio, no puedo dejar de notar que las monturas disparatadas hacen que sus ojos azules, ya de por sí grandes, parezcan aún más grandes. Debe ser una ilusión óptica debido al grosor de sus gafas, ya que no es como si tuviera magia para crear esa percepción, y es imposible que mirarla a los ojos fuera tan interesante sin algún tipo de ilusión.

—Por supuesto que no estoy aquí por ti. —Tilda levanta el dedo medio, lentamente y con intención y luego empuja y endereza sus gafas en un movimiento suave. Sin dejar de mirarme—. Tengo una cita.

Claro que sí. Lo he arreglado, como arreglé todas las otras citas.

—¿Una programada por Griselda? —Consigo no sonreír mientras me siento en su mesa mientras envío una sutil onda de magia de tacto para comenzar la prueba de hoy.

Mi plan de salir con alguien para responder a la pregunta del Consejo

sobre Tilda Sherwood es también la tapadera perfecta para reunirme con mi contacto en la Resistencia. Griselda no solo es la casamentera del pueblo, sino también una de las agentes secretas más astutas de la Resistencia, aunque la mujer que tengo delante no tiene ni idea de todo eso.

Tilda se hunde en su silla y apenas consigue que su ondulado cabello rojo no quede atrapado en las ramas del árbol de sangre de dragón.

—¿Por qué sigue pasando esto?

—Lo dices como si no te gustara tomar el té conmigo. —Frotando la punta del pulgar contra el meñique, amplifico el hechizo lo suficiente para que la pareja de la mesa de al lado mire a su alrededor para ver de dónde procede. Sin embargo, Tilda no reacciona—. Tiene que haber algo en nuestros encuentros que hace que hagas todo lo posible para que se produzcan.

—Nunca lo haría —dice con un resoplido que hace volar su flequillo rojo hacia arriba.

—Y aun así nos seguimos encontrando. —Le dirijo una sonrisa y recibo como recompensa un claro rubor que ilumina su mejilla.

Perfecto. Estamos en el camino correcto para la prueba de hoy.

Como toda bruja sabe, las emociones fuertes aumentan el poder de la magia, algo que yo aprendí por las malas. Es la razón por la que mi familia fue exiliada; un poder como el nuestro no controlado se consideraba demasiado peligroso para el Consejo, que valora el control por encima de todo. Por suerte para mí, las emociones no tienen ningún valor ni sentido más allá de joderlo todo.

Bromear con Tilda siempre parece llegar más rápido a sus emociones, y con el reloj marcando el plazo del Consejo, no tengo tiempo que perder.

—¿Cómo lo has conseguido? ¿Te ofreciste a transcribir la biografía de Griselda?

Sus mejillas se ponen aún más rosadas.

—Sí, pero era para que ella hiciera su magia de casamentera, no para que me emparejara *contigo*.

Por el rabillo del ojo, capto un resplandor en el aire cerca del árbol de sangre de dragón. Aprovechando el movimiento para cubrirme, enderezo los puños de mi camisa hecha a medida y observo la interacción entre Tilda y la flora. Sólo tardo unos segundos en darme cuenta de que el maldito árbol le ha tomado cariño. Se inclina hacia delante y el árbol se mueve con ella. En un

momento dado, el extremo de una rama del tamaño de una ramita se enrosca alrededor de un mechón suelto de su cabello rojo. Cuando lo desenrosca, apenas parece darse cuenta de lo que ocurre, y aleja la silla de la rama, ésta parece colgar abatida.

Raro. Muy extraño.

Atrapado pensando en lo que eso podría significar, tardo un momento en darme cuenta de que está a punto de marcharse, poniendo fin a la cita-observación-investigación científica.

Sí, una para la que pasaste tiempo extra arreglándote frente al espejo porque es sólo una tarea.

Algunos días realmente desprecio esa voz de la razón dentro de mi cabeza.

Tilda abre el bolso y toma el teléfono que hay sobre la mesa, el cuaderno con los colores del arco iris y el bolígrafo rosa borroso, así como las cosas que tiene por ahí y las guarda.

—De todos modos, eres el último hombre al que pediría que me emparejaran.

—¿Qué hay de malo en mí? Soy alto, guapo, un destacado experto en el campo de la magia histórica. —No era mentira, todo agente del Consejo necesitaba una tapadera sólida como una roca—. Las mujeres me adoran.

Esta no.

Tilda pone los ojos en blanco mientras mete las últimas cosas en su enorme bolso.

—Te olvidaste de ensimismado, esnob y molesto.

Me encojo de hombros ante sus palabras mordaces, que no son ni de lejos lo peor que nadie ha dicho de mí.

—La sal equilibra la dulzura.

—Y el arsénico arruina todo el plato. —Tilda se levanta, mirándome fijamente, y empuja su silla, indicando que la cita ha terminado oficialmente—. Eres el hombre más odioso de todo el Witchingdom.

Maldita sea. He venido aquí por una razón y he fracasado, otra vez, a la hora de realizar la tercera y cuarta pruebas necesarias para demostrar que es una verdadera nula porque Tilda es una mujer de lo más distraída. Una que se aleja de mí sin despedirse ni mirar atrás mientras yo me siento aquí como un idiota, incapaz de apartar la vista de ella.

—Maldita distracción —murmuro para mis adentros.

Entonces, el aire brilla como el horizonte en el desierto medio segundo antes de que el árbol de sangre de dragón haga su movimiento, enviando ramas que salen disparadas tras ella a la velocidad del rayo. No pienso, ni siquiera respiro. Me levanto de un salto, atravieso la panadería y agarro a Tilda, apartándola de un tirón. Sería un buen rescate si sus pies no se hubieran enredado con los míos, haciéndonos caer hacia atrás, hacia la vitrina de cristal de la panadería, que nos hará pedazos si chocamos contra ella.

—Sarsum —grito, invocando el sencillo hechizo que nos salvará de la caída.

Mi magia chasquea como un látigo, enviándonos, volando en dirección contraria, haciéndonos girar con una fuerza que no había previsto. Surcamos el aire por encima de las mesas y las brujas boquiabiertas. Es como si volviera a ser un adolescente, incapaz de controlar el poder que me recorre mientras la magia de mi familia se escapa.

Un zumbido vibrante me invade y, en un instante, todos mis sentidos se agudizan hasta un nivel casi imposible. Todos y cada uno de ellos se centran en Tilda, mientras la magia que ha sido la maldición de mi familia se escapa de mi férreo control en cuanto la rodeo con mis brazos para protegerla mientras volamos por los aires.

De repente, todas sus reacciones ante mí se hacen patentes. La forma en que su pulso se acelera por el deseo mientras se humedece el labio inferior. La embriagadora dulzura de su aroma cuando su cuerpo responde al mío. La curva de sus tetas, la caída de su cintura, la redondez de su trasero me hipnotizan.

Apretando los dientes, intento volver a meter la magia de la atracción duíl en la caja de seguridad mental que he desarrollado durante años, pero no puedo. La conexión con Tilda es demasiado fuerte. Compruébalo. Es lo más fuerte que he sentido en mi vida.

Esto nunca me ha pasado con nadie más. Conteniendo la respiración, me concentro en los consejos para el control que me enseñó mi madre cuando me ayudó a comprender que nuestra magia duíl no manifiesta una falsa atracción, sólo enfatiza la verdad que ya está ahí. Pruebo la respiración profunda, las visualizaciones y los cantos de meditación, pero nada funciona.

No es sólo que esta conexión se sienta tan increíble como el hambre y la energía, el deseo y la satisfacción, la lujuria y la satisfacción están todos envueltos en un hechizo que nunca invoqué pero que se ha lanzado de todos

modos, es Tilda. El poder que los Connolly tenemos en el centro de nuestras habilidades mágicas no sólo llama a los deseos de los demás por el conocimiento, el poder, la riqueza o la gente, sino que también llama a los nuestros.

Desatada por fin, la magia revoluciona un tacto tangible que se burla y tienta hasta que cada fantasía, cada deseo, cada necesidad desesperada que Tilda ha tenido alguna vez viene a mí a la vez, llenando mi mente y haciéndose mía.

Mierda, me encanta cómo piensa esta mujer.

Alarga la mano y me toca la espalda. Las yemas de sus dedos se deslizan por los botones de mi camisa, dejando tras de sí un doloroso deseo. Mientras giramos en el aire, ella se esfuerza por acercarse hasta que nos apretamos el uno contra el otro, su cuerpo suave y flexible encajando perfectamente contra el mío, sintiéndose como la respuesta a una pregunta que nunca he formulado. Resistiendo el tirón adictivo de mi magia, de Tilda, aprieto las manos, decidido a protegerla de lo que ha crecido más allá de mi control.

—Gil —dice, su voz embriagada de lujuria—. Bésame.

Un hombre mejor se contendría, recordaría que no es real, que sólo es magia.

Me rompo.

Cuando me inclino hacia ella y la alcanzo, todas las bombillas de la panadería se iluminan mientras el zumbido eléctrico de la magia zumba a nuestro alrededor, cada vez más fuerte, hasta que todas las demás brujas de la panadería se tapan los oídos y huyen. Sin embargo, el ruido, la potencia y las chispas que caen de las bombillas me retienen en mi sitio. Mi mano toma la cara de Tilda y mis labios están a milímetros de los suyos mientras el aire chisporrotea a nuestro alrededor, vivo como nunca antes lo había sentido.

Esto es algo más que la liberación del poder.

Es más que perder el control.

Esto es algo totalmente distinto.

En ese momento, me doy cuenta *exactamente* por qué Tilda se ha probado como una verdadera nulidad mágica. Ella no es una outré. Ella es algo más.

Y si el Consejo descubre lo que realmente es, los Sherwood tendrán un infierno que pagar.

Capítulo 3

Tilda…

¿Qué es más humillante que pedirle, de acuerdo, bien, rogarle, exigirle, ponerte en plan, oye, gran mago, qué gran varita tienes, gatito sexual, a mi archienemigo más odiado que me bese?

El hecho de que no lo haga.

Así es, amigos. Aquí estoy, caliente y derretida, envuelta alrededor de Gil como un pulpo en celo (¿Entran en celo? No lo sé, no se trata de eso), saltan chispas a mi alrededor y estoy experimentando el mayor subidón de adrenalina de mi vida. En serio, estoy montada en un trueno de, vamos a hacer un striptease ahora mismo, y todo se detiene en el momento en que Gil me pone de pie y retrocede.

Todo cambia en un segundo, como si se cerrara algún grifo mágico de atracción abrumadora (no es que yo note la sensación de magia, porque eso no es algo que las brujas no mágicas lleguemos a experimentar más allá de una pequeña carga de electricidad estática). En lugar de calor, siento un frío glacial. En lugar de electricidad iluminando el aire, sólo queda un poco de humo con olor a palomitas quemadas. En lugar de cabalgar la ola de la felicidad suprema, me quedo en la playa de la humillación con arena en los bajos del bañador.

Gil, con su perfecto cabello oscuro despeinado por una vez, me fulmina con la mirada y retrocede otro paso.

—Corta el rollo, Sherwood. ¿Qué estás tramando?

—¿Sinceramente? —Mi voz se quiebra con la pregunta, porque el universo aún no ha terminado de demostrarme que soy un fracaso en magia *y* atracción básica—. Intento encontrar a un chico que no sea un completo idiota, pero me siguen emparejando contigo, y obviamente tú debes de haber hecho algún hechizo de mierda a una outré que no puede detectarlo. No tienes que hacer algo así para demostrarme lo perdedora que soy. Ya lo sé.

Y ahora me saltan las lágrimas y aprieto las muelas para que no me tiemble la barbilla. *No* voy a llorar delante de este imbécil engreído.

No.

Lo.

Haré.

Eso significa que tengo que mover el trasero y salir de aquí, porque ha empezado la cuenta atrás para la hora de llorar. Aferrándome a la poca dignidad que me queda, me inclino y recojo mi bolsa del suelo, donde se ha caído. Está cubierta de savia pegajosa porque, por supuesto, lo está, pero maldita sea, sigo siendo una Sherwood, así que me la cuelgo del hombro como si estuviera por encima de todo eso y salgo por la puerta, dejando a Gil detrás de mí.

Afuera, bajo un sol radiante, ignoro a la pequeña multitud de brujas que me observan y se ríen entre dientes. Varias me están grabando con sus teléfonos. No hay forma de que llegue a casa a tiempo para advertir a mamá de la mala publicidad que se avecina y darle la vuelta para que ella/nosotras podamos seguir ignorando el hecho de que soy la Sherwood menos Sherwood que jamás ha habido.

Diablos, probablemente ya sabe lo que pasó en la cafetería. Las brujas zorras trabajan duro, pero Izzy Sherwood trabaja más duro, y sus fuentes son tan legendarias como numerosas.

Por eso, en lugar de ir a la derecha y tomar el tranvía hasta Charmstone, a la casa que ha sido el cuartel general de la familia Sherwood durante los últimos doscientos años, voy a la izquierda. En la primera manzana, la calle pasa de ser soleada y dulce, con vallas blancas y mariposas monarca flotando en la brisa, a retorcidas hiedras que cubren oscuras vallas de piedra, con algún que otro murciélago colgado de los musgosos robles que se extienden a lo ancho de la estrecha calle adoquinada.

La casa de Griselda está apartada de la calle, la verja de hierro se eleva a dos metros de altura con volutas ornamentadas que se enroscan y curvan en un letrero que dice *“Madame G's Tarot and Witchery, LLC”*. Debajo de él hay una advertencia de no solicitar citas y un poco más abajo hay otra línea, subrayada tres veces, que dice *Sólo con cita previa*.

Sí, bueno, se va a hacer una excepción.

Abro de un empujón la pesada verja y avanzo por el agrietado camino de cemento atestado de arbustos crecidos que parecen susurrar y reírse mientras me acerco a la casa de dos plantas que parece que se podría arrancar un trozo de la celosía para comer algo rápido.

Créeme, no lo intentes. No, no te diré cómo sé esa información. No me mires así, tenía ocho años y era crédula.

La aldaba del gato negro me silba en cuanto pongo un pie en el porche.

—Ah, pues hazte a la idea —le digo, tirándole de la cola y haciendo *sonar*

el timbre de Griselda.

—Vete —dice la voz dulce y tierna de un bebé.

—Lo has vuelto a hacer —grito a través de la gruesa puerta—. Quiero que me devuelvas el dinero.

La puerta se abre y bajo la mirada y la vuelvo a bajar para posarla en la anciana, con su salvaje cabello blanco entremezclado con mechones rosa neón que ha trenzado en dos trenzas que le llegan hasta la parte baja de la espalda. Con las manos en sus generosas caderas, me mira de arriba abajo. Tiene el labio superior curvado en un gruñido que podría ser su mirada más amistosa, la que le dedica a su ahijada favorita, es decir, a mí. Incluso a sus casi trescientos años, la sabia más respetada de Virginia parece capaz de vencerme en una pelea de bar armada sólo con un sacacorchos y una mala actitud.

Griselda se limpia las manos en su brillante delantal de trabajo.

—Ni siquiera te cobré.

—Pero sigues emparejándome con el mismo tipo. —¿Me estaba quejando? Sí. ¿Saber eso me detuvo? Rotundamente no—. Algo tiene que estar mal.

—¿Con *mi* magia? —Se endereza hasta su metro setenta y deja escapar un pequeño gruñido—. Sherwood o no, será mejor que tengas cuidado, chica.

—Por favor —digo, casi poniendo ojitos de cachorrito, de acuerdo, intento poner ojitos de cachorrito triste, pero el esfuerzo es limitado debido a mis gruesas gafas-—. Necesito tu ayuda. Esta será la última vez. Después del desastre de hoy, he terminado con los hombres. Sólo quiero entender por qué sigue siendo *él*.

—Las cartas dicen lo que dicen. —Se levanta y me pellizca las mejillas como hace cada vez que me ve, porque algunas mujeres son señoriales y otras tenemos caritas redondas de bebé—. Puede que no quieras oírlo.

Me armo de valor y hago un último esfuerzo.

—Tampoco me estás diciendo todo lo que dicen.

Griselda sonríe.

—Como es mi prerrogativa.

Sin negaciones. Nada de cebos. Sin cambiar la conversación. La mujer siempre está tramando algo y no se avergüenza en absoluto del subterfugio.

Dejo caer la cabeza hacia atrás, casi derrotada, antes de recomponerme y decir de la forma más amenazadora que puede hacerlo una mujer sin magia, sin

poder, sin nada que la respalde:

—Griselda.

La mujer mayor se limita a enarcar una ceja plateada y encoger un solo hombro, echándolo hacia atrás como si estuviera cumpliendo una doble función: ignorar mi enfado y estirarse un poco más.

¿Por qué las mujeres de mi familia son tan enloquecedoras? Está bien. Griselda es prima cuarta o quinta o algo así, pero *es* mi madrina, lo que en el Witchingdom significa *que es* de la familia. Ha sido una presencia casi diaria en mi vida desde que nací. Según la leyenda familiar, llegó un minuto antes que yo, se quedó tres para examinar mi aura y se marchó un minuto más tarde después de *mirar a mi madre*. Fue entonces cuando supieron que yo no iba a ser como los demás Sherwood.

El recordatorio, junto con mi todavía fresca humillación de bésame-Gil, me impulsa hacia la casa y directamente al corazón del hogar: la cocina.

El 97% de todo el trabajo de brujería se realiza en la cocina, ya que es el mejor lugar para alimentar el estómago, alimentar el corazón y alimentar el alma, todo lo cual es necesario para que se produzca la magia. Como siempre dice mi madre, si no te curas a ti misma, no puedes curar al mundo.

Griselda tiene una olla de hierro fundido con una infusión verde que huele a pino y desprende grandes cantidades de vapor blanco.

—¿Hechizo de la cosecha? —pregunto.

—No —dice, totalmente indiferente a mi irrupción en su casa—. Empapando mis calcetines.

Eso no me lo creo en absoluto, pero sé que no debo presionar a Griselda sobre algo de lo que no quiere hablar. La mujer es una bóveda. Literalmente. Ese es su nivel de brujería y por eso se gana tan bien la vida como la mujer a la que acuden las brujas de Wrightsville con sus penas y secretos.

Cruzo por encima del diseño de losas del suelo y camino hasta la mesa de su cocina, en el centro de la habitación, bajo el candelabro de velas. Sí, son candelabros de verdad. Cuando Griselda está preparando un hechizo de verdad, lo mejor es pegarse a las paredes para evitar el goteo de cera caliente. Créeme, es una lección que sólo necesitas aprender una vez.

—¿Los vas a leer tú, eh? —pregunta Griselda mientras cruza ágilmente la habitación, esquivando cada grieta del suelo de piedra.

—Tú me enseñaste cómo se hace. —Todas las lecciones de teoría mágica

que he recibido han sido con ella. Mentora, madrina, azote de mi vida amorosa, esa es Griselda.

—Es algo más que aprender a leer libros —dice—. Es un arte, un oficio, un....

—Don mágico lo sé. Soy consciente. Déjame intentarlo. —Parpadeo para contener las lágrimas que se están volviendo demasiado comunes hoy. Estúpido síndrome premenstrual*:* alguien tiene que inventar un hechizo para solucionarlo —. Por favor.

Griselda suelta un pequeño suspiro y refunfuña algo en voz baja, pero saca la baraja de tarot color joya de la caja de madera de olivo tallada que tiene encima de la mesa de la cocina.

—Muy bien, adelante.

Las cartas de gran tamaño zumban en mis manos en cuanto las toco, casi como un pequeño saludo de un reino que está más allá de mí. Para mí, las cosas mágicas siempre han sido así. Es como mirar a través del escaparate de la tienda mágica Galdr y ver todas las varitas, joyas y bastones, sabiendo que son algo más que madera, metal y cuentas, pero sin poder acceder a nada de eso. Si aprieto las manos contra el escaparate, me saludan con una suave vibración que empieza en las yemas de los dedos y recorre mi cuerpo en una onda lenta, pero eso es todo, el resto está más allá de mis exageradas capacidades. Es como tener sexo pero no tener un orgasmo: se siente bien, pero no es el mismo soplo de placer que te revienta la espalda.

—Gracias —digo mientras me siento a la mesa y empiezo a barajar.

No tengo que pensar en mi pregunta, la tengo en mente mientras reparto las cartas, colocándolas en el orden que Griselda me enseñó. Un agudo chisporroteo recorre mi brazo cuando doy la vuelta a la primera carta. La tonta. Gracias universo, te agradezco el recordatorio. Por supuesto, en este caso eso significa nuevos comienzos. ¿Con Gil? Sí, no lo creo.

Le siguen el ocho de espadas, el caballo de copas y el as de espadas. Bien, hasta ahora lo entiendo. Las cartas me cuentan una historia sobre sentirse limitada (hola, un poco en la nariz allí), ser romántica y seguir a tu corazón hasta el punto de incluso tener un verdadero caballero de brillante armadura (una mujer debe tener un sueño), así como una oportunidad repentina y claridad (por favor, sí, realmente me gustaría saber todo el punto de una sin magia en un mundo mágico).

Dudando antes de tocar la última carta de la tirada, miro a Griselda. Está

removiendo sus, *calcetines en remojo,* que probablemente sean una poción para curar un juanete, si no me equivoco al recordar su libro de hechizos favorito y conocer sus numerosas dolencias en los pies. No me mira, pero tiene los hombros tensos y agarra con fuerza la cuchara de madera. Lo que sea que muestre la última carta es la clave de todo esto. Tiene que serlo. ¿Por qué si no iba a estar tan nerviosa la segunda bruja más mala del pueblo? (sí, mamá es la número uno, aunque yo nunca se lo diría a Griselda)

Le doy la vuelta a la última carta y se me revuelve el estómago al ver un globo terráqueo muy decorativo. La carta del mundo no sólo significa la culminación y la celebración de la vida con los Sherwood. También representa al miembro más poderoso de la familia. Es la tarjeta que firma mi hermana Leona. ¿La mía? Bueno, como el universo tiene un sentido del humor de mierda, es el mago (la acción y el poder de manifestar, una mierda). Pero eso no viene a cuento, porque ver la carta del mundo, la carta *de mi hermana*, mientras me pregunto por qué Gil sigue apareciendo en mi vida sólo significa una cosa.

—¿Va a casarse con Leona?

—¿Es eso lo que dicen las cartas? —pregunta Griselda, con tono neutro—. Eso no es lo que me han dicho.

Levanto la carta del mundo, pidiendo en silencio una explicación.

Griselda no dice nada, sólo vuelve a remover sus calcetines, dejándome procesar sus palabras, que obviamente no va a explicar más, mientras vuelvo a poner la baraja en orden.

¿Leona y Gil?

¿Gil y Leona?

Ese no es un emparejamiento que yo esperaría incluso si él no fuera un imbécil total. Está bien, él es increíblemente sexy con esa cosa intelectual melancólica de hombros anchos que tiene, pero no es el tipo de Leona. A ella le gustan los tipos extrovertidos y salvajes con una lista casi tan larga como la suya. ¿Zalameros sabelotodo todo con los antebrazos nervudos y un trasero que se ve bien, incluso en caquis? Sí, no es su tipo de hombre.

¿O me equivoco? Miro la carta con el globo dorado por última vez antes de añadirla a la baraja. ¿Qué me he perdido?

—Las cartas ven más de lo que ven nuestros ojos —dice Griselda antes de levantar la cuchara y probar el caldo.

Por favor, universo, no permitas que esté empapando calcetines en ese

caldero.

Que la olla tenga calcetines de tubo o filete de tubo, por muy asquerosa que sea una opción, no importa tanto como las cartas. Griselda tiene que tener razón. Las cartas *tienen* que estar viendo algo que mi yo exagerado no puede ver cuando miran a un imbécil total como Gil Connolly; de lo contrario, mi pobre hermana está jodida, o yo he fastidiado la lectura como hago con todo lo demás.

Todo lo que sé es que, como de costumbre, tengo más preguntas que respuestas.

Capítulo 4

Gil...

No es fácil hacer una llamada encubierta desde tan adentro del territorio de Sherwood, pero el Consejo no es el tipo de organización que acepta un, *es casi imposible*, como respuesta, y por eso estoy jugueteando con la tarjeta SIM de un móvil como un outré que no puede invocar un simple hechizo de telepatía.

Antiguo, secreto y ajeno a cualquier bruja, el Consejo se creó al mismo tiempo que la Declaración de Independencia. Cuando se añadió la Declaración de Derechos a la Constitución, el Consejo ya era la cuarta rama secreta del gobierno. El Congreso elabora las leyes, el poder ejecutivo las aplica, el poder judicial las interpreta, y el Consejo es el ejecutor secreto y silencioso cuando las cosas se salen de cauce.

Son las últimas personas para las que quiero trabajar, pero aquí estoy, me quedan seis meses de contrato y la vida de mis padres pende de un hilo.

Finalmente, la diminuta tarjeta SIM se desliza en su sitio. No tengo ni idea de por qué el Consejo insistió en la comunicación no mágica, pero el Consejo hace lo que el Consejo quiere hacer. Mi teoría es que tiene que ser algún tipo de humillación mental para mantener a todo el mundo en su sitio, pero no importa. Es lo que es, sólo tengo que seguir la línea, que me está dando los tics un poco más cada día.

Anoche envié mi informe inicial a mi guardián, Cassius, tras profundizar en mis textos de investigación. Me devolvió un mensaje para que me pusiera en contacto hoy y no documentara nada más. Lo entendí. Los Sherwood son una familia lo suficientemente poderosa como para saber que el Consejo existe. Además, los Sherwood tienen ojos en todas partes, incluso en el Consejo. Como es lógico, el Consejo también vigila a todo el mundo, especialmente a gente como yo, a la que han sacado del exilio y chantajeado para que coopere. No se llega a lo más alto de la cadena alimenticia de Witchingdom sin aprender a desenvolverse entre los malos.

Mi guardián contesta al primer timbrazo.

—¿Estás seguro? —pregunta Cassius sin preámbulos.

—La energía estaba fuera de escala —digo, retrocediendo más hacia las sombras de los árboles que bordean las calles adoquinadas cercanas a mi

alquiler, que seguramente el Consejo ha pinchado—. Nunca he sentido nada igual.

Y sigue ahí, un pequeño chisporroteo de conciencia que vibra y crepita cada vez que pienso en Tilda, que es cada dos segundos desde el casi beso en la cafetería. Separarme de ella fue una de las cosas más difíciles que he hecho nunca. Incluso ahora, puedo sentir mi conexión con ella; no tiene nada que ver con mi magia, pero no puedo negar el chisporroteo adicional de la conciencia.

Anoche no pude dormir porque cada vez que cerraba los ojos, sólo la veía a ella, esa dulce y jugosa boca rosada suya que suplicaba ser besada, que deseaba algo más que no podía decir en voz alta.

Así funciona la magia duíl. Una vez que se establece una conexión entre dos seres mágicos, ésta permanece hasta que se satisface el deseo, y con ello viene un cierto grado de control. En contra de la creencia popular, la magia duíl no puede utilizarse para obligar a la gente a hacer algo, no puede fabricar un deseo que no exista ya y no puede hacer que la gente actúe en contra de sus propios deseos. Sin embargo, lo que sí puede hacer es concentrar el deseo, añadirle un toque saludable de esperanza y hacer que los afectados tengan una mejor sensación de su propio poder personal. Esa es exactamente la razón por la que el Consejo desterró a toda mi familia al exilio, enviándonos al borde de la zona sin poder conocida como El Más Allá.

—Y más vale que no vuelvas a sentirlo si no quieres acabar en el exilio —dice Cassius, su tono gruñón no deja lugar a dudas de que no haría absolutamente nada por actuar en mi favor. Cuando se trata del Consejo, cada uno está por su cuenta—. Conoces las reglas. Usas magia duíl y vuelves a ese agujero de mierda del que te saqué. Estoy seguro de que a tus padres les encantará, ya que significará que ellos tampoco se irán nunca.

Necesito todo lo que tengo para no ceder al impulso de preparar un hechizo que me permita alcanzar a Cassius a través del teléfono. Ese idiota lleva tres años amenazándome desde que lo convencí de que yo podía hacer el trabajo para el Consejo que otros no podían o no querían. Sin embargo, meter a mis padres en esto era otra cosa. El imbécil lo había prometido: tres años y saldrían del Más Allá, donde la magia no funciona. Es la pesadilla de toda bruja y el dominio del Consejo.

—¿Cuál es tu plan? —Cassius pregunta.

—Necesito pruebas irrefutables. El Consejo nunca creerá sólo una teoría, especialmente no de mí y con toda seguridad no sobre los Sherwoods cometiendo un delito mágico masivo. —Es imposible que Tilda no sepa lo que

realmente es. El nivel de magia que se necesitaría para mantenerlo en secreto sería fuera de lo común. Es imposible que el Consejo no haya notado ese pico en los informes del sismógrafo místico—. Tengo que encontrar una manera de acercarme a ella.

—Bueno, hazlo pronto —dice Cassius—. He conseguido que se revise el caso de tus padres en un mes, pero las probabilidades están en contra de que los traigan de vuelta del exilio a menos que seas capaz de hacer algo extraordinario para demostrar al Consejo que eres un recurso más valioso que un agitador duíl.

El Consejo no es partidario de la magia duíl, ni de nada que difiera del status quo tal y como ellos lo definen. Ser capaz de vincularse a los deseos de alguien, sexuales o de otro tipo, da a la gente ideas sobre el cambio, y *eso está* demasiado cerca de la rebelión para la organización cuya misión principal es forzar la conformidad. Si el Consejo conociera la verdadera profundidad de mi implicación con la Resistencia y su trabajo para desenmascarar al Consejo y contrarrestar sus movimientos, no estaría haciendo lo que fuera para sacar a mis padres del exilio porque todos estaríamos muertos.

—Lo llevo demostrando desde hace un año —respondo, incapaz de disimular el enfado en mi tono y llamando la atención de Griselda, que pasa con su ardilla atada a la correa.

—¿Preferirías estar allí atrás?

Fuerzo una sonrisa y saludo a la madrina de Tilda como si la mierda no estuviera a punto de estallar en esta ciudad.

—No.

—Entonces deja de quejarte y encuentra la forma de conseguir las pruebas que necesitas —dice Cassius—. El tiempo corre y no hay botón de repetición.

Como si alguna vez hubiera pensado que lo había. No hay segundas oportunidades para los exiliados.

Capítulo 5

Tilda...

Barkley va a ser mi muerte.

Otras brujas tienen mascotas normales. Mi hermana Beatrix tiene un gallo con actitud y privilegios domésticos al que le encanta colarse en mi habitación y cantar hasta que me da un infarto.

—Bea —grito, con el corazón acelerado mientras arranco una toalla del gancho porque el champú me está quemando un ojo—. ¡Ven por este engendro del demonio!

Aunque pudiera ver con los dos ojos ahora mismo, el baño está lleno de vapor que oculta la ubicación de la ave vanidosa. Eso me deja empapada sobre la alfombrilla de baño de lunares amatista, vigilando con mi único ojo bueno, la mano con la palma hacia delante y los dedos abiertos como si estuviera a punto de lanzar la madre de todas las maldiciones. El agudo chasquido de las garras de Barkley en el suelo de baldosas me hace prepararme para el ataque. Si así es como muero, resbalando en un suelo mojado mientras huyo desnuda de un gallo malvado, voy a perseguir a mi hermana durante el resto de su vida natural.

Entonces, con un chasquido audible y un aroma a eucalipto, todo el vapor desaparece, dejando ver a Bea con su característico cabello color miel cayendo en ondas sueltas hasta los hombros, un parche en el ojo y pintalabios rosa salvaje.

—Aquí estás, Barkley bebé, te he estado buscando por todas partes. —Recoge al gallo, lo abraza como si no fuera todo garras afiladas, un espolón como una navaja y un pico hecho para intentar cegarla—. ¿Estás molestando a la gruñona Matilda otra vez?

—No soy gruñona —refunfuño mientras me envuelvo con la toalla, metiendo los extremos por encima de las tetas con mi habitual esperanza de que esta vez mis diminutas tetas la mantengan en su sitio.

Alerta de Spoiler: No lo harán. Nunca lo hacen. Sin embargo, a diferencia de mi hermana Juniper, puedo dormir boca abajo y salir a la tienda sin sujetador, así que ahí está eso.

—¿Entonces por qué gritas? —pregunta Bea entre susurros dulces a Barkley.

—Porque me estaba duchando —un momento muy especial en la ducha en el que estaba involucrado el último hombre en el que debería pensar cuando utilizaba el cabezal de la ducha en el ángulo más cerrado, pero no se lo voy a decir a mi hermana— cuando Barkley el Bárbaro entró agitando las alas y cargando hacia la puerta de la ducha y me dio un susto de muerte.

—Barkley, ya hemos hablado de esto. Tilda es una amiga, no comida. —Acaricia al estúpido pájaro, ¿he mencionado que ni siquiera tenemos gallinas, solo Barkley? y vuelve a mirarme—. Tienes la cara sonrojada. ¿Qué hacías en la ducha?

—No es asunto tuyo. —No. Estoy muy unida a todas mis hermanas, pero no voy a decirle que he desarrollado el mal hábito de imaginarme a Gil Connolly mientras me toco.

Ha empeorado. No puedo pasar más de unas horas sin pensar en él. Está claro que es un idiota y que está destinado a mi hermana, pero no puedo evitar deslizar los dedos bajo el elástico de mis bragas para aliviarme un poco. Es como si una parte secreta de mí que ni siquiera quiero reconocer, bien, que desearía que no existiera, se hubiera desatado.

Tiene que haberme hecho alguna bajeza ayer en la cafetería. Si hubiera sido un hechizo, lo sabría, porque los detectores de magia habrían saltado en cuanto entré en casa. Tiene que haber sido una follada *en la cabeza* a la vieja usanza, no mágica, que me ha dejado pensando constantemente en follar de *verdad*. Llevaba veintiocho años en esta tierra con un apetito sexual sano, pero de repente estoy ansiosa y obsesionada. Me gusta un poco. Me gusta. Me gusta de verdad y la sensación salvaje que viene con ello, una que me susurra que tengo más poder del que creía.

Sí, claro.

Bea resopla.

—Como si me lo creyera. Puedes mentirle a Juniper, pero yo siempre lo sé. —Se levanta de un salto y se sienta en la encimera del baño—. Cuéntamelo todo.

—No hay nada que contar. —Hay *tanto que contar*, pero a nadie podría decírselo.

Bea me saca la lengua.

—No eres divertida.

Arrugo la nariz y le pongo mala cara a Barkley.

—Me pregunto por qué.

Bea se ajusta el parche negro sobre el ojo derecho.

—En el fondo te quiere.

¿Gil? ¡Ja! Ni por asomo. Estoy a punto de decirle exactamente eso cuando me doy cuenta de que hablaba del gallo, no del imbécil del mundo destinado a estar con mi hermana y que no se va de mí cabeza.

—Le encantaría asesinarme —digo, esperando contra toda esperanza que mi hermana, que se da cuenta de todo, no se haya dado cuenta de que he dudado un poco.

—Por cierto, mamá quiere verte en su despacho.

Un gemido de pura miseria surge de las profundidades de mi alma y se escapa antes de que pueda detenerlo.

—Es por la cafetería, ¿no?

Se encoge de hombros y se baja del mostrador todavía agarrada a Barkley.

—Tal vez.

—Bea.

¿Rogar? ¿Yo? Diablos sí, no puedo entrar en la oficina de mi madre sin saber el daño.

—Bien. Sí. —Bea me dedica una sonrisa de apoyo, pero, por suerte, ya que tiene a Barkley, que me está echando la versión gallo del ojo fétido, se queda en su lado del baño—. Los he oído hablar a ella y a papá, pero seguro que es solo porque están preocupados por ti.

Sí, les preocupa que vuelva a arruinarlo.

Quince minutos después he navegado por los enlaces no mágicos dispuestos para mí y sólo para mí para ir de una parte a otra de la casa. ¿Por qué necesitaría alguien magia para ir de una habitación a otra? Porque los Sherwood no sólo somos magia antigua, también somos de la vieja escuela y, en los tiempos oscuros, mantener a todo el mundo conectado podría significar la diferencia entre la supervivencia y una muerte larga, lenta y tortuosa a manos de un puñado de imbéciles reaccionarios y estrechos de miras que se hacen llamar, con un nombre que no suena demasiado vulgar para ser espeluznante, el Consejo. Dilo conmigo, *ooooooooohhhhhhhhh, aterrador*. Menos mal que ya habían desaparecido.

Aunque desde afuera nuestra casa parece una gran casa victoriana de color púrpura con tejado añil, situada en medio de un bosque de cerezos en lo alto de la colina más alta del barrio de Charmstone, es mucho más que eso. En cierto

sentido, la casa es un edificio físico, pero en cuanto entras, el espacio se transforma por arte de magia en hogares separados para mí, mis padres y cada una de mis cuatro hermanas. Sí, somos cinco: es el número de la suerte de los Sherwood. Todos los demás miembros de la familia pueden recorrer los caminos mágicos que conectan una casa con la otra, incluidos primos, tíos, abuelos y cualquier otra persona con el ADN Sherwood, porque todas las casas Sherwood están conectadas.

Yo, sin embargo, tengo que seguir los enlaces no mágicos, igual que Barkley.

Sí. Estoy en el mismo nivel mágico que un gallo.

Eso debería explicar muchas cosas sobre el estado de mi autoestima.

Me detengo ante la puerta cerrada del despacho de mamá y me tomo un segundo para recomponerme. Es sólo mi madre. Puedo hacerlo. Levanto la mano para llamar y la puerta se abre antes de que mis nudillos toquen la madera.

Mi padre ocupa la mayor parte de la puerta abierta, sus anchos hombros la abarcan de un lado a otro y su cabeza calva casi toca la parte superior. No sé si es capaz de notar la ansiedad que me revuelve las entrañas o si es solo que mi padre es tan dulce como siempre, pero me da un vistazo y me abraza como un oso, literalmente. Papá es medio oso metamorfo y le gusta decir que se le nota en todas partes menos en el nacimiento del cabello.

—Hola, pudin —susurra antes de dejar caer un beso sobre mi cabeza—. Mamá casi ha terminado con una llamada de trabajo.

Trabajo en este caso significa dirigir el Comité, que asesora al presidente y ayuda con parte del trabajo entre bastidores para conseguir que todas las diferentes facciones del Witchingdom se unan. Todas las facciones tienen una familia base, pero luego hay otras que se unen, algo así como la mafia. Pero con magia. Y menos descubrimientos de televisores que se caen de un camión. Cada una de las facciones trabaja en conjunto, o en contra de la otra, de acuerdo con antiguas alianzas y enemistades.

Papá y yo cruzamos a la sala de estar, donde ya nos espera el té de la tarde. Mientras sirvo el té de saúco para todos, él añade una cucharada de mi nata aglutinada favorita a un bollo en un plato que parece minúsculo en sus grandes manos y me lo pasa antes de cargar su propio plato con una montaña de sándwiches de té variados.

Mi madre está sentada en su escritorio, con una sonrisa agradable en la cara, pero tiene las manos tan apretadas sobre el regazo que me sorprende que la

varita que sostiene no se rompa. Está frente a una proyección astral de medio metro de Hazel Dray, una de las representantes de la facción Stinger. Siguen anclados en el siglo XVIII y, si se salieran con la suya, nos harían llevar a todos sombreros puntiagudos y hebillas en los zapatos.

—Hazel —dice mamá en el tono que promete que está exactamente a treinta y cinco segundos de los fuegos artificiales de Ya-has-hecho-suficiente—, ya hemos hablado de esto antes. El Más Allá no es para los brujos con los que no estás de acuerdo. Es para criminales empedernidos que son un peligro para todo el Witchingdom.

La mujer de aspecto quebradizo y boca fruncida como un limón responde.

—Bueno, si no controlamos a todas esas brujas que quieren cambiarlo todo, toda nuestra forma de vida se perderá, y eso *es* un peligro para el Witchingdom. No me gusta.

—Y lo has dejado claro. —Mamá suspira—. La respuesta sigue siendo, y será siempre mientras yo esté en el Comité, no.

—Esto no ha terminado —dice Hazel, con un tono tan agrio como el vinagre viejo.

Papá y yo intercambiamos cejas levantadas. Nadie amenaza a mamá. No es sólo una especie de malvada, es una de las mayores malvadas de todo el Witchingdom. Dirige el Comité desde hace diez años y es capaz de hacer callar a un troll de puente con una sola mirada.

—En realidad, lo es. Adiós, Hazel. —Mamá agita la mano y corta la conexión antes de que la otra mujer pueda continuar con sus quejas—. Por favor, dime que tienes ginebra para poner en mi té, porque la necesito después de eso.

Añado un chorrito a su té mientras se dirige a la sala de estar.

—Matilda, cariño. —Me da un beso en la mejilla antes de recoger su taza y su platillo y sentarse en la silla junto a papá—. ¿Cómo lo llevas?

Auch.

La decepción o la desaprobación puedo soportarlas; estoy acostumbrada. La lástima, sin embargo, es como papel de lija contra una pompa de jabón.

—Vimos el vídeo —dice papá y luego se come dos bocadillos de un bocado.

—Tate. —Mamá pone su mano en el muslo de papá—. Discutimos cómo abordar esto.

Estupendo. Ayer se elevó al nivel de una discusión previa. Eso nunca es

bueno.

—No pasa nada. —Lanzo una risita de autodesprecio que suena casi genuina—. Yo también lo vi.

Ahora está por todas partes en las redes sociales porque así es como van las cosas. Olvídate del post de mamá con cara graciosa a mitad del hechizo, que es el contenido de Sherwood más viral de la historia. Ahora soy yo envuelta en los pegajosos brazos del árbol de sangre de dragón, apretada contra Gil y mirándolo con ojos de, déjame que te quiera.

—¿Va todo bien? —Mamá pregunta.

—Sólo una extraña interacción con un árbol de sangre de dragón. —Uno que me dejó caliente, molesta y desesperada por respuestas.

Mis padres intercambian una mirada. Conozco esa mirada. Es la mirada de, dónde nos equivocamos.

—Mientras estés bien. —Mamá deja su té y me clava en el sitio con su mirada de, esto es importante—. Sólo queremos asegurarnos de que eres feliz.

—Lo soy. —Bueno, mayormente. Es decir, mi libido se ha desbocado, pero podré arreglármelas en cuanto sepa cómo hacer que Barkley me deje en paz el tiempo suficiente para tener un rato de intimidad.

Mamá y papá se levantan como una unidad, tan sincronizados entre sí que juraría que saben lo que va a decir el otro antes incluso de abrir la boca.

—Entonces ven a darnos un abrazo —dice papá, abriendo los brazos.

Mis padres me envuelven en un apretado, aunque algo incómodo, abrazo de grupo. Algo me tranquiliza y, mientras dura el abrazo, siento que todo puede ir bien.

—Te amamos —dice mamá.

Y la cosa es que sé que lo dice en serio. Sería mucho más fácil ser una outré si mi familia fuera horrible al respecto. La verdad es que no lo son. ¿Están un poco demasiado involucrados y me tratan como si estuviera a punto de tropezar con mis propios pies o causar un mini desastre a cada paso? Sí. Pero, en su defensa, no me he pasado precisamente los últimos veintiocho años de mi vida demostrándoles que están equivocados: pregúntame por el incidente de la gallina y los huevos y por qué ahora sólo tenemos a Barkley. Mejor aún, no preguntes (pero te prometo que ni las gallinas ni los huevos sufrieron daños en la explosión).

Pero eso está a punto de cambiar.

No más árboles de sangre de dragón.

No más humillaciones grabadas en vídeo.

No más odiosos tipos buenos llamados Gil Connolly.

Pero para que eso ocurra, tengo que averiguar qué pasa con las cartas que tiene a Griselda preparándonos cita tras cita y por qué cada vez que estoy cerca de él quiero estrangularlo y besarlo o quizá besarlo y luego estrangularlo o quizá las dos cosas a la vez. ¡No lo sé! Lo único que sé es que tengo que asegurarme de que no vuelva a ocurrir. Eso significa que tengo que localizar a ese imbécil zalamero y obtener algunas respuestas.

Capítulo 6

Gil...

—Tú. —Tilda entra a zancadas en el pub Hocus and Hops como una mujer con la misión de destripar a un alma muy desafortunada.

Definitivamente soy esa alma, pero estoy demasiado distraído por la forma en que marcha con tanta fuerza que su cabello rojo vuela a su alrededor como llamas. Es una bonita ilusión, lo bastante sutil como para pasar desapercibida a menos que alguien le preste mucha atención, y lo bastante encantadora como para que no pueda apartar la vista de ella, lo cual no sería muy inteligente en este momento. Una persona no dura mucho en el Más Allá sin ley sin desarrollar agudas habilidades defensivas.

—¿Me buscabas? —Tomo un sorbo de cerveza de calabaza, bebiéndola a ella y a la forma en que la punta de su impresionante nariz prácticamente se crispa de fastidio—. Me siento halagado.

Sin darse cuenta, o al menos haciendo ademán de no darse cuenta, de las miradas que le dirigen el puñado de clientes sentados en las butacas de terciopelo cerca de la barra y el tipo que finge mirar los libros de magia arcana de la estantería más cercana a mi mesa, Tilda se detiene a mi lado. Se pone las manos en las caderas y me llama la atención la franja de piel que se ve bajo el dobladillo de su sudadera recortada.

No debería notarlo.

Definitivamente no debería mirar.

De todos modos, voy a hacer las dos cosas.

—¿Qué hiciste ayer? —pregunta, con la barbilla inclinada en un ángulo santurrón.

Después de pasar horas anoche investigando mi teoría, seguidas de muchas horas sin dormir intentando no pensar en Tilda o en el hoyuelo de su mejilla izquierda o en cómo se le veía el trasero cuando se alejaba enfadada de mí o en cómo se había sentido en mis brazos o en ese beso que no se había producido, estoy atontado, me enfado con facilidad y no estoy de humor para que me haga un espectáculo.

—Nada de nada —digo, poniendo suficiente odiosa superioridad de sabelotodo en mi tono para terminar esta conversación ahora—. Fuiste tú y lo

sabes bien.

—Todo lo que estaba haciendo era tratar de alejarme de ti, y lo siguiente que sé es que estoy en tus brazos.

Sonrío hacia ella, contando hasta veinte.

—Suplicándome que te besara, según recuerdo.

Algo caliente y necesitado relampaguea en sus ojos con tanta fuerza que ni siquiera sus gruesas gafas pueden ocultar.

Es un juego estúpido jugar con alguien como ella, no sólo con una Sherwood, sino con *esta* tipo de Sherwood, pero no puedo evitarlo. Verla revelar toda la pasión y la intensidad que se esconden bajo su exterior torpe, que se funde con el fondo, es adictivo. Tilda es mucho más de lo que nadie llega a ver, y yo quiero verlo todo.

Por motivos de trabajo, ¿verdad?

Absolutamente. Al cien por ciento.

¿Me estoy contestando a mí mismo? Mierda. Esto es lo que me está haciendo estar cerca de Tilda.

Además, ¿por qué huele tan bien? Y esa cosa que hace con el cabello, enroscándoselo en el dedo mientras me lanza miradas asesinas, es fascinante.

Se sienta frente a mí en la pequeña mesa de hierro forjado y levanta con el dedo corazón sus grandes gafas redondas.

—No. No supliqué.

—Yo estaba allí. —Me encojo de hombros y doy otro sorbo a mi cerveza —. Oí lo que oí.

Infla las mejillas. Es jodidamente adorable y de alguna manera caliente al mismo tiempo. Definitivamente me pasa algo. Huelo la cerveza, pero no percibo ningún aroma mágico.

—Encantaste el árbol de sangre de dragón para hacerme tropezar y que todo el mundo lo viera —dice Tilda, con voz tranquila pero firme.

—¿Mucha imaginación? —Le respondo, agarrando mi cerveza con ambas manos para no ceder al impulso de cruzar la mesa y tocarla—. Eso fue todo tuyo.

Su breve y agudo

—¡JA! —llama la atención del agente secreto de la Resistencia, Vance el unicornio, en la mesa de al lado, que nos fulmina con la mirada y luego vuelve a pintarse las uñas por encima de los tatuajes de los dedos que cuando cierra el

puño con cada mano deletrean *lárgate*. Esa actitud de los clientes es lo que hizo de Hocus and Hops el lugar perfecto para desconectar de verdad y planear mi próximo movimiento lejos de los ojos ocultos y los oídos escondidos del Consejo en la casita que alquilé a unas manzanas de la casa de Griselda.

Tilda se hunde unos centímetros en su asiento y mira a su alrededor, al puñado de brujas que hay en el bar. Sin duda, después de lo de ayer, está comprobando si alguien la está grabando. Los vídeos de ayer estaban por todo WitchyGram. En ninguno se veía mi cara, pero eso no le importó a nadie. Lo realmente atractivo era ver a una Sherwood, a esta Sherwood en concreto, avergonzada. Nadie se atrevería a intentarlo con otra persona de su familia, pero como outré, Tilda es vulnerable.

Por eso el Consejo la eligió como objetivo en su interminable esfuerzo por dañar a los Sherwood y, por extensión, la capacidad del Comité para mantener el pequeño y sucio secreto del Witchingdom del Consejo. Según mi guardián, Cassius, Tilda es vista como una debilidad si es realmente una outré. Supusieron que si la presionaban lo suficiente, actuaría como su idiota útil para ayudar a obtener información sobre los próximos movimientos del Comité para poder detenerlos. Entonces, el Consejo sería libre. No más trabajo en las sombras porque todo el mundo pensaba que habían sido disueltos hace eones. No más negación plausible para aquellos que utilizan sus servicios para ganar poder. No más relajación de las normas y reglamentos que definen lo que una bruja puede ser y cuál es su lugar en el Witchingdom.

Cualquier bruja en su sano juicio odiaría al Consejo. Yo lo odio, pero para mí no hay escapatoria. Si se revela que son una agencia secreta real y no sólo una leyenda urbana, no habrá quien los pare.

—¿Lo que pasó ayer fue cosa mía? —Tilda se burla y se inclina hacia delante antes de decir casi en un susurro—: Todo el mundo sabe que soy una outré.

Eso no es ni un poco cierto y ella lo sabe.

—Eso no es lo que eres —digo, bajando la voz mientras me inclino hacia delante para que nuestros rostros estén tan cerca que casi podríamos besarnos—. Eso es lo que quieres que *piensen que eres*.

Nos quedamos sentados mirándonos fijamente, con el aire crepitando a nuestro alrededor. Vástagos de mi poder surgen en respuesta a su cercanía, acercándose cada vez más a la superficie con cada latido. *¿Qué quieres*?, le quiero preguntar. Sea lo que sea, en ese momento quiero dárselo.

Esto es lo que me hace. Por eso es tan peligrosa. Es como nitro para mi magia.

Tilda extiende la mano, con una expresión confusa en el rostro, como si tampoco estuviera segura de por qué lo hace; las yemas de sus dedos apenas rozan mi antebrazo, pero es suficiente. La magia me invade, buscando una salida, y necesito todo mi control para contenerla.

—Lo que quiero —dice Tilda, con los ojos nublados mientras se conecta a mi poder—, es ser una bruja de verdad, con poderes, que no sea una mancha en el nombre de mi familia. —Gira el cuello y deja escapar un suave gemido—. Alguien de quien no se cuchichee. —Desliza los dedos hasta mi muñeca y se muerde el labio—. Alguien que realmente tenga un propósito en esta vida. —Sus ojos se cierran—. Alguien que no esté fracasando en el único trabajo que pudo conseguir haciendo de imagen corporativa en línea para su familia y así aumentar sus puntuaciones de simpatía porque hizo una completa imbecilidad de sí misma, que acabó en todos los lados de WitchyGram, *incluso en Goblin WitchyGram*, y ha recordado a todo el mundo la vergüenza de su familia. —Suspira, el sonido lleno de anhelo agridulce—. Eso es lo que quiero.

Se detiene bruscamente, con las mejillas teñidas de rojo vivo y la barbilla temblorosa. Luego me retira la mano y se mira los dedos como si no entendiera lo que acaba de pasar.

Me quedo en silencio.

O Tilda es la mejor actriz del mundo entero o no tiene ni idea de lo que es en realidad.

Flexiona los dedos como si no entendiera por qué le zumban y me mira, con la frente arrugada por la confusión. Entonces, antes de que pueda estirar la mano para detenerla, sale a toda prisa del pub, sin mirar siquiera a la gente que contempla boquiabierta su precipitada salida.

Ignorando cada uno de mis instintos que me gritan que vaya tras ella, me obligo a permanecer en mi asiento y beber tranquilamente mi cerveza. No hay necesidad de procesar lo que acaba de pasar. Ya sé la respuesta.

Nadie es tan bueno fingiendo.

Tilda Sherwood no tiene ni idea de que es una hechicera.

No debería, pero esto lo cambia todo.

Capítulo 7

Tilda...

The Alchemist's Bookshop and Tea Emporium, como toda buena librería que se precie, es el hogar de los nerds de los libros, los bichos raros, los desconfiados, las almas perdidas, los incomprendidos, los curiosos y los introvertidos que buscan un lugar tranquilo para la gente durante un tiempo muy limitado. Yo encajo perfectamente. Por eso no es de extrañar que sea donde hago la mayor parte de mi trabajo y exactamente donde mis dos mejores amigos saben encontrarme unos días después cuando quieren respuestas sobre lo que pasa en mi vida.

Lástima que no las tenga.

—Eres una mentirosa, Tilda —dice Birdie mientras le lanza a nuestro tercer mosquetero mágico una mirada de incredulidad—. Eli y yo te conocemos mejor que nadie. Es imposible que no te haya hechizado.

El beso.

Es de lo único que todo el mundo, excepto mi madre y Griselda, han querido hablar conmigo. El vídeo de Gil y yo volando por la cafetería justo fuera del alcance de las ramas del árbol de sangre de dragón se ha hecho viral. Mis hermanas me acorralaron en mi habitación anoche y mi padre sacó el tema esta mañana en el desayuno. Luego, en mi camino a la librería, absolutamente nadie tuvo el menor reparo en mirar fijamente para ver qué ridículo percance mágico ocurriría a mi alrededor a continuación.

Y aquí estaban mis mejores amigos, Birdie y Eli, aprovechando la hora del té de sus trabajos en la empresa para localizarme en mi sitio habitual, en el sofá verde oscuro de las estanterías, entre manuales de adivinación y tomos polvorientos dedicados a las historias de brujas menores de la zona. Me sujetan en el sofá, asegurándose de que no pueda ir a ninguna parte con una de ellas a cada lado y la mesita cargada con mi bandeja de comida y mi portátil justo enfrente.

—Quiero decir, sí, hubo un hechizo —digo, tratando de encontrar algo que decir para alejar la conversación del incidente, sí, así es como lo estoy llamando en mi cabeza—. Nos mandó a los dos por los aires.

La mirada de doble ceja levantada de Birdie es todo lo que necesito ver

para saber que no lo está creyendo. Bueno, valió la pena intentarlo.

—Matilda Grace Sherwood —dice, consiguiendo sonar casi como mi madre llamándome a su despacho—, me refiero a lo de *bésame.*

Humillación, mi vieja amiga, ahí estás haciendo que mis mejillas combinen con el rojo brillante de mi cabello. Impresionante.

—Ugh. Es lo peor. No sé qué pasó.

—Pero no te gusta —dice Eli mientras toma una de mis mini tartas de pera y se la mete en la boca de un bocado.

—No.

No dejar de pensar en él no es lo mismo que te guste. No voy a entrar en lo de tener constantemente pensamientos inapropiados sobre él y el beso que casi fue, pero gracias al destino no fue en realidad. Nadie tiene por qué saberlo. Ojalá yo no lo supiera.

—Lo has llamado cara de idiota sabelotodo más veces de las que puedo contar —dice Birdie—, y soy contable.

—Soy consciente. —Hoy hasta parece contable, con su blusa blanca de mangas abullonadas abotonada hasta el cuello, sus gafas y su cabello rizado recogido en un severo moño en lo alto de la cabeza—. Me haces la declaración.

—Realmente necesitamos trabajar en tus deducciones. —Birdie curva su cuerpo, bloqueando al resto de los clientes de la librería, y baja la voz como si estuviera impartiendo secretos de estado—. Sabes que puedes anotar tu kilometraje ya que no puedes ir por arte de magia a donde tienes que ir.

—Las dos se están perdiendo de la verdadera conversación. —Eli se inclina a mi lado y recoge la última de mis mini tartas de la bandeja de la mesita —. ¿Qué pasó con ese beso?

—Número uno, no lo besé —digo, enviando todas las plegarias al universo que se me ocurren para que borre para siempre de Internet ese momento viral en la cafetería—. No sé qué pasó, pero no hubo hechizo. No cantó, ni usó su varita, ni hizo nada después de salvarnos de estrellarnos contra la caja de la panadería.

—Debe ser el destino —dice Birdie.

—¿Qué, para mí hacer el ridículo en cada oportunidad posible? Ah, sí, eso sí que es una pista. —Miro mi teléfono en la mesa de café y los cuatro mil millones de notificaciones que aparecen en mi pantalla mientras todos y mis primos brujos etiquetan las cuentas de redes sociales de la familia Sherwood en los videos de mí rogándole a Gil que me bese—. Mira, tengo que volver al

trabajo. ¿Nos vemos en la próxima reunión?

—Claro —dice Eli mientras *mira a* Birdie para que se levante también—. No olvides que nos ayudarás en la recaudación de fondos en el parque este fin de semana.

—Lo escribí en mi calendario en rosa fuerte —digo—. Allí estaré.

Me doy cuenta de que Birdie quiere decir algo más, pero Eli la empuja hacia delante y salen por la puerta de la librería, lo que me deja sola en mi rincón de la tienda para aspirar el maravilloso olor de los libros encuadernados en cuero, la tinta fresca y la magia con aroma a manzana de sumergirse en una historia. Bien, de acuerdo. No es magia de verdad, pero es lo más cerca que he estado nunca de experimentar un poco de shazam, y no voy a restarle importancia, lo que me recuerda que le prometí a Effie que le compraría un ejemplar de *Bibbidi-Bobbidi-Boo and You: Una meditación sobre la magia*.

Recojo mis cosas, pensando que recogeré el libro y terminaré mi jornada laboral en casa, en el porche trasero con vistas al jardín de hierbas que mi bisabuela empezó cuando era niña. Es un poco irregular en algunas partes y salvaje en otras, sobre todo en comparación con la rígida formalidad del jardín de mi madre, pero es donde me siento más a gusto. Las plantas se cruzan de una parcela a otra, los tejos se yerguen entre las amapolas doradas de California y las onagra, y hay flores silvestres por todas partes, que crecen desatendidas en cualquier dirección que las lleve el sol. No hay errores ni mala suerte. Al contrario, todo se une y funciona mejor unido que separado. Cuenta la leyenda familiar que la abuela Hécate comenzó el jardín tras una visión del futuro y lo encantó para que estuviera listo cuando fuera necesario.

Bueno, a decir verdad, lo necesito ahora.

Me cuelgo la bandolera sobre los hombros y me adentro en las estanterías en busca del libro de Effie. Casi he llegado hasta allí cuando el aire cambia y, antes de oírlo, sé que Gil está detrás de mí. Ignorando, o haciendo todo lo posible por negar, la efervescencia de champán de la anticipación en mi vientre, me doy la vuelta y me enfrento a mi némesis. Lleva parches de ante en los codos de la americana. Eso debería hacerlo parecer viejo, estirado y anticuado. En lugar de eso, junto con la camisa de cuello bajo un jersey azul oscuro y unos vaqueros, lo hace parecer follable. No es justo. Los idiotas deberían tener pinta de idiotas, no dar la sensación de ser una mezcla entre el héroe sexy de *La momia* e Indiana Jones en todo su esplendor.

No te voy a decir que me tomé un segundo para imaginarme a Gil vestido a la antigua usanza de cazatesoros con el sombrero y el látigo, pero no diré que

no lo hice. No está bien mentir a los amigos, y a estas alturas, eso es totalmente lo que somos. ¿De acuerdo? Bien.

*

—Imagínate encontrarnos aquí —dice Gil, consiguiendo parecer presumido y sexy al mismo tiempo.

—Somos los dos únicos habituales —respondo—. Me ves cada vez que estás aquí.

Se limita a sonreír.

Ugh.

Este hombre.

Es tan absolutamente injusto que alguien tan zalamero pueda ser tan irritantemente atractivo.

—Así que tenemos que hablar de tus habilidades.

—No. —Empiezo a bajar hacia el final de las estanterías, donde va a estar el libro de mi hermana—. No me apetece que te burles de mí ni ahora ni nunca. Déjame en paz.

¿Estoy corriendo? Metafóricamente, sí.

Y no lo suficientemente rápido, al parecer, porque se pega a mí, sus largas piernas hacen fácil el trabajo de los pasos más cortos que doy.

—No puedes fingir que algo no está pasando cuando ambos sabemos que lo está —dice, sonando lógico sabelotodo de esa manera que sólo un estirado puede—. Sé que no lo parece, pero puedes decirme la verdad.

Me detengo y hago lo posible por no darme cuenta de que su olor cálido y amaderado se mezcla a la perfección con el cuero gastado de los libros y el persistente toque de mantequilla salada que me hace desear un cubo de palomitas.

—Me estorbas. Si me disculpas, tengo que ir por un libro.

Estar cerca de Gil me revuelve la cabeza. Me hace pensar en estupideces como pegarme un atracón de temporadas enteras de mi serie favorita con él mientras estamos los dos acurrucados bajo una manta. Eso no va a pasar. Incluso

si me equivoco en la lectura de las cartas del tarot, y admitámoslo, las probabilidades de que eso ocurra son bastante altas, él no sería el tipo de hombre para mí aunque no me mirara como lo hace ahora, como si estuviera en una diapositiva bajo un microscopio. Aun así, se hace a un lado y paso, olfateando por última vez porque soy una glotona de castigo.

Me acerco al final de la estantería que da comienzo a la sección BIB y empiezo a buscar *Bibbidi*, estirando el cuello e inclinando la barbilla cada vez más mientras mi mirada asciende por las pilas hasta la cima.

—Mierda —refunfuño.

Gil se acerca deambulando hasta donde estoy como si seguirme por la librería fuera lo más natural del mundo para él.

—¿Necesitas ayuda?

—No, puedo hacerlo yo misma. —Todo lo que tengo que hacer es ir a engatusar al propietario y conocido cascarrabias Vance para que me preste la escalera que guarda en el sótano.

No puedo evitar que se me dibuje una mueca en la cara, porque la última vez que tuve que hacer eso, Vance me expulsó de la tienda durante una semana por molestarlo. Lo que daría por un poco de magia de levitación ahora mismo. En lugar de eso, saco el móvil de la bolsa y llamo al teléfono de la librería. Vance contesta con un gruñido al séptimo timbrazo, que para él es rápido. El metamorfo unicornio es tan amable como un duende con resaca y preferiría sacarse un ojo con su cuerno de plata antes que interactuar voluntariamente con sus clientes.

—¡Vance, hola! Soy Tilda. —Pongo mucha sonrisa en mi voz esperando atraparlo en un buen momento—. No puedo alcanzar uno de los libros.

Suelta un bufido de a quién le importa.

—Supongo que no lo necesitas, entonces.

—Sabes —digo, tratando de canalizar mi Izzy Sherwood interior que tiene que estar dentro de mí en alguna parte, ¿verdad? —Eso no es exactamente lo que alguien llamaría un gran servicio al cliente.

—Así que vete a escribir una crítica de mierda en Yelp. Estoy en mitad de un capítulo. —Cuelga y, supongo, vuelve a leer su libro.

Me guardo el teléfono en el bolsillo y miro hacia arriba, muy arriba, a la estantería más cercana al techo y al ejemplar de *Bibbidi-Bobbidi-Boo and You: Una meditación sobre la magia* que Effie necesita. Podría saltármelo, decirle que

se me olvidó o algo así, pero se daría cuenta de por qué no lo llevé a casa en cuanto viera su ubicación. Lo tomaría y me daría un abrazo compasivo y esa mirada que casi grita, pobre niña, y estoy tan jodidamente cansada de ser el objeto de la lástima de mi familia y el desprecio de los demás.

—¿Segura que no quieres esa ayuda? —pregunta Gil.

Voy a arrepentirme de esto, pero no es como si pudiera evitar ver al imbécil engreído el resto de mi vida si lo intentara con todas mis fuerzas.

—¿Puedes ayudarme a tomar el libro? —pregunto, manteniendo mi atención en el volumen encuadernado en cuero y no en la fantasía del profesor sucio andante que está a mi lado.

—Por supuesto —dice.

Pero en lugar de utilizar un hechizo para traerme el libro, me rodea con su brazo y nos hace flotar hacia arriba. Me encantaría decir que estoy más fría que una lechuga todo el tiempo, pero no nos mentimos el uno al otro. Es como si un chisporroteo eléctrico recorriera todo mi cuerpo y pudiera sentirlo por todas partes. Su pecho sólido y musculoso apretado contra mi espalda. El suave soplo de su aliento contra mi oreja. La protección de su brazo alrededor de mi cintura, que hace imposible imaginar que pueda dejarme caer. Todo eso ya es bastante malo, pero luego hay una ráfaga extra de algo que nos dispara más alto, como un globo de agua disparado con fuerza. Gil se agarra con fuerza y murmura algo en voz baja que ralentiza nuestro ascenso. Mi corazón va a mil por hora cuando nos detenemos, flotando en el aire a unos centímetros demasiado lejos del libro que necesito tomar.

Gil nos retiene durante un minuto, luego se inclina hacia nosotros, con una voz tan baja que nadie más puede oírlo, y dice:

—Nunca te lo han dicho, ¿verdad? Tienes que hacerle saber a tu madre que no puede ocultar la verdad sobre tus poderes para siempre.

Es como si me hubiera echado un caldero lleno de agua encima, apagando todo el *zing, zap, zoom que me* recorría hace sólo un segundo.

—Demasiado tarde. Todo el mundo sabe que no tengo poderes —le digo, como si sus palabras no se hubieran sentido como una bofetada—. ¿Puedes acercarte flotando a la estantería para que pueda tomar mi libro?

Sacude la cabeza y suspira.

—Lo que tú digas.

En el siguiente suspiro, el libro está a mi alcance y lo tomo. Entonces, nos

hundimos y vuelve ese chisporroteo, el olor a palomitas de cine tan claro en mi nariz que empiezo a preguntarme si estoy sufriendo algún tipo de apoplejía o algo así. Entonces el mundo se tambalea a nuestro alrededor mientras avanzamos y retrocedemos, girando en el aire de un lado a otro. Algo nos separa de un tirón, haciendo que el libro salga volando hacia fuera, y mi chillido aterrorizado se escapa antes de que pueda detenerlo.

Gil invoca un hechizo estabilizador, me agarra y me acerca mientras flotamos cara a cara a paso lento, con mis brazos enroscados en su cuello y el pulso acelerado, pero no porque casi nos hayamos estrellado contra el suelo de la librería.

—Te tengo —dice, sus labios tan cerca de los míos que desde algunos ángulos debe parecer que nos estamos besando.

No me juzgues, pero si me besara ahora mismo, en este momento, estaría totalmente de acuerdo.

Pero entonces mis pies tocan el suelo y él me suelta. Por un segundo, siento como si fuera a caerme sin su apoyo, pero entonces el resto de la librería empieza a enfocarme. Vance levanta la vista de su libro y al final del pasillo hay un puñado de brujas con sus móviles apuntándonos.

Se me hunde el estómago mientras aprieto los dientes con fuerza para distraerme del picor de nariz, señal inequívoca de que se acercan lágrimas de vergüenza. *Genial, lo he vuelto a hacer.* Lo hice de nuevo. Agacho la cabeza y camino rápidamente junto a las brujas hacia la puerta de la librería.

—Oye, Tilda —Gil llama—. Olvidaste tu libro.

Me giro y me envía el libro de mi hermana por el aire.

—Ay, Gil, qué gracioso eres —dice una de las brujas con una risita.

Y pensar que podría haberme enviado el libro volando mágicamente en primer lugar. ¿Quería avergonzarme? ¿No se dio cuenta de que yo era más que capaz de hacerlo por mí misma?

Tomo el libro del aire y lo aprieto contra mi pecho, lanzando una mirada interrogativa a Vance. El metamorfo unicornio asiente con la cabeza en señal tácita de que pondrá el libro en la cuenta de la familia, y salgo por la puerta con la barbilla alta, aunque un poco temblorosa.

Capítulo 8

Gil...

Sólo hay una forma de obtener las respuestas que necesito sobre Tilda, y tiene que ver con un mapache que saqué de un cubo de basura en el parque, una bolsa de gusanos de gominola y una botella de whisky de mantequilla de maní.

Griselda abre de golpe la puerta de su casa tras el segundo golpe y antes de que pueda golpearla por tercera vez. Hoy lleva el cabello largo y blanco recogido en dos coletas de color morado chillón, a juego con su camiseta de Nirvana. Ha completado su atuendo con unas Doc Martens negras, unos pantalones cortos vaqueros recortados que parecen haber tenido un encontronazo con un triturador de árboles, una franela atada a la cintura y un tatuaje de acuarela en la muñeca, recién adquirido, de un periquito volteando el pájaro con la pluma del medio.

—Por fin —dice Griselda, dejando escapar un suspiro de alivio—. Me muero de hambre.

Tiro de la criatura achaparrada que lleva una pajarita de lunares y se la quito de las manos.

—¿Te vas a comer el mapache?

Pone los ojos en blanco y se lleva la bolsa de la tienda de la esquina.

—No, los gusanos de gominola.

Después de sacar los gusanos de la bolsa, me la devuelve, se da la vuelta y se dirige a la cocina. No tengo más remedio que seguirla con la bolsa, un mapache que se retuerce y que espero que esté vacunado contra la rabia, y un montón de preguntas. Volvemos a la cocina de Griselda, donde también lee el tarot y seca la mayoría de las hierbas que utiliza en sus pociones.

También es el lugar donde llegamos a un acuerdo. Como una de las mejores agentes de la Resistencia, Griselda tiene el poder de sacar a mis padres del Más Allá. Todo lo que tenía que hacer era compartir mis conocimientos sobre el Consejo tras haber trabajado con ellos durante los últimos tres años. Decir que sí a eso fue la decisión más fácil que he tomado. Me importa una mierda el Consejo, la Resistencia o su guerra en la sombra. Que se peleen. Sólo quiero asegurarme de que mis padres están a salvo e ir a un lugar donde ninguno de los bandos pueda encontrarnos.

También me había ayudado a idear el plan de, citas, para llevar a cabo mi

investigación sobre los poderes de Tilda, diciendo que las cartas apuntaban a que sería beneficioso para ambos. No tenía ni idea de qué demonios sacaba Tilda de aquello, pero me ahorró varios meses de trabajo en su vida para poder hacer las pruebas.

Por supuesto, todo eso cambió en el momento en que me di cuenta de lo que era Tilda en realidad, y por eso estoy en casa de Griselda con un mapache, caramelos y alcohol.

Con un metro y medio de estatura en un buen día, el duendecillo se pasea por el gran espacio con sus enormes ventanales sin siquiera tener en cuenta todas las plantas secas que cuelgan de las vigas. Con un metro ochenta, la cosa cambia para mí. Tengo que esquivar manojos de hierba carmín americana, apio silvestre, belladona y acónito mientras el mapache intenta robarme la bolsa con la botella.

Mantengo la bolsa fuera del alcance de los cinco dedos del mapache.

—¿Y el whisky?

—Eso es para Newt —dice, tomando de mis brazos al animal que ahora gorjea alegremente.

—¿Le das whisky a un animal? —Eso parece a la vez incorrecto y completamente propio de un duendecillo tricentenario en fase grunge.

—En realidad, es Newt Sager de Ye Ol' Wand Shoppe. —Deja al mapache, Newt, en el suelo de piedra—. Tiene una cita para convertirse en un panda de la basura, ir a escarbar en la basura ajena durante unas horas y luego disfrutar de un pequeño sorbo antes de que vuelva a cambiarlo. —Debo de estar haciendo una mueca, porque me fulmina con la mirada—. No me juzgues. Todo el mundo tiene sus manías.

Griselda definitivamente tiene más de la que le corresponden.

Le hace cosquillas a Newt bajo su barbilla peluda.

—¿Por qué no me dices qué es tan importante que no puede esperar?

Paso la mirada de ella al mapache, bien, Newt, que está haciendo ese gesto de oh, has dado en el clavo, con los ojitos cerrados mientras golpea el suelo con la pata derecha. Definitivamente animal. Más o menos. Algo así. Mierda. Necesito una maldita guía para esto.

—¿Podemos hablar delante de él? —Le pregunto.

—¿Quieres decir que si puede entenderte en forma de mapache? —Griselda niega con la cabeza y se pone en cuclillas junto al mapache, que inmediatamente se tumba boca arriba para darle pleno acceso a su vientre—. Es

todo un mapache.

—Pero entonces, ¿por qué el whisky?

—Porque al mapache Newt le gusta mientras que la bruja Newt es abstemia.

Empieza a acariciar el estómago de Newt y me da miedo mirar hacia abajo, porque los sonidos que hace el mapache se acercan a la línea de lo raro pero aceptable y lo raro e inaceptable. Es muy probable que a Newt no le guste la transformación sólo para buscar en la basura y beber whisky, pero no voy a profundizar más en eso fuera de mis pesadillas.

—La próxima vez que lo veas en la tienda, no le hables del whisky —dice —. Él me haría cortar mapache Newt y te mereces ser feliz, ¿no es así, usted wittle wuv muffin .

Estoy tratando de alinear mi visión de Griselda como una de las líderes de la Resistencia socavando el Consejo para que no puedan hacer a otros lo que le hicieron a mi familia con la mujer que acaba de llamar a un tendero transformado, wittle wuv muffin, y lo está emborrachando. Sí. Eso no va a pasar.

Así que abro la botella de whisky de mantequilla de maní, sirvo un trago y lo dejo en el suelo junto al mapache, que se escabulle de Griselda, recoge el vaso y se acomoda en el asiento de la ventana para observar a los pájaros y beber.

El mundo es una maldita locura.

Griselda toma la botella, añade una buena dosis a dos tazas de té y me da una.

—Así que, como sé que tus padres están en este momento de camino fuera del Más Allá gracias a la Resistencia, supongo que no necesito hacer ninguna amenaza ni lanzar ningún hechizo ahora que has descubierto lo que es ella.

Quiero gritar de celebración, saltar y bailar. Pero no hago nada de eso, porque entiendo perfectamente lo que Griselda me está diciendo. Mis padres están a punto de salir del Más Allá, pero eso no significa que no sigan en peligro, que no se queden atrapados en el exilio, a propósito o por accidente.

Y por eso no confío ni en el Consejo ni en la Resistencia. Ambos bandos están dispuestos a hacer lo que haga falta para asegurarse de que su bando gane. No me sorprende que yo tenga que adoptar la misma postura. Así que me hago el tranquilo a pesar de que su no-amenaza es de hecho una amenaza.

No hace falta preguntar qué quiere decir con lo de Tilda.

—Una hechicera.

—Casi da escalofríos decirlo en voz alta, ¿verdad? —Da un sorbo a su té y me observa atentamente mientras estoy al otro lado de la gigantesca isla de cocina que utiliza para mezclar sus pociones, llamar a su familiar y, por el olor que desprende, cocinar el gumbo de esta noche—. ¿Entiendes de lo que es capaz?

—Exprimir los hechizos de los demás. —Mantengo el tono aburrido en mi voz porque esta confirmación significa que las cosas no sólo van mal, sino que están al borde del desastre.

El Consejo odia la magia duíl tanto como para exiliar al Más Allá a cualquiera que tenga el don. ¿Un hechicero? Lo que sea que hicieran, haría que el exilio pareciera unas vacaciones.

—Por decirlo suavemente —dice Griselda, su atención es tan intensa que parece estar haciendo un hechizo de lectura de mentes mientras yo estoy aquí bebiendo té con especias—, cualquiera que sea el poder de la bruja, lo quintuplica. El Consejo considera que los hechiceros van en contra del orden natural de las cosas y cree que deben ser destruidos al primer destello de sus habilidades. Así que sus padres decidieron que la mejor forma de protegerla era mantenerla ignorante.

—Si fuera una niña, el Consejo la destruiría —digo, bloqueando la imagen mental de eso—. Pero si ha llegado tan lejos en la vida, querrían su poder. —Les daría la oportunidad de salir de las sombras, de obligar a todo el mundo a seguir su versión de lo que es correcto y de agarrar las riendas del poder con tal fuerza que nadie podría arrancárselas—. Eso sería un desastre.

Griselda asintió.

—Sin duda alguna.

—Y no tiene ni idea. —Me siento en los taburetes que bordean la isla de cocina, intentando hacerme a la idea de todo esto. Una cosa es tener una teoría sobre algo de esta magnitud y otra confirmarla.

—Ninguna. —Vierte el té en la olla de hierro fundido que ya está hirviendo y se sirve un trago de whisky, que se bebe de un trago—. ¿Sabes lo raro que es un hechicero?

Trazo el dibujo de la calavera en la taza de té, necesitando hacer algo para aliviar la preocupación y la culpa que empiezan a silbar en mí como el vapor que se escapa de la tetera.

—Uno por generación.

Griselda resopla.

—Prueba con uno o dos cada tres generaciones en todo el Witchingdom. —Me sirve un trago y lo empuja por la isla—. ¿Sabes lo que pasa cuando se encuentra una? Caos. Cada familia poderosa y la facción que controlan intentarían tener al hechicero de su lado.

—Tilda es una Sherwood. —No son como otras familias, seguro que no son como la mía. Tienen poder, dinero, conexiones.

—Su apellido no la protegerá de esto —dice Griselda.

Es entonces cuando lo veo, el casi imperceptible estremecimiento mientras piensa en los, y si.... En el Más Allá, cuentan historias sobre Griselda y la Resistencia, sobre su valentía. Eso no es lo que estoy viendo ahora, y eso me preocupa muchísimo.

Bebo de la taza de té, el sabor a mantequilla de maní enmascara el ardor que necesito sentir en este momento.

—¿Así que tú y sus padres han dejado que se pasara toda la vida pensando que era una outré en lugar de dejarla tomar su propia decisión sobre cómo manejar lo que es?

Me mira con los ojos entrecerrados.

—La hemos protegido lo mejor que hemos podido.

Ahora me toca a mí burlarme de esa estupidez.

—Es adulta. Debería poder tomar sus propias decisiones.

Griselda no dice nada durante unos segundos. Sólo me mira con esa mirada que me hace sudar la nuca. Luego sonríe, y entonces sé que estoy jodido.

—Y cuando te sacaron de contrabando de El Más Allá —pregunta, su tono tan dulce como no lo es la expresión de su rostro—, ¿cómo lo hiciste?

—Eso es diferente. —Lo era. El Consejo no me había dado opción.

Griselda levanta una ceja plateada.

—Dejaste que tus padres creyeran que habías ido voluntariamente a trabajar para el Consejo para que no se pusieran en peligro expresando sus objeciones.

—Es por su propio bien —digo, alzando la voz lo suficiente para que el mapache Newt suelte un gruñido protector.

—Exacto. —Nos sirve otro trago a cada uno—. Y si Tilda usa el poder que tiene, los espectrómetros mágicos del Consejo la detectarían enseguida. No se

detendrían hasta averiguar quién está haciendo que los números se disparen. Tus pequeños picos en el jugo ya han sido bastante malos; si ella aumentara un hechizo intencionalmente, sólo sería cuestión de tiempo antes de que el Consejo le cayera encima.

—Si es tan poderosa, ¿no puede simplemente eliminarlos?

—Así no funciona un hechicero —dice Griselda—. Tiene que trabajar con el compañero adecuado para hacer un hechizo de nivel épico. Si lo hace con una bruja que no está preparada para actuar como una especie de conducto, el hechizo saldrá mal.

—No puedo seguir jugando al agente doble con Cassius. —He estado caminando por esa línea desde que aparecí en Wrightsville y tuve mi primer encuentro con Griselda. El Consejo me vigila. Cassius me vigila. Griselda me vigila. Tilda es la única persona que no lo hace, y es la que debería hacerlo—. Es sospechoso. Sé que lo es. Tengo que ayudar a mis padres a salir de allí antes de que sea demasiado tarde.

—No tienes por qué preocuparte —dice Griselda con un alegre bailecito giratorio en medio de su cocina—. Sacar brujas de El Más Allá lleva su tiempo, pero ya casi están libres. Te lo prometo.

¿Puedo creerle? Quiero, pero a estas alturas todo el mundo miente a todo el mundo sobre casi todo. Pero se trata de mis padres. Tengo que estar seguro.

—Necesito hablar con ellos.

—Pronto. Ahora mismo, están en una casa segura. Dales un par de días para trasladarlos a un lugar donde el Consejo no pueda alcanzarlos. —Griselda toma su chupito y me mira fijamente hasta que yo hago lo mismo.

Tengo que sopesar mis posibilidades.

Al Consejo no le importa una mierda mi familia más allá de cómo pueden utilizarla para mantenerme a raya. La Resistencia, sin embargo, no es así, al menos no según las historias que mi madre solía contarme, pero todo eso podría no ser más que una ilusión, que es por lo que voy a seguir adelante con los dos ojos abiertos y listo para una doble cruz.

—Vigila a Tilda —dice, moviendo los dedos en el aire y enviando las tazas al fregadero, donde el hechizo de limpieza se encarga de lavar los platos y guardarlos en los armarios—. No es que no lo estés haciendo ya, pero esta vez presta atención más con lo que tienes entre las orejas que dentro de los pantalones.

Culpable de los cargos, pero aun así.

—Griselda.

—¿Qué? —Suelta un suspiro lujurioso que yo no necesitaba haber oído nunca—. Fui toda una jugadora en mis tiempos. Aún recuerdo lo que sentí cuando Eliphas hizo eso con su lengua. Hay cosas que calientan a una vieja en una noche fría.

—Podría prescindir de esa imagen mental. —Aunque nunca he rechazado un buen proyecto de investigación. Tal vez Eliphas llevaba un diario con notas técnicas.

—Deja de hacerte el estirado. —Griselda pone los ojos en blanco y se aprieta más la franela que lleva atada a la cintura mientras rodea la isla para hacer un poco de magia flotante que la hace elevarse hasta mirarme a los ojos—. A mí no me engañas ni un minuto. He oído lo que las cartas dicen de ti.

Espero que la respuesta sea, una vida tranquila en la biblioteca, sin agentes del Consejo ni de la Resistencia mirándome por encima del hombro y con mis padres fuera disfrutando de sus vidas como personas libres de nuevo, pero una mirada a la cara de Griselda me confirma que no va a ser eso.

—¿Qué dicen las cartas?

—Que toda tu vida está a punto de cambiar.

Desde su lugar en la ventana, el mapache Newt levanta su copa en un brindis.

Al diablo. Mi. Vida.

Capítulo 9

Tilda...

No todos los días me llaman para ir a ver a Griselda, pero aquí estoy, en el porche de su casa, con unas ramitas de tomillo fresco de nuestro huerto familiar y exactamente trece pétalos secos de violeta azul prensados entre hojas de pergamino fino, según el mensaje que me envió por vía colibrí. No tengo ni idea de qué hechizo estará preparando en el caldero de su cocina, pero olerá mejor que la sopa de juanetes del otro día.

Griselda abre la puerta de su casa y deja escapar un suspiro de alivio.

—Gracias al destino, estás aquí. —Toma la bolsa de golosinas que le traje y se la ciñe a su camiseta vintage de Soundgarden con las fechas de la gira de 1994.

—Entra.

La sigo hasta la cocina, donde hay un mapache de aspecto achispado y también el hobgoblin de mis pesadillas sentado a la mesa y bebiendo lo que parece whisky. Bien, en realidad es Gil Connolly, pero es prácticamente lo mismo, sobre todo porque lleva un jersey de lana que tiene casi el mismo tono de verde bosque que el cabello de un hobgoblin y, ya sabes, es sobre todo malvado.

Me mira y hay un destello de sorpresa en sus ojos verdes, y por un segundo sus labios empiezan a subir mientras mi pulso se acelera y cada nervio de mi cuerpo se convierte en una herramienta de adivinación sintonizada sólo con él. Hay toda una inhalación de un casi-momento en el que todo parece ligero y cálido, como cuando te envuelves en una toalla recién salida de la secadora. Sin embargo, al exhalar, se da cuenta y la sonrisa se convierte en un ceño fruncido dirigido directamente a mí. Todo ese calor difuso se convierte en una llamarada de vergüenza por haber sido engañada de nuevo que me calcina hasta quemarme.

Decidido a ignorar al imbécil de la mesa, aunque sigo sintiendo curiosidad por el mapache, me acerco a Griselda en la isla.

—¿Por qué está aquí?

—Porque —dice mientras remueve el caldo perfumado con tomillo que empieza a burbujear en su caldero—, los envío a los dos a una misión.

Gil aprieta la mandíbula y se levanta de la silla. Juro que lo veo contar

hasta sesenta mil millones en su cabeza mientras camina a grandes zancadas por el suelo de losas hacia nosotras. Sin prestarme atención, a quién le importa si lo ignoro, es muy grosero por su parte fingir que ni siquiera estoy aquí, se detiene en el lado opuesto de la isla donde está Griselda y apoya las palmas de las manos en la encimera de pizarra, prácticamente vibrando de incredulidad irritada.

—*¿Me* voy de misión? —pregunta, con voz grave, como si yo no *estuviera aquí.*

—Sí —dice Griselda mientras añade los pétalos azul violeta de uno en uno —. Necesito que ambos salgan a recoger hongos agáricos para un hechizo.

Ese anuncio hace que Gil se quede boquiabierto y mi cerebro se detiene un segundo antes de soltar:

—Pero son venenosos.

—Bah. —Griselda agita la mano desdeñosamente—. Eso es muy exagerado.

—Sí, toda esa campaña de relaciones públicas que han puesto en marcha con carteles en todas las herboristerías y boticas es una auténtica genialidad —refunfuña Gil.

—Mantiene el suministro disponible para aquellos que tienen un uso legítimo para ello —dice Griselda—. Yo sólo los uso para un poco de polvo zombi no mágico temporal, por supuesto. Durante quince minutos, la bruja, el duende o el hada malvada se suavizan hasta el punto de la inactividad.

—¿Para qué lo necesitas? —pregunto, devanándome los sesos en busca de algún hechizo que no sea mortal que requiera uno de los ingredientes más venenosos que se pueden encontrar en brujería.

—Si quisiera que lo supieras —dice mi madrina, con la primera pizca de enfado en su tono—, te lo habría dicho desde el principio.

Sé por experiencia que ese es el final de esa conversación y, sin embargo, una mirada con el rabillo del ojo a Gil y la forma en que me mira ahora con un gruñido decidido me hace abrir la boca de todos modos.

—¿Pero por qué tengo que ir con él?

—Hay un troll. —Griselda deja de remover y mira de Gil a mí antes de dejar su caldero, la cuchara de madera sigue removiendo sola, y camina hacia su despensa de provisiones.

Se me revuelve el estómago de preocupación.

—¿Cómo un troll que te golpea en la cabeza o un troll de resuelve mi

acertijo?

—Un poco de las dos cosas. —Vuelve de la despensa y me da una pequeña bolsa de arpillera rosa fuerte que parece que podría contener una bolsa de granos de café enteros y no mucho más—. Ahora váyanse y no vuelvan hasta que la bolsa esté llena.

El mapache nos saluda con la mano mientras Griselda nos saca a toda prisa por la puerta principal, que cierra de un portazo en cuanto cruzamos el umbral y nos deja solos en el porche, sin que ninguno de los dos mire al otro mientras contemplamos la calle arbolada.

¿Incómodo?

Muchísimo.

Gil me tiende la mano.

—¿Vamos?

—Podemos ir en Uber. —Lo que aliviaría la necesidad de tocarlo, ya que ser una gran sin magia significa que no puedo volar.

Me frunce el ceño porque claro que lo hace.

—Esto es más rápido.

Ojalá pudiera discutir la lógica, pero no puedo, así que me juro a mí misma que esta vez no dejaré que lo que sea que se apodera de mí cuando estoy cerca de Gil me deje estupefacta. No le rogaré que me bese. No le rodearé con mis brazos. No oleré su colonia a escondidas. Sí. Sí, eso es. Lo haré y haré que así sea.

Pero la vida no funciona así, ¿verdad?

Ambos sabemos que no.

Por eso, cuando le sujeto la mano, un chisporroteo de conciencia me recorre oleada tras oleada de deseo, cada una más fuerte que la anterior. Es suficiente para dejarme sin aliento, pero entonces él invoca un rápido hechizo de vuelo y nos elevamos en el aire como un cohete, y respirar ya no es una opción. El viento me revuelve el cabello y las gafas me oprimen el puente de la nariz mientras surcamos el cielo a toda velocidad, atravesando las nubes y el aire fresco del otoño. No voy a decir que me aferro a Gil para salvar mi vida, pero tampoco puedo decir que no lo hago.

—¿Puedes ir más despacio?

Hace una mueca.

—Aguanta.

Aprieto con fuerza su mano mientras las casas de Wrightsville se hacen cada vez más pequeñas hasta que sólo son puntitos debajo de nosotros. El bosque Killjoy está escondido en las montañas Blue Ridge. No hay carreteras que lleven a él ni un solo mapa que indique su ubicación, pero todas las brujas de la zona conocen el plan de vuelo perfecto para llegar. O al menos eso es lo que dicen.

No puedo evitar soltar un suspiro de asombro al verlo desplegarse bajo nosotros.

—Es precioso.

—¿No lo habías visto antes? —pregunta Gil.

—No es exactamente accesible para outré. —Eso es decir poco. No es que nos nieguen la entrada, pero sin otra opción que volar, es muy difícil llegar.

—Entonces —dice, reduciendo la velocidad—, tenemos que asegurarnos de que realmente lo veas bien.

—No tienes que...

Pero ni siquiera llego a terminar la frase antes de que gire bruscamente a la izquierda y nos haga volar por encima de los árboles, sumergiéndonos en praderas doradas con explosiones de flores otoñales y planeando tan cerca de las cascadas que puedo mojar los dedos en el agua fresca de la montaña que se precipita al arroyo. Cierro los ojos y me lo guardo todo en la memoria: la sensación del aire rozándome las mejillas, el aroma de los pinos, la emoción de navegar por encima de todo en el cielo más azul y claro que pueda existir en un museo, y la firme fuerza de la mano de Gil alrededor de la mía. Cuando abro los ojos, me mira con una sonrisa en los labios.

—Increíble, ¿verdad? —pregunta.

Lo único que puedo hacer es asentir con la cabeza, porque es casi demasiado, la ráfaga de certeza que me golpea en este momento, como si así empezara mi vida y todo hasta ahora hubiera sido sólo el preludio. No puedo explicarlo, ni siquiera puedo procesarlo, pero está ahí, sólido como una roca y confuso como el infierno.

Nos deja cerca de un arco de piedra caliza que debe tener más de sesenta de alto y casi treinta de ancho. Por debajo corre un riachuelo, precioso y azul, con el agua lo bastante clara como para que pueda ver peces de neón nadando alrededor de las rocas que brillan con la luz.

Hago un tres sesenta completo intentando memorizar cada centímetro.

—Es precioso.

Por una vez, el Sr. Sabelotodo no dice nada, sólo vuelve a sujetarme la mano y me la aprieta mientras nos quedamos de pie asimilándolo todo. Entonces la tierra tiembla bajo nuestros pies y los pájaros se dispersan desde las copas de los árboles cuando parte del puente de piedra caliza se separa del resto y pequeñas rocas salpican el arroyo. El montículo de piedra caliza en movimiento se transforma a medida que se acerca, la ilusión de piedra pálida se evapora y revela un enorme troll de puente de tres metros de altura, con un anillo en la nariz hecho de huesos y una sonrisa de dientes rasgados.

—Ahora mismo estaba pensando en que me vendría bien un tentempié —dice mientras se frota el estómago bien acolchado—. ¿Qué hacen en mi bosque?

El bajo barítono de su voz rebota en mi interior y hace que mis dientes prácticamente vibren, como durante una fiesta de brujas cuando la música suena a todo volumen por los altavoces y los graves se convierten en una fuerza física. Aunque estoy preparada para verlo, la visión me deja sin aliento.

Gil da medio paso adelante, soltando mi mano y llamando la atención del troll.

—Recogiendo hongos para Griselda.

El troll se tira de uno de los tres largos cabellos negros que asoman de su barbilla.

—Les diría que la saludaran de parte de Eugene, pero eso no será posible cuando estén en mi vientre.

—Sólo si no podemos resolver tu acertijo —digo, mi voz temblando sólo un poco en comparación con lo que mis rodillas están haciendo en este momento.

—Oh, no lo harán. —Eugene se ríe—. He comido bien gracias a este.

Gil cruza los brazos sobre el pecho e inclina la barbilla en señal de desafío.

—Pues dánoslo.

—Ansioso por tu muerte. Lo apruebo. —El troll mira por encima de su hombro y grita hacia el bosque—. Harold, enciende el fuego. Me apetecen brochetas de brujos. —Los árboles tiemblan y el fuerte crujido de un tronco partiéndose en dos retumba unos segundos antes de que el destello de las llamas aparezca en la cima de una montaña cercana. Eugene se vuelve hacia nosotros y esboza su terrible sonrisa—. Tienen una oportunidad para responder al acertijo, y

no pueden discutir la respuesta entre ustedes, sólo tienen que confiar o no confiar, según el caso. No digan que no se los advertí. Las lágrimas de bruja suelen amargar la merienda.

—Qué mal por ti —dice Gil, con un tono sarcástico.

Eugene se sienta en una roca que, comparada con él, parece tan grande como un escabel y se frota las manos antes de ofrecer el acertijo.

—Un día, una bruja presumía de poder permanecer bajo el agua durante seis minutos. Una outré se rió y dijo: Eso no es nada, y que ella podía estar fácilmente diez minutos bajo el agua sin necesidad de utilizar ningún hechizo, ya que era una sin magia. La bruja dijo: ¿Ah, sí? Demuéstralo. La outré lo hizo. ¿Cómo lo hizo?

Gil abre la boca, pero le cubro la boca con la mano y le lanzo una mirada de *cállate ya*. Los trolls son muchas cosas; bromistas no son una de ellas. Eugene dijo que no discutiéramos el acertijo y lo dijo en serio. Gil asiente y doy un paso atrás, con un cosquilleo en la palma de la mano donde toqué sus labios.

Empiezo a dar vueltas a la adivinanza en mi cabeza, mientras Gil permanece inmóvil, con las manos entrelazadas a la espalda. Los pájaros empiezan a volver a las copas de los árboles cercanos a nuestro tranquilo lugar junto al arroyo, y el único sonido es el murmullo del agua sobre las rocas semienterradas en el barro del fondo. Me recuerda a cuando mis hermanas y yo fuimos a nadar e hicimos un concurso para ver quién aguantaba más tiempo en el agua. Todas hicieron un hechizo de levitación para mantenerse a flote, pero se les acabó el jugo del hechizo antes de que mis piernas se cansaran demasiado para seguir. La magia era asombrosa, pero me había pasado toda la vida buscando otras opciones, como...

La respuesta al enigma me golpea como un puñetazo en la nariz.

Me vuelvo hacia Gil y le dirijo una enorme sonrisa. Levanta una ceja. Asiento con la cabeza y trato de pensar cómo voy a expresar lo segura que estoy de la solución. Las charadas nunca han sido mi juego favorito. Sin embargo, en lugar de esperar a que haga algún tipo de baile interpretativo, Gil se limita a asentir. Ahora me toca a mí levantar las dos cejas en señal de pregunta. Vuelve a asentir.

Dejando escapar un profundo suspiro, me vuelvo hacia Eugene, que se está pasando el hilo dental con una rama de árbol que aún tiene pegadas unas cuantas hojas de naranjo.

—La outré se sirvió un vaso de agua y lo mantuvo sobre su cabeza durante

diez minutos.

El troll gruñe, un ruido sordo que hace que los animales del bosque a ambos lados del arroyo corran a esconderse.

—Harold, apaga el fuego.

Con la adrenalina por las venas, corro hacia Gil y prácticamente salto sobre él. Me rodea con sus brazos, me levanta y me hace girar para celebrarlo. Cuando nos detenemos, sin aliento, el sonido del bosque ha vuelto, pero apenas lo oigo. En cambio, soy muy consciente del brazo de Gil que me rodea, que me estrecha contra él, y de cómo todo en el mundo parece absolutamente perfecto en ese momento a la suave luz del atardecer.

—¿Cómo llegaste a esa respuesta para el acertijo? —pregunta Gil, bajándome al suelo y dando un paso atrás—. No tenía nada.

Se me acelera el corazón y me tambaleo, pero consigo articular palabra.

—Cuando eres una outré, supongo que ves las cosas desde otra perspectiva.

—Sabes, Tilda Sherwood, eres genial.

—¿Es eso un cumplido, Gil Connolly? —Traducción: ¿Estamos coqueteando? Quiero decir, definitivamente se siente como si estuviéramos coqueteando, pero ¿por qué pasaría eso? Él me odia. Yo lo detesto. Es un imbécil gigante que quizá esté destinado a mi hermana. Y sin embargo, cuando me mira con una intensidad lo bastante poderosa como para encender esa hoguera que los trolls acaban de apagar, como está haciendo ahora mismo, todo un escuadrón de mariposas empieza a maniobrar en mi pecho.

Asiente con la cabeza, una extraña tensión se desprende de él en oleadas mientras se pasa los dedos por el cabello, casi como si esperara arrancarse algo de él.

—Lo es.

¿Qué demonios se supone que debo decir a eso? No tengo ni la más remota idea. Esa rareza incómoda tan familiar vuelve a entrar en la conversación, acabando con la cómoda camaradería que había hace un momento. No tengo ni idea de lo que he hecho esta vez, pero está claro que lo volví a arruinar, como siempre.

Estupendo. Perfecto, Matilda.

Estoy buscando algo que decir cuando un jabalí gordo y peludo con colmillos enroscados pasa junto a nosotros y trota hacia la arboleda.

—Es un cerdo salvaje. —Lo tomo de la mano y tiro de él mientras sigo al animal—. Nos llevará directamente a los hongos.

¿Salvada por el cerdo? Oye, algunos días una bruja tiene que llevarse las victorias que pueda aunque, el destino me ayude, besar al gran imbécil que tengo al lado suene mejor.

Capítulo 10

Gil...

El sol se está poniendo y el cabello de Tilda se tiñe de rojos y naranjas cuando aterrizamos en el jardín delantero de Griselda y las hojas de otoño crujen bajo nuestros pies.

La buena noticia es que por fin soy capaz de ejercer más control sobre la oleada de energía cada vez que ejecuto un hechizo mientras la toco. La mala noticia es que no quiero soltarla a pesar de que se me han acabado las excusas para tocarla, y el giro desconocido de la culpa me tiene retorcido por dentro. Me aferro a su mano aunque sé que esta conexión no es más que la causada por mi jodida magia familiar.

No es real.

Al menos eso es lo que me digo a mí mismo mientras miro fijamente su mano en la mía como una especie de imbécil.

—Vaya —dice Tilda mientras se endereza las gafas, que se le habían vuelto chuecas en algún punto entre el Bosque de los Aguafiestas y Wrightsville —. Eso fue algo.

—Sí. —Me obligo a soltarle la mano y me meto las manos en los bolsillos para no cambiar de opinión mientras empezamos a caminar hacia el porche de Griselda.

—Gracias. —Con las mejillas sonrosadas, se acerca la bolsa de hongos al estómago como un escudo mientras su mirada se desplaza de la casa a las hojas que caen de los árboles y a las brujas que caminan por el carril observándonos no tan disimuladamente—. Te lo agradezco mucho y...

Tilda suelta un chillido agudo y salta hacia atrás cuando la ardilla mascota de Griselda salta de la barandilla del porche. Parsnip vuela por los aires, con los brazos extendidos y su corbata de cachemira del tamaño de una ardilla ondeando en el aire sobre su pequeño hombro. Tilda la esquiva, pero no es lo bastante rápida. La ardilla gris aterriza en el hombro derecho de Tilda, agarra un puñado de cabello rojo y tira hacia abajo con tanta fuerza que Tilda grita.

—¡Parsnip! —Tilda grita—. ¡Para!

La ardilla le acaricia la mejilla, toma la bolsa de hongos y trepa por la cabeza de Tilda mientras ésta se arremolina y se agarra a la rata peluda del árbol.

Me acerco corriendo, pero antes de que pueda llegar, Parsnip salta hacia arriba, muerde la cuerda que sujeta la bolsa y se agarra a la rama de un árbol. Luego se balancea al estilo Tarzán de rama en rama hasta llegar al canalón pintado de blanco de la casa. Se desliza por el desagüe hasta el porche, nos hace un gesto con el dedo corazón a los dos y se escabulle dentro de la casa.

—¿Estás bien? —pregunto, buscándole arañazos, no queriendo sino necesitando asegurarme de que está bien.

—Los familiares son lo peor. —Me mira mientras se frota el cuero cabelludo donde Parsnip le tiró del cabello—. Tú no tienes uno, ¿verdad?

—No, no forman parte de la tradición mágica de mi familia. —No es mentira, pero tampoco es toda la verdad.

—La nuestra tampoco, pero eso no impidió que mi hermana tuviera a Barkley, el gallo más imbécil que jamás conocerás. —Me mira por encima del hombro y gime—. Por supuesto que alguien tenía que ver eso. Mi bailecito con Parsnip estará en todas partes antes de que llegue a casa. A mamá le va a encantar.

Al girarme, veo al puñado de brujas al otro lado de la valla del jardín de Griselda. Se ríen mientras sostienen sus teléfonos, sin duda listas para publicar el vídeo de la ardilla contra una Sherwood en WitchyGram en cuanto Tilda entre en casa. Pero eso no es lo que me hiela la sangre: Cassius está de pie justo detrás del aquelarre de brujas zorras.

Mierda.

Mi guardián nunca ha aparecido en ninguno de mis otros trabajos. Sólo lo he visto una vez, pero no hay quien lo confunda. El hombre es lo bastante pálido como para confundirlo con un vampiro, sobre todo por la forma en que lleva el cabello lacio y negro hasta los hombros, como para favorecer silenciosamente la identificación errónea. Por otra parte, ningún espía del Consejo es lo que parece, es la descripción de su trabajo.

—Ve adentro —digo—. Yo las distraeré.

—¿Estás seguro?

Le hago un gesto brusco con la cabeza, preparándome para el nuevo infierno en el que está a punto de convertirse mi noche. Vuelvo a lanzar mi mirada habitual y cruzo la calle con la intención de burlarme de las brujas que ya se alejan mientras teclean en sus teléfonos, sin duda pensando en los pies de foto perfectos para sus publicaciones en WitchyGram. Pero ellas no son mi objetivo. Me detengo ante la puerta de Griselda y espero. No tardo mucho.

—Connolly —dice Cassius—. Ustedes se veían muy acogedores.

Y sin más, vuelvo al Más Allá, patinando al borde del desastre. Resoplo desdeñosamente.

—Sólo hago mi trabajo.

—Por supuesto —dice, con una sonrisa tan fría que podría congelar los casquetes polares.

Se ríe, un sonido viscoso y deslizante que me eriza la piel.

—Todos nos saltamos las normas de vez en cuando. No te denunciaría por una pequeña diversión —dice—. Puedes confiar en mí, lo sabes.

Dijo el caimán al conejito que cabalgaba sobre su lomo al otro lado del río.

Mamá solía contarme esa historia por las noches cuando me arropaba bajo las sábanas en los breves descansos del internado de El Más Allá. El conejito siempre creía tener el control de la situación, pero el caimán siempre hacía rebotar al conejito en medio del agua, lejos de la orilla. El conejito preguntaba por qué, y el caimán le decía que sabía perfectamente quién era el conejito cuando se metía en el agua y entonces se lo comía entero, sin dejar ni un mechón de pelo de su cola de conejo en el agua.

Era una buena lección para un niño que intentaba mantenerse con vida en el Más Allá y en el Witchingdom en general.

—Claro que sé que puedo confiar en ti. —Obligo a mis hombros a bajar unos centímetros e imito una soltura en mi cuerpo que no siento, especialmente no cuando mi sentido de Tilda empieza a hormiguear, haciéndome saber que ella tiene que estar cerca aunque no pueda verla—. Estamos del mismo lado en todo esto.

—Exacto. —Mira más allá de mí hacia la puerta de Griselda—. ¿Alguna novedad sobre tu corazonada? Al Consejo le está picando el gusanillo con toda esta operación.

Giro, poniéndome directamente entre la casa y mi guardián, luchando por mantener mi frialdad habitual y no buscar el escondite de Tilda cuando siento como si un duende drogado me recorriera las venas. El Consejo no puede descubrir que Tilda es una hechicera. Griselda tiene razón, ni siquiera el apellido Sherwood la protegería del Consejo. Por eso Cassius está aquí controlándome. Capturar a un hechicero no sólo haría su carrera, sino que lo convertiría en una leyenda dentro del Consejo y le abriría caminos de poder inalcanzables de otro modo. Cassius no dudaría en hacer lo que fuera necesario para que eso

sucediera.

—Sólo es una exagerada. —Me encojo de hombros, ignorando el suave crujido de las hojas a mi derecha, que tiene que ser Tilda, porque tengo que venderle la mentira a uno de los mentirosos más consumados que he conocido, una tarea que se hace aún más difícil por el destello de cabello rojo que veo por el rabillo del ojo—. No hay nada en ella más allá de eso: ni magia, ni algo especial, ni una maldita cosa más allá de una outré protegida por su familia.

—¿Estás seguro? —Cassius me fulmina con la mirada, obviamente enojado porque sus planes de ascenso se han ido al diablo.

—Sin duda alguna.

—Entonces termina tu informe. —La vena de su sien palpita y me cuesta todo lo que tengo no sonreír ante su absoluta furia por haber sido frustrado—. El Consejo tiene otro trabajo para ti. —Me mira a la cara, absolutamente seguro de su superioridad—. No olvides lo que depende de tu cooperación. No me gustaría que tus padres se quedaran en el Más Allá para siempre.

Me invade una furia terrible y letal ante la mentira descarada de la declaración, cuando es imposible que Cassius no sepa que mis padres han desaparecido, y me entran ganas de darle una patada en el trasero a Cassius, pero no puedo ceder. No importa lo bien que me sienta en el momento, tengo que jugar a largo plazo, mantener a Tilda a salvo. Claro, ella tiene a su familia y a Griselda para cuidarla, pero por alguna razón que no puedo explicar, también me tiene a mí.

Realmente me he maldecido a mí mismo.

—El tiempo corre, Connolly —dice Cassius antes de chasquear los dedos y desaparecer en el éter.

Me apresuro a entrar en casa de Griselda y la encuentro sola en la cocina, compartiendo un plato de galletas con la ardilla mientras ambas se sientan en la pequeña mesa redonda donde lee el tarot.

—Ya se fue —dice Griselda antes de que pueda preguntar por Tilda—. Parece que oyó a alguien decir algo que hirió sus sentimientos. No puedo imaginar quién fue.

Sí, y el té de saúco de su taza no está generosamente aderezado con absenta.

Se me revuelven las entrañas.

—¿Qué hago?

Encoge sus huesudos hombros.

—Depende de lo que quieras hacer.

Miro las cartas del tarot dispuestas en cruz sobre la mesa.

—¿Estaba todo esto en las cartas?

—Sabes que no puedo decírtelo. —Baraja el mazo, moviendo las cartas con rapidez mientras un aura púrpura crece con fuerza a su alrededor—. Todo lo que puedo decir es que la vida es un lío. Acostúmbrate.

Como si tuviera otra opción, especialmente cuando se trata de joder las cosas con Tilda.

Capítulo 11

Gil...

Lo primero que tengo que hacer para desentrañar lo que está pasando es encontrar a Tilda, que evita sus lugares habituales como un troll evita el agua caliente y jabonosa a menos que sea la hora de su baño anual.

Resulta que es más fácil hacerlo a través de Internet que preparando un hechizo de localización. Como Sherwood, todos sus movimientos están bien documentados por los chismosos de WitchyGram, uno de los cuales acaba de publicar una foto suya acudiendo a una reunión en el sótano de la Librería Alquimista y Emporio del Té.

Salgo a toda prisa del barrio de Griselda y entro en Main Street justo cuando una cúpula de protección de color púrpura claro que impedirá la entrada de intrusos empieza a cubrir la tienda de tres plantas. Mis hombros se relajan medio centímetro antes de que vuelvan a subir como un bumerán hasta mis orejas y una triple descarga de adrenalina me recorra las venas.

La magia funciona en un espectro opuesto; la cúpula no sólo protege, sino que también atrapa a todos en su interior. Si Cassius aún alberga sospechas de que Tilda es el eslabón más débil de los Sherwood, ahora mismo sería la oportunidad perfecta para lanzar un hechizo que la obligara a cumplir las órdenes del Consejo sin interferencias de los Sherwood, y como ella no sabe que tiene ningún poder, no tendría ni idea de que podría detenerlos.

Carajo.

Tengo que llegar a ella.

Ahora.

No es tanto un pensamiento como un plan de acción surgido de la nada y de una desesperación que no puedo explicar. Todo lo que sé es que es ADN profundo, envuelto tan fuerte alrededor de cada parte de mí que estoy corriendo hacia la tienda antes de darme cuenta.

Las brujas se apartan de mi camino mientras corro hacia el edificio, lanzando maldiciones al aire tras de mí, como si una hiedra venenosa fuera a ralentizarme cuando estoy a punto de separarme de Tilda. Esprintando aún más rápido con la ayuda de un encantamiento de Hermes, recorro las tres manzanas en quince segundos y llego al edificio justo cuando la línea púrpura de la cúpula

está casi encima de las ventanas del primer piso.

Un giro brusco a la derecha en el callejón me sale completamente mal cuando casi choco contra la pared opuesta, pero no puedo frenar. No. No es eso. No *quiero frenar*. Me niego.

Corriendo hacia las escaleras que bajan a la entrada trasera del sótano del Alquimista, me deslizo bajo la línea morada segundos antes de que golpee el suelo con un fuerte golpe que lanza tierra y escombros al aire. Me duelen los pulmones mientras intento recuperar el aliento y evaluar los daños causados al deslizarme con el trasero por los escalones de piedra para golpear la cúpula. Cuando oigo el tic-tac, me hago el tercer moretón que va a dejar una gran marca.

Mierda.

Conozco ese sonido.

Me levanto antes de darme cuenta, con todo el cuerpo prácticamente vibrando por el esfuerzo de invocar otro conjuro de Hermes tan poco después del último. Duele como solo puede doler el uso excesivo de la magia, como si me clavaran uñas dentadas en el cerebro o estuviera consciente mientras un ratón me roe los órganos vitales.

Sin embargo, tengo medio respiro para ceder al dolor y luego vuelvo a correr. Solo tengo diez segundos para bajar las escaleras, cruzar la puerta y entrar en la sala de reuniones antes de que me cierren el paso.

Logro entrar en la sala medio suspiro antes del último tic. La puerta de la sala de reuniones se cierra de golpe y suena otro *whoomph* al otro lado de la puerta antes de que el aroma a tarta de manzana caliente inunde el aire.

Estoy sudando, me desabrocho la camisa y respiro tan fuerte como aquella vez que me adelanté a un trío de trolls que buscaban una donación para su caldo de huesos, pero lo he conseguido y eso es lo único que importa.

O al menos eso creo hasta que levanto la vista y veo que las aproximadamente veinte personas de la sala me miran con curiosidad, excepto Tilda. A juzgar por la expresión de su cara mientras se ajusta las gafas con más disgusto de lo que creía posible en un rostro tan pequeño, tengo suerte de que no tenga ni idea de lo poderosa que es en realidad.

Tras unos segundos de silencio, todos se vuelven hacia los grupos con los que estaban hablando antes de que yo entrara corriendo y me lanzaran miradas.

Tilda se acerca a mí con el aspecto de una bruja guerrera dispuesta a infligir un daño brutal y significativo. No me cabe duda de que ha oído lo que le

dije a Cassius, y vaya si se ha enojado.

No debería ser caliente.

Pero lo es, joder.

Ese último hechizo me ha hecho perder la cabeza, porque verla caminar hacia mí es lo más sexy que he visto nunca. No es sólo la forma en que sus caderas cubiertas de vaqueros se balancean mientras se acerca o la hinchazón de su labio inferior rosado como si acabara de mordérselo. Ni siquiera es la pronunciada curva de sus tetas, que ninguna sudadera de gran tamaño puede ocultar. Es la mujer misma, toda ella, y el atisbo de quién es tras la versión aséptica de sí misma que muestra al resto del mundo. Tilda es toda una Sherwood: segura de sí misma, exigente, poderosa, inteligente, astuta y tan jodidamente problemática que no sé si luchar para salir de aquí o besarla.

Estoy jodido.

No para hasta que estamos prácticamente mano a mano. Huele a palomitas con extra de mantequilla, de esas del cine que deberían venir con una advertencia de adicción, y sus ojos son tan azules tras las gafas que no puedo evitar imaginármela corriendo desnuda por el bosque.

No.

Espera.

¿Qué demonios me pasa? Este no soy yo. Al menos no con Tilda Sherwood. Ella es demasiado esto y yo soy demasiado aquello y lo único en lo que tengo que centrarme ahora mismo es en mantener a mis padres a salvo, evitar que el Consejo la torture y que la ira de todo el clan Sherwood caiga sobre mí cuando descubran, y al final lo harán, lo que sé y a quién se lo he contado.

Esboza una sonrisa mientras mira a las demás brujas de la sala, saludando con la mano aquí y asintiendo con la cabeza allá, pero la sonrisa desaparece cuando vuelve a centrarse en mí.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta entre dientes.

Me tiembla la polla y me pican los dedos por estirarlos y apartarle el cabello que se le ha escapado de la coleta por detrás de la oreja. Todo esto es rarísimo, pero no puedo negarlo. Lo que en el mundo de la brujería se conoce como hechizos de amor son en realidad hechizos de lujuria que concentran todo ese deseo flotante en una persona con la teoría de que a partir de ahí ocurrirá algo real. Es parte de la razón por la que a los brujos como yo, con magia duíl, se nos considera tan peligrosos: supuestamente podemos crear amor. No podemos,

pero eso no impide los rumores y las...

Carajo.

Eso lo explica todo. ¿Por qué no me di cuenta antes? El casi beso, la explosión de su magia duíl, y el hecho de que no puedo dejar de pensar en ella desde entonces.

Maldito imbécil, Connolly. Ella no sólo superó tu magia. Te maldeciste a ti mismo con tus propios malditos poderes duílicos.

Cerrando todas las implicaciones de estar bajo un hechizo de lujuria con la peor mujer de todo Witchingdom con la que podría estar conectado mágicamente durante quién demonios sabe cuánto tiempo, vuelvo a caer bajo la armadura de la sonrisa que construí en el Más Allá y que he llevado desde entonces.

—Oh, Tilda. —Le doy un pellizco juguetón en la nariz porque no puedo contenerme. ¿Qué será lo próximo? ¿Le tiraré de las coletas? —Parece que me has echado de menos.

—¿Por qué iba a hacer eso? No soy nada, ¿recuerdas? —Si se hubiera dado cuenta de que podía tener llamas saliendo de un lado de su cara con sólo tocar a alguien haciendo un hechizo de fuego, lo habría hecho en ese momento —. Sólo soy una sin magia que no importa.

Sí, definitivamente escuchó la mierda que le vendí a Cassius.

Bien. Sabía que se enojaría cuando me viera, pero su enfado puede ser exactamente lo que necesito para despejarme hasta que averigüe cómo romper mi propia maldición. Todo lo que tengo que hacer es molestar a Tilda y ella dará unos pasos atrás para que pueda respirar y pensar de nuevo.

Se acerca, interponiendo sus pies entre los míos, y me planta la palma de la mano en el pecho, por encima del corazón. El mundo entero se detiene y cada parte de mí se concentra en ella.

Juro que siento el aire crepitar a nuestro alrededor y que no hay nadie, absolutamente nadie, en la habitación, excepto nosotros. Me mira con los ojos dilatados y los labios entreabiertos. Si no la conociera bien, pensaría que quiere que baje la cabeza y la bese, que baje la mano y le acaricie el trasero mientras la levanto para que me rodee la cintura con las piernas.

—Tienes que irte —me dice mientras me agarra de la camisa, agarrándome fuerte y sin soltarme, así que no hay forma de que me vaya a ninguna parte aunque quiera.

—No puedo. —Me encojo de hombros, sabiendo que eso la va a sacar de

quicio. Qué puedo decir, soy un hombre desesperado que se aferra al hilo más delgado de autocontrol—. La cúpula ha caído.

—Esto me pasa por acceder a las exigencias sobreprotectoras de mamá. —Suelta un gemido áspero y tira de mi camisa, acercándome más a ella, obviamente tan atrapada en el hechizo duíl como yo—. Este no es tu sitio.

¿Cree que no lo sé? Pero no quiero estar en ningún otro sitio que no sea en el armario, al otro lado de la habitación, con la puerta cerrada y nuestra ropa amontonada en el suelo. Mi polla se engrosa y me inclino hacia ella, observando cómo se humedece el labio inferior con la lengua. Su mirada se nubla de lujuria y mueve la mano desde encima de mi corazón hasta los botones del centro de mi camisa blanca abotonada.

No vamos a llegar a ese armario.

—Oh, Tilda —nos interrumpe una mujer, devolviéndonos a ambos a la realidad de dónde y quiénes somos—. ¿Quién es tu amiga?

Tilda mira a la mujer alta de cabello rizado tan negro que casi parece azul y cara llena de pecas con el vestido amarillo brillante y parpadea como si no la hubiera visto nunca. Aunque me alegra saber que no soy el único con el cerebro revuelto en este momento, prácticamente la oigo reprenderse por quedarse en blanco. Antes de pensarlo mejor, le tiendo la mano y se la aprieto suavemente. Los dos bajamos la mirada, confundidos, y la suelto, con un cosquilleo en los dedos.

—Birdie —dice Tilda mientras flexiona los dedos a su espalda—, este es Gil. Gil, esta es Birdie.

—Encantada de conocerte —dice Birdie, con una sonrisa genuina.

Me tiende la mano. Contengo la respiración mientras le doy la mano, pero no hay ni una chispa, ni siquiera un chisporroteo. El hechizo accidental de mi magia duíl está definitivamente localizado en una pelirroja con curvas que en ese momento finge estar completamente concentrada en limpiar sus gafas.

—Gracias por recibirme.

—Siempre nos alegramos de tener un recién llegado —dice Birdie.

—No es un inadaptado. —Tilda vuelve a ponerse las gafas, pero ni siquiera me dirige una mirada.

Los ojos oscuros de Birdie se abren de par en par mientras mira de mí a Tilda y viceversa. Sí, yo tampoco me lo explico, pero aquí estoy, sonriendo como un loco ante una mujer empeñada en demostrar que no me soporta.

Se aclara la garganta.

—Bueno, los aliados también son importantes. Ojalá tuviéramos más de... —Lo que iba a decir a continuación se lo traga un enorme estornudo.

En un instante, todas las bombillas de la habitación se vuelven rosas, luego azules y después rojas mientras Birdie sigue estornudando.

La magia de la cúpula suele ser eficaz, pero la posibilidad de que algo salga mal nunca es nula. Me interpongo entre Tilda y la puerta, dispuesto a enfrentarme a cualquier fuerza malévola que haya atravesado el perímetro o haya entrado antes que yo. Entonces me doy cuenta de que nadie más se ha inmutado. Birdie estornuda una vez más, esta vez lo bastante fuerte como para que su espesa melena oscura vuele a su alrededor como si hubiera decidido de la nada empezar a golpearse la cabeza, y todas las luces, incluso las del pasillo, se apagan.

—Lo siento a todos —dice Birdie, luego se inclina cerca de mí y susurra: —Alergias mágicas.

Varias personas encienden las linternas de sus móviles.

—Ya lo tengo —grita un tipo enorme con una sonrisa bobalicona que supera a todos los demás en la sala por un metro y medio.

—Dios mío —dice Birdie en voz baja.

—Et erit… et erit… espera. Ya lo tengo… Lo juro… Et erit tenebris. —Todas las luces de los teléfonos se apagan también—. Mierda —murmura—. Lo siento.

Una voz masculina familiar grita:

—Et erit lux.

Todas las luces se encienden con tanta intensidad que me hacen entrecerrar los ojos.

Vance, un agente de la Resistencia, el dueño de la librería, y el metamorfo unicornio con aléjate tatuado en los nudillos, está de pie en la puerta, con su habitual expresión hosca en la cara debajo de su cuerno de unicornio que nunca desaparece incluso cuando está en forma humana, sosteniendo una bandeja llena de sándwiches de té.

—Eli —señala con el dedo al tipo alto—, tienes que escribirlo para que no te domine la ansiedad. Y tú —se vuelve hacia Birdie—, dile a Griselda que te reponga las medicinas para la alergia.

Si alguno de ellos se siente ofendido por las órdenes del metamorfo

unicornio, no lo demuestra.

Se centra en mí.

—¿Tú qué estás haciendo aquí?

—Eso es lo que intento averiguar —dice Tilda.

Vance me echa un vistazo y, antes de que pueda pensar en una tapadera para explicar mi aspecto, pasa a mi lado y se dirige hacia la parte delantera de la sala.

—Seguro que pronto lo descubriremos —dice por encima del hombro—. Bienvenidos a la reunión del grupo de apoyo de inadaptados mágicos. Todo lo que se diga aquí, se queda aquí. Hay comida después. Ahora siéntense todos y acabemos con esto.

Todos se dirigen hacia los asientos dispuestos en círculo en el centro de la sala mientras todas las piezas encajan en mi cabeza. Claro, sé que los noutré no son los únicos brujos que tienen problemas para hacer magia. A veces es físico, a veces es mental y a veces es una combinación. Sé que el Witchingdom tiene sus marginados, pero no tenía ni idea de que se hubieran unido para apoyarse mutuamente. Se me revuelven las entrañas; si el Consejo se entera, no les gustará. Harán lo que puedan para acabar con la práctica. Mantener a las brujas aisladas o temerosas de agitar el barco metafórico es lo que los ayuda a mantener el poder.

—No los mires así —dice Tilda, obviamente tomando mi mueca como si fuera para sus amigos, no para el Consejo—. Sí, algunos de nosotros encontramos la fuerza en estar con otros que se enfrentan a los mismos retos. No todo el mundo quiere ser un lobo solitario, excepto los hombres lobo. A veces son así. Tú no eres en parte hombre lobo, ¿verdad?

—No. Sólo lo suficientemente inteligente como para saber que la gente siempre está en lo suyo y que no puedes confiar en otros brujos. —Hay al menos veinte personas en la habitación. Cualquiera de ellas podría ser un espía del Consejo, un agente doble como yo. Tilda, sin embargo, es completamente ajena a la perspectiva. Su familia puede pensar que la están protegiendo, pero no siempre estarán cerca para vigilarla, así que cuando caiga el telón, va a ser aún más difícil para ella mantenerse fuera de las garras del Consejo—. No todos somos Sherwoods malcriados que pueden tomar el camino fácil creyendo que el mundo está lleno de arco iris hechos de sol.

Resopla incrédula.

—Qué mundo más triste en el que vives.

No es triste, es la realidad. Depender de los demás es lo que acaba llevándote al Más Allá. El hecho de que Tilda no se dé cuenta de eso sólo demuestra lo protegida que está y por qué me necesita.

Capítulo 12

Tilda...

Lo hice.

Otra vez.

¿Qué tiene Gil que me hace hacer el ridículo en público cada vez que estoy cerca de él?

En cuanto se levantó la cúpula de la reunión de inadaptados mágicos, me apresuré a salir de allí sin ni siquiera quedarme a comer los cupcakes de ojo de tritón que había traído Eli y me dirigí a casa a toda prisa como si los duendes me estuvieran pisando los talones. Soplé besos a mi familia reunida en torno al caldero de la cocina, qué, no es que pudiera ayudar con nada de la magia que allí se hacía, y subí corriendo las escaleras, seguí las marcas que llevaban a mi sección de la casa y tomé el chocolate de emergencia.

Bien.

Soy una gran gallina. *Bwak. Bwak.* No me extraña que Barkley no me deje en paz. Incluso ahora el gallo está arañando la puerta cerrada de mi habitación.

—Vete, Barkley —refunfuño—. Me estoy revolcando en la miseria.

Me acuesto en la cama y suelto un gran suspiro. No puedo seguir encontrándome con el tipo con el que mi hermana está destinada a casarse. Tal vez. Si leí bien las cartas. Además está el hecho de que hago algo estúpido casi cada vez que lo veo. Ah, sí, y el hecho de que habla mal de mí cuando no estoy cerca. ¿Quién necesita eso? No lo necesito. Lo odio. No lo soporto.

Y, sin embargo, sigues queriendo besarlo cada vez que está a tu alcance.

¿Qué demonios está pasando, Matilda Grace?

Se está volviendo más que incómodo. Bien, tacha eso, ha sido incómodo desde el principio porque soy yo y ese es más o menos mi modus operandi.

Aun así, solo tengo que cerrar los ojos y todo mi cuerpo vuelve a zumbar con esa sensación de algo tan bueno, tan correcto, tan jodidamente perfecto cuando me mira que es como... bueno... magia... o al menos lo que imagino que es que un hechizo te atraviese. Y casi lo había besado. Otra vez. En público.

Que el destino me proteja, no hay forma de que esto termine bien. Tengo que asegurarme de evitarlo como sea. Eso no debería ser tan difícil.

—Sí, completamente —murmuro para mis adentros porque, sí, me ha dado por hablar sola—. No es que lo vea cada vez que me doy la vuelta. —Solo en la librería y el emporio del té, en la cafetería, en la tienda de comestibles, en la reunión de inadaptados mágicos y en cualquier otro sitio en el que me parezca estar, incluido el porche de Griselda aquella vez que casi choco con él en mis prisas, cosa que al gato del pomo de la puerta le encanta recordarme cada dos visitas a mi madrina—. Así que en todas partes.

—Oh, cállate.

Estupendo. Ahora me respondo a mí misma.

El aire brilla al otro lado de la ventana abierta y el viento arrastra el olor a sal y a libros viejos. Se me revuelve el estómago, se me acelera el pulso y la expectación me recorre como una ráfaga de viento inesperada. Sólo conozco a una persona cuya magia tenga ese aroma.

—¿En serio? —pregunto al techo como si las vigas de madera fueran a confesarme una explicación para este último nivel del infierno.

La emoción y el miedo me recorren el cuerpo a la vez, sin saber si quiero saltar o vomitar, me incorporo en la cama y centro mi atención en el pequeño balcón que hay junto a la ventana. Es lo bastante grande para albergar un par de macetas llenas de malvarrosas, dedaleras y flores de luna, además de un arbusto de lavanda un poco desgarbado. Estar de pie en el delicado balcón de hierro forjado es imposible, pero ahí está Gil, justo entre las dedaleras moradas y las flores de luna blancas que empiezan a abrirse. Lo miro más de cerca. Sus bordes están un poco torcidos, como la imagen de una persona que ha sido retocada con Photoshop pero a la que no se le ha prestado la misma atención al fondo.

Así que no es Gil el que está en mi balcón, lo cual es bueno para él, porque mi balcón no está preparado para albergar a un tipo de metro ochenta que, según mis esfuerzos de reconocimiento de esta noche (bueno, mi incapacidad para no tocarlo), tiene un montón de músculos bajo la estética de profesor sexy que lleva. Es la proyección astral de Gil, una versión sombría y casi real de él, hasta la sonrisa permanente que me molesta en parte porque empieza a gustarme.

Ugh.

¿Qué me pasa?

La única respuesta a eso es mucho, demasiado.

—Te escapaste —dice Gil.

—No lo hice.

Sí, sólo corriste a casa a gran velocidad con el metafórico rabo metido entre las piernas.

—¿En serio? —Su sonrisa se vuelve más sonriente—. Resulta que sé que el cupcake de ojo de tritón es tu favorito, y Eli hizo tres docenas enteras.

Mi estómago gruñe. No puedo culparlo. A Eli siempre se le hace agua la boca con sus cupcakes. No tengo ni idea de lo que hace cuando los prepara, porque el destino sabe que mi versión nunca sale igual aunque use la misma receta, pero las suyas son DELICIOSAS con mayúsculas. Sin embargo, no estoy dispuesta a ceder ante McSmirky McSmirkerson y su proyección astral de hombros anchos, cabello ligeramente alborotado y sonrisa de, apuesto a que si se convierte en un gran trasero.

—Los cupcakes están bien. —Agarro uno de los cojines cuadrados que hay junto a la cabecera de la cama y lo pongo sobre mi estómago todavía crecido para amortiguar el sonido de: ¡Aliméntame! que emite.

Empieza a despegar el papel que envuelve el milagro de la panadería.

—¿Así que no te importa si me como esto delante de ti?

—No es como si pudieras, ya que sólo caminas sin un cuerpo. —Compruebo subrepticiamente que no estoy babeando por el cupcake o el hombre proyectados.

Arranca un trozo de cupcake y se lo mete en la boca, cerrando los ojos en éxtasis en cuanto lo hace. Es una tortura, de las que no puedo apartar la vista porque comer cupcakes parece ser mi manía esta noche.

—Te traje uno como disculpa por ser un idiota. —Hace un gesto con la cabeza hacia la izquierda—. Mira por el arbusto de lavanda.

Sí, estoy fuera de la cama y atravieso de la habitación a mi ventana en una vergonzosamente pequeña cantidad de tiempo. Ahí está, justo donde dijo. Recojo el cupcake en su bolsa de plástico para sándwiches de las ramas enjutas del arbusto. ¿Me hago la genial y me lo llevo a mi mesa sin comérmelo para demostrar algo? No, no lo hago. Me quedo de pie frente a la ventana abierta y abro la bolsa del bocadillo, inhalo profundamente la canela, la vainilla y el tritón confitado, lo arranco y muerdo directamente la parte superior de la cupcake.

—¿Por qué esto parece un soborno? —Y el paraíso gastronómico.

Gil se acerca unos pasos.

—¿Qué tal si en vez de eso lo consideras una ofrenda de paz? Siento lo que dije antes.

—¿No lo decías en serio? —Ugh. ¿Por qué sueno tan malditamente esperanzada? ¡Es un imbécil! ¡Un imbécil! El peor brujo de la historia... bueno, si no me cuentas a mí. Quiero decir, al menos puede lanzar un hechizo—. ¿Entonces por qué lo dijiste?

Debería retroceder más hacia mi habitación, pero aquí estoy, un bache en el tronco de la vida. No es como si pudiera tocarme físicamente o lanzarme una maldición o encantamiento mientras recorre el cuerpo, pero aun así me parece prudente.

Yo, sin embargo, soy muy imprudente, me excita y me embauca por completo el hecho de que me traiga un cupcake de disculpa. Hay que tener cuidado con los que vienen cargados de pasteles. Gente peligrosa.

Termina su cupcake, hace una bola con el envoltorio de papel que había en el fondo y lo tira a lo que supongo que es un cubo de basura de su casa.

—No puedo explicar por qué lo dije ahora, pero tenía mis razones y las explicaré en cuanto pueda.

No debería aceptar una excusa tan poco convincente, pero hay una cinta de sinceridad serpenteando por sus palabras que siento hasta ese medidor de mierda que nunca me ha hecho mal.

—Todo el asunto misterioso está muy sobrevalorado. —Pero caliente, oh tan malditamente caliente. Él es todo melancólico, molesto, sonriente super caliente que ha borrado mi vocabulario por lo demás impresionante.

No debería perdonarlo. No lo perdono. Todo el calor en mi vientre es de los dulces, dulces carbohidratos.

Ajá, claro, Matilda Grace.

Que el destino me ayude, estoy muy mal de la cabeza, pero desgraciadamente no del cuerpo, cuando se trata de él.

Ningún hombre debería tener una mandíbula tan cuadrada y cubierta de lo que parece la barba castaña más suave de la historia que quiero acariciar y que me rasque la cara interna de los muslos. ¿Y sus labios? Por cosas del destino, he pensado en lo que me harían esos labios mientras estaba en la bañera y ajustaba los chorros para que golpearan justo en el punto en el que debería haber convertido el agua en vapor. Incluso su nariz es caliente, y eso es algo que no debería permitirse. ¿Nariz? ¿Quién demonios piensa que las fosas nasales pueden ser sexys? Aparentemente yo cuando se trata de Gil Connolly. No puedo mirar a ese hombre sin excitarme, e incluso ahora, mientras sostengo un cupcake a medio comer, soy toda calentura y pensamientos sucios mientras él... Bueno, él

me está mirando y una vena de su sien está toda abultada, y sus mano están cerradas en pequeños puños apretados a los lados. ¿Pero qué demonios...? Fue él quien se presentó, sin invitación, en mi casa.

—¿Por qué me miras así?

Casi gruñe ante la pregunta, mientras el marrón de sus ojos se oscurece con una intensidad que me hace dudar de que su proyección astral no esté realmente aquí.

—¿Cómo qué?

Mira, me gustaría decir que el papel de lija extra en su tono no hace que mi núcleo haga un apretón feliz, pero estaría mintiendo, y tú y yo estamos más cerca que eso.

—Como si te estuviera molestando. —Doy un paso hacia él para mostrar que estoy molesta y defendiéndome, y oh-mi-casualidad porque no puedo evitarlo, necesito estar más cerca de él—. Sólo me estoy comiendo el cupcake que me has puesto aquí y parece que quieres gritarme por ello.

—No quiero gritarte —gruñe.

Y ahí está, el gran imbécil que conozco y al que deseo como una tonta.

Si hubiera podido agarrarlo de la camisa y tirar de él más cerca en ese momento, lo habría hecho.

—Entonces, ¿qué quieres?

Su mirada se posa en mi boca, y es un maldito fuego, no literalmente, gracias al destino, pero pequeñas chispas de deseo y necesidad, que debo detener, bailan sobre mi piel, y se me cae el cupcake. Dejo caer el oro de la panadería al suelo porque todo mi cuerpo zumba con una expectación que me aprieta el vientre y el resto de mí se afloja, se dobla y se desespera por enrollarse a su alrededor.

—He dicho —suelto una respiración temblorosa— ¿qué quieres?

Su mirada se aparta de mí como si no pudiera soportar mirarme más.

—Demasiadas malditas cosas que no puedo tener.

—Tú, yo y todos los demás —respondo, con la piel fría de nuevo ahora que ha apartado la mirada—. Eso se llama vida.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando —dice.

—Oh, vete a la mierda. —Doy otro paso adelante. Estamos tan cerca que si hubiera sido Gil en vez de su proyección astral, estaría casi pegada a él, lo que

no es posible porque no puedes *tocar a* alguien que camina sobre su cuerpo—. Has estado actuando así conmigo desde que llegaste a la ciudad.

Su atención vuelve a posarse en mí y el aire cruje y chisporrotea a nuestro alrededor.

—Tengo mis razones.

—¿Sí? —respondo bruscamente—. Bueno, apestan.

Calor, promesas y, bésame ya, se arremolinan a nuestro alrededor. Es casi como volver a la cafetería, esa sensación flotante, efervescente y eléctrica que me hace mirar a Gil con los labios entreabiertos por la expectación. Él no puede, yo no puedo, nosotros no podemos y, sin embargo, aquí estamos. El corazón me martillea contra las costillas, tengo los pezones tan duros que una brisa fresca me dejaría a medio camino del éxtasis orgásmico, y me duele el corazón de atención. Él inclina la cabeza. Me pongo de puntillas. Nuestros labios se rozan y durante un improbable segundo es real, y al siguiente su proyección astral estalla como una pompa de jabón, y yo estoy de pie junto a mi ventana besándome con el aire.

Como una tonta.

Otra vez.

Carajo. Conmigo

Capítulo 13

Tilda...

Una noche dando vueltas en la cama y todavía estoy confusa y desconcertada por lo de anoche y por qué no puedo controlar mi calentura cuando se trata de Gil Connolly.

No es que no tenga una vida sexual sana entre mi colección de vibradores y los ligues que son geniales para los orgasmos pero no funcionan para las relaciones a largo plazo, pero esto es algo diferente. Esto es más, y está empezando a asustarme de verdad, lo que significa que es hora de hacer lo que mejor se me da: evitar la confrontación. Así que en lugar de dedicar tiempo a profundizar en lo que me pasa ahora, es hora de ponerse manos a la obra.

Recojo mi teléfono y mi libro de planificación de redes sociales, y bajo a la biblioteca, donde Effie y mi madre están inclinadas mirando un viejo libro encuadernado en cuero, de los que tienen las páginas amarillentas curvándose en las esquinas, que está colocado en medio de una mesa de lectura.

Me planto junto al gran ventanal con un asiento de terciopelo azul y esbozo una sonrisa alentadora.

—¿Quién está listo para las redes sociales?

Mamá me lanza una mirada fulminante. La mujer preferiría ser nouré como yo antes que participar voluntariamente en uno de los posts familiares de WitchyGram. Por eso acaba apareciendo solo en candids y así es como ocurren cosas como la foto viral de ella poniendo caras raras en mitad de un hechizo. No es que se lo vaya a decir a mi madre. Me gusta estar viva.

Effie levanta la vista del libro.

—Seré tu víctima, Tillie.

—Excelente. —No la parte del apodo, no soy una Tillie, sino la parte de la víctima voluntaria—. Todo lo que necesito hacer es conseguir algunos videos y fotos de lo que sea que estés haciendo, y eso será todo.

—De acuerdo, entonces —Mamá se acaricia el moño rubio, sin duda asegurándose de que ni un solo mechón de cabello se atreva a desafiar sus deseos—, las dejo con ello.

Con un dramático movimiento de su amplia falda de lino blanco, sale de la habitación antes de que Effie pueda obligarla a participar, que es prácticamente

la única forma de que mamá acabe en la cuenta familiar de WitchyGram. Effie y yo aguantamos hasta que mamá sale de la biblioteca, pero en cuanto mi hermana agita las manos para cerrar las puertas dobles, las dos nos echamos a reír a carcajadas. No podemos evitarlo. El odio (según yo) o el miedo (según Effie) de mamá a las redes sociales siempre nos hace reír; en cualquier caso, el resultado es que ella las evita todo lo posible y me controla a mí, el fracaso familiar, sobre lo que publico.

—El dialecto de este libro es casi tan ridículo como la reacción de mamá al salir en el feed de WitchyGram —dice Effie una vez recuperamos el aliento.

—¿De qué libro se trata? —Echo un vistazo a las páginas de gran tamaño con intrincados dibujos de plantas y hierbas que bordean el texto.

—Un viejo libro que papá encontró en casa de la tía Agatha.

Esta era la respuesta habitual cuando se trataba de un viejo libro de hechizos que acababa de llegar a nuestra biblioteca. La tía Agatha vive cerca del círculo polar ártico, entre renos y una comuna de amor libre de elfos obsesionados con la artesanía. Incluso viajar con un mapa mágico llevaría una semana, pero gracias al hechizo de la casa Sherwood, cada Sherwood del mundo está conectado a través de los hilos mágicos que unen un hogar lejano con el otro. Se rumorea que esta conexión es lo que mantuvo a salvo a los Sherwood en tiempos peligrosos, al permitir que nuestra magia familiar se mezclara y reforzara mutuamente cuando era necesario. Ahora se utiliza sobre todo para reducir el tiempo de desplazamiento para visitar a la familia.

—Bien, vamos a usarlo —digo, observando cómo la luz que entra por las vidrieras entre las estanterías de libros del suelo al techo que bordean las paredes baña a Effie en un suave resplandor rosado—. Lee como si estuvieras lanzando un hechizo.

Me lanza una mirada incrédula.

—¿Sin el caldero familiar?

Sí, todo el mundo sabe que sólo las brujas más poderosas pueden hacer magia sin caldero, pero no es que haya alguien por ahí que siga pensando que las redes sociales son reales.

—Todo el mundo sabe que las redes sociales son un montaje.

—Juniper aún no lo ha traducido del todo. —Miró el libro y se mordió el labio inferior—. ¿Y si es una maldición?

Ese era el mito del hombre del saco que los padres contaban a sus

pequeñas brujas para asegurarse de que no practicaban magia antes de tener licencia, que ese hechizo podría ser la maldición que perjudicara a tu familia. Era un cuento tan grande como la historia de que Santa es un extraterrestre que hace regalos en lugar de un nudista fumador de hongos con una grave adicción a las galletas Oreo.

—Las maldiciones, las que dan miedo en serio, no son más reales que el Consejo —digo—. De todos modos, a menos que te hayas vuelto poderosa a nivel de mamá de la noche a la mañana, no es como si tuvieras suficiente jugo para lanzar un hechizo serio por tu cuenta, es por eso por lo que ustedes trabajan en el círculo para la magia grande.

Effie asiente con la cabeza mientras me subo encima de la mesa para colocarme en ángulo sobre mi hermana. La expresión dubitativa de su rostro de querubín desaparece cuando mi lógica se impone y me guiña un ojo antes de empezar a leer.

—Maxime qui diligitis —dice Effie mientras grabo el vídeo—. Haud custodiant —exhala un suspiro, ladeando la cabeza, obviamente pensando en la pronunciación arcaica—, ut ex illis nocere se defendat, et ad gelu et transit usque ad periculum. —Me mira y mira a la cámara, poniendo una adorable cara de *lo puedes creer*—. Tempus esse casum vocabis eos et glacies. —Empieza a enroscarse el cabello rizado alrededor de un dedo, señal inequívoca de que ha entrado en modo de super concentración—. Tempus quis sustin-no. Tempus quis cusstane, no eso no dice ahí.

Me pongo en cuclillas, apoyando los codos en las rodillas para que hagan de trípode de bruja mientras pongo a Effie de perfil.

—¿Qué clase de latín es ese?

—De ese tipo rebuscado. No hay romanticismo, ni texturas exuberantes, ni te envuelve la magia y te hace girar hasta que sientes que vuelas. Sólo hay.... —Deja escapar un suspiro que hace que todos sus rizos se arremolinen alrededor de su cabeza.

El cabello le cae en ángulos extraños que parecen cuernos. Como he aprendido la lección *del incidente de la cara* con mamá, alargo la mano para alisar un tirabuzón errante y devolverlo a su sitio.

Las yemas de mis dedos rozan la concha de la oreja de Effie mientras acomodo el rizo detrás de ella justo cuando dice:

—Tempus quis sustinebit.

Se oye un chasquido, como el de un corcho de champán. Entonces, los

ojos de Effie se abren de par en par y me mira sorprendida y confusa. El olor penetrante, cítrico y a limón fresco de la magia de Effie mezclado con palomitas de maíz con mantequilla llena el aire.

—¿Qué has hecho? —Effie pregunta.

No me da tiempo a responder, aunque supiera lo que está pasando, porque un trueno en la biblioteca sacude los libros de las estanterías y tambalea los retratos de familia que cuelgan de las vidrieras.

—Tillie —dice Effie, apretándose los dedos contra las mejillas—, tengo mucho frío. Estoy...

No termina de hablar, no puede. Empiezan a formarse cristales de hielo en sus pestañas. Sus labios se vuelven azules. Su piel, ya pálida, se vuelve aún más blanca.

Parpadea una vez, dos veces, y a la tercera aparece una fina capa de hielo sobre su piel.

Luego otra.

Y otra.

Y más, una tras otra, más rápido de lo que puedo respirar, más rápido de lo que mi corazón asustado puede latir, más rápido de lo que puedo reaccionar hasta que finalmente Effie se queda congelada en su sitio, envuelta en una capa de hielo que parece haber sido derramada sobre ella, atrapándola a mitad de la pregunta.

El pánico y el horror me agarran por el cuello.

—¡Effie!

Agarro el hielo que la rodea e intento romperlo con mis propias manos. Grito pidiendo ayuda mientras ataco el hielo, golpeándolo, tirando de las esquinas, desgarrando la fina pero irrompible capa de hielo que la cubre desde la parte superior de su cabello rizado hasta las puntas de las uñas de sus pies pintadas de rosa intenso. Mis manos están heladas, las puntas de los dedos empiezan a ponerse azules y las uñas rotas, cuando el terror inicial retrocede lo suficiente como para darme cuenta de que no puedo abrirme paso a la fuerza para salvar a Effie.

—¡Mamá! —Intento gritar, pero me sale un gemido—. Mamá.

Corro por la casa, haciendo todo lo posible por gritar su nombre. Al vislumbrar el característico moño rubio de mamá, me desvío hacia la cocina, tropiezo con algo en la puerta y caigo con un fuerte golpe en el suelo. Cuando

miro hacia atrás para ver qué me ha hecho caer, se me revuelve el estómago. Barkley está en medio de la puerta, congelado igual que Effie. Aunque sé lo que voy a ver, me obligo a ponerme en pie y echar un vistazo a la habitación. Mamá y papá están junto al caldero, asomándose a sus profundidades, con pequeñas sonrisas congeladas en sus rostros. Bea, Juniper y Leona están en la mesa, cubiertas de hielo de arriba abajo, en plena lectura del tarot.

—Mamá —le ruego, todavía esperando contra toda esperanza que pueda oírme, que esto no sea real, que no se lo acabo de hacer a mi familia.

No contesta.

No puede.

Nadie puede.

—¿Qué demonios he hecho?

Pero no hay nadie que pueda responder a la pregunta.

Normalmente sólo hacemos magia en la cocina junto al caldero familiar mientras burbujea y sisea. Cada uno tiene su sitio, incluso yo, que no ayudo en nada. Yo me quedo en un rincón con Barkley mientras el resto de mi familia forma un círculo alrededor del caldero, de mayor a menor y tomados de la mano. El poder del tacto amplifica los hechizos y alivia la succión de energía que supone hacer magia repartiéndola entre cada miembro del círculo.

Jadeo al darme cuenta y me desplomo sobre el duro suelo de piedra.

Toda magia tiene dos caras, y sólo la habilidad de los miembros del círculo controla el camino que toma: curar o dañar. Obviamente lo he jodido todo siendo una sin magia y tocando a Effie en mitad de la encantación. Como círculo de dos, habría tenido tanto control sobre el hechizo como mi hermana, si hubiera sido mágica. Como nula, había fallado en el hechizo, que en realidad había sido una maldición, igual que yo. Así que la maldición del libro y la maldición de no tener magia se combinaron y dos males hicieron un desastre.

Es culpa mía y no puedo arreglarlo, pero sé cómo hacerlo.

Cruzo la ciudad a toda velocidad hasta la casa de Griselda. Cuando llego a la aldaba de su gato, apenas puedo respirar y el sudor me recorre la espalda. En cuanto mis dedos tocan la cola del gato, la puerta se abre y el aroma casi me abruma. Cáscara de limón y palomitas con mantequilla.

—¿Griselda? —grito mientras me apresuro a entrar, rogando a las hadas que muestren un poco de piedad al tener a mi madrina en casa.

Está congelada mientras le da un chupito a un mapache con pajarita, cuya

patita negra apenas toca la mano de Griselda cuando acepta el vaso. Esa pizca de conexión debe de haber sido suficiente para congelarlo junto con Griselda, aunque no sea de la familia.

Esto no es sólo malo.

Esto es lo peor que podría pasar.

No soy sólo una nula. Soy la nula que congeló a toda su familia, y si no encuentro a alguien que me ayude a revertir el hechizo, estarán así para siempre.

Pero el caso es que no queda nadie para ayudar, y no puedo hacer nada.

Capítulo 14

Gil...

Veinticuatro horas y sin Tilda.

No ha aparecido por la librería y tetería Alchemist's Bookshop and Tea Emporium, donde suele pasar unas horas en un sillón de terciopelo revisando las redes sociales y escribiendo artículos sobre manualidades. Hoy, en lugar de encontrarla arrellanada en un rincón de la butaca junto a la ventana, con las gafas casi deslizadas hasta la punta de la nariz y una taza de té de saúco al alcance de la mano, encontré a Vance mullendo almohadas y refunfuñando sobre los malditos brujos vagos que no saben recoger lo que ensucian.

A continuación, fui a Salem's Bakery and Coffee Shoppe, el lugar de nuestra última cita. No estaba saboreando una cupcake de ojo de tritón ni duplicando su café expreso. De hecho, juraría que las hojas del árbol de sangre de dragón se habían levantado cuando entré, como si esperaran que estuviera detrás de mí. Sin embargo, cuando la puerta se cerró sin Tilda, las hojas del árbol volvieron a caer y sus ramas se aflojaron con lo que sólo podía suponer que era una decepción abatida.

Está a punto de ponerse el sol cuando me vuelvo hacia la plaza del pueblo, con una preocupación desesperada arañándome la nuca.

Me he quedado sin opciones si ella no está en la venta anual de pasteles Magical Misfits to Raise Awareness for Nonmagical Beings[2], o MMBSTRAFNB, quienquiera que estuviera a cargo de ese nombre realmente necesita ayuda profesional. Tendré que presentarme en persona en el recinto de Sherwood, que es exactamente el tipo de cosa que tentaría incluso al idiota más simpático del Consejo a convertir mis bolas en pasas mohosas.

Literalmente.

La venta de pasteles se organiza alrededor de un gran cenador amarillo. Hay una docena de mesas de metro ochenta repletas de golosinas mágicas para los no mágicos: tarta de higuerilla para protegerse del mal de ojo, tartas de hojas de zarzamora para conjurar la riqueza, pan de azafrán para potenciar la fertilidad y galletas de semillas de amapola para combatir el insomnio o, si se comen unas cuantas docenas a la vez, unos diez minutos de invisibilidad. Veo a Eli en medio del cenador, probablemente el único lugar donde puede estar de pie dentro de la estructura sin golpearse la cabeza con las vigas. A su lado, rodeada de una

multitud de brujas, doce gnomos que se dan codazos para conseguir una mejor posición, unos cuantos duendes y un trío de hadas que revolotean alrededor de sus rizos oscuros, está Birdie. Inspecciono la multitud dentro y fuera del cenador, busco una mata de cabello rojo o la característica risa hipada de Tilda, pero no encuentro nada.

Abriéndome paso entre la multitud que hacía fila para comprar los cupcakes de Eli, tiene que haber elfos en su árbol genealógico, porque ya se me hace agua la boca sólo de pensar en ellas, me dirijo hacia las amigas de Tilda.

Me colé delante de un par de gnomos para acercarme a Birdie.

—¿Dónde está?

—Bueno, hola a ti también, guapo —dice, sosteniendo un bocadillo horneado envuelto individualmente—. ¿Quieres un cupcake? Cinco billetes por una buena causa.

Birdie puede parecer huidiza y dulce, pero en sus ojos hay algo más que un poco de pimienta fantasma, su mirada es de *te-voy-a-joder-amigo*. Tomo mi cartera y le doy cinco libras.

—¿Dónde está? —pregunto mientras desenvuelve su cupcake.

—Oh, ese dinero era sólo para el cupcake. Si quieres información —recoge un tarro de pepinillos con un agujero perforado en la parte superior y agita las monedas de un dólar en él— tienes que donar a la causa.

—Creía que te habían atrapado por carterista, no por extorsionadora.

Birdie no parece avergonzarse lo más mínimo de sus antiguas actividades delictivas. Se limita a encogerse de hombros y decir:

—Qué puedo decir, he ampliado mis horizontes.

Ahora es cuando debo alejarme.

¿Qué diablos me importa realmente Tilda Sherwood? No es mi trabajo velar por ella. En mi contrato de trabajo se describen mis obligaciones, que incluyen espiarla, no cuidarla. Se supone que sólo estoy terminando mi informe que convencerá a Cassius y al Consejo de que es sólo una sin magia sin acceso a ella. Ella no significa nada para mí.

Y, sin embargo, aquí estoy metiendo diez billetes en el estúpido tarro de los pepinillos y haciendo todo lo posible por ignorar la cara de triunfo de Birdie.

—No tengo ni idea de dónde está. —Aprieta el tarro de cristal contra su pecho mientras Eli se une a nosotros—. Sinceramente, esperaba que estuviera contigo atrapada en una cabaña con una sola cama porque las carreteras estaban

inundadas.

—Y cortando leña usando una Henley —dice Eli, frotando la enorme losa de hormigón que él llama mano por la parte superior de su espalda de esa manera tan fácil que hace la gente cuando está acostumbrada a consolarse mutuamente—. Espera, no, sin camiseta, mientras ella mira desde la ventana.

—Ustedes dos leen demasiadas novelas románticas. —O fuman demasiadas pipas de diente de león, pero no iba a juzgar por eso.

Birdie levanta un hombro y lo echa hacia atrás en un gesto desdeñoso.

—Por eso somos felices.

—Y también por qué nos negamos a ceder a las ridículas expectativas sociales de ser lo que el Witchingdom quiere que seamos en lugar de lo que somos. —Eli levanta el puño, golpeándose los nudillos contra las vigas del cenador y haciendo una mueca de dolor, pero la disimula continuando—: Agiten la bandera friki.

Birdie asiente.

—Orgullosamente como en un desfile.

Todo eso es mucho que procesar, y mi cerebro, francamente, no sabe con qué trozo quedarse primero, así que vuelvo a la razón por la que estoy aquí en primer lugar.

—Tilda —prácticamente grito su nombre—. ¿Ninguno de ustedes sabe dónde está?

—Lo dices en serio. —Birdie traga saliva y empieza a juguetear con la tapa del tarro de pepinillos—. ¿Tampoco sabes dónde está?

Mi frustración alcanza su punto álgido. ¿He estado hablando como un troll? Me cuesta todo lo que tengo y me tiembla el párpado izquierdo, pero consigo responder sin lanzar un hechizo de despido a ninguno de los dos.

—No.

Birdie y Eli intercambian una mirada que dice un millón y medio de cosas en 2,3 segundos.

—Tenemos que encontrarla —dice Birdie mientras Eli se acerca a toda prisa a otra persona de la mesa y le dice que tienen que irse.

—Voy contigo —dice mi boca aunque mi cerebro me diga que ya he hecho más que suficiente por alguien que no debería, no significa, nada para mí.

Sí, sigue diciendo las palabras que seguro que no significan lo que tú

crees que significan.

Arrinconando a mi sabelotodo interior, me subo al asiento trasero del yate de Eli, un auto de modelo antiguo. Cierro la puerta y me abrocho el cinturón antes de que ninguno de los dos pueda decir nada al respecto. Eli hace contacto visual por el retrovisor y abre la boca, pero intensifico mi gruñido. Se encoge de hombros y arranca el motor. Birdie me acribilla a preguntas que solo escucho a medias y apenas respondo durante el trayecto hasta el complejo de Sherwood.

La casa Sherwood está situada en la colina más alta del exclusivo barrio de Charmstone. Es de un intenso tono azul casi púrpura, con contraventanas negras y un camino de piedra gris inscrito con runas para destripar a quienes pretendan hacer daño a sus habitantes. Como la mayoría de las casas de brujas, es pequeña por fuera, parece que apenas tiene espacio para una cocina de galera, una pequeña sala de estar, un dormitorio que podría tener una cama doble y una cómoda si hay espacio, y un único cuarto de baño sin bañera. En realidad, en cuanto una persona cruza el umbral de una casa de brujas, siempre tiene el tamaño que el propietario desea, con tantas habitaciones como quiere y con la distribución que desea.

Ser mágico tiene sus ventajas.

Había hecho mi aparición en un paseo corporal la otra noche, pero nunca había puesto un pie al otro lado del límite de la propiedad. De pie en la acera, en el lado público de la valla negra que bordea el jardín delantero, vacilo. La inquietud me sube por la columna vertebral con la delicadeza de un rinoceronte en pleno ataque de ira por los esteroides bailando un paso de baile irlandés con tacones de quince centímetros.

—¿Cambiaste de opinión? —Birdie pregunta.

—No. —Porque no es que esté usando mi cerebro ahora mismo. Esto es todo instinto, intuición, y la mierda que es el hechizo que me hice usando la magia de mi familia.

—Entonces vamos —dice Eli, dirigiéndose hacia la casa con su singular paso lento—. No es propio de Tilda activar el modo silencioso.

Esto es cierto. Incluso durante nuestras citas, cuando hacía todo lo posible por hacerme un agujero en el pecho justo donde está mi corazón, hablaba de las últimas tendencias de las redes sociales, del hecho de que su apodo para mí es Sr. Alto, Oscuro e imbécil (eso me hizo reír, lo que tuve que disimular con un ataque de tos), o de su amor absoluto y casi orgásmico por los cupcakes de ojo de tritón. Algo va mal. Tilda tiene problemas y necesita ayuda, puedo sentirlo

hasta en la segunda articulación del dedo gordo del pie, la que se inflama y pica antes de una gran tormenta o de un desastre inminente.

Echo un último vistazo a la advertencia grabada en latín sobre la primera piedra plana y gris. Se traduce aproximadamente como, aquí hay dragones. Si es metafórico, entonces todo el Witchingdom ha juzgado mal la promesa tácita de Izzy Sherwood de descargar toda la fuerza de su poder sobre cualquiera que se meta con su familia.

Ahora es cuando una bruja normal, una bruja inteligente, una bruja que no se ha maldecido a sí misma con magia de deseo de la vieja escuela, se alejaría.

Por supuesto, eso significa que avanzo a grandes zancadas, preparándome para una ráfaga de disparos hacia arriba dirigida directamente a mis bolas.

La posibilidad de futuros hijos no se esfuma antes de que llegue al porche delantero y suelto un suspiro de alivio. Birdie ya está haciendo sonar las mandíbulas superior e inferior de la aldaba de hierro del dragón. Todos esperamos mientras suena un melódico rugido al otro lado de la puerta.

Luego esperamos un poco más.

Y algunos más.

—Esto no me gusta —dice Eli.

Birdie vuelve a golpear la boca del dragón.

—Ya somos dos.

Hubiera añadido. Somos tres, pero entonces se abre la puerta.

Tilda parece una mierda. Tiene la nariz roja. Tiene los ojos hinchados. Su piel tiene una palidez sanguinolenta que inmediatamente me hace pensar que se ha topado con vampiros. Nunca he tenido tantas ganas de matar a alguien como las que tengo de arrancarle la piel a quien sea o a lo que sea que la haya hecho sentirse tan mal como obviamente se siente.

—¿Quién? —La única palabra sale como un gruñido.

—¿Quién qué? —se lamenta.

Mis manos se cierran en puños y ya me estoy preparando para abrirme paso en la casa de quienquiera que esté a punto de tener el peor día de su vida.

—¿Quién hizo lo que está mal?

Suelta un gemido y deja caer la cara entre las manos.

—Yo. Yo lo hice. Congelé a toda mi familia, incluso a Griselda y Barkley.

Me reprimo de las seiscientas cuarenta y un preguntas que me vienen a la cabeza y empujo con fuerza a Birdie y Eli hacia el interior de la casa mientras miro a mi alrededor para asegurarme de que no hay nadie a mi alcance. No veo a nadie, pero eso no significa nada.

Los árboles tienen orejas en el Witchingdom.

Literalmente.

Sabrían de inmediato que no sólo tienen un jugoso chisme para vender al mejor postor. No. Esto no es palabrería o rumores. Esto es información que lo cambiará todo.

La naturaleza aborrece los vacíos de poder y a las brujas les encanta llenarlos.

Si los Sherwood se vieran desplazados de su lugar en la jerarquía del Witchingdom, otra facción dirigida por una familia poderosa o, más probablemente, el Consejo, lo ocuparía, y entonces cualquiera que no se adhiriera a su estrechísima versión de lo que es aceptable acabaría en el Más Allá o algo peor, y los que ya estuvieran en el exilio nunca saldrían de allí. Me viene a la mente un recuerdo de mis padres en el vacío sin magia, intentando calentar una cabaña con corrientes de aire en la tundra y buscar cualquier criatura que pudieran atrapar con sus propias manos. Un pánico helado me oprime el pecho. Griselda me dijo que estaban fuera del exilio, escondidos en una casa segura, pero sé que no debo fiarme de nadie. Podría haber mentido. O podría estar diciendo la verdad y nunca descubriré la ubicación si ella permanece congelada.

Sea lo que sea lo que ha pasado, sea lo que sea el hechizo que Tilda utilizó para congelar a su familia, tenemos que arreglarlo antes de que cualquiera se entere de lo que ha pasado.

Si tenemos suerte, tendremos una semana. Siendo realistas, tenemos dos días.

Cierro la puerta tras de mí, agito los cerrojos y me vuelvo hacia Tilda, que está sentada en el sofá, con una almohada plateada aferrada contra el pecho como un escudo, como si eso fuera a ayudarla contra la inminente fatalidad a la que nos enfrentamos.

—Cuéntamelo todo.

Capítulo 15

Tilda...

Así que me pasé el último día buscando a cualquiera con una pizca de ADN Sherwood. Todos, cada uno de ellos, están congelados.

Para cuando termino de explicar a todo el mundo por qué mi condición de nula ha estropeado tanto el hechizo de Effie, me he quedado sin aliento, sin lágrimas y sin Kleenex. Birdie está a mi lado en el sofá, sujetándome de la mano y murmurando suaves palabras de ánimo mientras estornuda para conjurar un nuevo paquete de pañuelos, que acepto encantada. Eli está sentado en la mesita, frente a mí, y su corpulencia hace que incluso el mueble mágicamente construido gima bajo su peso. Tiene los ojos húmedos de lágrimas no derramadas; puede que parezca el enano de una camada de gigantes, pero por dentro es tan suave y blandito como un osito de gominola caliente en agosto. Mientras tanto, Gil es una pequeña nube de fatalidad apoyada en el marco de la puerta con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

Birdie deja escapar un grito de comprensión.

—El hechizo conector de tu casa que actúa como vínculo mágico con todos los miembros de tu familia.

—Exacto —digo asintiendo.

—¿Dónde está el libro? —Gil pregunta mientras mira alrededor de la sala de estar.

Los ojos se me vuelven a poner llorosos y me tiembla la barbilla.

—Congelado en las manos de Effie.

—Así que la descongelamos. —Eli se levanta de la mesa de café, frotándose las manos—. Podemos usar un hechizo ventus calidus.

—Más un poco de portum tutum espolvoreado por encima. —Birdie se levanta y me tira del sofá—. Vamos, estamos perdiendo el tiempo.

Entramos corriendo en la biblioteca... bueno, Eli, Birdie y yo salimos corriendo del salón, bajamos por el pasillo y entramos en la habitación donde ha ocurrido todo; Gil (aún no tengo ni idea de por qué está aquí) se arrastra detrás de nosotros cuando Eli está en su tercer intento de conseguir el hechizo de los vientos cálidos y una pizca de puerto seguro. Se me revuelven las entrañas y me empieza a doler el labio donde me lo estoy mordiendo nerviosamente, estoy en

un rincón con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros porque lo último que quiero en el mundo es tocar accidentalmente a alguien en mitad de un hechizo.

—Ventus kalidose porti talun —dice Eli con un gesto de las manos, arrugando la nariz, sin duda porque se da cuenta de que se le han mezclado las palabras en la cabeza.

Como era de esperar, no pasa nada.

Se pasa los dedos por el cabello desgreñado y suelta un suspiro que termina con los hombros caídos.

—Tal vez si lo escribiera y lo leyera. Sé que eso disminuye la potencia del hechizo, pero...

—Aquí, déjame —dice Birdie mientras junta las manos delante de su vientre como una cantante de ópera a punto de entrar en un aria de poder. El estornudo estalla como un proyectil, luego otro y otro. Levanta una mano—. Puedo hacerlo. —Vuelve a estornudar—. Dame un minuto.

—Ventus calidus, portum tutum. —La voz de Gil retumba en la sala.

Durante medio latido no hay nada, y entonces lo único que huelo es el océano mientras una brisa vaporosa me revuelve las puntas del cabello. Aumenta en fuerza y calor hasta que mi cabello vuela alrededor de mi cabeza como los papeles de la mesa alrededor de Effie, girando y bailando en ese aire caliente, húmedo y salado.

Al mismo tiempo, algo, de algún modo, tira de mí, tira de mi camisa, me incita a dar un paso, y otro, y otro, hasta que estoy pegada a Gil, moldeada a él. Su mano baja y me rodea la cintura, estrechándome. Un chisporroteo eléctrico llena el aire y, de repente, el suave viento de la isla en medio de nuestra biblioteca familiar se convierte en un huracán. Caen relámpagos. Suenan truenos. Los libros salen volando de las estanterías y chocan contra los muebles.

Ya no sólo hace calor. Hay tanta humedad que cuesta respirar. El calor arde como un fuego invisible e inmediatamente estoy empapada en sudor y jadeando en busca de alivio. Otra ráfaga de calor atraviesa la habitación y el óleo de Azmerelda Sherwood, enmarcado a un metro de altura, vuela por los aires. Apenas tengo tiempo de darme cuenta de que viene directamente hacia mí cuando Gil me empuja y caigo al suelo bajo el gran escritorio de roble.

—Consummavi —ruge Gil contra el viento mortal que azota la habitación.

Y así como así, el vendaval y el calor abrumador desaparecen, dejando

sólo el olor a palomitas con mantequilla y sal.

Eli, Birdie y yo tenemos tan mal aspecto como obviamente nos sentimos. Gil parece ser el mismo gruñón de siempre, con rizos en el cabello castaño causados por la humedad. Effie, sin embargo, está tan congelada como siempre, de pie detrás del escritorio, con el libro en las manos y los ojos muy abiertos por el miedo. No hay ni una gota de hielo derretido alrededor de los dedos de sus pies.

Es todo lo que puedo hacer para no caerme al suelo, otra vez, y llorar, otra vez, sabiendo que he jodido las cosas de verdad, otra vez.

—¿Qué fue eso? —pregunta Birdie mientras intenta peinar con los dedos el nido de ratas de nudos en que se ha convertido su cabello gracias a lo que jodidamente fuera eso.

Gil me lanza una mirada de ¿me lo vas a decir? como si yo tuviera una maldita idea.

Cuando se da cuenta de que no tengo nada, suelta una retahíla de palabrotas muy sonoras que habrían hecho sonrojar a Griselda, luego nos mira a los demás y suelta un suspiro resignado.

—Vamos a necesitar un hechizo más grande.

—¿Scintillam ignis? —pregunta Birdie.

Gil niega con la cabeza.

—¿Ignis tempestas?

Elude las ideas de un hechizo de chispa o una tormenta de fuego.

—Necesitamos un hechizo novis.

Eli, Birdie y yo nos partimos de risa. ¿Es apropiado en un momento así? Por supuesto que no, pero cuando has roto todo tu mundo tan completamente que ni siquiera quedan trozos que recoger, tu cerebro se vuelve un poco tonto. Todo ese miedo y pánico tienen que ir a alguna parte, y en lugar de un llanto incontrolable, esta vez es un ataque de risa que me hace resoplar como un ganso al final. La idea de un hechizo novis, cuando nadie ha sido capaz de encontrar un hechizo que realmente haga lo que promete, es así de divertida.

Se han documentado una docena de casos de brujas que intentan lanzar hechizos novis, pero lo que ocurre en realidad es un desastre. La gente acaba con orejas de más o los perros empiezan a hablar o de repente hay un eclipse o un desastre natural. En realidad son pura palabrería y nada de magia, al menos no de la que tiene éxito.

—Sí —consigo soltar entre risas—, y si la magia inversa funcionara de verdad, entonces sería una solución plausible.

Gil vuelve a mirar, pero con más fastidio. ¿Quién iba a pensar que a ese hombre le quedaba algo en el tanque?

—Funciona, y hay un hechizo para revertir una maldición —casi gruñe—. El Liber Umbrarum tiene un hechizo novis.

Birdie, Eli y yo estamos rodando por el suelo ahora. Me río tanto que me duelen los costados. No puedo recuperar el aliento. Tengo lágrimas corriendo por mi cara y en realidad no son de estar una mezcla de triste y enojada al mismo tiempo. Oh. Mi. Destino. Quién diría que el Sr. Alto, Oscuro e Imbécil era tan gracioso.

Gil, sin embargo, no se ríe. Ni siquiera sonríe.

El hombre habla en serio.

Mi hermana Juniper es la experta de la familia en magia rara e infrautilizada. Siempre ha jurado que hay más de lo que creemos. Hechizos, monstruos y aventuras fabulosas esperando a ser vividas. Por supuesto, también hace trampas en el Scrabble y organiza sus pintalabios según el nombre en lugar del tono, así que hay que tomar sus palabras con un poco de duda.

Pero si ella tiene razón, entonces hay una manera de salir de esto.

Por primera vez desde que toqué a Effie, siento brillar la más pequeña brasa de esperanza.

—¿Y resulta que tienes un ejemplar del increíblemente raro Libro de las Sombras en el bolsillo trasero?

Gil niega con la cabeza.

—Pero sé dónde está uno, y sólo tenemos que ir a buscarlo.

—¿Nosotros? —Mi cerebro da una sacudida y se para.

¿Nosotros? Compruebo si tiene las pupilas dilatadas y la nariz manchada de rosa, los signos reveladores de alguien que le ha dado duro a la pipa de diente de león. Miro a Eli y a Birdie, que tienen la misma expresión de escepticismo.

Levanta la barbilla y nos mira por debajo de su prominente nariz.

—No pueden hacer esto sin mí.

Abro la boca para discutir y entonces la realidad asoma su dolorosa cabeza.

Ugh.

Odio que tenga razón, pero la tiene. Yo soy una nulo, Birdie es alérgica a su propia magia y a Eli se le cruzan los cables de los hechizos entre el cerebro y la boca. ¿Pero Gil? Puedo sentir la magia prácticamente vibrando a su alrededor. El aire tiembla cuando él se mueve, y no puedo evitar contener la respiración anticipándome a algo diferente, nuevo, distinto a la magia de cualquier otra persona que conozca. No tengo ni idea de qué tipo de poder heredado corre por su familia, pero tiene que ser extraordinario si tenemos en cuenta que incluso yo, que soy una outré, puedo sentirlo.

Aun así, no puedo arrastrar a mis amigos a mi lío.

Volviéndome hacia las dos personas que fueron mis primeros amigos mágicos inadaptados, tomo sus manos entre las mías.

—No puedo pedirle a ninguno de ustedes que hagan esto, que corran estos riesgos. —Porque siempre hay riesgos cuando se trata de un libro de hechizos como el Libro de las Sombras—. No puedo...

—Cállate —interrumpe Birdie, tirando de mí para darme un abrazo—. Estamos dentro.

—Exacto —dice Eli mientras nos rodea con sus brazos—. Los inadaptados mágicos tenemos que permanecer juntos.

Carajo.

Y ahora vuelvo a llorar, pero esta vez porque me doy cuenta de que no estoy sola. En un mundo en el que tantas brujas parecen disfrutar de la oportunidad de decirme lo diferente que soy de los demás, lo aislada que estoy por ser una outré, sé que no tienen ni maldita idea. Eli y Birdie lo demuestran.

—Gracias, chicos —digo, con las palabras amortiguadas porque Eli no se da cuenta de su propia fuerza y me tiene tan pegada a él que tengo la nariz demasiado aplastada para tomar oxígeno.

—¿Quieres participar en el abrazo de grupo? —Eli pregunta por encima de mi cabeza.

Puedo imaginarme la expresión mortificada de Gil sin ni siquiera tener que intentarlo.

—En absoluto —dice, porque claro que sí.

Es como si el hombre viniera de un lugar donde las brujas no se unen por el poder del tacto, un recordatorio de que, aunque vino con Eli y Birdie, Gil no es en absoluto un inadaptado mágico. Eso me lleva al primer pensamiento que tuve cuando abrí la puerta de mi casa y me lo encontré en el porche.

—¿Por qué estás aquí?

La expresión de su cara pasa de tormenta de verano a tsunami en el mar.

—Tengo mis razones, pero no son importantes; conseguir ese libro sí lo es.

Miro a mi hermana y se me hace un triple nudo en el estómago.

Cueste lo que cueste, voy a arreglar esto, Effie. Te lo prometo.

—Entonces, ¿a dónde tenemos que ir para conseguirlo? —pregunto.

—La familia Svensen dedicará una nueva ala del Museo Marie Laveau en una gala y expondrá varios objetos de valor incalculable de su colección privada, uno de los cuales es El Liber Umbrarum. La gala es dentro de dos días y tendrá lugar bajo la más estricta seguridad imaginable.

—¿Así que vamos a preguntar a los Svensen, el mayor rival de los Sherwood en todo Witchingdom, si podemos tomar prestado su viejo, raro y valiosísimo libro de hechizos para descongelar a toda mi familia?

Sí, eso parecía tan probable como que yo fuera una de las brujas más poderosas de la historia.

—No —dice Gil con una sonrisa depredadora que dice que al Sr. Sé-Todo-Sobre-Los-Libros-Importantes en realidad le gusta romper algunas reglas y me produce escalofríos por todo el cuerpo—. Vamos a robárselo.

Capítulo 16

Gil...

Todo el mundo me mira. No en plan, oh, qué idea tan interesante, sino en plan cuántas veces se ha golpeado la cabeza. Bien, puede que Tilda también tenga una pizca de, no creía que lo tenías en ti, pero no debería centrarme en eso. Tenemos un plan que desarrollar, un libro que robar y todo el Witchingdom que salvar.

No es una exageración.

Pero donde deberían estar las ideas en mi cabeza, está Tilda.

Tilda, que congeló a toda su familia sin darse cuenta de cómo lo había hecho.

Tilda, que nos lleva a todos a la cocina porque allí es donde tienen lugar los asuntos más importantes de las brujas.

Tilda, que ahora está quieta como una estatua delante de su madre congelada, con los ojos llorosos y la punta de la nariz roja.

Antes de darme cuenta, me dirijo hacia ella a través del suelo de piedra, para hacer qué, no tengo ni jodida idea, cuando Birdie arranca un enorme paño de cocina morado del asa del horno y lo coloca sobre la cabeza de Izzy Sherwood.

Me detengo bruscamente a medio camino de la habitación e involuntariamente me preparo para que la ira de la matriarca mágica caiga sobre nosotros, y no soy el único.

Tilda pone los ojos en blanco y se lleva una mano a la boca abierta. Eli da un paso protector adelante de Birdie, que jadea como si no pudiera creer lo que ha hecho.

—Bueno —dice, enrollando nerviosamente una gran mata de cabello rizado en torno a un dedo mientras echa un vistazo alrededor de Eli a la cabeza ahora cubierta de la mujer más temida de la ciudad—, si no podemos verla, entonces no podemos tenerle miedo, ¿verdad?

Si Birdie supiera cuántas cosas invisibles hay ahí fuera que pueden hacerle daño. Tramas, estrategias, planes y hechizos urdidos y construidos en cocinas como ésta, pero pertenecientes al Consejo. Una vez que sabes cómo detectar los signos reveladores de su sombría interferencia, empiezas a verlos por todas

partes: el apenas perceptible aroma a carbón y miel que queda flotando en el aire después de un hechizo secreto, o la gente que queda atrás y que sólo tiene un recuerdo difuso de lo sucedido, casi como un sueño que parece tan real cuando se despiertan por primera vez, pero que apenas pueden recordar diez minutos después.

Tilda se aleja un paso de su madre.

—¿Es como cuando un perro mete la cabeza debajo de la cama y actúa como si el resto del mundo ya no existiera?

—Más o menos —dice Eli, todavía bloqueando a Birdie de la línea de visión directa de Izzy Sherwood, si no tuviera un paño de cocina sobre la cabeza.

Tilda se muerde el labio inferior y se frota las palmas de las manos por los brazos. Hace esa cosa tan linda en la que aprieta la nariz y ladea la cabeza como si intentara ver una idea intangible desde todos los ángulos. Lo hizo al principio de nuestra segunda cita, cuando intentaba averiguar si yo tenía que estar allí o si realmente tenía una suerte de mierda. Su mirada se desvía hacia mí y lo que ve en mi cara hace que sus mejillas se pongan rosadas.

Se vuelve hacia su madre cubierta de hielo.

—Lo siento, pero vamos a seguir adelante —dice Tilda, con voz apenas más alta que un susurro—. Lo prometo, nada de fotos en las redes sociales, mamá.

Juro que los dedos de Mamá Sherwood se crisparon un poquito ante eso.

También activa mi sirena de alerta del Consejo. Sé que mi casa está sucia con los dispositivos de escucha embrujados del Consejo disfrazados de candelabros o relojes de chimenea u otros objetos domésticos. Tendría sentido que hicieran lo mismo con la casa de los Sherwood si pudieran. La casa está llena de runas protectoras, pero perdieron potencia cuando Izzy Sherwood dejó de ser capaz de actuar como generadora de energía. En pocas palabras, todas las runas funcionan con reservas de energía de emergencia que se agotarán en las próximas cuarenta y ocho horas. No tenemos tiempo que perder.

—Tenemos que formar un círculo —digo, caminando hacia el caldero que cuelga en la gran chimenea de ladrillo para cocinar que cabe entre el frigorífico Sub-Zero de acero inoxidable y la cocina comercial de calidad de restaurante.

Tilda parpadea y reprime algunas lágrimas que se le acumulan en los bordes de los párpados mientras le da la espalda a su madre y me dirige una dura mirada.

—¿Por qué?

—Necesitamos una cúpula protectora —digo, cada palabra sale apretada y escueta.

¿Usé mi tono de no-jodas-Sherlock? Sí. ¿Sustituí la mirada de, para que no jodan a tu madre, congelada en la cara de Tilda por una ráfaga de fuego molesto que la hizo enderezar la columna vertebral y parecer que estaba pensando en golpearme en la cabeza con la sartén de hierro fundido de la cocina? Más o menos.

Me encanta cuando un plan sale bien.

Pone las manos en la cadera y me mira fijamente.

—¿No estás siendo un poco paranoico?

No quiero resoplar de incredulidad, pero me sale. ¿Esta mujer es real?

—¿Tu familia tiene enemigos?

Su mirada se desvía hacia el suelo antes de volver a mí, su desafío vacila.

—Unos pocos.

Levanto una ceja.

—Bien. —Suspira—. Hay gente en el Comité a la que le encantaría que echaran a mamá.

—¿Y si descubrieran que está congelada?

La mandíbula de Tilda está tensa y parece que no puede decidir si quiere descongelar el gallo congelado para venir a sacarme los ojos a picotazos o negarse obstinadamente a admitir que tengo razón, pero al final, suelta un resoplido de ugh-tengo-que-estar-de-acuerdo-con-este-imbécil y dice:

—Definitivamente lo usarían a su favor.

Me encojo de hombros. Sólo hay una solución lógica.

—Así que una cúpula.

Eli y Birdie se toman de la mano y extienden sus manos libres hacia mí. El contacto físico no es sólo un extra para las brujas que hacen magia fuerte, es una obligación. Tilda, sin embargo, mantiene las manos a los lados y los hombros caídos. Me entran unas ganas irrefrenables de alargar la mano, enredar mis dedos con los suyos, estrecharla contra mí y sentir cómo se relaja a mi lado, pero no puedo. Lo que pasó en la biblioteca es la prueba de que el poder que tiene es tan inexperto y profundo que no puede controlarlo. Todavía no.

Tomo las manos de Birdie y Eli mientras Tilda se rodea la cintura con los brazos y se queda mirando el suelo de piedra. Alrededor de los tres, el aire empieza a perfumarse a medida que nuestra magia se anima. Mi sal se mezcla con la fragancia de la miel y el azúcar de canela caliente cuando el hechizo empieza a vibrar a través de mí: un indicio, luego una idea, luego un pensamiento, luego las palabras para formar el encantamiento.

—Protegat nos in praesidium.

Una línea de magia blanca y brillante desciende de las vigas de madera del techo, extendiéndose hacia el exterior y abarcando el ancho de toda la casa antes de descender en un caparazón protector sobre ella que aterriza con un suave ruido sordo.

—Bien, ¿y ahora qué? —me pregunta Birdie mientras da un paso más cerca de Eli, los rizos de la parte superior de su cabeza ni siquiera llegan a la barbilla del hombre.

—Ahora averiguamos cómo evitar ser detectados por un escuadrón de gárgolas guardianas medio rabiosas, desactivar un sistema de seguridad diseñado por el líder del aquelarre de la reina y desaparecer con un libro del tamaño de un tablero de Monopolio, todo ello mientras la élite de Witchingdom se vigila entre sí en busca de cualquier indicio de algo sobre lo que merezca la pena hablar.

Las comisuras de los labios de Tilda se curvan en una sonrisa.

—Oh, ¿así que sólo un pequeño robo?

—Exacto —digo, igualando su expresión de *eso es todo*—. Serás nuestra entrada, ya que conoces a la familia.

Sus ojos azules se ensanchan detrás de sus grandes gafas redondas.

—Nos odian.

—Cierto, pero les encantará poder restregar en las narices de los Sherwood el hecho de que poseen un pedazo de grandeza que tu madre nunca podrá tener en sus manos. —Así es el Witchingdom: cada bruja para sí misma, siempre intentando superar a las demás y sin lealtad hacia ninguna.

—Peroooooo —dice Birdie, alargando la palabra mientras mira a su alrededor a un grupo bastante variopinto—, nuestras habilidades mágicas son un poco escasas.

Eli se burla.

—Eso es decir poco.

Le da un codazo en el costado.

—Estoy tratando de no ser una tonta aquí, Eli.

—Sé que soy nula, Birdie. —Tilda suelta una risita de autodesprecio que me hace preguntarme con qué frecuencia lo hace—. Está bien decir que no seré de ayuda.

Hago crujir mis nudillos, viendo ya un plan operativo armarse en mi cabeza.

—Ahí es donde no podrías estar más equivocado.

Tilda no dice nada. Se limita a resoplar incrédula.

—Bueno, como nadie podrá acceder a su magia mientras esté en el museo —les recuerdo a todos, poniéndome en modo profesor presumido—, el hecho de que los tres sepan funcionar sin ella será nuestra mayor ventaja.

Tilda suelta un grito ahogado.

—¿Así que estás diciendo que ser una outré será bueno por una vez?

—Lo que estoy diciendo es que cada uno de ustedes tiene un conjunto único de habilidades que serán necesarias para llevar a cabo este atraco, y lo primero que tiene que pasar es que nos tienen que conseguir invitaciones a esa exposición.

Mantengo la boca cerrada sobre las otras cuatrocientas sesenta y ocho cosas que tenemos que hacer para llevar a cabo este atraco. La más difícil de todas es conseguir que un unicornio insoportable se una a nosotros, a menos, claro está, que cuente el hecho de que no puedo dejar de pensar en Tilda de formas que no tienen absolutamente nada que ver con esta misión. Pero eso no lo cuento. Y tú tampoco deberías.

¿De acuerdo?

Bien.

Capítulo 17

Tilda...

Gil no deja de mirarme, no de un modo espeluznante, sino como si quisiera saber lo que estoy pensando. Quiero decir que no me gusta, pero tú y yo sabemos que sería mentira. Normalmente, la mayoría de la gente hace todo lo posible por evitar el contacto visual directo, por no hablar de preguntarse qué puede estar pasando por mi cabeza porque, en realidad, ¿qué puede aportar una outré a la conversación?

No.

Para.

No voy a hundirme en el guiso de toda esa negatividad ahora mismo. No puedo cuando estoy a punto de hacer una llamada que podría salvar a mi familia o al menos poner el juego en marcha para que eso ocurra. Oh sapo verrugoso, no hay manera de que esto vaya bien.

Los Svensen y los Sherwood han sido enemigos desde que nuestras familias llegaron a estas costas: nosotros en Virginia y los Svensen en Massachusetts, concretamente en Salem. Desde el siglo XVII, no ha habido más que desconfianza, descontento y aversión entre las dos familias más poderosas del Witchingdom. En otras palabras, odio y enemistad apenas disimulados. Los que estaban en estas costas antes que nuestras familias fueron inteligentes; nos habían visto llegar en nuestros barcos, negociaron una venta de tierras a su favor por una estrecha franja a lo largo de la Costa Este, y vivieron en prosperidad y paz repartidos por el resto del continente sin tener que lidiar a diario con ninguna de nuestras estupideces.

Ahora, casi quinientos años después, estoy buscando en la lista de contactos de mi madre el número de teléfono de Erik Svensen, mi mejor esperanza para conseguir cuatro entradas para la exposición. Los rumores familiares dicen que él y Leona tuvieron algo cuando ambos estaban en la universidad, pero mi hermana ni siquiera insinúa de qué se trató. ¿Follar por odio? ¿Amantes cruzados? ¿Un romance no correspondido lleno de miradas ardientes y besos secretos en las estanterías de la biblioteca? Leona no lo dice, pero sea lo que sea, se sonroja cada vez que menciona su nombre. No hace falta ser una bruja de nivel veinte para saber que todavía siente algo por él.

Gil se detiene en la puerta del despacho de mi madre, junto a la cocina, y

mi pulso se acelera como el de una liebre perseguida por un león. No es sólo que prácticamente ocupe toda la entrada con sus anchos hombros, ni la forma en que me pican los dedos para apartar el mechón de cabello oscuro que le cuelga delante de la frente, ni siquiera la forma en que sus muslos gruesos y musculosos lucen en sus vaqueros planchados (de verdad, ¿sabes lo difícil que es parecer sexy con unos vaqueros planchados? ????) lo que me tiene a punto de abanicarme. Conozco a Lujuria, ella y yo somos muy buenas amigas. Pero no se trata sólo de querer meter a alguien en el armario más cercano e ir a la ciudad. Hay algo más. Es como una cinta de terciopelo rojo oscuro que nos envuelve, y si tiro de ella, se deshará y no estoy segura de lo que quedará de mí.

¿Excesivamente dramática?

¿Yo?

Toda mi familia está congelada a causa de mi estupidez, creo que se me permite tener un poco de colapso aquí, y eso es lo que es, no una atracción super poderosa por el chico con el que mi hermana está destinada a casarse.

—¿Lo encontraste? —Gil pregunta.

Saco la tarjeta con la etiqueta Svensen del antiguo Rolodex de mi madre.

—Sí.

Cuando no me muevo, porque estoy teniendo pensamientos, gente, malos pensamientos que no necesitas conocer porque no necesito testigos de la depravación lasciva de mi cabeza, centrada en el peor hombre de la historia, que sigue protagonizando mis interminables fantasías personales, Gil entra en la habitación y se acerca al enorme escritorio de roble de mamá. Me mira de arriba a abajo, no de forma prejuiciosa ni espeluznante, sino como si necesitara asegurarse de que estoy bien.

Eso no debería hacerme sentir ni una pizca mejor.

Lo hace de todos modos.

Carajo, estoy jodida.

—¿Vas a llamar? —pregunta cuando se detiene en el lado opuesto del escritorio.

Me limito a mirar la tarjeta de tres por cinco con la distintiva letra ondulada de mamá, porque mirarlo a él no es una opción con todos estos pensamientos en mi cabeza preguntándome lo diestro que es con los dedos.

—Sí.

Toma el móvil de la mesa de mamá y me lo tiende.

—Eso suele significar tocar la pantalla.

—Sí, sé usar un teléfono —refunfuño mientras tomo el teléfono, moviéndome con mucho cuidado para no tocarle los dedos.

—Lo cual juega a nuestro favor.

Puntualiza la declaración con una sonrisa que tiene la suficiente fuerza como para hacer que mi corazón salte de un lado a otro de mi pecho. Bien. No lo hace literalmente, pero sea lo que sea lo que me pasa cuando estoy cerca de él, me da la sensación de que podría hacerlo, al margen de los hechos indiscutibles de la anatomía de las brujas. ¿Y eso me hace mover las pestañas y poner caras sexys?

Hola. ¿Nos conocemos?

¡Claro que no!

—¿Por qué? —pregunto, agarrando el teléfono con fuerza mientras ajusto la postura para asegurarme de que el gigantesco chip que llevo en el hombro sigue ahí, donde debe estar—. ¿Porque automáticamente asumirán que soy una perdedora?

No me mires así. Todos tenemos mecanismos de defensa poco saludables. ¿Qué vas a hacer, venir por mi hábito de masa de galletas crudas después?

—No. —Rodea el escritorio y se detiene junto a mí, lo bastante cerca como para que cada nervio de mi cuerpo sintonice con él como si fuera la única emisora de radio disponible en todo un espectro de estática—. Porque te subestimarán, como hace todo el mundo. Déjalos. Nunca te verán venir.

El chip no se cae así como así. Se evapora como por arte de magia.

¿Lo ves? A eso me refiero. ¿Cómo se atreve a decir eso y luego cómo se atreve mi cuerpo a reaccionar como si pudiera despegar y volar hasta Massachusetts?

Por ahí llega la decepción, Tilda. No lo olvides.

Hago una mueca y marco el número; mi dedo golpea la pantalla con más fuerza de la necesaria, pero es mejor que clavarlo en su bíceps bien definido. El tipo es un investigador, un nerd, un académico. ¿Qué demonios hace con un cuerpo de sed? No es justo. ¿Otra cosa injusta? Sus antebrazos. No quiero mirar, pero mis ojos tienen que centrarse en algo mientras el teléfono suena y suena en mi oído. Así que aquí estoy, intentando no babear por los antebrazos de Gil, visibles porque se ha remangado las mangas largas de su camisa abotonada, y lo único en lo que puedo pensar es en cómo se flexionarían sus músculos cuando

me metiera los dedos... y eso no es lo que se supone que debería estar pensando.

Ya está. Definitivamente estoy teniendo una especie de desvarío.

—¿Diga? —Contesta un hombre al otro lado del teléfono—. ¿Diga? —vuelve a decir cuando no respondo porque mi cerebro intenta desesperadamente que mi boca no diga ninguna estupidez a Gil—. Hoooollllllaaaaa, ¿hay alguien ahí? Bobby, ¿eres tú? Ya sabes que eres una mierdecilla. Tuve que luchar contra las cabras para contestar esta maldita cosa.

—Um... —*Vamos, Tilda. ¡Comprométete!* —. ¿Estoy buscando a Erik Svensen?

—Jodeme. —El hombre al otro lado suelta un profundo gemido—. No eres Bobby.

—Ni siquiera sé quién es Bobby. —Realmente lo que sé de toda la familia Svensen podría caber en el reverso de esta tarjeta Rolodex. Antiguos rivales de los Sherwood. Muy ricos. Engreídos. Muy guapos, hasta el rebaño de cabras que tienen como familiares. No me preguntes cómo las cabras pueden ser consideradas guapas, no lo sé, sólo estoy informando de lo que he oído.

—Bobby es el unicornio del barrio —dice el hombre.

Y eso tiene todo el sentido.

—Tenemos uno de esos.

—¿Totalmente idiota la mayor parte del tiempo?

—Yo no lo pondría así —digo, aunque todo el mundo en la ciudad describiría a Vance exactamente así, incluido el propio unicornio—. Pero puede ser muy gruñón.

—De acuerdo, ahora que sé que no eres Bobby, ¿quién eres y cómo has conseguido este número?

—Está en la lista de contactos de mi familia. —Realmente debería haber planeado lo que iba a decir en lugar de distraerme con Gil—. Soy Tilda Sherwood.

Suelta un silbido bajo.

—Eso no es lo que esperaba.

—¿Eres Erik?

—No, soy Cyfrin Svensen, pero todo el mundo me llama Cy —dice, consiguiendo que parezca que nadie lo llama así, pero que le gustaría que lo hicieran.

—De acuerdo, Cy. —Aduladora, ¿quién yo? Oye, cuando no tienes magia a la que recurrir, aprendes a adaptarte—. Estoy pidiendo un favor.

—¿Qué es?

Inhalo profundamente, exhalo profundamente.

—Necesito cuatro entradas para la exhibición de este fin de semana.

—Sí, claro. —Cy suelta una carcajada—. Buena suerte con eso.

A mi lado, Gil suelta una serie de maldiciones en voz baja y entre dientes, del tipo, que me jodan, más que del tipo, conviértelo en un sapo.

—Sólo son un par de entradas —digo, intentando que mi desesperación no se filtre en mi voz—. Por favor.

Algo en mi tono debe de haberlo hecho reflexionar, porque suelta un áspero gemido.

—Veré lo que puedo hacer, pero probablemente sea un no.

—Agradezco cualquier ayuda. —Mis hombros bajan un poco por el alivio de que no haya sido un no rotundo—. Te deberé una.

—¿Sí? —Cy pregunta—. ¿Puedes conseguir bayas de enebro? Ha habido una especie de carrera por ellos aquí.

Gil se estremece a mi lado y luego todo su cuerpo se pone rígido.

Eso es raro. Las bayas de enebro son ingredientes de hechizos de protección de bajo nivel. Normalmente son tan fáciles de encontrar, que los tenderos las dan gratis en bolsas de regalo.

—Buscaré por ahí y llevaré lo que pueda encontrar.

—Trae las bayas y te garantizo las entradas, sin preguntas.

Un escalofrío de inquietud me recorre la espina dorsal, luego miro a Gil y parece que se acaba de comer un cuenco lleno de cristal. Sea lo que sea lo que está pasando ahí arriba, no puede ser bueno, y ahora vamos directos a más problemas.

Porque una familia congelada no es suficiente.

Tampoco lo es tener todo tipo de pensamientos sucios sobre el chico que no soportas y que está destinado a tu hermana.

Ya está. Dondequiera que esté el botón para darse de baja de toda esta BS, tengo que encontrarlo.

—Bayas por entradas. Entendido —digo, sonando mucho más segura de lo

que me siento—. Nos vemos entonces.

Cy cuelga sin despedirse. Gil se mueve y su brazo roza el mío, enviando una chispa chisporroteante de oh-sí-nosotros directamente a mi clítoris.

Carajo. Conmigo.

Sí. Definitivamente necesito darme de baja. Como ayer.

Por suerte para mí, Birdie y Eli eligen ese momento para pasearse trayendo galletas de miel y mini tartas de frutas. Azúcar es exactamente lo que necesito. Estamos todos comiendo, sentados en los cojines del suelo junto al enorme ventanal que da al enorme jardín de hierbas del lado sur de la casa, cuando Birdie se lleva las rodillas al pecho y suelta un suspiro tembloroso.

—No estoy segura de que podamos llevar esto a cabo —dice, un poco perdida mientras su mirada rebota de uno a otro de nosotros—. ¿Y si lo estropeamos todo?

Tomo una de las almohadas y la abrazo contra mi vientre como si el cuadrado de terciopelo relleno de pelusa pudiera protegerme de mis propios errores.

—¿Y si nos ponemos en plan inadaptados mágicos como ya he hecho yo?

—No fue culpa tuya —dice Eli, pero no me mira.

Dudo que pueda después de decir una barbaridad tan grande.

—Todos sabemos que eso no es cierto. —Aprieto más fuerte la almohada para sofocar el pánico que empieza a convertirse en un tornado en mi estómago —. Tengo miedo de estropear las cosas. Otra vez.

Gil me mira desde su sitio, junto a la chimenea apagada, y su dura mirada hace que un escalofrío me recorra la piel como si alguien acabara de abrir la puerta principal en medio de una tormenta de nieve. No parpadea ni rompe el contacto visual, y necesito toda la confianza que me queda para no apartar la vista cuando su mirada se intensifica.

—Tengo un plan —dice, con un tono tan seguro que roza la arrogancia.

—Pareces muy seguro.

—Eso es porque no hay resultados alternativos. —Recoge un manojo de salvia de la chimenea, se lo lleva a la nariz e inhala profundamente antes de dejarlo en su sitio—. Hay algo más en juego que tu familia. Todo Witchingdom está en peligro.

—¿De mí? —Auch. Como si ya no me sintiera lo suficientemente mal.

Sacude la cabeza.

—Del Consejo.

Se me escapa una carcajada casi histérica antes de que pueda detenerla y continúa hasta que me duele el estómago y me limpio las lágrimas de las mejillas. Mira, han sido unos días duros y estoy más que un poco abofeteada en este punto, y la mención del hombre del saco de Witchingdom más o menos me envía al borde.

—Gil —digo una vez que puedo aspirar aire y controlar la risita—, ahora mismo no estoy de humor para cuentos infantiles de miedo.

—Esto no es un cuento. —Cruza los brazos sobre su ancho pecho, y algo en la forma en que cambia su postura se refleja en la mirada atormentada que vuelve sus ojos oscuros y brumosos como si estuviera viendo una pesadilla que sabe que no es un sueño—. El Consejo es real y tu madre es uno de sus enemigos más poderosos. Si se enteran de que está fuera de servicio, lo verán como una oportunidad de hacerse con el poder que no pueden dejar pasar.

—Bien, te seguiré el juego —digo, intentando que mi tono sea ligero a pesar de que un gélido soplo de pavor me hace frotarme la parte exterior de los brazos para ahuyentar un repentino e intenso escalofrío—. Supongamos que el Consejo es real —pongo la palabra entre comillas—, ¿cómo conoces sus planes?

La vida vuelve a sus ojos cuando su mirada se posa en mí, y su cuerpo se pone rígido como si esperara un golpe.

—Porque trabajo para ellos.

Justo cuando pensaba que no podía empeorar.

Capítulo 18

Gil...

No hay nada como un verdadero momento de varita mágica para que toda la sala se quede en silencio. Por supuesto, eso no va a durar.

—¡Qué mierda, Gil! —dice Eli, rompiendo el silencio mientras da un paso adelante, haciendo todo lo posible por parecer intimidante, pero me he enfrentado a diario a gente mucho más aterradora durante más de una década.

Birdie se hunde contra Eli y suspira.

—Estamos tan jodidos.

Tilda, sin embargo, no se inmuta, ni retrocede, ni se enfada. En lugar de eso, ladea la cabeza, se sube las gafas redondas a la nariz y me mira con lentitud.

—¿Quién *eres*?

—Exactamente lo que dije. —Más o menos.

Levanta una ceja y niega con la cabeza.

—Pero esa no es toda la historia.

Por supuesto que lo vería. Como yo, ha tenido que vivir de su ingenio.

—Ni siquiera cerca, pero es una larga historia y no tenemos tiempo para esto.

Tilda alarga la mano y me roza el brazo, provocando en mí cálidas oleadas de conciencia. Es más que deseo, más que atracción, es como cruzar por fin la puerta de casa después de un largo día, o esa primera inhalación profunda de tu comida favorita cuando estás hambriento, o el primer sorbo de vino caliente cuando el sol empieza a ponerse en Samhain. La tensión de mis hombros se afloja, respiro hondo y todo mi cuerpo se relaja.

—Haz tiempo —dice.

No se le puede decir que no. Claro, Eli y Birdie son igual de curiosos, pero no voy a abrirme para ellos. Todo esto es por Tilda. No me jodas. Tengo que encontrar la forma de frenar la maldición duíl que nos he echado a los dos o no tardaré en olvidar por completo que quiero romper nuestro vínculo mágico.

—Mi familia lleva en San Agustín desde que se fundó en el siglo XVI, y mi familia materna estaba allí incluso antes, y durante todo ese tiempo hemos

ocultado nuestra magia esencial. Somos duíl.

Birdie suelta un grito ahogado y se lleva la mano al corazón, y por el rabillo del ojo veo a Eli rodearle la cintura con un brazo y estrecharla contra él. Mi atención, sin embargo, permanece fija en Tilda, atenta a cualquier señal de miedo o censura, preparándome para una de las dos cosas o algo peor. En lugar de eso, lo único que veo es curiosidad.

—Eso es magia rara —dice.

—Y cazada. —Por eso nos mudábamos tan a menudo mientras crecíamos. Nunca vivíamos en el mismo pueblo más de uno o dos años y nunca en una ciudad donde pudiéramos llamar la atención del Consejo. Por supuesto, vivíamos a contratiempo y todos lo sabíamos—. Cuando tenía quince años, el Consejo vino por nosotros en mitad de la noche. Pasamos un mes sometidos al juicio del tribunal antes de ser exiliados. Me enviaron a un internado que era más bien un centro de reeducación. —Frío. Clínico. Controlador. No había tardado mucho en aprender que no se podía confiar en nadie, no cuando derramar secretos significaba recibir una rara ducha tibia o una ración extra en el almuerzo—. Mis padres pasaron esos años aprendiendo a sobrevivir en la tundra del Más Allá. Cuando volvimos a reunirnos, vivían de las ocasionales liebres salvajes, los nabos y las patatas de tamaño insuficiente, con las suficientes cajas de donación de alimentos lanzadas por drones para evitar que murieran, pero no para prosperar. —El objetivo nunca había sido matarnos, sólo quebrarnos y hacernos dóciles a sus demandas—. Y cuando el Consejo vino a mí con la oportunidad de trasladar a mi familia de la tundra al distrito costero más cálido, hice lo que había que hacer.

—Por tu familia —dice Tilda, y la comprensión suaviza su mirada. Cuando asiento, pregunta—: ¿Dónde están ahora?

Reprimo mis emociones, meto mis miedos en una caja en mi mente como aprendí en el Más Allá, pero se escapan de todos modos y me tiembla la voz al responder.

—No lo sé.

Tilda emite un gemido compasivo y me rodea con los brazos, apoyando la mejilla en mi pecho, por encima del corazón. Todo se detiene por un momento y el aroma salado de mi magia se mezcla con el olor a mantequilla de las palomitas calientes del cine y llena el aire que nos rodea. Me mira, con un punto de confusión entre los ojos, como si no estuviera segura de por qué me está consolando. Este es el momento exacto en el que debería contárselo todo y explicarle cómo nos maldije a los dos sin querer y que lo arreglaré en cuanto

descongelemos a su familia y encontremos a mis padres.

Pero es entonces cuando me estrecha un poco más en un abrazo, y es como estar junto al fuego después de salir del frío y encontrar un sustancioso estofado de conejo hirviendo a fuego lento en la olla que cuelga sobre las llamas: como si, aunque sólo sea por una noche, todo fuera a ir bien.

—¿Los tiene el Consejo? —pregunta.

—No lo creo —digo—. Griselda dijo que la Resistencia los sacó, pero no tengo más que eso.

—Y ahora está congelada. —Tilda traga saliva y da un paso atrás—. Lo siento mucho.

—Vamos a arreglarlo. —No hay otra opción—. Y así es como.

Asegurándome de que hay al menos cinco centímetros entre Tilda y yo, invoco mi magia.

—Ostende —digo mientras dirijo la mano a la chimenea. La leña chisporrotea y prendo el fuego, revelando entre las llamas una copia de un museo. Las paredes están decoradas con pequeños deglases y un óleo de Washington cruzando el Delaware en una escoba del Ejército Continental hecha con ramas de abedul y un mango de madera de avellano con el sello del ejército. En el centro de la sala, en una vitrina que supera la estatura media de una bruja, se encuentra el Liber Umbrarum.

—Ahí está —digo, utilizando el atizador de hierro de la chimenea para señalar el libro—. Ese cristal fue encantado para que fuera irrompible antes de su instalación en el museo. Está a dos metros y medio del suelo y es accesible a una persona a la vez a través de una estrecha escalera cerrada que se bloquea en la parte superior e inferior, de modo que quienquiera que vea el libro tiene que entrar y salir por un guardia que abre la puerta con un escáner óptico. Habrá más de cien úlfheonar colocados estratégicamente por todo el museo y el recinto. Ah, sí, y habrá una cúpula de protección para que nadie pueda invocar hechizos.

Eli se acerca a grandes zancadas a las llamas y las atraviesa con la mano, dispersando los planos mágicos, antes de volverse para mirarme fijamente, con la incredulidad grabada en el rostro.

—Robar el Liber Umbrarum es imposible.

—Cierto —digo, enviando una sonrisa de sabelotodo al brujo enorme sólo para que me mire con más odio—. Pero sólo si no tienes un brujo con parientes gigantes en el árbol genealógico que mida más de dos metros de altura y alcance

un metro. —Me vuelvo hacia Birdie, que tiene un expediente policial sobre ella de un centímetro de grosor, que Cassius me deslizó como parte del informe de antecedentes para mi misión—. O una bruja que pasó diez años como carterista antes de convertirse en contable. —Apartándome de la expresión de asombro de Birdie, miro a Tilda y me obligo a meterme las manos en los bolsillos del pantalón para no estirar la mano y tocarla—. O una de las mujeres que más distraen de todo el Witchingdom.

Se burla y pone los ojos en blanco.

—¿Es esa tu manera de decir que todo el mundo se queda mirando para ver qué voy a estropear a continuación?

—Sí —digo, porque ¿qué sentido tiene esponjarla? — Y vamos a usar eso para salvar a tu familia.

—Nuestras dos familias. —Desliza su mano en la mía, mirando nuestras manos unidas como si tampoco pudiera creer lo que ha hecho.

—Exacto —digo apretando los dientes, porque es lo único que me impide sincerarme del todo y soltar mi secreto de que la maldije para que me deseara.

Aunque decirle la verdad parece lo más urgente del mundo, sé que no puedo. Este no es el tipo de mundo donde la gente confía en los demás. En Witchingdom, hay alianzas, no amistades. Para llevar a cabo este atraco, Tilda tiene que confiar en mí, y el duíl lo hace posible. Podría odiarme por ello más tarde. Ahora, necesito que me mire como en este momento, como si fuera capaz de planear este atraco, como si fuera digno de ella.

Así que hago lo único que puedo. Le quito la mano de encima, miro fijamente al trío de caras que se dirigen hacia mí y salgo de la habitación para caminar por los alrededores hasta que pueda mirar a Tilda sin querer creer que lo que se está formando entre nosotros es real.

Dos horas más tarde, ya me he controlado y acabo de detenerme frente a la biblioteca para meter un pie en la puerta ligeramente abierta y poder pasar con la bandeja cargada de té de saúco y macarrones de limón y coco cuando la voz de Tilda me detiene en seco.

—Te lo digo —dice Tilda, su voz un susurro urgente—, podemos confiar en él.

Me acerco a la puerta mientras uso un rápido hechizo para silenciar mis pasos.

—Trabaja para el Consejo —dice Birdie—. Que todavía no puedo creer

que sea real, por cierto.

—Lo entiendo —dice Tilda sin dudarlo—. Valídalo mil veces. Pero está aquí, nos está ayudando, y nos lo está dando directamente.

—¿De verdad le crees? —pregunta Eli.

—Sí —dice Tilda.

Puedo imaginármela sin la ayuda de ningún conjuro mágico. Enroscándose el cabello pelirrojo en el dedo índice, mordiéndose el labio inferior y mirando a sus amigos con sus grandes ojos, aún más grandes por el grosor de las gafas. Me siento culpable. Dejar que me defienda cuando le estoy ocultando la verdad sobre la maldición y sobre sus poderes es una mierda, pero aquí estoy. Es por un bien mayor. Por mi familia. Su familia. Todo Witchingdom.

Sí, y sigue apestando a hombres lobo peludos en luna llena.

—¿Y si nos miente? —Birdie pregunta, su voz suave—. Hay mucho en juego en todo esto. Podría ser una trampa. La única forma de revertir un hechizo es con la ayuda de la persona que lo invocó. De ti. Y si estás fuera del camino, entonces tu familia permanece congelada y cualquier amenaza que ofrezcan desaparece.

—Eso sólo cuenta si no eres una outré. Deja que el Consejo me agarre, mientras todos tengan El Liber Umbrarum podrán traer a todos de vuelta. Mi madre me salvará cuando se descongele. —Tilda deja escapar una risita autocrítica que no oculta los nervios—. Quiero decir, estará lo suficientemente enojada conmigo como para no querer que se descongele, pero no me dejará con el Consejo. Si no otra cosa, no querrá las malas relaciones públicas de una prisionera del Consejo como hija.

Estoy agarrando la bandeja con los nudillos en blanco, con la culpa subiendo como la bilis quemándome la parte posterior de la lengua, cuando mi teléfono del Consejo vibra en el bolsillo delantero.

—Mierda —murmuro en voz baja mientras me alejo de la puerta y vuelvo a toda prisa a la cocina, donde dejo la bandeja en la isla antes de responder a la llamada.

—¿Qué pasa con los Sherwood? —Cassius ladra en cuanto le doy la respuesta.

—No están tramando gran cosa. —Mis latidos son erráticos, pero las palabras que había planeado para la llamada que sabía que llegaría tarde o temprano son tranquilas y un poco hoscas, como de costumbre—. Por lo que sé,

están todos en casa. —No es mentira. No toda la verdad, pero tampoco nada que haga saltar el detector de falsedades del teléfono.

—Bueno, algo está pasando. Nadie ha sabido de ellos en más de un día.

—Veré lo que puedo averiguar. —Otra vez. No es mentira. Sólo que no todo lo que sé ahora.

—Hazlo. El Consejo se está poniendo ansioso por hacer su movimiento contra Izzy Sherwood —dice mi guardián—. Tienes que averiguar qué está pasando o tú y tu familia pueden esperar una eternidad congelándose el trasero en el Más Allá.

Aprieto los dientes con fuerza (romperme una muela no está fuera de lo posible), pero consigo decir:

—Dije que averiguaré.

—Bien, porque no puedes permitirte joderlo ahora. El Consejo está vigilando todos tus movimientos.

Que es exactamente con lo que cuento, porque entonces no están viendo a Tilda.

Capítulo 19

Tilda...

Hacer la maleta para ir a robar el libro de hechizos más valioso de todo Witchingdom no es como meter mierda en una bolsa para un fin de semana de chicas en la playa. Por un lado, no estaba ofreciendo mis servicios eternos como niñera de gallos a mi hermana para que convirtiera por arte de magia mi bote de FPS cuatro mil millones en un suministro inagotable de crema solar. Por otro, tenía que encontrar la manera de conseguir pedidos a granel de bayas de enebro sin que Orwell, en el club de alquimistas, le dijera a todo el mundo que estaba tramando algo, o más probablemente que mi familia lo estaba, y entonces todo el mundo intentaría ponerse en contacto con mi madre para ver qué pasaba.

La solución, obviamente, es organizar un concurso en WitchyGram, pero eso no significa que Eli, Birdie y Gil no me miren de forma cuestionable mientras estamos sentados en el patio de ladrillos contemplando el jardín de hierbas de mamá bajo la luna llena de medianoche. Eli pasea por el jardín y observa todas las plantas que mi madre ha convertido en un quién es quién orgánico de hierbas mágicas. Birdie está sirviendo té para todo el mundo entre reprogramar sus citas de preparación de impuestos para poder ausentarse del trabajo para el atraco. ¿Y Gil? Está de pie bajo el toldo del patio, con los brazos cruzados y su habitual expresión hosca en la cara.

No lo entiendo. El hombre me mira como si me odiara o quisiera besarme, o ambas cosas, y me tiene más burbujeante por dentro que un caldero en una noche de luna azul llena. Su mirada se cruza con la mía y mi medidor interno pasa de, es un imbécil santurrón aunque esté ayudando, a que viva el destino, ¿cómo lo desnudo? en 0,3 segundos. Es incómodo pero manejable, a menos que nos estemos tocando. Entonces es como si toda la atracción que hace cortocircuito en mi cerebro recibiera un golpe de nitro: nitro caliente, nitro que hay que tocar, nitro que hay que besar.

Incluso ahora, sin que nos hayamos tocado, tengo las mejillas sonrojadas y el pulso acelerado mientras vuelvo a centrar mi atención en la mesa y en el asunto que nos ocupa.

Sí, ya sabes, salvar a tu familia.

Prioridades, Tilda. Prioridades.

Birdie me sirve una taza de té de saúco de la tetera de porcelana con forma

de gato negro.

—¿Estás segura de que esto funcionará?

—Cuando se trata de cómo hacer que la gente reaccione en las redes sociales. —Tomo un sorbo del té ácido y terroso y me detengo un segundo a saborearlo antes de responder—. Es mi trabajo y se me da bien. No sé hacer magia, pero se me da bastante bien conseguir que las cosas se hagan virales.

—¿Y cuál es el plan? —pregunta Eli mientras inspecciona las coneflores púrpuras que crecen a lo largo de los bordes del patio, las flores de color lavanda y los centros de púas de color marrón púrpura, que mi madre secaba y desmenuzaba en el caldero para aumentar el poder de sus hechizos.

Dejo la taza y saco mi versión de una varita mágica: mi móvil.

—Bueno, no podemos comprar exactamente todas las bayas de enebro de Wrightsville para llevárnoslas a cambio de las entradas.

—Sí. —Birdie asiente con la cabeza—. Eso definitivamente haría que la gente hablara, se cuestionara y se dirigieran hacia aquí para hablar con tu madre.

—Así que hacemos un reto viral para construir una estatua de bayas de enebro por arte de magia en nuestro patio delantero antes de la medianoche. —Mis dedos vuelan por el teclado virtual mientras elaboro el texto perfecto para que todo el mundo hable—. Gana la estatua más fabulosa decidida por un jurado que está sentado en esta mesa. —Una vez perfeccionado el texto, apunto con el teléfono a los altos enebros azules que flanquean el camino desde el patio hasta el círculo de la luna, en el otro extremo del jardín—. Nos llevamos todo el enebro de los participantes, y el ganador podrá pasar la próxima cosecha de hierbas de luna llena en el jardín de hierbas de mi madre recogiendo lo que necesiten para el siguiente ciclo lunar.

Un poco de manipulación fotográfica no mágica y ya tengo un gráfico, un mensaje y un plan ganador a la espera de que pulse, publicar, para ponerlo en marcha.

—Este jardín es legendario. —Boquiabierta, Birdie echa un vistazo a la hierba carmín, a las diversas variedades de verbenas (todas las cuales debilitan a los vampiros) y a las solanáceas que ayudan a volar y actúan como veneno, así como a las hierbas plateadas, al perejil de jardín, al acónito y a la salvia, que es clave para prevenir los calambres al volar largas distancias. Entonces se vuelve hacia mí, con una enorme sonrisa en la cara—. Es brillante.

Es decir, no voy a decir que lo sea, pero sí, por una vez, sienta muy bien contribuir en lugar de limitarse a mirar desde la barrera.

—Estoy totalmente de acuerdo —dice Gil, con voz malhumorada.

El placer inunda mi sistema ante el elogio, y accidentalmente pulso publicar antes de tener la oportunidad de dar a mi texto una segunda lectura. Cuando termino de leerlo para ver si tengo que borrarlo, arreglarlo y volver a publicarlo, Gil ya ha desaparecido, lo cual es mejor así. Es el rey de los mensajes contradictorios, y yo tengo toda una familia que descongelar, así que cuanto menos piense en él, mejor.

Por supuesto, sólo pienso en él el resto de la noche, sola en mi habitación. Quiero decir, claro, tengo un sueño tras otro sobre el atraco, pero él está presente en cada uno de ellos. En uno de ellos, Gil y yo bailamos por el salón de baile para provocar una distracción, como en una escena de *Dimond Eight en* la que una banda de brujas roba una tiara de valor incalculable durante el atraco a un museo de arte. En otro, estamos escondidos en el pasillo de un hotel cuando pasan los malos y tenemos que fingir que nos besamos borrachos para que pasen de largo. Luego está el sueño que definitivamente no es parte de una película de atracos, porque no hay forma de que alguien dé luz verde a una película cuya trama se centre en meternos en una orgía y... Digamos que me desperté sin aliento, pero increíblemente fresca y relajada después de eso.

Aun así, el trabajo de una bruja mala nunca termina, así que me apresuro a bajar a la cocina antes de que nadie más se despierte para poner en marcha la primera tetera del día. Estoy allí, de pie, en pantalón corto y una camiseta de tirantes que ha pasado a mejor vida, llenando la tetera del fregadero, cuando miro por la ventana y veo que nuestro jardín está lleno de estatuas hechas con bayas de enebro. Hay escobas, brujas alrededor de calderos, dragones enroscados alrededor de huevos hechos de bayas de enebro que han sido encantadas para que brillen, sombreros puntiagudos del tamaño de perros grandes y mucho más.

—Ha funcionado —digo a la habitación vacía.

—Claro que sí —dice Gil.

Suelto un grito de sorpresa y salto hacia atrás. La adrenalina me recorre como fuegos artificiales y el agua sin calentar salpica por encima de la tetera abierta y cae al suelo de piedra. No hace falta que te diga dónde caigo. Sí. Exactamente en el punto exacto para enviar mis pies en una dirección y mi trasero en otra.

—Tutum. —Pronuncia el hechizo para enviar a alguien a un lugar seguro, y al respirar estoy flotando sobre el suelo antes de que pueda aterrizar en él, y al exhalar estoy volando por el aire directamente hacia Gil.

No es algo que pueda controlar, y dudo que sea lo que él espera, porque el Sr. Siempre Tranquilo, Calmado y Sereno abre mucho los ojos y tiene el tiempo justo para prepararse antes de que yo esté pegada a su cuerpo, aferrándome a él para salvar mi vida antes de que se me escape el hechizo y acabemos en Tombuctú. El aroma a mantequilla salada me envuelve mientras sus brazos se cierran, sujetándome contra él para que no me caiga de trasero. Es todo lo que puedo hacer para mantener en funcionamiento las pocas sinapsis de mi cerebro que funcionan antes del té mientras miro su rostro. Su sombra de las cinco está ahí incluso a las seis de la mañana. Quiero tocarla para ver cómo se siente bajo mi palma, pero no es lo único que quiero.

En realidad, lo deseo tanto que me vuelvo blanda y flexible contra él mientras mis pezones se estremecen. Nuestros rostros están tan cerca que nuestros labios casi se tocan. Juro que puedo sentir el latido de su corazón al compás del mío mientras el deseo me recorre, agudizando cada nervio hasta que lo único que siento es a Gil. Su mirada baja hasta mi boca y luego vuelve a subir mientras me lanza una mirada que prácticamente arde de intensidad y lo único que quiero es quemarme.

Mis ojos empiezan a cerrarse y su cuerpo se pone rígido debajo de mí.

La toma de conciencia viene acompañada de una implacable oleada de humillación.

Carajo. Qué manera de perderte en tu propia cabeza, Tilda.

—Lo siento —murmuro, deseando tener alguna habilidad mágica para poder desaparecer en otra habitación.

Su gran mano me acaricia la nuca mientras baja la cabeza.

—Yo no lo hago.

Y entonces me besa de verdad, y me olvido de todo lo demás excepto del hecho de que Gil Connolly es un besador jodidamente fantástico. Ardiente y exigente, me besa como un hombre que lleva toda la vida esperando este momento. Aprieto las piernas en torno a su cintura, apretando mi cuerpo contra su dura longitud. El pantalón de chándal gris que lleva no es una barrera gruesa, pero aun así es demasiado. No debería balancearme contra él. Pero lo hago, porque el destino nos protege, sus manos son grandes y no puedo evitarlo.

Rompe el beso y suelta un gemido de frustración antes de llevarme las manos a la cintura y dar un paso atrás para que me deslice por su frente y me quede de pie.

Se pasa los dedos por el cabello y mira al suelo como si le hubiera hecho

mucho daño.

—Eso no debería haber pasado.

Auch. Eso me escuece, pero hago lo que puedo para soltar una risita hastiada, que suena más como un graznido, y digo:

—Rarezas del momento y...

—No —interrumpe—. El último lugar al que la magia debería haberte enviado es a mí.

Luego, sin decir una palabra más, sale de la cocina y vuelve por el pasillo hacia la biblioteca, donde duerme en un sofá acolchado frente a la chimenea.

Y es entonces cuando mi cerebro traduce por fin la palabra de activación de su hechizo: seguro. No soy mágica, pero incluso yo sé que el hilo de magia que recorre el universo y que las brujas aprovechan es siempre cierto. La magia no miente. No vacila. Nunca se equivoca.

Y la magia del hechizo de Gil para ponerme a salvo me empujó a sus brazos. Literalmente.

Un escalofrío se abre paso a través de mí, porque el destino me ayuda, seguro es exactamente lo que siento cuando estoy con el último hombre en Witchingdom que debería querer.

Al menos las cosas no podían empeorar.

Capítulo 20

Gil...

Ese beso fue un error.

Un error en el que no puedo dejar de pensar.

No durante el incómodo desayuno en el que Tilda no me miraba a los ojos mientras Birdie y Eli no dejaban de mirar entre nosotros y luego mantenían una conversación silenciosa entre ellos como si supieran exactamente lo que había pasado.

No en la reunión informativa en la biblioteca, donde pusimos en común nuestro plan para salir mañana al amanecer, cuando yo seguía olvidando el nombre del Liber Umbrarum, que es necesario para derretir a sus padres y deshacer esta magia duíl que desatamos en la cafetería.

No mientras recorríamos los sinuosos senderos del jardín de hierbas de Sherwood, que tiene todo lo que una bruja puede desear y más de unas cuantas variedades de ingredientes para conjuros que la mayor parte del Witchingdom cree extinguidos.

Ojalá pudiera atribuirlo todo a mi magia duíl, pero no puedo. Eso sólo actúa sobre deseos que ya existen. No puedo usarla para hacer que quiera besarme como me necesita para estar entera. No puedo usarla para darle esa mirada suave y satisfecha que tenía después de que rompiera el beso. No puedo usarlo para hacer que me desee como yo la deseo cada segundo del día.

Lo más inteligente para mí es mantener el mayor espacio posible entre nosotros porque no soy el tipo de hombre que va a donde esto lleva. No hago compromisos. Sólo soy leal a mí mismo y a mi familia. El amor requiere algo que yo no tengo: el corazón de un tonto.

Y eso es lo que sigo diciéndome mientras Tilda y yo estamos en el jardín de su madre recogiendo hierbas para el viaje mientras Eli y Birdie trasladan todas las estatuas al patio trasero para poder quitarles las bayas de enebro sin que todo el pueblo sepa lo que están haciendo.

Lo último que necesito es pasar más tiempo a solas con Tilda, sobre todo cuando lleva una falda vaporosa que le llega justo por encima de las rodillas y me hace pensar en todas las cosas sucias imaginables sobre lo que haría si me dejara deslizar la mano por debajo del dobladillo y subir por sus gruesos muslos

para acariciarle el clítoris hasta que se quedara embelesada, y entonces metería la cabeza por debajo de la falda, le abriría bien los muslos y me daría un festín en su dulce centro hasta que se corriera en mi cara.

La magia duíl se ha vuelto loca. No me basta con quererla más de lo que nunca he querido a nadie. Ahora no es un caso de *querer* estar cerca de ella, es *necesitar* estar cerca de ella.

Corta algunas flores de color rosa intenso sin abrir del árbol del clavo, las mete en una bolsa de estopilla encantada para que se sequen rápidamente y las deja caer en la cesta de mimbre de gran tamaño que llevo para recoger todas las hierbas.

—¿Qué hacemos recogiendo hierbas para hechizos? —pregunta mientras ignoro cómo el sol tiñe de dorado algunos mechones de su cabello, como si los hilaran princesas encerradas en torres—. Creía que la magia no iba a funcionar en la exposición.

Agarrando la cesta con más fuerza para no estirar el brazo y tocarla, acercarla, besarla una y otra vez, machaco cada palabra de mi respuesta. —No funcionará dentro del museo durante la gala, pero en cualquier otro lugar es juego limpio.

Se detiene frente a un ramo de bocas de dragón en macetas y comienza a cortar las flores con pericia, con cuidado de no perder nada del polen que es crucial para un hechizo de protección, y las deja caer en otra bolsa encantada.

—Entonces, ¿qué tienen de malo los hechizos hablados frente a los anticuados hechizos elaborados con caldero que estamos recolectando?

—Eso no va a resistir la magia del Consejo. —Tan poco en realidad. Nuestra mejor esperanza es hacer todo esto antes de que se den cuenta de que me he vuelto rebelde, pero las posibilidades son escasas—. Tendremos que ir por todas si nos encuentran.

Tilda asiente y suelta un suspiro tembloroso antes de mirarme con un brillo decidido en los ojos.

—Entonces, ¿qué queda en la lista?

Echo un vistazo a la lista que hicimos antes.

—Consuelda y hierba gatera.

—Protección para viajar y atraer la suerte —dice—. Vamos a necesitarlas a granel. Pues estamos de suerte, porque mi padre es un acaparador de hierbas al límite.

—A todo el mundo le gusta tener un alijo. —Las brujas pueden poner a prueba el destino, pero nunca quieren dejar nada al azar.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Oh no, es más que... Toma, será más fácil enseñarte la guarida de mi padre.

Salimos del jardín propiamente dicho hacia el círculo lunar, que tiene incrustaciones de ópalos claros que forman la figura de un dragón.

El círculo lunar de una familia siempre es un poderoso centro para su magia, y el de los Sherwood no es diferente. Incluso con casi toda la familia congelada, me recorre un escalofrío que me eriza el vello de la nuca al dar el primer paso. ¿Será el poder de los Sherwood? ¿La explosión extra de energía mágica que siempre supone estar cerca de una hechicera como Tilda? Cualquiera de las dos opciones es posible. No es que importe. Mi trabajo aquí es seguir a Tilda, y eso es exactamente lo que hago, asegurándome de no pisar los ópalos de color blanco lechoso. Los fragmentos de color de cada uno de ellos captan la luz mientras cruzamos y hacen que el dragón parezca que sus escamas brillan bajo el sol de primera hora de la mañana.

Una vez en el otro lado, nos detenemos frente a una pequeña guarida de brujas. Algunos se han modernizado con paredes de cristal y acero inoxidable. Los Sherwood lo han mantenido tradicional, con ramas de hamamelis como paredes y un tejado de paja larga. Parece sacado de un cuento de hadas, de un bosque espeso donde los árboles son tan densos que uno sabe que el lugar está encantado. Hay un par de árboles de sangre de dragón junto a la puerta, que está tallada de forma que parece un dragón con la boca abierta. Lo juro, cuanto más nos acercamos, más siento que se me calienta la piel, como si me acercara a una hoguera.

Aquí hay magia, y cada instinto de mi cuerpo me grita que retroceda y me aleje de aquí lo más rápido que pueda. Empieza a empujarme, pequeñas puntas afiladas de agonía se clavan en mi piel mientras el hechizo de protección de Sherwood intenta alejarme de la guarida. Sabe que no pertenezco a este lugar, no un don nadie del Más Allá como yo.

—¿Gil? —pregunta Tilda, ladeando la cabeza preocupada y acercándose a mí—. ¿Estás...?

No consigue *dar el visto bueno* hasta que sus dedos tocan mi brazo y la magia nos envuelve, nos empuja y nos lanza a toda velocidad hacia la puerta cerrada de la guarida de la bruja. Me retuerzo entre la puerta y Tilda para

amortiguar el impacto contra la madera. Pero justo en el último momento, la puerta se abre y salimos despedidos hacia el interior, donde aterrizamos con un golpe sordo en el suelo de pizarra.

En el siguiente latido, me pongo en posición sentada, sujetando a Tilda para que esté en mi regazo frente a mí, sus piernas desnudas cayendo a ambos lados de mis caderas mientras la rozo con las palmas de las manos, comprobando si está dañada.

—¿Estás bien?

—No aterrizamos sobre *mí*. —Me toma la cara con las manos y me tranquiliza con la suavidad de su tacto—. ¿Cómo *estás*?

Se acerca un poco más a mi regazo y su coño, cubierto de bragas, se acomoda contra mi polla, que presiona contra mis vaqueros. Y en un instante, entre un latido y el siguiente, todo cambia. Mis manos están en su trasero, apretándola contra mí. Ella responde apretando las piernas a mi alrededor y moviendo las caderas lo suficiente para hacerme olvidar quiénes somos, lo que está en juego y por qué esto es una muy mala idea.

Tilda Sherwood es una hechicera de la familia más poderosa de todo Witchingdom. Yo soy un astuto agente doble del Más Allá y le he estado mintiendo desde el día en que nos conocimos. Primero sobre no conseguir que Griselda nos tendiera una trampa. Luego sobre ser uno de los agentes del Consejo. Y ahora sobre que es una hechicera. Todo lo que hago es mentir.

Cuando se entere de la verdad, me va a odiar aún más de lo que yo me odio por lo que tengo que hacer ahora.

Muevo las manos para sujetarla por las caderas y la levanto. La vista de su falda volviendo a su sitio, flotando hacia abajo como una cortina que me impide verla, es como si me clavaran un cuchillo en el riñón.

Me levanto y me alejo unos pasos de ella, juntando las manos a la espalda para no alcanzarla porque me aferro tanto a mi sensación de control que temo romperlo yo mismo.

—No podemos.

—Eso dices siempre. —Se levanta y se endereza las gafas, con la mirada clavada en el suelo, como si no pudiera obligarse a mirarme aunque quisiera.

Es mejor así. No se debe confiar en nadie en el Witchingdom, y menos en mí.

Estoy a medio camino de la puerta para salir de este lugar y alejarme de

Tilda antes de volver a olvidar quiénes somos el uno para el otro cuando un resplandor azul claro, brillante y crepitante aparece alrededor del marco de la puerta. Rodea el marco e ilumina el pomo de la puerta como un letrero de neón colgado en la ventana de un bar durante unos segundos antes de apagarse con un chasquido.

Tilda se levanta de un salto y corre hacia la puerta, gira el pomo y tira.

—No se mueve. —Se vuelve hacia mí, con los ojos enormes y redondos detrás de las gafas—. ¿Qué he estropeado ahora?

El darme cuenta me da una bofetada en la cara.

—No fuiste tú.

Las piezas encajan en su sitio en un santiamén. El empujón protector que sentí de la magia Sherwood. El chasquido de mi magia duíl devolviéndole el golpe. Usar la magia es como joder con el universo. Tienes una cosa, quieres otra, así que lanzas un hechizo. Necesitas algo pero no lo tienes, lanzas un hechizo. Quieres proteger a alguien que amas, lanzas un hechizo. Pero a veces el universo también te jode. La magia que atraviesa el ozono y flota en el viento decide que también quiere algo. Si a eso le añadimos la cinta de hierro de la magia hereditaria que une a todos los miembros de una misma familia (como mi magia duíl) que, porque cree que sabe más, de vez en cuando se apodera de esa magia para sus propios fines sin que haya una sola bruja que la controle, cobra vida propia y nos empuja en una dirección u otra.

Encerrarnos aquí es una prueba, un experimento, un hechizo preparado por la magia de mi familia duíl en un acto de emparejamiento sobrenatural para forzarnos a estar juntos y ver qué sale de ello. Esto es lo último que necesito ahora que apenas puedo resistirme a Tilda.

—No vamos a ninguna parte. No podemos.

—¿No puedes hacer un hechizo de desbloqueo rápido? —pregunta.

Examino la guarida de la bruja de Sherwood. Es grande, con espacio para varias docenas de puestos de hierbas secas, una zona de enlatado para almacenar las hierbas hasta que se necesiten, e incluso una sección de invernadero para las hierbas que son demasiado delicadas para crecer al aire libre, pero sigue siendo del tamaño de un gran vestidor. Y si sigo mirando y tomando nota de cada maceta de terracota, herramienta de jardinería de acero inoxidable y regadera morada, entonces puedo fingir que no estoy aquí con Tilda.

—No.

Se acerca a mí como si estuviera dispuesta a luchar, exigiendo toda mi atención.

—¿Por qué?

Algo dentro de mí se rompe, partiéndose como una rama vieja bajo la zarpa de un hombre lobo. Todo lo que necesito, quiero y no puedo tener explota dentro de mí.

—Bien. ¿Quieres saberlo todo? Pues abróchate el cinturón. —Necesito todo lo que tengo para no estirar la mano y agarrarla, acercarla y besarla hasta que los dos estamos desesperados por más. La sangre me late en los oídos mientras la adrenalina y la lujuria se apoderan de mí, reduciendo el mundo a nosotros solos. ¿Y ella quería saber por qué no podía detener el hechizo? —¿Porque aquel día con el árbol de sangre de dragón? Algo pasó contigo y conmigo y con la magia de mi familia. No era mi intención, pero me maldije y ahora no puedo dejar de pensar en ti, de desearte, de obsesionarme con lo buena que estás cuando se te tuercen las gafas y con cómo sería tocarte. —No tengo ni maldita idea de cómo consigo censurarme para no confesar que me excito cada vez que está cerca—. Peor aún, la magia duíl no puede forzar la aparición de un deseo que no exista ya, lo que significa que te he deseado desde la primera vez que te vi. Algo en ti conectó con alguna parte de mí, y eso ha jodido todos mis planes. No me gustan las relaciones ni los compromisos ni me preocupo por nadie más que por mí. Sólo un tonto te miraría y vería algo más que una persona que hace que una bruja quiera ser esa persona.

—¿Y todo eso es una maldición? —pregunta, con una mirada peligrosa que hace que mi polla, cada vez más gruesa, empuje contra mi cremallera.

—Mierda, no. —Me acerco más a ella. No puedo evitarlo. La necesidad de follármela y mantenerla a salvo me ha herido hasta el punto de que no tengo ni idea de si voy o vengo. Lo único que sé es que Tilda Sherwood me ha hechizado sin ni siquiera intentarlo y no estoy seguro de que vaya a romperlo nunca—. Te deseo. No puedo dejar de desearte. Y ahora ha llegado un punto en el que la magia se está apoderando de mí y ni siquiera me importa porque eres todo lo que quiero. ¿Esa ráfaga de magia empujándonos aquí? ¿La puerta? Es todo magia duíl haciendo un punto. Quiere completar el hechizo para darnos a cada uno lo que deseamos.

Cuando termino, respiro con dificultad y el ambiente dentro de la guarida de la bruja es como si pudiera pasar cualquier cosa.

Tilda está de pie justo fuera de mi alcance, con los ojos redondos y sus bonitos labios rosados formando una O de sorpresa, de anticipación, de

excitación... No tengo ni maldita idea, porque soy un hombre a punto de saltar alegremente al abismo con tal de que sea con ella.

Acorta la distancia que nos separa y su mano se posa en mi pecho, encima de mi corazón que late a toda velocidad.

—Pero con la magia duíl, la bruja sólo tiene que conseguir lo que desea y ya está, el hechizo se ha completado. —Hace una pausa, me mira y baja la palma de la mano hasta que las yemas de los dedos se apoyan en mi estómago—. ¿Verdad?

—Supuestamente. —La palabra sale como un susurro que apenas se registra por encima del joder-sí de cada parte de mí desesperada por tocarla que definitivamente no puedo escuchar—. Pero no tienes que preocuparte. Ya se me ocurrirá algo. —Me sudan las palmas de las manos y me late el corazón de forma errática; escudriño la zona, buscando alguna forma, cualquier forma de salir de aquí—. Podemos salir. De algún modo. Tiene que haber herramientas que podamos usar para salir. —Agarro una pala metálica de la estantería de mi derecha—. Grita pidiendo ayuda. Yo usaré esto para abrirme paso a través de la madera o...

Tilda me detiene con un beso, sus suaves labios se burlan de los míos.

No soy un gran hombre; en realidad, ni siquiera soy uno bueno con todas las mentiras con las que hago malabares, pero por un segundo siento que podría serlo, y no hay nada más peligroso en el mundo que eso.

Capítulo 21

Tilda...

Debería estar enojada por el hecho de que Gil piense que quererme es una maldición. Debería estar furiosa y planear mi venganza no mágica. Pero no lo estoy. Intento averiguar cómo desnudarlo sin que se acabe el beso, porque no estoy segura de que pueda o quiera hacerlo.

Me agarro a su camisa con ambas manos porque temo que si no lo hago me deslizaré fuera de la faz de la tierra y flotaré hacia el espacio. No, eso tampoco tiene sentido lógico para mí, pero ¿qué lo tiene cuando se trata de Gil Connolly? No debería confiar en él, pero lo hago. No debería sentirme segura cuando estoy con él, pero el hechizo de esta mañana me envió correctamente hacia él. Hay algo aquí en el tira y afloja entre nosotros, un suave hilo de chenilla que serpentea alrededor de ambos, acercándonos más y más hasta que estamos atados el uno al otro.

Por eso no quiero que este beso termine, por eso me abro bajo él, lo profundizo. Por eso lo rodeo con los brazos y entrelazo los dedos en su cabello oscuro. Por eso inclino la barbilla hacia arriba cuando me baja los labios por la garganta y me deleito en la sensación de las duras cerdas de su barba rozando mi sensible cuello.

Cada parte de mí está sintonizada sólo con él. La presión de sus dedos en la parte baja de mi espalda, en el punto donde el dobladillo de mi jersey se une a la parte superior de mi falda. El empuje de su dura polla contra mí, tan cerca y tan lejos a la vez debido a las capas de ropa que nos separan. Deslizo los dedos hacia abajo y empiezo a tirar de su camiseta hacia arriba cuando él rompe el contacto y da un paso atrás. El shock de no encontrarlo me golpea de inmediato, como si me dieran con la puerta en las narices.

—Tilda —dice, consiguiendo que mi nombre suene como una súplica y una oración mientras retrocede hasta el banco de trabajo de piedra que hay en medio de la habitación—. Te deseo, carajo, te deseo. —Todo su cuerpo está rígido por una tensión demasiado evidente, sus ojos están oscurecidos por una lujuria salvaje y sus movimientos son espasmódicos mientras se pasa los dedos por el cabello—. Pero el hechizo es la única razón por la que actuarías deseándome, de lo contrario mantendrías las distancias. Sabrías que no deberías estar con alguien como yo. No puedo...

—¿Y qué hay de lo que yo quiero? —interrumpo, acercándome a él, el aire entre nosotros crepitando de conciencia—. ¿Eso tiene algo que ver?

—Es diferente para ti. No soy el tipo de hombre que deberías querer. —Deja escapar un suspiro tembloroso mientras se agarra al borde del banco de trabajo que tiene detrás, como si fuera lo único que le impide acercarse a mí—. Podemos...

—¿Y para ti? —Pongo las manos sobre el banco de trabajo a ambos lados de él; hay varios centímetros de espacio vacío entre nosotros, pero bien podría ser inexistente. Estar tan cerca de él me tiene en vilo, ansiando lo que no debería querer pero no puedo dejar de necesitar. Puede que sea la magia duíl la que está trayendo todo esto de mi subconsciente al primer plano, probablemente lo sea, pero en este momento no me importa. Todo lo que sé es que cada parte de mí está desesperada porque me toque, me bese, me deje sentir cada parte de él—. ¿Es sólo la magia para ti?

—No lo sé. —Sus nudillos están blancos por el esfuerzo de no ceder al aire encantado que se arremolina a nuestro alrededor—. Tiene que haber otras formas de satisfacer la magia duíl que no te pongan en una situación tan incómoda, si nos tomamos un segundo para pensar y...

—¿Es eso lo que quieres? —Acaricio su cara, inclinándola hacia abajo para que tenga que mirarme, para que pueda ver el deseo desnudo en mis ojos—. ¿Es eso lo que quieres *de verdad?* Y si esto —dejo caer una mano sobre su pecho, por encima de su corazón que late a toda velocidad—, solo es así de fuerte debido a la magia duíl, entonces quizá deberíamos darle lo que quiere. Sin daño. Nada malo. Sólo magia que nos dé lo que ambos necesitamos.

Deja escapar una respiración entrecortada que demuestra que está luchando contra esta atracción.

—¿Y después de eso?

—Lo resolveremos. —No puedo pensar en eso. Apenas puedo pensar estando tan cerca de él—. Ten un poco de fe en tu compañera bruja. Puede que te guste, casi tanto como besarme.

—Besarte solo hace que quiera más —dice, con esa voz grave y ronca que hace que se me apriete el corazón.

Me pongo de puntillas.

—Entonces más parece la mejor opción.

Me suelta del banco de trabajo y sus manos se dirigen a mi cintura,

desencadenando una reacción en cadena de sensaciones que me hacen sentir como si estuviera volando; tal vez lo esté, pero me da igual, porque Gil me está besando y es más de lo que puedo soportar, pero no me canso de hacerlo. Lo siguiente que recuerdo es que estoy sentada en el borde del banco de trabajo y Gil está de pie entre mis piernas abiertas. Sus manos están en mis rodillas y luego en mis muslos mientras me besa como un hombre que no puede saciarse y no cree que pueda hacerlo nunca. Es diferente a nuestro beso en la cocina. Más caliente. Más exigente. Camina por esa delgada línea que separa el, me voy a morir si paras, de, todo este placer me va a matar.

Sus pulgares se posan en la parte interior de mis muslos, lo más cerca que puede estar del centro húmedo de mis bragas sin llegar a tocarlas. Todo mi cuerpo zumba de expectación y apenas puedo contenerme porque juro que veo hierbas en macetas y el juego de cristales de cultivo de mi padre flotando a nuestro alrededor dentro de la guarida de la bruja.

—Tilda —dice Gil, con la voz tensa—. ¿Puedo tocarte?

—Sí.

—Sólo di la palabra y me detendré.

—Si lo haces, te golpearé con esa pala de jardín con la que ibas a intentar salir de aquí a hachazos. —Me empuja el centro de las bragas a un lado, poniendo todo mi cuerpo en alerta y friendo cada pensamiento de mi cabeza, pero mi boca sigue adelante—. Quiero decir, en realidad no te pegaría. El consentimiento va en ambos sentidos, y si tú...

—Tilda —dice, susurrando mi nombre en un tono que ni siquiera puedo describir más allá de reverencialmente cachondo.

¿Eso es algo? Porque así es exactamente como suena en ese momento en que me levanta la parte delantera de la falda. No importa, porque todo lo que puedo decir es un suave

—¿Sí?

Me mira los hoyuelos de los muslos, los que hacen que la crema para las rozaduras sea una necesidad en verano, y las bragas rosas con margaritas blancas como si llevara toda la vida esperando ver algo tan precioso.

—Ahora te voy a comer.

Juro que tengo algo ingenioso que responderle, pero entonces su boca está sobre mí, trabajando mis pliegues resbaladizos y mi clítoris hinchado como un virtuoso. Lo digo en serio. No hay ningún juguete erótico en el cajón de mi

mesita de noche que pueda hacer lo que él hace con su lengua, esa cosa palpitante, circundante, burlona que me hace jadear y ver luces de neón estallando en el borde de mi visión. Entonces se une su pulgar, recorriendo mi abertura con una paciencia sádica que me hace balbucear palabras cuyo significado desconozco, además de suplicarle que no pare. Gracias al destino, no lo hace. Se limita a darme un festín, lamiéndome y chupándome, atormentándome con su pulgar de la mejor manera posible.

Me mantengo en equilibrio sobre los antebrazos, con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta mientras emito gemidos de placer que no creía posibles. Sin embargo, él continúa, moviendo las manos para acunarme el trasero, acercándome a su boca como si en este momento no fuera a ir a ninguna parte... no con la forma en que me hace sentir el fuego eléctrico de sus caricias. Se oyen chasquidos y crujidos a lo lejos que probablemente deberían preocuparme, pero no me importa. Todo me parece demasiado bueno, demasiado poderoso, demasiado increíble como para prestar atención a nada más allá de la cara de Gil enterrada entre mis piernas.

Estoy al borde del orgasmo, todas las sensaciones se acumulan en mi interior hasta que no puedo más y mi clímax me golpea, arqueando mi columna vertebral mientras el mundo se torna de brillantes púrpuras y azules y juro que si pudiera mantener los ojos abiertos contra la oleada tras oleada de placer, sólo sé que vería los colores entrelazándose para formar un tono de añil violeta que nunca había visto antes.

Sin dejar de respirar con dificultad, abro los ojos y veo a Gil entre mis piernas, con la boca húmeda y la mirada oscura, y un delicioso escalofrío me recorre porque sé que lo que viene a continuación va a sacudir mi mundo.

Entonces, la guarida de la bruja de mi padre empieza a temblar literalmente cuando una luz con los colores del arco iris ilumina la puerta con cerradura mágica. El poder hace temblar las paredes y el marco de la puerta cruje bajo la presión. Gil se da la vuelta y se coloca entre lo que está a punto de entrar por la puerta y yo.

Sí, no se va a librar solo de lo que sea que esté a punto de entrar por ahí. Recojo la pala de jardín, oye, es mejor que nada, y voy a ponerme a su lado justo cuando la puerta se abre de golpe. Sea lo que sea, sea quien sea, lo que espero, seguro que no es Vance con una camiseta negra desgastada que dice: *Siento llegar tarde, no quería estar aquí.*

Dejo escapar un suspiro de alivio. Vance es un grano en el trasero, pero no es el hombre del saco. A mi lado, sin embargo, Gil sigue tenso, preparado y listo

para enfrentarse al metamorfo unicornio. Pero antes de que pueda hacerlo, doy medio paso para ponerme delante de él.

—Tenemos fuegos artificiales literalmente pasando aquí por encima de la guarida —refunfuña Vance—. ¿Qué demonios están tramando? —Mira de mí a Gil y viceversa—. Pensándolo bien, no me lo digan. No quiero saberlo, mierda. Pero si han terminado, e incluso si no, te necesitamos dentro. Todo este plan tuyo se ha ido a la mierda.

Se aleja dando pisotones hacia la casa, con su cuerno de unicornio brillando bajo los rayos del sol poniente.

Si en este momento pudiera avergonzarme, me sentiría mortificada. Sin embargo, el nivel de satisfacción que flota en mi torrente sanguíneo elimina prácticamente cualquier sentimiento que no sea de felicidad.

Gil me rodea la cintura con el brazo por detrás y me atrae hacia él mientras ambos permanecemos de pie en la puerta abierta intentando recuperar el aliento. No se me escapa su dura longitud apretada contra mi trasero. Con mi orgasmo todavía haciéndome sentir flotando y con las extremidades sueltas, el hechizo duíl debería haber terminado para mí ahora que he satisfecho mi deseo, pero ya tengo hambre de más.

Me muero de hambre.

Hambrienta.

Voraz.

—¿Así que supongo que tendremos que terminar esto más tarde? —pregunto, haciendo todo lo posible para no mostrar el hecho de que todavía estoy borracha de polla y, posiblemente... probablemente... bien, todavía lo deseo tanto como antes de que me apretara tanto los dedos de los pies que perdí media talla de zapato.

Agacha la cabeza, me besa ese punto sensible detrás de la oreja y me dice con un gruñido bajo:

—Tilda, tú y yo sabemos que esto está lejos de terminar.

Capítulo 22

Gil...

De vuelta en la biblioteca, no puedo dejar de mirar a Tilda. Está prácticamente radiante mientras se mueve por la habitación, sus dedos vuelan por el teclado de su teléfono mientras cuelga fotos antiguas de su madre y sus hermanas alrededor del caldero familiar en WitchyGram para mantener a raya las sospechas sobre dónde están. Eli y Birdie no dejan de mirarla a hurtadillas mientras empaquetan las últimas bayas de enebro en cajas de madera encantadas tan grandes como maletas grandes que caminarán solas hasta la estación de tren para nuestro viaje a Salem. Mientras tanto, Vance permanece junto a la chimenea mirándome como si el hecho de que respire lo ofendiera.

El metamorfo unicornio cruje sus nudillos tatuados y luego cruza sus enormes brazos sobre el pecho.

—El Consejo está sobre ti.

Era de imaginar, pero esperaba que hubiera más tiempo.

—¿Cómo? —pregunto, no es que importe, pero la curiosidad y todo eso.

Vance resopla y me lanza una mirada fulminante.

—Desde que el Consejo empezó a hacer movimientos para apoderarse del Witchingdom, Cassius y yo hemos estado peleándonos. Él es tan digno de confianza como un duende con una olla de oro que esconder, y ese hombre probablemente te tiene hechizado de seis maneras al domingo.

Tilda cruza la habitación y se sienta a mi lado en el sillón frente a la enorme chimenea, con la mano apoyada en mi muslo como si fuera lo más natural del mundo.

—Pero estamos bajo una cúpula protectora.

—Y eso es probablemente lo que lo hizo correr hacia el Consejo como la rata portadora de la peste que es. —La mirada de Vance baja hasta la mano de Tilda y su gruñido aumenta diez grados—. Así que me alegro de que te acompañe en mi tren a Salem para conseguir el Liber Umbrarum y descongelar a toda la familia Sherwood, menos a nuestra Tilda, antes de que el Consejo descubra lo que ha pasado y tome el poder.

—¿El tren? —pregunta Birdie—. ¿Pero no son sólo para transportar mercancías? Ninguna bruja los usa.

El rostro de Vance se transforma en una sonrisa de suficiencia.

—Menos mal que viajas con un metamorfo entonces, porque es el último medio de transporte que alguien del Consejo vigilará.

Todo tiene sentido, y eso es lo que hace saltar las alarmas en mi cabeza.

—¿Por qué deberíamos confiar en ti?

—Porque con Griselda congelada, soy el único contacto de la Resistencia que tienes que puede ayudar. Además, está esto. —Arroja un anillo sobre la mesita.

Una mirada al anillo de compromiso de plata y zafiro que ha pertenecido a mi familia durante generaciones, y puedo saborear la bilis en la parte posterior de mi lengua. Mi madre nunca se lo quitaba. Ni cuando hacía trabajos de hechicería, ni cuando buscaba objetos con los que regatear en el Más Allá, ni cuándo podría haberlo cambiado por unas hogazas de pan en la tundra.

—Están bien. Están en una casa segura en la isla Tybee. Envió esto y dijo que te dijera que Kiehl te manda saludos.

El aliento que he estado conteniendo sale de golpe.

Kiehl ha sido nuestro código para que todo vaya bien desde que nos desterraron al Más Allá, uno que sólo conocemos mis padres y yo.

—¿Así que realmente vamos a hacer esto? —pregunta Birdie mientras Eli la rodea con sus brazos y la arropa contra su costado.

—Sí. —Tilda asiente, su respuesta es firme a pesar de que le tiemblan las manos mientras toma una taza de té de la bandeja de plata ornamentada que hay sobre la mesita y bebe un sorbo—. Realmente estamos haciendo esto.

La biblioteca se queda en silencio, más allá del crepitar de los leños de la chimenea. Tilda me mira, con los ojos muy abiertos tras sus gafas redondas, y algo ruge dentro de mí que no se parece en nada a la magia duíl. No se trata de lo que yo quiera, se trata de Tilda.

—Entonces no la jodamos —dice Vance, bebiéndose algo de la petaca con las palabras *a la mierda ser educado* grabadas en ella que siempre lleva consigo —. Salimos en treinta minutos. He tomado el polvo de hongo agárico que ustedes dos reunieron para Griselda y me he encargado de ella con un hechizo para mantener a la gente alejada de su casa y que nadie la descubra haciendo su imitación de pop helado. Ustedes dos, nos señala a Tilda y a mí, ocúpense del resto de su familia mientras los tres cargamos todo lo que necesitamos en el tren.

Veinte minutos más tarde, estoy usando una plataforma rodante para llevar

a la matriarca congelada del clan Sherwood, que todavía tiene la toalla sobre la cabeza, a la guarida de la bruja, que es sin duda una de las cosas más extrañas que he hecho nunca, y he comido pizza fría de aceite de bacalao a propósito. Por supuesto, darme la vuelta y ver el desfile de inadaptados mágicos desaliñados y a un huraño cambia formas de unicornio no hace más que aumentar el efecto estrafalario. Eli entra en el estudio detrás de mí con una hermana Sherwood bajo el brazo. Vance lleva al padre de Tilda y a su hermana mayor a través de la puerta. Birdie le sigue con Leona, disculpándose durante todo el camino a través del dragón de ópalo que custodia la guarida. Luego está Tilda, disculpándose con un gallo congelado llamado Barkley mientras levanta al ave con sobrepeso, que se las arregla para parecer desquiciado, confuso y enojado, todo al mismo tiempo.

Tilda mira alrededor de la ahora abarrotada guarida de la bruja mientras se muerde el labio inferior, la preocupación formando una V profunda entre sus ojos.

—¿Crees que estarán a salvo?

Sin pensar primero en quién me está mirando o por qué lo hago, alargo la mano, sujeto la suya y le doy un apretón tranquilizador.

—Entre la cúpula protectora y la magia de dragón que custodia la guarida de la bruja, estarán a salvo.

Tilda se inclina hacia mí y apoya la cabeza en mi hombro.

—Gracias por ayudarme. Sé que el hechizo no te obliga a hacerlo, y ahora que tus padres están a salvo, podrías irte. —Me sonríe como si me conociera mejor que yo mismo—. Demonios, podrías llevarte el Liber Umbrarum una vez que lo tengamos y venderlo por dinero más que suficiente para vivir el resto de tu vida con lujo en una isla privada en algún lugar cálido.

—Tal vez ese sea mi verdadero plan. —Lo hago sonar como si estuviera bromeando, pero la parte inteligente de mí probablemente no lo está.

Olvídalo probablemente, sin duda habría sido mi plan antes de Tilda. Robar el libro, venderlo, llevar a mis padres a algún lugar donde ni el Consejo ni la Resistencia puedan atraparlos, algún lugar donde puedan liberarse de toda esta mierda. Es una obviedad, o al menos lo habría sido.

—No —dice sacudiendo la cabeza—. Por mucho que intentes ocultarlo, en el fondo eres un blandengue. —Me mira, su mirada es directa y segura—. Olvidas que, como outré, tengo que utilizar mis dotes de observación e instinto para averiguar lo que la mayoría de las brujas obtienen al utilizar su magia. —

Baja la voz para que sólo yo pueda oírla—. Te veo, Gil Connolly. Quiero decir, eres bueno ocultándolo, por eso fuiste tan idiota conmigo al principio, pero veo tu verdadero yo con el centro blando y pegajoso.

—Ves lo que quieres ver. —Es la verdad, y sin embargo no puedo negar que me gustaría *que* Tilda tuviera razón.

Tal vez en otra vida podría ser ese tipo, pero no en esta.

Tilda pone los ojos en blanco y me menea la cabeza antes de volver a la casa. Estoy a punto de seguirla, no por la magia duíl, sino porque no hay ningún otro lugar que me haga sentir tan bien como estar con ella, cuando Vance me agarra de la camisa y me hace retroceder un paso.

—Tarde o temprano descubrirá que es una hechicera, sí, Griselda me lo dijo hace años, y que tú lo supiste todo el tiempo. Se va a enfadar de verdad —dice Vance, con un tono duro de advertencia—. El tiempo corre en tu contra.

Sí, como si necesitara que me lo dijeran. Mi reloj siempre está en marcha: es lo que tiene ser del lado equivocado del exilio, siempre estás mirando por encima del hombro para ver de qué dirección va a venir el próximo desastre.

La maldita bomba de relojería a punto de estallar hace tictac tan fuerte en mi oído que aún puedo oírla una hora después por encima del sonido del tren mientras bajamos a toda prisa por las vías en dirección norte hacia Salem.

El tren es pequeño, pero tenemos sitio de sobra. Detrás del vagón del maquinista, gobernado por un duende aficionado a la velocidad excesiva, hay un vagón salón lleno de sofás, un bufé continental y todos nosotros reunidos en torno a un mapa mágico del museo mientras todo el mundo memoriza las entradas y salidas por si acaso el robo del libro se tuerce. Detrás de ese vagón hay otro lleno de cuatro literas, cada una con una ventana enorme para todas las visitas turísticas que no haremos.

Tilda está en la corte, esbozando su plan para el atraco. Puede que yo haya tenido la idea, pero ella se encargó de la logística, el momento y todo lo demás.

—Soy a quien esperan, así que seré a quien vean. Bueno, Gil y yo lo seremos. —Me mira y sonríe—. Seremos buenos pequeños invitados durante la fiesta, bailando, bebiendo y llamando la atención de todos los allí presentes. Eso les dará a Eli y a Birdie, vestidos con uniformes de camareros, mucha libertad para dosificar a los guardias junto a la caja del libro con una bocanada del polvo de zombi temporal que robé de la casa de Griselda. El libro pesa veinte kilos, así que cambiarás el libro por el bloque de ágata. Tendrás medio latido después de levantar el libro para hacerlo antes de que se activen los sensores no mágicos, así

que hagas lo que hagas, no lo dudes. Después de eso, saldrás por la parte de atrás hacia el tren. Vance, ahí te asegurarás de que podamos salir de Dodge en cuanto tengamos el libro. Gil y yo nos quedaremos todo lo que podamos para desviar la atención de Eli y Birdie y luego volveremos al tren. Luego volveremos a Wrightsville y a descongelar a mi familia.

Es realmente un espectáculo para la vista. Tiene una confianza tranquila que es de lo más sexy.

—¿Así que cada uno de nosotros controla su trabajo? —pregunta Tilda, mirando a cada brujo, que asiente—. Entonces, después de que volvamos a casa, utilicemos el libro para arreglar el hechizo que he estropeado, devolveré el libro al museo y me ocuparé de las repercusiones que pueda haber para que todos ustedes no tengan que preocuparse.

Claro que pensaría en cómo proteger mejor a sus amigos. Si no me hubiera dado cuenta de lo especial que es ya, eso me habría llevado al límite. No sé si sacudirla o envolverla en un hechizo para mantenerla a salvo.

Las ganas de decirle a Tilda que es una hechicera aumentan a cada minuto que paso con ella, pero sé que Griselda tenía razón. Decirle la verdad sólo la pone en más peligro, a menos que tenga a la bruja o brujo adecuado a su alrededor. Esos no va a ser Eli o Birdie con sus bienintencionadas pero jodidas habilidades mágicas. Vance ni siquiera es brujo. Seguro que no puedo ser yo. Mis propios padres no podían depender de mí para mantenerse a salvo. Lo intenté, pero fue Griselda quien los sacó del Más Allá, no yo. Tiene que ser un Sherwood quien dé la noticia que cambiará todo para Tilda, y después de eso no necesitará mi ayuda, no me necesitará a mí.

Así es como debe ser.

Aun así, no puedo evitar intentar advertirla antes de que aprenda por las malas como tuve que hacer yo.

—Witchingdom se basa en relaciones transaccionales. —Nadie lo sabe mejor que yo. Es por eso que he pasado toda mi vida adulta jugando a ambos lados de cada situación—. Todo lo que importa es lo que puedes hacer por mí y cómo puedo beneficiarme de ayudarte.

—Estás lleno de mierda —dice Tilda poniendo los ojos en blanco—. Si no lo estuvieras, no estarías aquí.

No tengo respuesta para eso. Cómo podría, porque lo que siento como la verdad en este momento no es más que una mentira que me estoy contando a mí mismo. Por mucho que la magia duíl me lo haga creer, el mundo no ha cambiado

sólo por Tilda.

Pero quizá sí.

Carajo. Me estoy volviendo loco. Tengo que largarme de aquí, pero más allá de saltar del tren en marcha, sólo hay un lugar al que puedo escapar. Murmuro mis buenas noches, ignorando el dolor en la cara de Tilda y la censura en la de los demás, y me largo de allí antes de hacer alguna estupidez.

La verdad es que todo ha cambiado gracias a Tilda y el hechizo duíl no va a terminar nunca porque nunca dejaré de quererla. Lo sé hasta el tuétano de mis huesos.

Estoy jodido y no hay nada que pueda hacer al respecto.

Voy por la mitad de dos dedos de whisky, observando cómo la luz de la luna golpea las olas blancas del Atlántico mientras el tren avanza a toda velocidad por la costa, cuando llaman a mi puerta. Sin duda es Vance para recordarme lo que está en juego, como si no lo supiera.

Pero no es el cambiaformas unicornio al otro lado de mi puerta. Es Tilda.

Tiene los labios torcidos en una tímida sonrisa y dos cupcakes de ojo de tritón en la mano.

—¿Puedo pasar?

Capítulo 23

Tilda...

Puede que me haya equivocado al aparecer en la habitación de Gil. Tiene esa boca gruñona que sin duda es una advertencia, pero mi cuerpo sólo la interpreta como una invitación. Sí, sé que soy un desastre cachondo cuando se trata de Gil Connolly, pero no hay mucho que pueda hacer al respecto, incluso si no existiera el hechizo duíl, el cual, vamos, creo que ambos podemos ver que hay más que eso en todo el maldito-está-tan-caliente. La verdad es que estoy bastante segura de que me estoy enamorando de él, lo que probablemente no sea la jugada más inteligente por mi parte, pero los sentimientos no son exactamente algo que ni siquiera la bruja más poderosa pueda controlar, y mucho menos una nula como yo.

Así que aquí estoy, tonta de remate, de pie ante la puerta del chico del que estoy colada deseando que diga, pasa, para que podamos terminar lo que se empezó en la guarida de brujas de mi padre.

La mirada de Gil parpadea hacia los cupcakes y vuelve a mí.

—No soy buena compañía.

—¿Cuándo sueles serlo? —¿Cayendo en viejos patrones de insultar al chico que me gusta? Culpable.

Se le levanta un lado de la boca.

—Te sientes valiente, ¿eh?

—Trata mejor nerviosa como el infierno. —Bien, probablemente era más verdad de lo necesario, pero se me salió.

Da un trago a su whisky.

—¿Sobre el atraco?

—Sobre estar al otro lado de tu puerta esperando que me dejes entrar. —Levanto uno de los cupcakes—. Traje un soborno para mejorar mis probabilidades.

—Este es el último lugar donde deberías estar esta noche. —Sujeta con fuerza el vaso y la vena de su sien se abulta—. Cuando se trata de estar cerca de ti, no se puede confiar en mí.

—Cuento exactamente con eso. —Me acerco, añadiendo un poco más de

contoneo a mis caderas, finge hasta que te sientas segura, ¿verdad? — Sabes, quizá sea hora de que admitas que no eres ni de lejos el imbécil que intentas hacer creer a todo el mundo, incluido tú mismo. Si lo fueras, no estarías aquí.

—¿No crees que estoy jugando a la estafa larga? —pregunta mientras cierra la puerta y se apoya en ella, cruzándose de brazos.

—No. —Le doy su cupcake. No parece creerme, pero toma el cupcake de todos modos, y el breve contacto de nuestros dedos me hace sentir un escalofrío de anticipación—. Ahora come. Los cupcakes de ojo de tritón lo hacen todo mejor.

Nos acomodamos en el sofá convertible en cama, no es que esté pensando en eso, es que estoy pensando en esto, y nos comemos los cupcakes en silencio. Me horroriza decirte que no se come primero la parte superior del cupcake y luego devora el resto como un brujo normal, sino que desenvuelve el papel de la parte inferior y luego come de abajo arriba, cerrando los ojos con éxtasis. Sí, es justo en ese momento cuando mi cerebro vuelve a pensar en él entre mis piernas en la guarida. De repente, el tren está diez grados más caliente que la última vez que inhalé y tengo que cambiar de postura para aliviar el dolor que siento en mi interior. ¿Quién iba a decir que ver a alguien comer podía ser tan excitante?

Y si me lo preguntas más tarde, lo negaré rotundamente, pero sí, giro sobre el asiento para estar frente a él y fijarme en todos los detalles de su cara, desde sus espesas pestañas, lo bastante largas como para darme envidia, hasta los mechones de cabello rojo en sus cejas castañas, pasando por la pequeña cicatriz que tiene justo encima del labio superior, cubierta en su mayor parte por su barba corta y recortada.

Termina el último bocado de cupcake mientras el mío se queda olvidado en mi mano. Lo mira y luego vuelve a mirarme, con una amable suavidad en los ojos mientras me da unas palmaditas en la rodilla.

—Se te ocurrió un buen plan para el atraco.

Mi cerebro se bloquea en el momento en que me toca.

¿Atraco?

—Es inteligente utilizar el hecho de que todo el mundo vigila ya todos tus movimientos como la distracción perfecta para robar El Liber Umbrarum —dice —. No tienes de qué preocuparte.

¿Robar?

¿Preocuparse?

Gil ladea la cabeza y me lanza una mirada interrogativa que es lo más adorable que he visto en mi vida.

¿Liber Umbrarum?

Se acerca y me endereza las gafas, sus dedos rozan mis sienes y envían ondas de choque de lujuria directas a mi clítoris. Mierda. ¿Qué es lo siguiente que se va a convertir en una zona erógena? ¿Mi barbilla? Mis pezones chirrían contra el encaje de mi sujetador, ofreciéndose como tributo.

¡Maldición, Matilda! ¡Activa tu cerebro!

Agotada y al borde de la cordura por la lujuria, dejo mi cupcake apenas tocado sobre la mesa al final del sillón y junto las manos para no estirar los brazos y agarrarlo.

—¿Crees que lo conseguiremos?

—¿Sinceramente? —Me sonríe—. Sí, lo creo.

Lo que daría por tener esa confianza. Hay un millón de cosas que pueden salir mal, y eso sin contar mi incapacidad para pensar en otra cosa que no sea Gil Connolly desnudo cuando estoy en la misma habitación que él.

—¿Por qué?

Se inclina hacia delante y me pone la mano junto al muslo, sin tocarme, pero lo bastante cerca para que pueda sentir el zumbido de la conciencia.

—Porque cuando tú estás involucrada, no veo cómo algo puede salir mal.

—¿Es el hechizo duíl el que habla o los cupcakes? —¿Y por qué mi voz es tan aguda y chirriante de repente?

Levanta la mano, me sujeta la barbilla y me roza el labio inferior con la yema del pulgar.

—Sólo la verdad.

Sí. Puedo aguantar mucho. Se han burlado de mí en mi cara y en Internet. Me he pasado la vida siendo la decepción de la familia. Me he resignado al hecho de que humanizar a mi familia a través de las redes sociales, salir con mis amigos mágicos inadaptados y tener peleas unilaterales con Barkley, el gallo del infierno es lo mejor que me va a pasar en la vida, y eso está bien.

Es una buena vida.

Pero sentada aquí con Gil mientras el tren sube a toda velocidad por la Costa Este camino de un evento en el que vamos a intentar robar lo insalvable, la sensación es diferente. En ese soplo de espacio entre el ahora y el momento

siguiente, juraría por El Liber Umbrarum que podría haber más, que yo podría ser más, que este algo entre Gil y yo podría ser más.

Nunca he deseado eso más desesperadamente en toda mi vida.

Así que lo sujeto, acepto las posibilidades y lo beso.

Lo mejor. Es mí decisión.

El asiento del amor, su pequeño camarote, el vagón de pasajeros, el tren entero, el resto del mundo, todo desaparece cuando Gil me devuelve el beso. Las cosas pasan de calientes a chisporroteantes cuando me toca la cara y me inclina la cabeza, desliza su lengua en mi boca y profundiza el beso. No me toca nada por debajo de la cara y, sin embargo, cada parte de mí lo siente; me pesan los pechos y mis pezones se endurecen hasta convertirse en picos sensibles y apretados, mientras una sensación eléctrica de deseo me recorre y desata una oleada de deseo que me deja sin aliento. Podría ahogarme en este hombre y me hundiría feliz. Todo es prometedor, y la anticipación de lo que vendrá a continuación es tan palpable que puedo sentirla en cada célula de mi cuerpo, exactamente como los libros describen un potente hechizo. Eso no tiene ningún sentido para que lo experimente una nulidad como yo, pero mamá siempre decía que el amor es una magia tan poderosa que da fe a los no creyentes, hace probable lo imposible e inspira esperanza en las circunstancias más funestas.

El amor es peligroso, poderoso y da tanto miedo como enfrentarse a un duende rencoroso y, hasta este momento, nunca había entendido los libros en los que el protagonista decía estar dispuesto a arriesgarlo todo por una oportunidad.

Ahora sí.

Aún estoy intentando procesar esa revelación cuando Gil rompe el beso. Hay algo feroz en sus ojos, como si tampoco estuviera seguro de poder controlar lo que está pasando. Como dice el héroe de mi película de vacaciones favorita, bienvenido a la fiesta, amigo.

—Tilda —dice, con un tono nervioso—, hay algo que no sabes.

Este hombre y su necesidad de sobre explicar el hechizo duíl. El destino lo ama, pero esto es algo más que el hechizo y ambos lo sabemos. Empiezo a desabrochar los botones de su camisa, revelando un poco más de su ancho y musculoso pecho con cada deslizamiento por el ojal.

—Cuéntamelo luego.

Me cubre la mano, deteniendo mi avance en desnudarlo.

—¿Estás seguro?

—Nunca he estado más seguro de nada en mi vida. —Hasta que dije esas palabras, no lo había estado, ¿pero ahora? Cien por ciento.

Gil debe de verlo, porque me suelta las manos y mueve las suyas hacia mi jersey, tirando de él para liberarlo de mis pantalones mientras su boca se estrella contra la mía. Este beso es diferente. Es duro, exigente y lleno de un millón de posibilidades. Entonces sus labios pasan de besarme tontamente a mi cuello, golpeando cada una de las zonas sensibles. El suave gemido de placer que llena la habitación es mío, y en otra vida me avergonzaré de ello, pero ahora mismo me siento demasiado bien.

Entonces sus dedos se posan en la piel desnuda de mi vientre, deslizándose hacia arriba a un ritmo tan lento que me estremece tanto como me tortura. Es como una oleada de sensaciones que empieza en el trozo de piel por encima de la cintura, sube hasta la zona erógena alrededor del ombligo y avanza hasta el punto justo debajo del sujetador, y me hace contener la respiración.

Me besa el punto en el que mi cuello se une a mi hombro, ya sabes, el que hace que tu cerebro se derrita en un charco de sensaciones cachondas, y me mira.

—Paramos cuando quieras.

—¿Quieres parar? —Por favor, por favor, por favor di que no.

Su mandíbula se tensa mientras me mira, el deseo oscurece sus ojos.

—No importa.

Se encoge de hombros como si no fuera gran cosa, pero ambos sabemos que no es así.

—La verdad es que sí. —Le acaricio la mandíbula cuadrada con los dedos y el músculo se contrae, como si casi le molieran las muelas—. Esto nos involucra a los dos.

—Tilda, eres la última bruja a la que debería querer, y definitivamente soy el peor brujo para que quieras. —La tensión se desprende de él mientras me mira como si fuera la respuesta a todas sus preguntas—. Pero no puedo dejar de tocarte y de pensar en ti. Me despierto por las mañanas pensando en ti y me acuesto preguntándome qué pasará contigo mañana. —Hace una pausa, respira hondo antes de continuar, con la voz apenas por encima de un susurro resignado —. Si pudiera dejar de desearte, lo haría por tu bien, pero no puedo. Matilda Grace Sherwood — dice mi nombre con una posesividad tan feroz que el corazón me da un vuelco— nunca dejaré de desearte.

No tengo ni idea de qué responder. Mi cerebro está totalmente en blanco y

lleno de palabras al mismo tiempo, la contradicción que más sentido tiene para mí en este momento. Así que respondo de la única forma que puedo, levantándome el jersey por encima de la cabeza, dejándolo caer al suelo y desabrochándome el sujetador por detrás. La tela de encaje de color esmeralda oscuro se une a mi jersey mientras Gil me observa, con una mirada salvaje apenas contenida en los ojos.

Abro la boca, pero aún no sale nada.

—¿Sí? —pregunta.

Asiento con la cabeza.

Suelta un medio gemido, medio gruñido, y el último hilo de su control se rompe junto con el mío y caigo de espaldas contra el brazo del sillón, mis manos luchando por desabrocharme los vaqueros mientras él se arranca la ropa; no literalmente, pero vaya, no se anda con tonterias. El hombre es jodidamente magnífico y no puedo evitar echar una larga y lenta mirada desde sus anchos hombros hasta su duro pecho y la polla de mis sueños, que hace que se me haga agua la boca y que se me pasen por la cabeza un millón de ideas sobre cómo quiero tocarla, chuparla y lamerla correctamente.

Pero antes de que pueda elegir una, me guiña un ojo, murmura un hechizo que no capto y nos quedamos desnudos, entrelazados en el sillón que ha convertido en cama por arte de magia, mientras me besa como si fuéramos el uno para el otro y siempre lo hubiéramos sido.

Capítulo 24

Gil...

Estoy maldito y soy demasiado feliz para que me importe, porque Tilda Sherwood es mía, al menos por esta noche.

Mañana se lo contaré todo: que es una hechicera, que haré lo que haga falta para mantenerla a salvo y que mi magia duíl ni siquiera explica la conexión que existe entre nosotros. Si tengo suerte, me escuchará. Si soy bendecido por el destino, no me convertirá en cenizas. Ni siquiera puedo imaginar un resultado final mejor que ese, no para un tipo como yo. Los agentes dobles como yo no estamos hechos para felices para siempre, hemos hecho demasiado para seguir vivos; nuestras manos nunca estarán limpias. ¿Pero esta noche? Esta noche puedo fingir que sólo estamos nosotros y que el resto de Witchingdom y sus problemas no existen.

Me aparto de su boca, dejándole besos en la garganta, y luego me meto el pezón duro en la boca, succionando el sensible pico mientras suelta suaves gemidos de placer. Me encanta ese sonido. El sorprendido por favor, sí, más. Podría pasarme toda la vida escuchándola hacer eso, pero lo que tengo es esta noche, así que lo hago una y otra y otra vez mientras murmura palabras que no acaban de tener sentido y, sin embargo, lo tienen al mismo tiempo.

Tumbado a su lado en la cama, me echo hacia atrás. Por un segundo, me quedo hipnotizado mirándola, tan hermosa con su cabello rojo y sus labios rosas entreabiertos lo suficiente para ponerme la polla más dura de lo que creía posible. La imagen se graba en mi cerebro para siempre. Sus caderas suaves y redondas son más que suficientes para agarrarlas. Sus tetas llenas rematadas con pezones grandes y duros de color melocotón pálido que me muero por hacer rodar entre mis dedos. Sus piernas largas y fuertes que estoy dispuesto a rogar para que me rodeen cuando la penetre hasta las bolas. Y luego están sus gafas, redondas, gruesas y ligeramente ladeadas, como siempre.

Se pone de lado para que estemos cara a cara en la cama.

—¿Te gusta lo que ves?

—Muchísimo. —Recorro con mis dedos la generosa curva de su cadera—. Este de aquí podría ser mi favorito. —Subo hasta su pezón, lo hago rodar entre mis dedos y tiro de él lo suficiente para que sus ojos se oscurezcan de deseo—. Por supuesto, está empatado con esto. —Veo cómo se muerde el labio inferior

mientras un arrebato de deseo le sonroja las mejillas y beso su suave vientre hasta el borde de sus rizos castaños rojizos, deteniéndome cuando su respiración se acelera—. Apuesto a que aquí me encantaría. —Deslizo los dedos por su hinchada humedad—. Estás resbaladiza y húmeda. Ya sé que tu sabor es jodidamente fantástico. —Con los ojos clavados en su cara, me llevo los dedos a la boca y se los chupo. No me jodas. Potente y adictiva, sabe tan condenadamente bien—. Túmbate para que pueda lamerte el coño.

Tilda, que siempre tiene algo que decir, suelta un suspiro entrecortado y se echa hacia atrás, abriendo las piernas. Un instante después, estoy entre ellas, besando y provocando hasta llegar a la tierra prometida. Podría emborracharme sólo con su olor, pero soy un cabrón codicioso y quiero hacer mucho más que besar el interior de sus muslos.

—Gil —suplica mientras levanta las caderas de la cama—. Por favor.

Soy un idiota no del tipo que la dejaría con las ganas cuando podría darle exactamente lo que necesita.

—Te tengo.

Me bajo de la cama y me arrodillo antes de agarrarla por los tobillos, tirar de ella hasta el borde del colchón y poner sus piernas sobre mis hombros. Luego la abro con los pulgares, estirándola bien mientras suelta un suave maullido de placer, y rozo su clítoris con la lengua. Carajo, qué dulce sabe. Me tomo mi tiempo, enroscando lentamente la lengua a su alrededor, rodeando su clítoris, lamiéndolo, succionándolo y chupándolo mientras rodeo su entrada con la punta del pulgar. Al principio, ella se agarra a las sábanas, apretándolas con los puños mientras emite gemidos alentadores. Luego, paso del pulgar a los dedos y la follo con uno, luego con dos y luego con tres mientras le acaricio el clítoris con la lengua, a un ritmo lento y constante. Sé que he dado con el ritmo adecuado cuando su respiración cambia y sacude su coño contra mi cara.

—Gil —casi gime mi nombre, con un tono que oscila entre la desesperación y el, te mataré si cambias una mierda—. Por favor.

Entiendo la petición y sigo alternando el deslizamiento de mis dedos dentro de su calor con el trabajo de su clítoris con la lengua, dándome un festín con ella, adorándola. Pasa de agarrarse a la cama a enredarme los dedos en el cabello y sujetarme la cara como si hubiera otro lugar en el mundo en el que quisiera estar en este momento. Estoy en el cielo y ella está a punto de romperse. Lo noto cuando sus muslos tiemblan a ambos lados de mi cabeza. Sus gemidos cambian cuando acelero y aumento la presión sobre su clítoris. Cada vez más alto y rápido, convierte mi nombre en un mantra que hasta un tonto podría

traducir como, no pares, carajo.

Luego se agita contra mí, sus piernas me aprietan la cabeza mientras se corre, pero yo sigo, disfrutando de su orgasmo y tomando más de lo que puedo. Ahora la lamo más suave, un poco más despacio y con más delicadeza, aumentando de nuevo su placer y llevándola al límite. Casi me tira del cabello mientras se frota contra mi boca. Podría quedarme calvo al final de la noche y estaría más que de acuerdo con ello; merece la pena sentir cómo Tilda se desgarra bajo mi lengua. Sólo de pensarlo me duele la polla, y meto la mano entre las piernas, envuelvo mi polla con los dedos que habían estado dentro de ella y le doy un golpe tras otro. Entonces, casi antes de que esté preparado, vuelve a gritar mi nombre un segundo antes de que su cuerpo vuelva a tensarse con otro clímax.

Estoy más duro que nunca y aún siento el sabor de Tilda en los labios cuando me retiro y deslizo sus piernas por mis hombros. Me mira con los ojos encapuchados de deseo y una sonrisa de satisfacción curvándole los labios.

Se endereza las gafas y suelta un suspiro de felicidad.

—Hiciste que mis gafas se torcieran.

Le lanzo una falsa mirada de disculpa.

—No volverá a ocurrir.

—Qué lástima —dice, se sienta y se inclina hacia delante para que su boca quede a escasos centímetros de la mía—. Tenía muchas ganas de correrme así de fuerte otra vez.

Le agarro la nuca, enredo los dedos en su cabello y tiro para que incline la cara hacia mí.

—Chica codiciosa.

Sólo sonríe.

—Puedes apostar tu trasero.

Deslizo mi boca sobre la suya y la beso con fuerza. Supera el reto con creces, provocándome con la lengua mientras me rodea la cintura con las piernas. Es bueno, muy bueno, pero tengo la polla apoyada en el colchón en lugar de en su suave y resbaladiza raja. Esto no va a funcionar, bueno, lo haría en este momento, teniendo en cuenta que estoy más cachondo que nunca en mi vida, pero que me corra en las sábanas no es lo que ninguno de los dos quiere.

Le meto las manos por debajo y le acaricio el trasero con la reverencia que se merece un regalo del destino, y la levanto mientras me pongo de pie.

—Gil. —Me pellizca el lóbulo de la oreja y luego me lo besa mejor—. ¿Vamos a besarnos desnudos o a follar?

—Lo dices como si no pudiéramos hacer las dos cosas.

—Reto aceptado —dice mientras levanta las caderas y se introduce entre nosotros, rodeando mi polla con la mano y bajando sobre ella.

Si no hubiera una pared detrás de mí, habríamos acabado amontonados en el suelo, porque la sensación de estar dentro de ella es tan asombrosa que no sólo me hace flaquear las rodillas, sino que me desquicia. Si fuera un hombre mejor y pudiéramos a estar juntos tanto tiempo como empiezo a desear, preguntaría por los niños, empezaría la discusión sobre un hechizo de embarazo. El hecho de que siquiera esté pensando en ello debería asustarme muchísimo, pero lo único que hace es hacerme desear todo lo que no puedo tener con Tilda.

Luego me devuelve al aquí y ahora besándome de nuevo mientras cabalga sobre mi polla, apoyando los pies en la pared para hacer más palanca mientras me folla duro y rápido. Es bueno, casi demasiado bueno, porque si no me hago cargo, voy a explotar antes de que se corra otra vez y eso no va a pasar.

Sin romper el beso, la llevo hasta la cama, la tumbo boca arriba y me separo de ella mientras rompo el beso. Perder el contacto, aunque sé que lo necesito, es como si me aplastaran un iceberg contra el cráneo. Duele como casi nada que haya experimentado antes. Desesperado por volver a estar dentro de ella, la tumbo boca abajo, la agarro por las caderas y tiro de ella hacia atrás para situarme en su abertura. Al inhalar, saboreo la anticipación de saber lo que va a ocurrir a continuación, y al exhalar, me deslizo hacia delante mientras su coño se aferra a mi polla. Continúo hasta que estoy hasta las bolas. *Perfecto no es* la palabra correcta para describir cómo encajamos; ninguno de los dos es perfecto, pero es lo más parecido posible.

Su gemido lujurioso y la forma en que me agarra la polla me provocan una sacudida de oh, mierda, sí, que me sacude hacia delante y hacia atrás, dentro y fuera de ella, antes de volver a hundirme hasta el fondo. No me jodas. La forma en que se siente ya me tiene al borde y apenas hemos empezado.

—Madre mía. —Ondula las caderas, arqueando su preciosa espalda, y me mira por encima del hombro, con un lado de las gafas un poco más alto que el otro y el cabello rojo saliendo de su medio moño de la forma en que debería hacerlo en una mujer que ha tenido dos orgasmos—. Eso es increíble.

Olvídate de estar fuera de mi liga, Tilda Sherwood está fuera de mi galaxia.

—Espera. —Y retrocedo hasta que lo único que la toca es la cabeza de mi polla y me quedo ahí un segundo mientras deslizo la palma de la mano por la curva del fabuloso trasero de Tilda—. ¿Estás lista para correrte otra vez?

Levanta una ceja lo suficiente para que pueda verla por encima de sus gafas redondas.

—Tres puede que sea mucho pedir.

—Reto aceptado —le digo, devolviéndole su propia frase.

Antes de que pueda decir nada más, agarro sus caderas carnosas y la empujo contra mi polla. Me retiro y empujo hacia delante antes de meterle los dedos entre las piernas desde delante. En cuanto le acaricio el clítoris mientras estoy dentro de ella, gime y vuelve a apretar las sábanas con la misma fuerza con la que se aferra a mi polla. El color de todo lo que hay en la habitación se vuelve más vivo, el tren acelera y se estremece al tomar una curva en las vías, y juro que las estrellas que hay fuera de la ventana brillan con más intensidad mientras rodeo su clítoris y la follo por detrás. Vuelvo a penetrarla una y otra vez y retrocedo, manteniendo el ritmo sobre su clítoris hasta que noto que se retuerce a mi alrededor medio segundo antes de que se corra por tercera vez, y sé que sólo me separan unos segundos de ella. Me corro una, dos, tres veces más antes de que mis bolas se tensen cuando un conjunto de energía se instala en la base de mi columna explota y mi orgasmo me golpea, anulando todo lo demás excepto a Tilda y a mí y este momento que está grabado a fuego en mi cerebro como una marca.

Me desplomo en la cama como si todos los huesos de mi cuerpo se hubieran convertido en avena blanda. Todas las hormonas de la felicidad que me bombardean el cerebro me hacen sentir tan feliz. Entonces Tilda se quita las gafas, las deja en la mesita que hay junto a la cama y se da la vuelta para quedar a mi lado, con su cuerpo pegado al mío como si estuviéramos hechos el uno para el otro, y, *contento, no es* la palabra adecuada, no es suficiente para describir esa sensación de absoluto bienestar que me hace flotar de felicidad.

—Estás sonriendo —dice Tilda mientras se le cierran los ojos—. Deberías hacerlo más a menudo. Claro que eso no sería justo, porque ya eres odiosamente sexy incluso cuando no sonríes.

Le rozo con un beso la parte superior de la cabeza.

—Entonces sólo sonreiré para ti.

Suelta una risita alegre, pero por una vez no tiene nada más que decir. Está claro que no soy el único que desafía a la gravedad, o al menos tiene esa

sensación. Y mientras estamos tumbados en la cama y mi cerebro empieza a volver a funcionar, sé que Griselda tenía razón. Definitivamente, mi vida acaba de cambiar gracias a la mujer a la que he estado mintiendo desde el primer día.

La verdad está en mis labios, pero cuando estoy a punto de abrir la boca y soltarlo todo, de deshacerme de los secretos que hay entre nosotros, su respiración se ha calmado y suavizado. Tilda suelta un pequeño suspiro de satisfacción y se acurruca a mi lado, casi dormida.

Mañana.

Se lo contaré todo en cuanto nos despertemos.

¿Estoy siendo egoísta o un gallina gigante? Probablemente un poco de las dos cosas, pero ya sabes qué clase de idiota soy, y yo también: del tipo que no está hecho para alguien como ella. Hace unas semanas me parecía bien. ¿Y ahora? Cambiaría una década en el Más Allá por veinticuatro horas siendo el tipo de hombre que es digno de Tilda Sherwood, pero no hay hechizo para eso y no hay forma mágica de que todo esto funcione.

Capítulo 25

Tilda...

Cuando me despierto unas horas más tarde, estoy de lado y Gil me está acurrucando, y sus exhalaciones hacen que las puntas de mi cabello vuelen y me hagan cosquillas en la nariz. Debe de ser eso lo que me ha despertado, bueno, eso y el hecho de que me tomé tres tazas de té de saúco para infundirme valor antes de emprender el angustioso camino por el vagón hasta la habitación de Gil, armada únicamente con cupcakes y una sonrisa.

¿Quién demonios habría pensado que funcionaría? Yo no, la verdad.

¿Por qué? Porque, a pesar de todo, sé quién soy: una outré en un mundo en el que lo más importante de una persona es su capacidad mágica.

Aun así, mientras estoy aquí acostada con el brazo de Gil enroscado a mi alrededor, manteniéndome lo bastante cerca de él como para que el vello de su pecho me roce la espalda cuando inhala y pueda sentir su polla semidura apretada contra mi trasero sin importar lo que esté haciendo, lo único en lo que puedo pensar es en su mirada de anoche, en la forma en que me besó como si nunca hubiera deseado a nadie más en su vida y, sí, en los tres orgasmos que fueron su propio tipo de magia. La contradicción entre lo que Witchingdom me ha condicionado a aceptar como un hecho, que no soy deseable, y la posibilidad de que Gil me haya demostrado que el resto del Witchingdom puede estar equivocado me hace zumbar el cerebro más que un par de colmenas utilizadas como maracas por una banda de trolls.

Tengo que salir de aquí y conseguir algunas respuestas.

Conteniendo la respiración, le quito el brazo de la cintura lo suficiente para que pueda deslizarme y sacudirme para levantarme del colchón. Le vuelvo a poner el brazo en el suelo con la mayor delicadeza posible. Refunfuña en sueños, algo sobre que alguien tiene que creerle, y se tumba boca arriba. Tomo las gafas de la mesita que hay junto a la cama y me las pongo para buscar mi ropa.

Es un error, porque ahora, en lugar de mi habitual visión suave y borrosa no corregida de un Gil dormido en la penumbra de la habitación, tengo una visión completa de veintitantos. Las sábanas están bajadas alrededor de sus caderas y mi mirada va desde las líneas definidas de sus abdominales hasta su pecho musculoso y su cara, tan relajada en el sueño que es como echar un

vistazo a su yo secreto, el que no comparte con nadie. Es tan íntimo que no puedo dejar de mirarlo, aunque sé que debería hacerlo. Es entonces cuando las veo. Tres cicatrices irregulares que se enroscan en la parte superior de su hombro derecho. Son opacas y de un rosa pálido, como si llevaran ahí mucho tiempo, años por lo menos.

En cuanto me doy cuenta, me tapo la boca con la mano para no hacer ruido y despertarlo.

Nadie habla mucho del exilio. ¿Por qué invitar a ese tipo de problemas a existir en tu vida? Pero la única historia que toda bruja conoce es la marca del desterrado. Al llegar al exilio, se trazan tres líneas en la bruja o brujo desterrados mediante un estallido de magia al rojo vivo que palpita en la piel del brujo durante el primer año, quemando cada vez más profundamente en su piel hasta que la cicatriz llega hasta el hueso. Es tan doloroso que algunos se vuelven locos.

Y a Gil se lo dieron de adolescente por algo sobre lo que no tenía control.

La barbarie y la crueldad sin sentido de todo esto me hacen parpadear las lágrimas. Puede que sea una outré, pero sigo siendo una Sherwood, y eso significa un nivel de privilegio que no está al alcance de la mayoría de las brujas.

Recojo mis vaqueros del suelo y me los pongo de un tirón. Luego tomo mi jersey de la pantalla de la que cuelga y me lo pongo antes de salir de puntillas de la habitación de Gil. Giro a la izquierda al otro lado de la puerta y me dirijo al auto salón. Sé lo que tengo que hacer.

Las cartas del tarot están en un estuche de madera tallada en el centro de la mesa de comedor. Lo abro y saco las cartas, con el corazón a mil por hora mientras las barajo y empiezo a repartir sin ni siquiera molestarme en sentarme primero.

Sigo siendo nula; sé que no tengo lo que hay que tener para leer las cartas con una precisión del cien por ciento, pero esta noche todo parece posible. Hay una sensación de algo extra en el aire, tan perceptible como el olor a cloro cuando todas las piscinas abren por primera vez en verano. Quizá esta vez todo encaje.

Un cosquilleo me recorre la nuca y se me eriza el vello de los brazos. Tiro la primera carta. El tonto. Otra vez. De acuerdo, bien, los nuevos comienzos no son malos. La siguiente carta es el ocho de espadas, luego viene el caballo de copas. Esto no es sólo raro. Es increíble. Incluso para alguien sin entrenamiento como yo, el tarot nunca sale igual una segunda vez. Claro, puede haber algunas

cartas iguales, pero ¿exactamente las mismas cartas en el mismo orden? No. Eso no es posible.

Por supuesto, decírmelo a mí misma y conseguir que mis manos dejen de temblar mientras sostengo la cuarta carta son dos cosas distintas.

Igual que antes, es el as de espadas.

No quería sentarme en ese momento, pero me fallan las rodillas y lo siguiente que sé es que estoy con el trasero en la silla, respirando como si acabara de terminar un maratón. Así que, de nuevo, las cartas me hablan de nuevos comienzos, de sentirse impotente y atascada, de ser romántica y seguir el corazón, así como de una repentina oportunidad y claridad.

La baraja pesa tanto como un bloque de cemento en mi mano, y estoy tan congelada como mi familia.

—¿Vas a seguir o tienes demasiado miedo?

Suelto un grito de sorpresa y me levanto de la silla de un salto, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. Tiene los brazos cruzados y el ceño fruncido, como de costumbre. Lleva unos pantalones cortos de gimnasia raídos, una camiseta vintage de los Dead Kennedys que quizá compró en un concierto hace un millón de años (los unicornios y los vampiros comparten eso de vivir para siempre) y una bufanda rosa decorada con unicornios que se tiran pedos de arco iris alrededor del cuerno.

—¡Vance! —susurro, esperando que mi grito de gallina no haya despertado a todos—. Me has dado un susto de muerte.

—Sí, me di cuenta. —Se acerca a la mesa y echa otro vistazo a las cartas —. Interesante.

Sí. Esa es una palabra para ello. Yo diría monstruosamente mierdoso y posiblemente literalmente maldito.

—Son las mismas que la última vez que hice esto.

Emite un gruñido y se dirige a la barra, por encima de la cual saca una botella grande de sidra. No toma uno de los vasos que hay en la barra, sino que destapa la botella sin ayuda de un abridor. La botella vuela por la habitación y acaba aterrizando justo en medio de la carta de los tontos.

—¿Y qué hago? —pregunto.

—Le das la vuelta a la carta o no —dice encogiéndose de hombros.

—¿Eso es todo? —suelto un gemido frustrado—. ¿Ese es todo el consejo que tienes para mí?

Esperaba que me orientara. Mi madre me habría dicho exactamente lo que tenía que hacer, con todo detalle, quizá con un esquema escrito. Mis hermanas me habrían dicho que me dejara llevar por mi corazón y no habrían parado de hablar de lo genial que sería repetir la lectura. Birdie y Eli me habrían aconsejado que dejara la baraja y me marchara antes de que la cosa se pusiera más rara. Griselda probablemente le habría dado la vuelta a la carta antes de que tuviera la oportunidad de hacer la pregunta. ¿Y Gil? Bueno, hace unas semanas habría dicho que haría algún comentario cortante sobre los outré metiéndose con cosas mágicas en las que no tenían nada que hacer, pero ahora no estoy tan segura.

El unicornio de dos metros de altura que está junto a la mesa se limita a beber otro trago largo de sidra.

Levanto la mano que sujeta la baraja para que las cartas estén lo más cerca posible de su cara.

—¡Vance!

Levanta la mano, extiende un dedo, con la pintura de uñas negra y un poco desconchada, y empuja la cubierta hasta mi elevación.

—No doy consejos. Llevo vivo demasiado tiempo como para meterme en esas tonterías.

Ugh.

¿Dónde están las personas a las que les encanta decirme exactamente qué hacer cuando las necesito? Ah, sí, he congelado a la mayoría, y los demás están durmiendo en el vagón de al lado de camino a un atraco para robar el libro de hechizos más importante de la historia y poder arreglar mi gélida cagada. *Así se hace, Matilda Grace. Un trabajo estelar. De verdad. Increíble.*

—¿Y si le doy la vuelta y es la misma carta que antes? —pregunto, la baraja vibra suavemente en mi mano cuando su necesidad de terminar la lectura se manifiesta en movimiento físico—. ¿Significa eso que el destino lo ha fijado en piedra? ¿Todavía hay margen de maniobra? ¿Ya está hecha la magia?

Con cara de aburrimiento, Vance suspira.

—Dale la vuelta o no.

—Eres un gran grano en el trasero, Vance —le digo, pero no hay calor en mis palabras; cómo podría haberlo, no es que esté equivocado.

Me sonríe como si le hubiera hecho el mayor de los cumplidos. A pesar de todo, me hace reír. Unicornios metamorfos, ¿qué vas a hacer con ellos?

¿Ahora mismo? Sólo estoy agradecida de que esté aquí, parte de este grupo de inadaptados.

Actuando por impulso, le doy un abrazo rápido, apretándolo fuerte para hacerle saber lo mucho que aprecio su carácter rudo y gruñón. Cuando lo suelto y doy un paso atrás, ha perdido parte del ceño fruncido que siempre lleva y su mirada se fija en el suelo bajo nuestros pies.

—No te preocupes —le digo, dándole un amistoso puñetazo en el hombro —. No le diré a nadie que nos abrazamos.

—Tú me abrazaste —dice, aun mirando hacia abajo.

Entonces hace lo más inesperado y se acerca a mí, tirando de mí en un abrazo de oso y unicornio que termina con unas cuantas palmadas en la espalda lo suficientemente fuertes como para haberme hecho perder algunos dientes.

—Ya está —dice con una sonrisa—. Te he devuelto el abrazo para que no sea incómodo. Ahora, deja de procrastinar y decide si vas a echar la carta del tarot.

Podría irme. Aunque fuera mágica, el tarot no estaría completo sin la quinta carta. Puedo alejarme y reírme de lo tonto que fue por la mañana. Podría decirme a mí misma que sólo estaba siendo paranoica. Podría...

No. No puedo. Me conozco mejor que eso.

Tengo que saberlo. ¿Tengo algún tipo de futuro con Gil?

Respiro hondo y vuelvo a sentarme a la mesa, agarrando la baraja de tarot. Le doy la vuelta a la quinta carta y juro que se me para el corazón, se me paran los pulmones y todo desaparece excepto esa maldita carta del globo decorativo.

Finalización.

Celebración.

Poder.

Vuelve a ser la carta de Leona, o al menos la que representa a la hermana Sherwood más poderosa, que es ella.

Tengo un nudo en la garganta que me dificulta la respiración, los ojos llorosos y debo de emitir algún sonido chirriante y angustiado, porque la pesada mano de Vance se posa en mi hombro.

—Llevo aquí seiscientos años y puedo asegurarte una cosa: en este universo hay cosas más poderosas que la magia. Pon tu fe en ellas.

Acompaña este consejo extremadamente raro con un eructo que huele a

cereales Lucky Charms y sidra. Sea lo que sea lo que la máquina de relaciones públicas de los unicornios está haciendo para que todo el mundo piense que los unicornios se tiran pedos arco iris y no son más que dulzura educada, es su propio tipo de magia.

—Hagas lo que hagas —continúa—, no dejes que esto te joda mañana. La cabeza en el juego, Tilda. De que consigas mantenerlo atado a tu cuello puede depender que consigas ese libro de hechizos.

Y, sin embargo, es mi corazón lo que más me preocupa.

Capítulo 26

Gil...

La almohada de Tilda está fría, no está su ropa y sus gafas han desaparecido de la mesilla. Probablemente esté en el auto salón, pero yo sigo aquí sentado en la cama, con el culo trasero, intentando averiguar qué hacer a continuación.

Lo más inteligente sería largarse de aquí. Gracias a la cúpula protectora que rodea la casa Sherwood, dudo que Cassius se haya dado cuenta de que ya no estoy en Wrightsville. Sé que mis padres están a salvo. Puede que lleve tiempo, pero podré localizarlos, y podríamos desaparecer para siempre en alguna pequeña isla sin nombre del Pacífico Sur, donde podríamos vivir nuestras mejores vidas sin la amenaza de volver al exilio pendiendo sobre nuestras cabezas. Tú protege lo tuyo, y los demás que se jodan. ¿El único problema? Tilda es mía, así que no puedo alejarme de ella. Y su círculo incluye a su familia, a Birdie y a Eli, a Vance y probablemente a un millón de personas más a las que ve con buenos ojos, incluyendo, sin duda, al troll del bosque y al jabalí que nos llevó a los hongos. Eso significa que yo tampoco puedo alejarme de ellos.

Agarro su almohada y me la pongo en la cara para amortiguar mi gemido frustrado. Todo va según lo previsto, pero entonces inhalo y el olor del champú de Tilda pegado a la funda de la almohada me llena las fosas nasales, y es una jodida tortura porque lo único que quiero es volver a estar con ella. Ahora. Después. Para siempre.

No me jodas. Nunca hubiera pensado que la vida en el Más Allá sería menos complicada que enamorarse de Tilda Sherwood.

Me incorporo de un salto y la almohada cae sobre mi regazo.

¿Amor?

No.

Es sólo la magia duíl, y ya está todo solucionado, ¿no? Al menos así es como debería funcionar si el deseo fuera todo lo que hay que hacer. Pero no parece que anoche terminara nada. Quiero decir, sí, sé que hay algo extra mezclado ahí, probablemente debido a su magia hechicera, pero no puede ser amor.

El amor no es magia, es más aterradoramente poderoso. No se puede

controlar. No se le puede engañar. No se puede burlar. El amor es lo que es, y no hay nada que nadie pueda hacer al respecto.

Me echo hacia atrás y vuelvo a asfixiarme con la almohada de Tilda, pero eso solo me da otra pizca de su olor, y me levanto y salgo de la cama, me pongo la ropa y me dirijo al auto salón antes de darme cuenta de adónde voy. Por supuesto, voy a encontrarla.

¿En qué otro lugar del mundo podría estar si no es con ella?

Encuentro a Tilda, y a todos los demás, en el vagón salón. En lugar del jersey y los vaqueros que llevaba anoche, lleva un par de leggins negros, una sudadera extragrande y un par de calcetines de lana. Parece que estaría perfectamente en mi casa de alquiler, viendo películas antiguas en el sofá, arropada a mi lado mientras el fuego crepita en la chimenea. No es de extrañar que se le viera igual de bien delante de una réplica dibujada a mano del Museo Marie Laveau de Salem, guiando a todo el mundo por sus partes del atraco una última vez. Puede que Tilda no se dé cuenta, pero está en su elemento, dirigiendo un equipo de personas, liderando una misión y consiguiendo que todo el mundo esté en la misma página. Es un don que no tiene nada que ver con sus habilidades mágicas ni con su apellido, sino con el tipo de persona que es.

—Mira quién ha decidido aparecer —dice Vance desde su rincón, donde hojea un número de *Magical Mayhem*.

—Buenos días a ti también. —Tomo un cruasán de chocolate de la bandeja de bollería de la mesa donde juraría que anoche estaban las cartas del tarot. Mi atención se desvía hacia Birdie y Eli, sentados juntos en un enorme sillón de cuero amarillo en la parte delantera de la sala, y les hago un gesto con la cabeza antes de volver mi atención a Tilda—. Hola.

Sus mejillas están rojas, pero su sonrisa es cualquier cosa menos vergonzosa.

—Buenos días. —Se sube un poco las gafas por la nariz y se aclara la garganta—. Como iba diciendo, Gil y yo nos encargaremos de la distracción mientras ustedes dos agarran el Liber Umbrarum.

—Fácil —murmura Eli.

Birdie le lanza una mirada muy poco sutil y le da un codazo en el costado.

—Bueno, esto ayudará con eso. —Tilda recoge del bar un tarro de esteatita pintado de vivos colores, suelta el gancho que lo mantiene cerrado y saca dos pequeñas tabaqueras redondas y entrega una a Birdie y otra a Eli—. Es el polvo del hongo agárico.

Ambos aceptan las cajas como si Tilda les estuviera dando granadas vivas. No puedo culparlos, no importa lo que Griselda dijera cuando nos envió al bosque; algo conocido como seta de la muerte no debe tomarse a la ligera.

Birdie echa un vistazo más de cerca a la tabaquera y parece convencerse de que el pestillo no se va a abrir inesperadamente.

—¿Así que tomamos un poco y se lo lanzamos a los guardias a la cara?

Tilda asiente.

—Sí.

—¿Qué pasa si lo inhalamos? —pregunta Eli, con un tono de preocupación en el hombre.

—Lo mismo que cualquier otra persona —dice Tilda, tranquila como siempre—. Te volverás muy flexible y relajado.

Eli no parece convencido.

—Aguanta la respiración cuando dosifiques a los guardias y estarás bien —dice Vance—. Tendrías que plantarte de cara en ella para morir de verdad.

—Oh, genial —dice Eli—. Muy tranquilizador.

Vance curva los labios en lo que quizá se supone que es una sonrisa, pero lo dudo mucho.

—Soy un pequeño rayo de sol —dice.

—Birdie —dice Tilda, un poco más alto de lo necesario, sin duda tratando de evitar que el brujo gigante y el cambia formas unicornio vayan a más—, vas a buscar en el bolsillo de Erik Svensen la llave de la cerradura analógica del maletín.

La otra mujer asiente, arranca la tabaquera redonda de las manos de Eli y la deja junto a la suya en una mesita auxiliar.

—¿Qué te hace pensar que tendrá la llave?

—Por lo que dice Leona —Tilda enrolla el boceto que había hecho del museo y lo mete en el paragüero que hay junto a la puerta—, es el típico hijo mayor fanático del control que se cree un regalo del destino para el Witchingdom.

—¿Así que crees que es imposible que alguien así confíe la llave a otra persona? —pregunto.

Tilda me sonríe.

—Exactamente.

Esa sonrisa. Es todo para mí y quiero más. La necesidad de verla una y otra y otra vez me revuelve las entrañas. No puedo evitar cruzar la habitación, echármela al hombro y llevármela a mi cuarto. La polla se me eriza contra el muslo y avanzo dos pasos antes de detenerme.

No es el momento.

Ni el lugar.

Y probablemente no soy el tipo, pero maldita sea, ojalá lo fuera.

Con las mejillas de un delicioso tono rosado, Tilda continúa.

—Entonces ustedes dos dosificaran a los guardias que protegen El Liber Umbrarum y tomarán el libro de hechizos. Gil y yo los dejaremos una muda de ropa en esta alcoba cerca de la entrada a los jardines ingleses. Cambiarás la ropa formal de gala por un mono verde oscuro a juego con los uniformes de los jardineros y saldrás por las puertas francesas. Sigue este camino hasta la puerta trasera. Habrá una motocicleta y un sidecar esperándote. —Mira a Vance—. ¿Seguro que tus contactos pueden conseguirte eso?

Asiente con la cabeza.

—Saldrá perfecto porque todo el mundo estará pendiente de las actividades mágicas. Nadie espera una escapada extravagante.

—Y eso es lo que nos hace tan perfectos —dice Tilda—. Hemos perfeccionado todas las habilidades que ellos no consideran importantes, y eso es lo que va a hacer que este atraco sea un éxito.

No se equivoca. En Witchingdom, todo es cuestión de poder. ¿Quién lo tiene? ¿De qué tipo? ¿Puedes hacer que lo usen para tus necesidades en lugar de las suyas? Alguien sin magia o que no puede hacer un hechizo sin estornudar o estropear las palabras ni siquiera llega a ser un punto en el radar de la mayoría de las brujas.

—¿Entonces después de eso nos encontramos en el tren? —Birdie pregunta.

—Correcto. Entonces volvemos a Wrightsville y salvamos a mi familia. —Mira a su alrededor a todo el mundo—. ¿Alguna pregunta? ¿Me he perdido algo? —Cuando nadie dice nada, me mira a mí—. ¿Hay algo que debamos saber sobre el Liber Umbrarum?

Es una buena pregunta. La mayoría de los libros de hechizos, especialmente los antiguos, tienen su propio tipo de magia incrustada en las

páginas a lo largo de décadas y décadas de brujería. Sin embargo, en lo que respecta a las historias, este libro de hechizos se parece más al teflón que a una esponja. Por supuesto, eso no significa que no tenga sus problemas.

—Eli y Birdie, deberían estar preparados para que El Liber Umbrarum sea pesado —digo—. Al parecer pesa cerca de quince kilos.

Las cejas de Eli se levantan con sorpresa.

—¿Tiene tantas páginas?

—No, tiene tanto oro incrustado en la portada, hilos dorados entretejidos en las páginas y se utilizó tinta dorada para pintar una escena de runas druidas en los bordes de las páginas del libro. Luego están las gemas alrededor del borde de la cubierta, sostenidas allí por un hechizo que supuestamente nunca puede romperse.

Birdie deja escapar un silbido bajo.

—¿Cuánto vale?

—No tiene precio, por eso las brujas lo han codiciado durante siglos. —La historia del Liber Umbrarum está plagada de historias sobre lo lejos que han llegado las brujas para poseerlo. El hecho de que los Svensen no sólo hayan encontrado la forma de poseerlo, sino que estén dispuestos a exhibirlo para que el mundo lo vea, demuestra el jugo que tiene esa familia—. He oído rumores de lo mucho que la gente está dispuesta a pagar por él, sin hacer preguntas, y es dinero suficiente para equipararlo al PIB de un país de tamaño medio con una economía fuerte.

—Por eso —interviene Tilda, presumiblemente antes de que pueda asustar de verdad al resto del equipo con parte de la sangrienta historia del libro—, se lo devolveremos a la familia Svensen en cuanto descongelemos a mi familia. No somos ladrones. Somos prestatarios.

Vance resopla.

—Sí, estoy seguro de que reconocerán la distinción.

—Y como Eli y Birdie irán disfrazados —se apresura a decir Tilda—, nadie se dará cuenta de que somos nosotros los que lo hemos robado, lo que significa que no tendremos que preocuparnos de que alguien nos lo robe y lo empeñe en el mercado negro por enormes cantidades de dinero rápido.

Vance me dirige una mirada dura.

—Eso no será un problema.

Me ofendería si no fuera porque lo del cambia formas unicornio no está tan

lejos de la realidad.

Mi padre me ha contado historias sobre el Liber Umbrarum desde que tengo uso de razón. Cómo es. El poder de los hechizos. Cuánto pagaría un coleccionista por él, y cómo esa cantidad de dinero podría llevarnos de una vida en la que siempre miramos por encima del hombro a una existencia pacífica en alguna mota de tierra en el océano. Ni siquiera tengo que concentrarme mucho para oír la voz de mi padre cuando comparte teorías sobre quién escribió el libro y qué contiene; al fin y al cabo, esa charla es lo que me inspiró a dedicarme a los hechizos históricos y lo que despertó en mí el interés del Consejo. Nadie pestañea dos veces ante investigadores que van de pueblo en pueblo, salvo que en lugar de reunir información sobre documentos históricos, yo estaba obteniendo información sobre las familias de brujos más poderosas.

Respondo a la mirada de Vance con la mía. Sé quién soy y no soy un brujo bueno.

Tilda se aclara la garganta y desvía mi atención del cambia formas unicornio. Se quita las gafas y las limpia con el dobladillo de la sudadera, mientras me observa con preocupación. Me encojo de hombros y sacudo un poco la cabeza. Como es una mujer inteligente, entiende el mensaje, se vuelve a poner las gafas y continúa con su sesión informativa, respondiendo al resto de las preguntas de Birdie y Eli.

Siento que Vance sigue mirándome, pero lo ignoro.

No necesito que me diga lo que ya sé: tengo que hacer lo que sea para mantener a Tilda a salvo. No se trata de magia, ni de una maldición, ni de un hechizo deshonesto que me atrae hacia ella. Es amor, y eso es mucho peor.

Pero no tengo tiempo de reflexionar sobre ello porque el tren está frenando.

Hemos llegado a Salem.

Capítulo 27

Tilda...

El Museo Marie Laveau me está mareando mientras estoy de pie en medio de la galería principal y miro hacia arriba diez pisos hasta el techo de cristal. Aquí no hay escaleras. Es una rampa muy larga y lisa que rodea el vestíbulo principal y sube cada vez más hacia las galerías de las otras diez plantas. Cualquier otro día me encantaría perderme explorando todo el arte, pero esta noche se trata de robar arte, no de apreciarlo.

Justo delante está el vestíbulo que conduce a la galería con el Liber Umbrarum. La fila para entrar llega hasta el guardarropa y está repleta de brujas de las familias con más contactos del Witchingdom, vestidas con sus mejores ropas para la gala, que van entrando en la sala de dos en dos. Gil y yo pasamos de una obra de arte a otra, admirando cada una de ellas durante unos minutos y sonriendo a todas las brujas que nos ven e inmediatamente empiezan a escribir en sus teléfonos. Si nuestras fotos los distraen de la acción real, es una solución perfecta. Y hay algo que ver: Gil lleva un esmoquin negro que lo hace parecer James Bond, la versión sexy de Daniel Craig, y yo llevo un vestido verde esmeralda brillante que cubre lo justo para que me sienta totalmente vestida pero es lo bastante revelador como para que todo el mundo me mire a las tetas. Definitivamente no es mi estilo habitual, pero funciona perfectamente para el propósito de ser una distracción glamazona para que Birdie y Eli puedan hacer lo suyo.

—Tilda Sherwood —dice un hombre detrás de mí.

Gil me mira por encima del hombro y entrecierra los ojos. Me giro y miro al tipo de cabello negro, ojos más azules que el cielo azul y sonrisa asesina, que lleva un esmoquin azul marino hecho a medida.

—Erik Svensen. —Me tiende la mano en señal de saludo y, como todos los demás con los que hemos charlado desde que entramos, su mirada nunca baja de mi barbilla—. He oído que conseguiste entradas sobornando a mi hermano Cy con suficientes bayas de enebro para llenar un semirremolque.

—Eso es exactamente lo que hice. —Realmente, ¿de qué sirve negarlo? Además, la única manera de llevar esto a cabo es mentir lo más cerca posible de la verdad. ¿Y el hecho de que mis palmas estén húmedas por los nervios? Esperemos que Erik no lo note mientras nos saludamos—. ¿Para qué demonios

necesita todo eso?

—Cuando se trata de Cy, nunca lo sé —dice Erik riendo entre dientes—. Todas las familias tienen un pensador brillante, ¿no? —Mira más allá de mí, escaneando la multitud—. ¿Vino Leona contigo?

Ah, ahí está.

—No.

—Lástima —dice con una falsa alegría que no hace nada por atenuar la genuina decepción de sus ojos azules.

Y el misterio se complica. No tengo ni idea de lo que pasó entre Leona y Erik, pero puedes apostar a que voy a averiguarlo en cuanto ella vuelva a entrar en calor, porque este tipo está más que interesado en ella, no hace falta un hechizo de la verdad para eso. Sus hombros caen antes de volver a levantarlos, su sonrisa amistosa un poco más rígida de lo que era cuando se acercó por primera vez.

Pero lo disimula bien, para a un camarero y saca de la bandeja una copa de champán para cada uno.

—No creo que nos conozcamos, pero me resultas familiar.

—Supongo que tengo una de esas caras —dice Gil mientras acepta el champán—. Gil Connolly.

Se dan la mano y hacen el gesto de los hombres con el pecho hinchado en el que se evalúan mutuamente. ¿Qué les pasa a los hombres? A veces son incomprensibles.

—Pediste cuatro entradas —dice Erik, volviendo a centrar su atención en mí—. ¿Trajiste a dos de tus otras hermanas?

—No, sólo un par de amigos. —Lucho contra el impulso de mirar directamente a Birdie y Eli aunque he estado observando su progreso hacia el objetivo con el rabillo del ojo—. Están por aquí.

Por el momento, por fin están en la fila para ver El Liber Umbrarum, pero no voy a señalárselo a Erik.

—Bueno, fue bueno conocerlos a ambos. Asegúrate de saludar a Leona de mi parte. —Erik entrecierra los ojos y su mirada se concentra en mí—. No eres para nada lo que esperaba. LeLe siempre dijo que eras una especie de torbellino salvaje.

¿LeLe? Oh, vaya. A mi hermana, que es muy estirada y se atiene mucho a las normas, no le gustaría ese apodo, ni ningún otro.

Doy lo que espero sea una sonrisa convincente.

—Prometo mantener mis ráfagas al mínimo durante la fiesta.

—Eso suena perfectamente aburrido y diferente a cualquier Sherwood en todo Witchingdom. —Saluda a Gil con la cabeza—. Si me disculpan, como representante de la familia tengo que ir a mezclarme, pero espero que volvamos a charlar más tarde.

Gil y yo bebemos un sorbo de champán, con las burbujitas chocando contra mi paladar, y observamos a Erik recorrer la concurrida galería, deteniéndose varias veces para charlar con una pareja o con un grupo. Tiene un aire afable y amistoso, pero no puedo evitar pensar que no es más que una actuación. Una vocecita en mi cabeza se opone firmemente a traicionar a Erik Svensen, pero no hay forma de evitar nuestra noche de robo. Tendré que pedir perdón y rezar para que nuestro plan no se arruine.

No es hasta que Erik pasa por delante de la gran escultura de bronce que representa a Moll Dyer fuera de su destartalada cabaña en los bosques de Maryland que suelto un suspiro tembloroso.

Me inclino hacia Gil y le susurro:

—Creía que nos habían atrapado.

—Ten fe. Tú puedes. —Gil deja su copa de champán vacía en la bandeja de un camarero que pasa—. ¿Nos ponemos a trabajar?

Entrego mi copa al mismo camarero y sigo a Gil para contemplar *Los músicos* de Caravaggio. Mientras hago todo lo posible por parecer que estoy admirando los exuberantes colores y la sexualidad no tan oculta del cuadro, no dejo de mirar furtivamente a Birdie y Eli mientras charlan con la pareja que tienen delante en la fila. Al mismo tiempo, siento como si un millón de miradas se posaran en mí, así como más de un par de no tan discretos teléfonos con cámara apuntándome directamente.

En realidad, debería estar acostumbrada, y, entre los fallos accidentales de las últimas semanas en público con Gil, no es que no le haga a la gente el ridículo que esperan. No puedo culparlos por esperar más de lo mismo aunque lo odie. Esa es mi suerte en la vida. La nulo que jode las cosas. Imagínate si supieran que congelé a mi familia. Sería un frenesí de chismes. Sé que todo es parte del plan que se me ocurrió, pero aun así... ...lo odio.

—Todos nos observan —murmuro.

—No me sorprende —dice Gil, deslizando su mano por mi espalda hasta

posarla en mi cadera—. Estás increíble.

Un rubor calienta mis mejillas.

—No creo que nadie me mire por eso.

Rápido como un rayo, se coloca frente a mí y me mira con una intensidad que me deja sin aliento. Me sujeta la cara con las dos manos y me besa como si intentara decirme un millón de cosas con una sola caricia demasiado breve. Luego da un paso atrás, con sus ojos azules llenos de tormenta, y dice:

—Entonces son tontos.

Mi cerebro aún está intentando asimilar lo que acaba de ocurrir cuando vuelve a apoyarme la palma de la mano en la parte baja de la espalda y me guía unos metros para que me coloque delante del siguiente cuadro, pero yo no dejo de mirar hacia atrás, al lugar frente al Caravaggio donde acaba de besarme. En unos cinco segundos ha borrado de mi mente todo menos posibilidades.

¿Es así como podría ser un futuro con Gil? ¿No una vida criminal, por supuesto, sino una fácil camaradería y un coqueteo burlón que me da mariposas y todo tipo de pensamientos sucios? ¿Desayunar juntos en el balcón, tomando café y compartiendo el periódico? ¿Noches de cita en el museo o en el cine? ¿Horas perdidas en las estanterías de la librería Alchemist's Bookshop and Tea Emporium, seguidas de viajes por carretera en busca de libros de hechizos raros en librerías apartadas de pueblos pequeños? ¿Tomados de la mano mientras caminamos por la acera frente a la casa de Griselda? ¿Picnics junto al arroyo en el bosque con el troll que acaba uniéndose a nosotros y nos cuenta historias sobre todas las brujas a las que ha detenido con acertijos? Aventura y comodidad, diversión y amor.

De pie frente a *Los Músicos*, viendo el paraíso cotidiano del momento que captó el pintor renacentista italiano del chico malo, me doy cuenta de lo mucho que quiero todo eso, y si podemos llevar a cabo este atraco, puedo-podemos-tenerlo.

Juntos.

Tomados del brazo, nos acercamos al cuadro de Washington cruzando el Delaware, que casualmente nos ofrece una vista perfecta de la galería Liber Umbrarum. Eli y Birdie son los siguientes en la fila. Los latidos de mi corazón se aceleran hasta golpearme las costillas con tanta fuerza que casi me preocupa que se rompan.

—Te traje algo —dice Gil lo suficientemente alto como para que la gente que está cerca lo oiga—. Espero que te guste.

Habíamos planeado lo siguiente: un chisme vistoso que captara la atención de todos y desviara la atención del libro de hechizos. Aun así, no estoy preparada para la oleada de deseo que me invade cuando Gil se mueve detrás de mí, tan cerca que puedo sentir el calor que desprende su cuerpo.

Sus dedos se deslizan por la piel desnuda de mis brazos y se acerca a mí con un magnífico collar de diamantes y esmeraldas. No es real, por supuesto, pero a menos que alguien se apresure con una lupa de joyero, se parece lo suficiente como para engañar a las brujas presentes. Mientras cierra el broche, sus dedos se detienen en mi cuello, trazando una línea a lo largo de mi garganta. Sé que todo esto es una farsa, parte del plan, pero aun así lo siento real cuando traza una línea sobre mi piel sensible y luego baja la cabeza y me da un beso suave y apenas perceptible en la sien.

A lo lejos oigo los susurros y una parte de mí se da cuenta de que hay flashes de gente haciendo fotos con sus teléfonos, pero en este momento sólo puedo concentrarme en Gil.

—Lo eres absolutamente todo, Tilda Sherwood —me dice, y su voz grave me recorre la espalda como un escalofrío de anticipación—. Pase lo que pase, recuérdalo.

Me da otro beso en ese punto en el que mi hombro se une a mi cuello que siento hasta el fondo de mi ser y luego se mueve a mi lado, tomándome del brazo y pasándolo por el suyo. Caminamos juntos hacia La *Joven Madre Cosiendo*, de Mary Cassatt. La niña del cuadro está apoyada en su madre con los brazos cruzados y la barbilla en la mano mientras mira fijamente hacia fuera, curiosa, abierta, preparada para lo que venga a continuación. No hay ni una pizca de miedo, preocupación o vacilación, sólo una quietud segura que parece alcanzarme y agarrarme el alma. Conozco a esta chica. Quizá yo era esta chica hace un millón de años, antes de darme cuenta de que no sería mágica como mi madre, sino algo totalmente distinto.

No estoy segura de haberme sentido nunca tan segura de mí misma como esa chica cuando tenía su edad, pero esta noche, después de que llevemos a cabo este atraco y descongelemos a mi familia, no puedo evitar pensar que volveré a encontrarla. De verdad, si mi plan funciona, eso lo cambiará todo. No seré sólo el lacayo de la familia.

Puedo ser más.

Seré más.

—Están entrando —dice Gil, girando hacia mí para que parezca que le

sonrío cuando en realidad estoy observando el progreso de Birdie y Eli mientras caminan tranquilamente hacia la galería del Liber Umbrarum.

Birdie se detiene en la puerta y se inclina hacia el guardia. Espero que sólo sea porque los estoy observando tan de cerca cuando parece que todas las demás brujas del museo me están mirando a mí, pero no hay forma de perderse la pequeña nube gris que Birdie sopla desde la palma de su mano hacia la cara del guardia. Se le ponen los ojos en blanco y se lleva la mano a la porra de goma a la cintura, pero entonces se le ablanda la mandíbula y se lleva la mano al costado. Birdie le susurra al oído y él asiente con la cabeza antes de acercarse a la cuerda de terciopelo rojo que hay cerca de la entrada y pasarla por la puerta abierta.

—Lo siento, amigos —dice el guardia a todos los de la fila, con voz ronca pero normal por lo demás—. Quince minutos de descanso.

Eli y Birdie no miran atrás mientras atraviesan la galería principal hasta el vestíbulo que conduce a los jardines formales.

Con todas las miradas puestas en nosotros, Gil y yo nos acercamos al vívido cuadro de Winslow Homer *La corriente del Golfo*, que representa a un hombre solo en un pequeño bote rodeado de aguas agitadas y tiburones dando vueltas. Se avecina una tormenta en el horizonte, pero también viene un barco que puede vencer a la borrasca. Hola, el arte imita a la vida, porque parece que todas las brujas de la sala nos rodean como tiburones.

Sin embargo, ese era nuestro plan desde el principio, porque si los asistentes nos están mirando, ansiosos por el próximo chisme, eso significa que no están prestando ninguna atención a Birdie y Eli mientras se deslizan en la habitación oscura para el cambio rápido de su vida.

Normalmente, me dejaría llevar por los fuertes colores del cuadro y la intensidad de la composición mientras el hombre intenta sobrevivir a los peligros que parecen acecharle por todas partes, pero esta noche no. La sangre corre por mis oídos tan fuerte como el tren en el que viajamos a Salem y la adrenalina me agita por dentro aunque mantenga la expresión plácida de mi rostro mientras dentro de mi cabeza grito: *¡Deprisa!* ¿Quién iba a pensar que años de aparentar calma y serenidad en el exterior para hacer frente a los comentarios sarcásticos de otras brujas sobre mi condición de outré me resultarían tan útiles?

Están tardando demasiado.

Los guardias empiezan a parpadear y a mirar a su alrededor como si volvieran en sí.

Los que hacen fila para la exposición empiezan a refunfuñar por la espera.

Tengo el corazón en un puño mientras intento desesperadamente pensar en algo, lo que sea, que les dé a Eli y a Birdie unos minutos más.

—¿Matilda Grace Sherwood? —dice Gil mientras se arrodilla frente a mí, con una pequeña caja cuadrada de terciopelo en la mano.

Todos a nuestro alrededor dejan de fingir que no nos miran fijamente. Nos apuntan con un millón de móviles. Varias brujas deben de haber entrado inmediatamente en directo en WitchyGram, porque hablan con sus teléfonos como si estuvieran trabajando en la alfombra roja de los Oscar, un sonido que ni siquiera tengo que esforzarme en oír porque, por lo demás, la gala ha quedado en silencio. Aun así, nadie está más sorprendido que yo.

Sí, tengo los ojos saltones y la mandíbula floja delante de las brujas más influyentes de todo el Witchingdom. Mi madre va a estar encantada cuando por fin la descongelemos.

Gil abre la caja, revelando el anillo de zafiro que Vance le había entregado junto con un mensaje de la madre de Gil. ¿Estoy hiperventilando en este momento? Claro que sí. Claro, sé que no es una propuesta real. Sólo está ganando tiempo. Pero la forma en que me mira, como si yo fuera la única persona de la habitación, imagínatelo, me hace palpitar el corazón.

—Tilda, ¿me harías el gran honor de ser mi esposa?

No estoy fingiendo mi sonrisa de oreja a oreja ni la explosión de felicidad que me tiene a punto de despegar como un cohete directamente a través de las claraboyas de la parte superior de la galería. Una mujer más fría te mentiría sobre todo eso, disimulando como si nada. Pero ya lo hemos superado y sabes que me siento muy bien, aunque sé que todo es fingido.

Gil se levanta despacio, saca el anillo de la caja y me lo pone en el dedo.

El pecho se me aprieta tanto que me preocupa que se me rompan las costillas de tanta intensidad. Puedo hacer muchas cosas, pero no puedo dejar que me ponga ese anillo en el dedo. Puede que mi corazón ya sea una causa perdida, pero aun así tengo que hacer lo que pueda.

—Sí, me casaré contigo —grito lo bastante alto como para que me oigan los duendecillos que cuelgan de la barandilla del último piso.

Entonces lo rodeo con mis brazos y lo beso como lo haría si todo esto fuera real.

Los flashes estallan a nuestro alrededor, pero por el rabillo del ojo veo a dos jardineros, el más alto de los cuales tiene un pecho extrañamente plano y

rectangular bajo el mono, que se abren paso desde la alcoba hasta las puertas y salen a los jardines formales.

El aliento que contengo se escapa en un suspiro.

—Lo lograron.

Gil debe estar más nervioso de lo que aparenta, porque sus hombros bajan unos centímetros.

—Dos minutos y luego nos dirigimos a las puertas.

Se guarda el anillo en el bolsillo y me presiona la espalda con la palma de la mano, más tranquilizador que insistente, mientras pasamos al siguiente cuadro, más cerca del vestíbulo que nos lleva a la puerta del jardín trasero. A nuestro alrededor, la gente cuchichea y hace fotos, pero nadie se acerca mientras contemplamos el cuadro de Elisabeth Louise Vigée Le Brun de una niña que mira su reflejo en el espejo y ese reflejo sale del lienzo. En cualquier otro momento me fijaría más en la tarjeta informativa que hay junto al cuadro, pero estoy demasiado emocionada para hacer que las letras formen palabras aunque finja leerla mientras cuento los segundos que faltan para que podamos salir corriendo de aquí e ir a celebrar nuestro compromiso en privado, que se sepa.

Finalmente, me enderezo y me vuelvo hacia Gil, con todo mi cuerpo más ligero y burbujeante que nunca. Juro que podría ir flotando hasta el tren, con los dedos entrelazados con los de Gil, y una vez allí celebrarlo con Vance, Eli y Birdie al principio, pero al final en su habitación, solos, desnudos y orgásmicos.

Le sonrío, demasiado feliz para contenerme.

—Me encanta cuando un plan sale a la perfección.

Por supuesto, es entonces cuando un guardia frente a la galería privada pulsa un botón cerca de la puerta y suena una alarma, y se desata el infierno.

Capítulo 28

Gil...

La sirena es lo suficientemente aguda como para apuñalar a una persona justo en el oído y arrancarle el alma.

Hay guardias que llegan corriendo de todas partes y se dirigen directamente hacia nosotros. Visten de negro, son del tamaño de un troll pequeño y van armados hasta los dientes con cuchillos largos de aspecto desagradable. Todo en ellos grita mercenarios a sueldo. Empujo a Tilda detrás de mí hacia la habitación con cortinas donde Eli y Birdie se cambiaron de ropa.

Miro por el estrecho espacio entre las dos cortinas y me preparo para lo que venga a continuación, aunque no importa. Mi única misión en este momento es mantener a Tilda a salvo.

Otra bruja me dejaría correr el riesgo de ver lo que hacen los mercenarios mientras pululan por el museo, pero Tilda no. En lugar de eso, se escabulle delante de mí y se agacha para poder mirar sin obstruir mi vista. Se le escapa un suave jadeo cuando por fin consigue echar un vistazo a lo que ocurre al otro lado de la cortina. Los mercenarios detienen y cachean a todas las brujas. Han cerrado la galería Liber Umbrarum y se dirigen hacia nosotros, sin duda para asegurar la puerta que da al jardín formal, es decir, nuestra única vía de escape.

No tenemos muchas opciones, pero una de ellas es mucho mejor que cualquier otra.

Me alejo de la cortina, llevándome a Tilda conmigo. No quiero besarla, pero no puedo evitarlo. No es un beso agradable. Es duro, desesperado y termina demasiado rápido. Esta puede ser la última vez que la vea. Es demasiado pronto. Demonios, dentro de un millón de años sería demasiado pronto.

—Los ralentizaré. —Acaricio su cara, memorizando cada peca de su nariz como si no pudiera ya dibujarlas todas de memoria—. Vete de aquí.

Resopla y pone los ojos en blanco.

—No voy a dejarte.

—Te veré en el tren —digo, soltándola antes de que no pueda y obligándome a volver a la cortina para poder cronometrar su huida.

—No me has oído —dice, con su contador de terquedad a un millón—. No me iré sin ti.

—Tilda, no tenemos tiempo para esto. —Compruebo la vista a través de la cortina por última vez. Todos los mercenarios están concentrados en la multitud reunida junto a la galería del Liber Umbrarum. Sólo unos pocos están apostados en este extremo del museo—. El momento de hacer esto es ahora.

—Por fin estamos de acuerdo. —Me toma la mano, entrelaza sus dedos con los míos y me agarra fuerte—. Entonces será mejor que nos vayamos.

Esta mujer. Esta frustrantemente terca, dulce y decidida mujer. Me encantaría discutir, porque no es que *crea que tengo* razón, *sé que* la tengo. Pero también sé que no es una discusión que vaya a ganar. Tiene una inclinación en la barbilla que reconozco de nuestras citas no tan accidentadas, y ahora la conozco demasiado bien como para confundir su dulce rostro con el de una pusilánime. Tilda Sherwood es más fuerte de lo que se cree, a veces creo que incluso de lo que ella cree, en aspectos que no tienen nada que ver con la magia.

Y los mercenarios dirigirán su atención hacia aquí más pronto que tarde.

—Bien. —Abro la cortina, enrollando mi brazo alrededor de su cintura como si hubiéramos estado en la alcoba follando en lugar de evitar que nos atraparan—. Vámonos.

No hemos hecho más que salir al amplio vestíbulo donde las paredes están cubiertas de retratos de algunas de las brujas más influyentes de la historia cuando todo un grupo de matones aparece por la esquina, tras la puerta que da a los jardines, y se dirige directamente hacia nosotros. El mundo se ralentiza y vuelvo a caer en los viejos hábitos del Más Allá: elegir a los posibles oponentes, identificar los puntos débiles y prepararme para recibir más castigo del que el otro está dispuesto a sufrir, porque eso es lo que a veces hace falta para ganar, estar dispuesto a soportar el dolor.

Suelto la mano de Tilda y me pongo delante de ella, pongo los pies en el suelo y fuerzo los músculos para relajarme y poder absorber los golpes que vengan y responder. En el último momento, los guardias nos rodean y se dirigen directamente a la galería del Liber Umbrarum. Detrás de mí, Tilda suelta un suspiro de alivio y deja que su frente se apoye en mi espalda. Su suave aliento me hace cosquillas en la nuca.

—Pensé que estaba todo allí.

—Precisamente por eso deberías haberme escuchado —digo, sujetándola de la mano y empezando a caminar hacia las puertas de los jardines formales.

Me lanza una mirada molesta al mismo tiempo que nos apresuramos por el pasillo atestado de brujas que observan los acontecimientos con regocijo y

horror a partes iguales.

—No abandono a la gente que me importa.

—Te preocupas por mí, ¿eh? —No es que su declaración haga mis pasos mucho más ligeros, pero lo hace.

Se le escapa una risita mientras se endereza las gafas.

—¿De verdad crees que *este* es el momento y el lugar para esa conversación?

Le sonrío.

—Excelente punto.

Nos apresuramos lo más posible a través de la multitud de brujas que miran atónitas a los mercenarios a sueldo, que parece que van a usar hilo dental con los huesos de quienquiera que haya tenido la osadía de robar el Liber Umbrarum. Sí, de ninguna manera voy a dejar que Tilda se acerque a esos matones cuando se den cuenta de que los ladrones ya no están en la galería, por eso nos acercamos a las puertas que dan a los jardines formales.

El aire fresco del otoño me golpea como una ráfaga de aire acondicionado después de pasar una tarde de julio cortando la hierba de una parcela de cinco acres con un cortacésped de empuje. Huele a libertad, pero no voy a pararme a disfrutarlo, no mientras Tilda siga en peligro.

—Haz como si no pasara nada —digo mientras nos dirigimos hacia la puerta trasera donde, con un poco de suerte, Eli y Birdie, alertados de que todo se ha torcido por la alarma, seguirán con nuestra moto de huida—. Sólo somos otra pareja que echa un vistazo a estos preciosos jardines en una clara tarde de otoño.

Codo con codo, caminamos rápido por el sendero hacia la verja mientras fingimos admirar las gardenias, los crisantemos que empiezan a florecer y los bojes recortados en cuadrados compactos y apretados, aunque la adrenalina me recorre por dentro. Estoy alerta ante cualquier señal de peligro. Bueno, cualquier señal de peligro adicional.

Diez pasos hasta la puerta y mi sensación de terror empieza a disminuir.

Ocho pasos y Tilda me sonríe. Puede que lo consigamos.

Seis pasos y la alarma se silencia. La mano de Tilda se estrecha sobre la mía.

Cuatro pasos.

—Eh, ustedes —grita alguien detrás de nosotros.

Dos pasos, y sin tener que decir nada, aceleramos.

El portón se abre de golpe, revelando a Eli y Birdie de pie junto a una motocicleta con sidecar. Él lleva el Liber Umbrarum atado al pecho, envuelto en papel engrasado y asegurado con una mezcla de magia y cinta adhesiva. Están tomados de la mano y Birdie murmura un hechizo de camuflaje. El aire que los rodea chispea de luz, pero se desvanece en cuestión de segundos, interrumpido por los estornudos de Birdie, uno tras otro en rápida sucesión, que rompen el hechizo.

—¡Tilda! —grita Erik mientras sale corriendo por la puerta del museo, flanqueado por una docena de mercenarios—. ¡Alto!

No hay tiempo para explicaciones, por mucho que se las merezca, no si quiero sacarla de aquí. Corriendo hacia adelante, agarro la mano de Birdie. Abre mucho los ojos, pero sigue lanzando el hechizo lo mejor que puede. A nuestro alrededor, el aire se espesa, una niebla que surge de la magia y que intenta acumular suficiente densidad para protegernos de la vista, pero que se evapora en cuestión de segundos cuando Birdie estornuda de nuevo.

Volviéndome hacia Tilda, le hago la única pregunta que sin duda debe responderse con un no.

—¿Confías en mí?

Tilda asiente, y es lo peor que me ha pasado nunca. Puede que la ame, pero estoy seguro de que no la merezco, no con las mentiras que le he contado y los secretos que le he ocultado. Pero eso es para más adelante. Ahora lo único importante es mantenerla a salvo, y no puedo hacerlo sin su ayuda.

—Todos tenemos que tomarnos de la mano. —Le sujeto la mano, sintiendo el chisporroteo de la magia bajo la superficie—. Pase lo que pase, no te sueltes.

Añado mi voz a la de Birdie mientras toma la mano de Tilda. En el momento en que el círculo se cierra, el viento se arremolina de la nada mientras el hechizo gana poder. Suena un trueno. Caen relámpagos. Llueve a cántaros. Es como si hubiera tanta magia crepitando a nuestro alrededor que la tierra tuviera que desprenderse de ella o todos explotaríamos.

Entonces Tilda añade su voz al hechizo y el suelo se mueve bajo mis pies. Es silencioso y apenas puedo oírla por encima de los vientos, pero está ahí, tranquila y centrada. Tiene los ojos cerrados y un aire tan etéreo que ni siquiera sé si se da cuenta de que lo está haciendo.

Pero la magia sí.

Puedo olerlo en el aire que se convierte en un vendaval, sentirlo recorriendo mi piel, verlo en el suave resplandor que rodea a Tilda y que es visible entre los relámpagos. Las palomitas extra mantecosas a las que estoy acostumbrado cuando mi magia se mezcla con la de Tilda se intensifican con la miel y el azúcar con canela que deben de ser de Birdie y Eli. Juntos, estamos potenciando el hechizo de camuflaje, abrumando a Erik y sus mercenarios, que luchan contra las ráfagas para llegar hasta nosotros antes de que la niebla llene el espacio por completo.

De repente, Erik se detiene bruscamente. Veo que mueve los labios, pero el estruendo de un trueno me distrae temporalmente de cualquier hechizo que esté lanzando con la suficiente fuerza como para hacer saltar por los aires todos los trozos de grava amarilla pálida que bordean los senderos del jardín formal mientras levanta los brazos.

—Tilda —grito por encima de la cacofonía de la tormenta—. Termínalo.

Abre los ojos con cara de confusión.

—El hechizo, de verdad. —Aprieto su mano—. Confía en mí.

Duda un instante, pero luego su actitud cambia. Sus hombros se enderezan. Se pone más alta. Su mirada se afila. Exhala un profundo aliento purificador y comienza a cantar conmigo, Birdie y Eli.

—Tuere. Celare. Liberate.

La niebla se espesa, formando una barrera esponjosa entre nosotros y Erik. Es buena, pero no suficiente para detener un millón de trozos de grava que volarán directos hacia nosotros en cualquier momento.

—Tuere. Celare. Liberate.

Aprieto la mano de Tilda. Nos miramos a los ojos. Un muro de calor azulado me golpea cuando ella empieza a levitar a unos metros del suelo.

—Tuere. Celare. Liberate.

La lluvia arrecia y nos golpea mientras el viento desgarra nuestras ropas. Necesito todo lo que tengo para aferrarme a ella mientras su fuerza intenta llevarla más arriba.

—Tuere. Celare. Liberate.

Un enorme trueno se estrella contra nosotros, una onda sonora tangible que me echa el cabello hacia atrás medio segundo antes de que un relámpago brillante casi nos ciegue a todos, y entonces estamos volando, surcando el aire

nocturno. Estamos tan alto que se me forman cristales de hielo en las pestañas. Miro furtivamente a Tilda. Su cabello rojo vuela detrás de ella como las llamas, sus gafas están torcidas y tiene la sonrisa más excitada pero insegura en la cara.

Es jodidamente adorable. No podría amarla más, no porque sea una hechicera o porque pueda hacer cualquier cosa por mí, sino porque es Tilda.

Lo que daría por pensar que podría funcionar entre nosotros, pero no se llega a sobrevivir al Más Allá creyendo en lo imposible.

Me duele el pecho al darme cuenta de ello mientras la magia hace una combustión controlada, frenándonos a medida que nos acercamos al patio del tren. Nos deja en el andén, en el último vagón de nuestro tren.

Todos estamos empapados por la lluvia, pero estamos vivos. En cuestión de minutos estaremos de vuelta a Wrightsville en el medio de transporte menos probable que se le haya ocurrido a alguien para que Tilda pueda usar el hechizo novis para descongelar a su familia. Aún no estamos libres, sin duda Erik ya nos está buscando, pero estamos mucho más cerca de lo que estábamos hace una hora, y en este mundo me lo tomaré como una victoria. En esta vida, hay que llevarse las victorias cuando se puede. Tomados del brazo, Tilda y yo seguimos a Eli y Birdie al interior del vagón restaurante.

En cuanto entramos, Vance levanta la vista del bol de Lucky Charms que está comiendo en la barra y suelta un suspiro que casi grita, qué han jodido ahora.

—Supongo que las cosas no salieron según lo planeado.

Sí, eso es decir poco.

—Tenemos que irnos —dice Tilda—. Ahora.

Capítulo 29

Tilda...

Puede que mis pies estén firmemente plantados en el suelo del tren, pero sigo volando, y el hecho de que no tenga electricidad saliendo de las puntas de mis dedos como rayos láser me deja boquiabierta. Fue petrificante y emocionante, y no es algo que quiera volver a hacer *exactamente*, pero vaya experiencia.

Estoy chorreando por todo el suelo y los cuatro parecemos brujos medio ahogadas mientras Vance utiliza el intercomunicador del tren para decirle al maquinista que nos devuelva a casa como si los perros del infierno nos estuvieran pisando los talones. No creo que Erik sea tan malo, pero está claro que ahora mismo no es fan nuestro. Una vez que vuelva a casa y descongele a mi familia, devolveré el libro inmediatamente. Lo tendré de vuelta al amanecer a más tardar.

Una parte de mí no puede creer que lo hayamos conseguido, sobre todo con todo ese caos del final, y otra parte de mí está ¡mierda, sí! Y a juzgar por lo que veo a mi alrededor, no soy la única que se siente como una lata de refresco que ha sido arrojada al asiento del copiloto de un auto y conducida por una carretera de tierra llena de baches a cien kilómetros por hora. Birdie tiene los ojos muy abiertos por la emoción, las mejillas sonrojadas y habla a mil por hora para poner al día a Vance sobre lo que pasó en el museo. Eli, por su parte, no puede apartar los ojos de Birdie, siguiendo cada uno de sus movimientos mientras ella se pasea por el vagón, acercándose cuando el tren empieza a retumbar por las vías, sin duda para tener a alguien sólido a quien agarrarse en caso de que el viaje sea accidentado.

Miro a Gil y lo veo observándome desde el otro lado de la habitación. Algo se mueve en mi interior, un calor reconfortante me invade, hasta que veo las cartas del tarot sobre la mesa, dispuestas en la formación de cinco cartas que dejé tras mi última lectura. El globo decorativo, puro poder en forma de carta, se sitúa en el centro del círculo formado por las otras cuatro cartas.

Leona.

¿Cómo demonios pude olvidarme de mi hermana? ¿Cómo pude ser tan egoísta? Estaban destinados a estar juntos, al menos según las cartas tal y como las eché. Pero, en realidad, si no fuera cierto, ¿cómo habría acabado con las

mismas cartas en el mismo orden dos veces seguidas? De repente, toda la emoción que bullía en mi interior se desvanece y el esfuerzo por mantener los hombros rectos y la barbilla alta resulta excesivo.

Es entonces cuando Gil se desplaza desde su lugar junto a la barra hasta la mesa del tarot, donde mueve la carta del globo desde el centro de la tirada hasta la parte superior derecha.

Me acerco a toda prisa.

—¿Qué estás haciendo?

—El orden estaba desordenado —dice, con la atención centrada en las cartas—. La carta del mundo está en el lugar de identificación personal cuando en una tirada de cinco cartas como ésta debería estar aquí en crecimiento. —Me mira—. ¿Lo hiciste tú?

Asiento con la cabeza.

Hace una mueca y se frota la nuca con la palma de la mano mientras contempla lo que hay sobre la mesa.

—Tiene sentido.

Vaya. Olvídate de ser una botella de dos litros a la que alguien le ha quitado el tapón, ahora soy el dispensador de bebidas que se quedó sin sirope de soda.

—¿Porque está mal?

—No. —Sacude la cabeza—. Es por lo que ha pasado esta noche. Ese era tu poder, ¿no lo sentiste?

¿Sentirlo? Probablemente podría haber alimentado una pequeña ciudad con la cantidad de su exceso de magia rodando a través de mí mientras hacían el hechizo.

—Sólo estaba completando el círculo.

—No era eso y lo sabes. —Gil me toma de la mano, haciendo saltar chispas de conciencia, anticipación y algo que se parece mucho al hogar—. Tilda, hay tanto de lo que tenemos que hablar.

Sí, definitivamente está empezando a sentirse así, pero hay mucho que procesar. Si me equivoco al decir que las cartas del tarot señalan a Leona, Griselda dijo que sí, ¿en qué más me equivoco? La parte del poder es dulce, pero me pasé años intentando hacer hechizos por mi cuenta en mi habitación. Memoricé los libros de hechizos más populares de principio a fin y, en algunos casos, de atrás hacia delante. Ni siquiera era capaz de hacer flotar una pluma.

Tardé años en ir a las sesiones de mi grupo de inadaptados mágicos para empezar a aceptar quién soy: una nulo, una inútil, una fuera de serie.

Estoy a punto de decirle a Gil exactamente eso cuando Vance suelta un eructo lo suficientemente fuerte y largo como para batir un récord, un récord bruto pero récord al fin y al cabo.

—Bien niños, vayan a quitarse esa ropa mojada antes de que se mueran. Volveremos a Wrightsville por la mañana. —Vance desenvuelve el papel de óleo que envuelve El Liber Umbrarum y se acomoda con él en una silla de lectura—. Vayan.

Tomados de la mano, Birdie y Eli se dirigen al vagón cama situado frente al salón con sus habitaciones. Mientras tanto, Gil y yo vamos en dirección contraria a nuestra cama, dejando un rastro de gotas de lluvia a nuestro paso.

—¿Qué querías decir con lo de mi poder? —pregunto en cuanto cruzamos la pasarela hacia nuestro vagón.

—Tilda, sabes que fue gracias a ti. Tú hiciste que toda esa magia sucediera.

Lo dice con tanta sinceridad que me dan ganas de abrazarlo mientras caminamos por el estrecho pasillo y nos detenemos frente a su habitación. Sé que lo único que añadí fue apoyo moral, pero la magia se me pegó de todos modos, dejándome con un cosquilleo y desesperada por desahogar toda la adrenalina que me recorre.

—Gil, necesito algo de ti. —Alargo la mano por detrás y abro la puerta de su habitación, deslizándome a su alrededor y entrando antes de perder los nervios—. ¿Puedo quedarme esta noche?

—No me crees lo del hechizo y tu poder —dice, su decepción es evidente cuando entra en la habitación, con los hombros caídos.

Lo comprendo. Desde afuera, la idea de que yo sea mágica probablemente parezca una mezcla entre un milagro y el regalo más increíble del destino. Seguro que espera que me emocione ante esa posibilidad, que aplauda y baile para celebrarlo. El caso es que me he pasado la vida pensando que lo único que podía hacerme especial era lo único que no tenía, y nunca podría tener.

Pero me he equivocado.

—Si algo me ha enseñado todo este desastre es a ser sincera conmigo misma y con los demás. Me gustas, Gil. No, me gustas más que eso. —Bien, no quería que se me escapara eso, pero ya le había pedido que se tirara a mí, así que

por un centavo mejor voy por una libra—. Y por primera vez en mi vida no me siento un fracaso. Puede que no tenga todas las habilidades mágicas que tienen mis hermanas, y desde luego no las que tiene mi madre, pero no pasa nada. —La verdad me llena de nuevo de esa burbujeante sensación de entusiasmo expansivo —. Tengo talentos. Puedo hacer cosas. Puedo ayudar a llevar a cabo un atraco del que Witchingdom hablará durante décadas. No formé parte de todo esto por lástima o por un sentido de responsabilidad familiar, sino porque tenía algo que aportar. —Algo que iba más allá de programar publicaciones en las redes sociales y tomar fotos casuales de mi madre que ella odia absolutamente—. ¿Sabes lo raro que es eso para mí? ¿Qué me necesiten? ¿Qué me quieran? ¿Ser una igual? Es jodidamente raro. Esta noche me has demostrado que no tiene por qué serlo. Y tengo que agradecerte por eso. No por lo que siento por ti, sino porque tú, Birdie, Eli y Vance me abrieron los ojos. Ahora entiendo que no tengo que ser lo que la gente espera. Puedo ser más. Puedo ser yo.

Hay algo liberador en darse cuenta de ello, un poder al saber que ser yo misma es suficiente. Es como estar en el aire otra vez, volando tan alto que el aire es gélido y la vista impresionante. No voy a mentir, estoy muerta de miedo, pero *vaya* oportunidad.

—Tilda —-Gil me sujeta la mano, se la lleva a la boca, le da la vuelta y me besa la muñeca justo donde mi pulso va más rápido que un auto de carreras con nitro—eres una persona jodidamente fabulosa.

Y yo que pensaba que mi corazón se aceleraba antes.

—¿Estás seguro de que me equivoqué con las cartas del tarot? —*Por favor, di que sí.*

Asiente, su mirada intensa mientras observa las gotas de agua que gotean de las puntas de mi cabello, viajan por mi cuello y desde allí se deslizan por el valle entre mis tetas. Gracias al destino por la pared que tengo detrás, porque de repente hace tanto calor en esta habitación que me preocupa desmayarme por la tensión sexual. ¿Dudas de que eso sea posible? Cariño, créeme, lo es.

—Nunca he estado más contenta de tener habilidades de bruja de mierda en mi vida.

Consigue volver a mirarme a la cara y ladea la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque me estoy enamorando de ti y las cartas siguen mostrando que tú y Leona están juntos. Ella es la más poderosa de nosotras, de las hermanas, y yo solo... —De verdad tengo que callarme porque ha pasado de mirarme como si

fuera a lamerme antes de secarme a reírse a carcajadas.

—Leona. —Se acerca lo suficiente para que se me corte la respiración y se me disparen las hormonas—. No lo es. —Pone las manos en la pared, a ambos lados de mis hombros—. Mi tipo. —Inclina la cabeza, acerca los labios a mi oreja y susurra: —Eres tú.

Así que hay un límite que una mujer puede soportar antes de estallar. Yo he llegado a ese límite.

Lo siguiente que recuerdo es que estoy besando a Gil con todas mis fuerzas, y él me devuelve el beso igual de bien.

Es increíble, pero no es suficiente, no después de anoche. Necesito más. Lo necesito desnudo y dentro de mí. Ahora mismo.

Los botones mojados de su camisa se me escapan y me cuesta varios intentos, pero consigo desabrochar su camisa blanca de esmoquin mientras lo beso como una loca. No puedo evitarlo. Lo quiero todo de él y lo quiero ahora. Quiero saborear cada centímetro de su cuerpo, oírlo gemir cuando sus dedos se enredan en mi cabello mientras estoy arrodillada entre sus piernas, sentir cómo se corre con tanta fuerza que se le doblan las rodillas. Quiero todo eso. Y lo quiero otra vez. Esta noche. Mañana. Pasado mañana y pasado mañana hasta el infinito.

No es mucho pedir, ¿verdad?

Sí, lo sé, es todo, pero después de esta noche parece que creer que esto podría ser así no es un pensamiento tan descabellado.

—¿Esto es demasiado rápido? —le pregunto mientras le saco la camisa de los pantalones de esmoquin y se la bajo de un tirón por los brazos mientras me besa hasta la garganta.

—¿Tienes miedo de asustarme? —Me chupa el lóbulo de la oreja en su boca caliente—. No es posible.

Mis manos se dirigen al botón de sus pantalones. Estoy tan desesperada por que esté desnudo que apenas puedo controlarme, pero aun así lo estoy, así que me detengo aunque vaya en contra de todos mis instintos y lo miro.

—Gil.

¿Una súplica? ¿Una promesa? Ambas cosas. Definitivamente son ambas.

En lugar de responder, me baja los tirantes del vestido verde. El vestido de lentejuelas se desliza por mi cuerpo hasta rodear mis tacones de aguja. Desliza un nudillo por los tirantes de satén de mi sujetador, sobre las copas de encaje sin

forro, acercándose tanto a mi dolorido pezón, pero sin llegar a tocarlo. Respiro entrecortadamente y estoy tan excitada que mi cuerpo se aprieta de anticipación. Después de provocarme hasta el punto de morderme el labio inferior, Gil recorre con la punta de los dedos la suave elevación de mi vientre hasta el borde de la cinturilla de mis bragas. El deseo, ardiente y necesitado, me tiene al borde del orgasmo, y el hombre ni siquiera ha tocado mi clítoris hinchado y desesperado.

El hombre es pura maldad con este tipo de dichosa tortura, y no puedo soportarlo, carajo. Me agacho y engancho los pulgares alrededor de la cintura elástica, dispuesta a empujar el encaje sobre mi trasero, pero Gil tiene otros planes.

Me rodea las muñecas con los dedos y me levanta los brazos por encima de la cabeza.

—Estás impaciente.

Bueno, sí, ¿se ha visto desnudo? Es todo un asunto.

Aun así, intento hacerme la interesante encogiéndome de hombros.

—Quiero lo que quiero.

Dibuja círculos burlones alrededor de mi duro pezón sin llegar a tocarlo.

—¿Y qué es lo que quieres?

—A ti. —Demasiado para tratar de hacerme la tímida.

Con los brazos aún en alto, me da la vuelta y me hace girar hasta la silla de pantuflas que hay junto a la ventana, y luego retrocede.

—Abre las piernas.

No lo dudo y abro las piernas. Su mirada se posa inmediatamente en el encaje negro de la unión de mis muslos. A juzgar por la forma en que sus ojos se oscurecen de lujuria, no ha pasado por alto la creciente mancha de humedad que empapa el material. Deslizo las manos por los muslos, despacio, mientras su mirada hambrienta sigue mi progreso. Para cuando rozo ligeramente con las uñas mi centro caliente, se ha quitado los zapatos de una patada y se ha bajado los pantalones y los calzoncillos de un tirón. Carajo, me encanta mirar la polla de este hombre. Lo sé, la opinión generalizada es que no son tan bonitas de ver. Los que piensan eso no han visto la polla de Gil Connolly. Gruesa, larga, curvándose un poco hacia la izquierda, es una maldita obra de arte. ¿Y cuando la sujeta, apretando la base tan fuerte que prácticamente puedo sentirlo? Es todo lo que puedo hacer para no ceder al impulso de deslizarme de la silla y arrastrarme hacia él para poder chuparle esa bonita, preciosa polla.

—Quítatelo. Todo —dice, con la voz áspera por la lujuria—. Pero quédate en la silla.

Ni siquiera se me pasa por la cabeza la idea de oponerme, y ya no quiero provocarlo, así que tardo lo que parecen quince milisegundos en estar desnuda, excepto por los zapatos de tacón, en la silla, con las piernas abiertas para él, dándole una visión perfecta de mis pliegues resbaladizos e hinchados. El aire fresco de la noche y su mirada ardiente son más de lo que puedo soportar.

Aspira con fuerza.

—Eres tan jodidamente hermosa.

Cierro los ojos, arqueo la espalda, me agarro las tetas y me retuerzo los pezones antes de tirar de ellos con tanta fuerza que sé que se pondrán rojos y tiernos. El gemido gutural de Gil me anima a hacer más. Me toco las tetas como lo hago cuando estoy sola, burlándome de ellas, jugando con los pezones rígidos, tirando y retorciéndolos con la presión justa para que se me humedezcan los muslos.

Apoyo una mano en la pierna para que mis dedos rocen el último punto de la cara interna de mi muslo antes de que se convierta en algo totalmente distinto, algo caliente, algo palpitante de deseo, algo que prácticamente gotea de deseo.

—Ahora voy a tocarme.

Deja escapar un siseo forzado y se acaricia la polla con movimientos lentos y constantes, sin apartar la atención de mí.

—Mierda, sí.

Ni siquiera me he tocado y ya estoy a punto de correrme. Deslizo los dedos entre mis piernas y casi me desmayo con el primer contacto. Rodeo mi clítoris, deslizo los dedos hasta mi abertura y vuelvo a subir. Gil sigue mis movimientos con una mirada feroz que me empuja cada vez más cerca con cada movimiento de mis dedos. Esto no es tanto un espectáculo como una experiencia compartida, sin tocarnos pero juntos. Sinceramente, hace un calor de mil demonios y no hay manera de que pueda alargarlo. Así que no me molesto. Siempre habrá una próxima vez. Podemos burlarnos y atormentarnos el uno al otro por las mejores razones. Ahora mismo, sin embargo, sólo quiero correrme mientras él me mira y acaricia su preciosa polla. Y lo hago, la tensión crece y crece en mi interior hasta que no puedo más y explota dentro de mí, el placer me inunda y mis huesos se funden en gelatina.

—Gil. —Todavía estoy flotando desde lo alto de mi orgasmo, pero ni siquiera estoy cerca de terminar todavía—. Te quiero dentro de mí.

—Bien —dice—, porque no hay otro sitio en el que preferiría estar que contigo.

Me toma de la mano y me ayuda a levantarme de la silla. Me tiemblan las piernas y aún intento recuperar el aliento, pero Gil es una presencia tranquilizadora, y sé que no va a dejar que me caiga aunque el tren circule más deprisa de lo normal para que podamos volver a Wrightsville lo antes posible y salvar a mi familia.

—Conmigo no tienes de qué preocuparte —dice, sentándose en la silla que acabo de desocupar y trayéndome con él para que me siente a horcajadas sobre él—. Te tengo.

No tengo ni una sola preocupación en mi cabeza al respecto. ¿Cómo podría? No puedes dudar de la persona que amas.

Me sujeta por las caderas y me meto entre los dos, rodeo su dura polla con los dedos y desciendo sobre él, dejando que me llene. No es perfecto, no somos perfectos, pero cuando estamos así, en este momento, parece que estamos lo más cerca posible de serlo.

—Te amo, Gil Connolly.

No quiero decirlo, pero se me escapan las palabras. Tengo medio segundo de pánico por lo que acabo de hacer antes de que su boca se estrelle contra la mía, al tiempo que levanta las caderas y me folla desde abajo con una fuerza tan gloriosa y una intensidad tan deliciosa que la capacidad de pensar ya no parece tan importante.

Me sujeta por la nuca, me mira a la cara y no consigo entender su expresión. Me baja la cabeza.

—Tilda —dice un segundo antes de que nuestros labios se unan en un beso que me derrite el cerebro.

No es un, te amo, pero a mis oídos en este momento se le parece mucho. Me ondulo contra él, cabalgándolo mientras perseguimos el orgasmo que ambos estamos buscando. Está tan cerca, como la tormenta que oigo tras las ventanillas del tren, convirtiendo el cielo en un destello brillante tras otro. Una y otra vez me empalo en él, deslizándome por su cuerpo mientras balanceo las caderas. Pongo las manos en sus muslos, detrás de mí, para cambiar el ángulo y penetrarlo más profundamente, mientras la bola de electricidad de mi cuerpo crece y se tensa. Una de sus manos se cuela desde mi cadera, se desliza por mi espalda y me tira del cabello, agudizando el arco de mi espalda, y es más de lo que puedo soportar. Mis uñas se hunden en sus musculosos hombros mientras

me deshago en un millón de oleadas de placer que hacen desaparecer el mundo entero antes de traerlo de vuelta más brillante que antes.

Deja escapar una maldición y acelera el ritmo de sus embestidas al mismo tiempo que me hunde en su polla. El mundo que me rodea es eléctrico y es como si pudiera sentir cada parte del universo mientras muevo las caderas, suavizando el duro borde de su necesidad. Respira agitadamente y su cuerpo se tensa mientras lucha contra lo inevitable, como si pudiera hacer que este momento durara para siempre. Pero no funciona así, la vida nunca lo hace.

—Tilda —dice—, yo...

Sin embargo, todo lo demás se pierde cuando lo meto a fondo por última vez y se corre.

Un millón de años o unos segundos después, nuestras respiraciones siguen siendo agitadas y sus brazos me rodean mientras me estrecha contra él en la silla. Me levantaría si pudiera, pero tengo las piernas hechas papilla y el resto de mí está inundado de hormonas de la felicidad.

—Te tengo —susurra, y me toma en brazos al mismo tiempo que se levanta de la silla y me lleva por la habitación hasta la cama.

Acurrucada contra él bajo las sábanas un segundo después, con su brazo rodeándome la cintura mientras me acurruca, ni siquiera intento resistirme a quedarme dormida. Mañana me volveré loca por lo que dije, pero ahora me quedo con este momento perfecto. La vida no da a alguien como yo muchos de esos momentos, así que voy a apreciarlo.

Capítulo 30

Gil...

Horas más tarde, el sol empieza a asomar por el horizonte cuando entro de puntillas en mi habitación con el brazo cargado de cosas saqueadas. Tilda está sentada en nuestra cama, mirando por la ventana con la mirada inexpresiva y sin pestañear como una persona que acaba de despertarse.

—Buenos días, sol —digo mientras cierro la puerta de un empujón con el pie hacia atrás.

—Buenos días. —Su mirada está desenfocada y su sonrisa es tímida. Toma las gafas de la mesilla y se las pone. Mira la caja que llevo bajo el brazo y se queda boquiabierta—. ¿Son los Lucky Charms de Vance?

—Le traeré más cuando lleguemos a Wrightsville. —Bien, probablemente acabe comprándole una caja y tenga que pagar algún tipo de vergonzosa penitencia por haberle arrebatado a Vance su comida favorita, pero merece la pena para asegurarme de que Tilda está cuidada. ¿Tonto enamorado? Sí. Culpable—. Necesitabas sustento después de lo de anoche.

Se mueve en la cama y las sábanas le caen hasta la cintura.

—O eres increíblemente valiente al aceptar la comida de un cambia formas unicornio o...

—Es eso. —Me acerco a la mesita que hay frente a la ventana y casi tropiezo con mis propios pies porque el noventa por ciento de mi cerebro está ocupado mirando las tetas perfectas de Tilda.

Tilda ahoga una risita mientras se inclina hacia delante, ofreciéndome una vista aún mejor de sus pechos, obviamente más que consciente de lo que me distrae de lo básico de poner un pie delante del otro.

—No has oído la otra opción.

—No hace falta, seguro que es valiente —digo mientras levanto el brazo y dejo caer la caja de cereales a la mesa y luego dejo la bandeja cargada con nuestros cuencos, cucharas y un libro muy grande y pesado.

Su mirada se dirige a los objetos que estoy descargando y su sonrisa coqueta desaparece.

—Has traído el libro de hechizos.

—Sí. —Pasé la mayor parte de la noche tratando de idear un plan para decirle la verdad y desde cuándo lo sé. Y cómo el cerebrito que soy, todavía no tengo uno, pero no puedo posponerlo más, no después de anoche. Tiene que saberlo—. Tengo que mostrarte algo.

Aun así, la entretengo todo lo posible sirviéndole un tazón de cereales y llevándoselo junto con una taza de té de saúco en la bandeja. Mientras come, me siento a su lado en la cama y hojeo el Liber Umbrarum.

Es algo más que un recetario mágico, como algunos libros de hechizos. Hay ilustraciones muy hábiles que acompañan a cuentos de hadas semi ficticios, perfiles sobre personajes históricos, descripciones enciclopédicas de diversas criaturas mágicas, estudios de distintos tipos de brujas, profundizaciones en los cómo y porqués de ingredientes específicos y, por último, hechizo tras hechizo tras hechizo. Hay hechizos para todo, desde extraer sin dolor los ojos de los tritones hasta convertir a tu molesto vecino en uno. No es de extrañar que sea tan pesado.

Mientras Tilda termina sus cereales, paso las páginas entre un montón de entradas y una doble página en la que las palabras se curvan alrededor de una preciosa acuarela de una bruja vestida a la antigua usanza, con un sombrero negro puntiagudo y una túnica morada que el artista ha pintado de forma que parece estar en movimiento en la página y que la bruja podría salir volando en cualquier momento. El título *Spellbinder está* escrito en caligrafía y se extiende desde un lado de la página izquierda hasta el otro de la derecha.

Tilda deja la bandeja con su tazón de cereales vacío y su taza de té a medio beber sobre la mesilla de noche.

Es ahora o nunca.

Los nervios me corroen el estómago y aliso la mano sobre las páginas.

—Esto es lo que quería que vieras.

Se recoge el cabello detrás de las orejas y se endereza las gafas antes de mirar el libro como si estuviera mirando uno de esos objetos ocultos que aparecen en las fotos y necesitara localizar el martillo dorado.

—¿Por qué?

—Lee la descripción.

Sí, mi vibración está llegando a esa extraña intensidad que hace que me pique la piel, pero tengo que seguir adelante. Tilda necesita saber quién es. Necesita entender que lo que pasó en el museo no fue una casualidad. No fui yo.

No fueron Eli y Birdie. Fue ella. Como hechicera, ella sola puede tomar un hechizo y exprimirlo hasta su forma más poderosa. No sólo es la bruja más rara que existe, también es la más poderosa.

Contenerse mientras lee la entrada es una tortura, pero no tarda en leer todo lo que hay escrito en la página. Cuando termina, tiene los ojos desorbitados y le tiemblan las manos mientras recoge la taza de té y bebe un largo trago hasta vaciarla.

Cuando intenta beber otro sorbo de la taza vacía, la tomo y la vuelvo a dejar sobre la mesa.

—Lo ves, ¿verdad?

—¿Ver qué? —Intenta disimular, pero no puede engañarme.

La subo a mi regazo y la rodeo con los brazos, estrechándola contra mí.

—Negarlo no cambiará nada.

—No puede estar bien —me dice en el hombro—. Mi familia lo sabría.

Le doy un beso en la cabeza.

—¿Quién dice que no? Griselda...

—¿Lo sabía? —Se le cae la cara—. Claro que lo sabía. Es su trabajo descubrir los talentos mágicos de los Sherwood en su primer cumpleaños. —Su tono sube con cada palabra mientras la realidad se asienta—. Hay todo un ritual con encantamientos, té especial y...

—Tilda. —La corto antes de que el pánico que carcome el borde de su voz pueda roer su interior.

Una vez que eso ocurre, una vez que el pánico infesta tu alma, es difícil, si no imposible, despojarse de él. Por eso, en las noches frías, de esas en las que el frío se instala en lo más profundo de mi ser, aún oigo los crujidos y los gemidos de mi primer internado en El Más Allá.

—No, no puede ser. —Se baja de mi regazo, de la cama, y empieza a recoger su ropa de donde se había caído la noche anterior—. Mis padres tendrían que haberlo sabido. No me mentirían sobre algo tan importante. No me habrían dejado creer que era una nulo. —Mira con fastidio el vestido verde brillante que tiene en la mano, lo tira a una silla cercana y toma un par de mis chándales de la bolsa de lona que hay en el suelo. Parece enfadada, pero no pasa desapercibido el rubor en la base de su garganta, ni cómo le tiembla el labio inferior, ni el hecho de que parpadea a mil por hora con los ojos repentinamente llorosos—. ¡Y Griselda! Tendría que haberlo sabido. Estaba allí cuando nací. Ella fue quien

confirmó que soy una outré. Ella no miente. Por nada del mundo.

—Para protegerte lo haría. Todos lo harían. Un outré es la tapadera perfecta para un spellbinder ya que no pueden iniciar sus propios hechizos.

—¿Protegerme de qué? —Se tira de una de mis camisetas por encima de la cabeza con fuerza suficiente para arrancar a mano un cortacésped testarudo—. ¿Por qué me harían eso?

Mientras da vueltas y vueltas a toda la información que la bombardea, paso la página del Liber Umbrarum. En la siguiente doble página hay otra acuarela de la bruja de antes. Esta vez, sin embargo, está atada a una estaca en medio de una pira. El fuego está empezando a lamer la túnica púrpura de la bruja mientras una multitud de criaturas mágicas y brujas con antorchas lo celebran en el fondo. Mi primer instinto es cerrar el libro de golpe para que no tenga que ver aquello, pero no puedo hacérselo. Ha vivido su vida en una ignorancia forzada. A partir de ahora, tiene que poder acceder a la información que quiera y utilizarla como mejor le parezca.

—Aprendimos sobre el edicto de purga en El Más Allá —empiezo—. Cualquier bruja que destacaba, cualquiera que rompía la tradición, cualquiera que iba más allá de las estrictas definiciones del Consejo de lo que una bruja podía o debía ser era quemada.

—Pero todo eso pertenece al pasado. —Deja de caminar y me mira fijamente desde los pies de la cama, con el cabello revuelto en un millón de direcciones, la negación obviamente le impide aceptar la verdad—. Nadie está aquí quemando hechiceros.

—Eso es porque sólo aparecen cada pocas generaciones. —Me levanto y cruzo hacia ella, queriendo estrecharla entre mis brazos y actuar como una especie de barrera protectora contra el mundo que se abre ante ella—. Su poder, *tu poder*, asusta mucho a la gente a la que le gusta pensar que tiene la mayor influencia en el Witchingdom. Por eso el Consejo pone tanto empeño en investigar a cada bruja que no se ajusta a sus expectativas.

—Como outrés —dice, sonando derrotada.

La culpa, pesada y ácida, me quema un agujero en las entrañas.

—Como outrés.

—Por eso seguíamos quedando juntos en citas. —Se hunde en la silla, con los hombros curvados hacia delante—. El Consejo te tenía investigándome.

¿Qué puedo decir a eso? Es la verdad. La vergüenza me quema las

entrañas.

—No creo que Griselda creyera que lo descubriría. —No es que la gente vaya por ahí esperando encontrarse con un hechicero. Incluso entre investigadores como yo, es más teoría que realidad—. Y cuando lo hice, la Resistencia ya había rescatado a mis padres del Más Allá y, para mantenerlos a salvo, los había escondido en algún lugar donde el Consejo no pudiera encontrarlos. Y yo tampoco.

—¡Eso es chantaje! —Tilda se queda boquiabierta, se levanta de la silla y me abraza con fuerza—. ¿Cómo han podido?

Antes de Tilda, habría dicho que podían hacerlo por codicia o malicia o simplemente por mala intención, pero ahora lo entiendo mejor.

—A veces hacemos lo incorrecto para proteger a las personas que amamos. Griselda, tu familia, sólo quieren mantenerte a salvo.

—Lo sé, pero, por azares del destino, me gustaría que la gente se diera cuenta de que yo debería tener algo que opinar en todo esto. —Levanta los brazos con frustración y vuelve a pasearse frente a la ventana—. Que me pasen por alto en estas decisiones en nombre de protegerme es una estupidez. —Se da la vuelta, emanando de ella una feroz determinación que grita *no me jodas que soy una Sherwood*—. Lo juro, si no los quisiera tanto, los dejaría en el hielo un par de años más por esto.

—¿En serio? —me burlo.

—Bien. —Pone los ojos en blanco y se cruza de brazos—. No haría eso, pero sigo enfadada. En cuanto tengamos el Liber Umbrarum en casa, voy a fundirlos, y entonces podrás hacerles saber exactamente lo que pienso de todo este plan de seguridad para mantener a Tilda en la oscuridad. —Hace una pausa, sacudiendo la cabeza como si no se creyera todo el desahogo que está haciendo —. Lo haré justo después de terminar de abrazarlos y disculparme un millón de veces por haberlos congelado.

Sí, esa parte sonaba exactamente como la Tilda Sherwood que conozco y amo.

Miro el reloj. Sólo faltan unas horas para que podamos utilizar un hechizo de transporte para ir del tren a la casa de los Sherwood y que ocurra el milagro. Sin embargo, incluso en las mejores circunstancias, ese hechizo no está exento de graves riesgos. Se sabe de brujas que llegan a su destino con los dedos en la mano equivocada o con la nariz donde debería estar la oreja. La magia hechicera de Tilda no ayudaría a evitar nada de eso.

—Tú empieza a planear lo que quieres decir, y yo me encargaré de asegurar El Liber Umbrarum hasta que lleguemos a Wrightsville. —Miro por la ventana, las habilidades de supervivencia que había aprendido a escuchar en El Más Allá empiezan a picarme.

—¿Qué? —Suelta un grito melodramático y se lleva la mano al pecho—. ¿Crees que uno de nosotros va a fugarse con él y venderlo al mejor postor para obtener fabulosas riquezas e infamia, o ese es tu plan?

Todo mi cuerpo se enfría. Está bromeando, lógicamente lo sé, pero aun así, es exactamente cómo funciona con el Consejo. Como cualquier gran narcisista, la organización se dedica a proyectar sus malas acciones o sus planes nefastos en los demás. Sobrevivir a ellos significa estar siempre atento a lo que traman a continuación.

Tilda ladea la cabeza y se ríe.

—Si pudieras verte la cara ahora mismo. Es broma. Pfft.

—Lo siento —digo—, viejos hábitos.

Me mira confundida.

Pero, antes de que pueda explicarlo, el tren se detiene bruscamente y nos lanza hacia delante. Siguiendo mi instinto de proteger a Tilda a toda costa, me pongo el Liber Umbrarum en el pecho y la agarro, tirando de ella para que el libro de hechizos le sirva de parachoques mientras giro el cuerpo para que, al chocar contra la pared, absorba la mayor parte del golpe.

Me roza con las manos, con la cara contraída por la preocupación.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. —Mientras Tilda esté bien, mis dolores no importan—. Voy a ver qué pasa. Tú quédate aquí. Eli y Birdie vendrán a buscarte por respuestas.

Voy por la mitad del vagón de camino al andén para poder ver bien las cosas, cuando me doy cuenta de que aún tengo El Liber Umbrarum pegado con magia a mi pecho como un escudo. No hay tiempo suficiente para deshacer el hechizo antes de que irrumpa en el andén y trepe por la barandilla para verlo mejor. Hay una cúpula protectora teñida de amarillo que se extiende hacia fuera para cubrir el tren, y de pie bajo el centro de ella, encima del vagón salón, está Erik Svensen... y no es el único que está allí.

No puedo ver a los agentes del Consejo, pero puedo sentir su presencia como el escalofrío que te recorre la espalda en la oscuridad cuando sabes que no estás solo. Es una habilidad que se desarrolla en el Más Allá, una especie de

sexto sentido que se vuelve instintivo. Están observando y esperando, dispuestos a limitarse a observar hasta que puedan hacer su movimiento.

La helada comprensión me congela. Yo hice esto. Le fallé a Tilda y llevé al Consejo directo a ella. No hay forma de que la demostración de poder en el museo quede sin documentar por los espectrómetros del Consejo, y ahora harán lo que sea necesario para obligarla a ponerse de su lado o destruirla.

No puedo proteger a Tilda de esto yo solo. Aunque vaya en contra de todas las lecciones de supervivencia que aprendí en el Más Allá, tengo que ir a buscar ayuda... y no cualquier ayuda, necesito a los Sherwood.

Mientras la cúpula protectora cubre el tren y se acerca a mí como la lava de un volcán, no tengo tiempo de decirle nada a Tilda ni de sopesar las probabilidades de llegar a la casa de una pieza y con todas las piezas donde deben estar. No es que esto último importe. Cuando se trata de salvar a Tilda, haré lo que sea necesario.

No es hasta que estoy en el aire y a punto de dar el salto mágico a la casa de los Sherwood cuando la veo en la ventanilla de nuestra habitación. Sin embargo, es demasiado tarde para detener el hechizo de transporte, y me voy en el siguiente suspiro, con la mirada de traición en el rostro de Tilda grabada en mi cerebro para siempre.

Capítulo 31

Tilda...

De pie, solo en la habitación de Gil, mientras el tren vuelve a las vías, no puedo moverme. La traición me corta como una cuchilla oxidada. Estoy sola y todo me duele.

No, eso no es suficiente.

No sólo duele, quema, grita de agonía.

Se fue. Gil Connolly tomó el Liber Umbrarum y se largó de aquí sin despedirse, dar explicaciones ni nada. Y aunque *algunas personas aprovecharían* la oportunidad del crash, boom, BANG de este desastre para desaparecer, yo no soy esa persona. Soy una Sherwood y eso significa algo.

Así que, sin dudar de lo que hay que hacer, me dirijo hacia la pasarela que conduce al vagón salón mientras el tren sigue avanzando a toda velocidad por las vías, balanceándose y retumbando bajo mis pies, camino a Wrightsville. Llego hasta la puerta del vagón y me quedo paralizada.

Esto no es sólo malo, es un maldito desastre.

Eli y Birdie están en el rincón junto a las cartas del tarot. Vance está atado con cinta adhesiva a una silla, con la barbilla tocándose el pecho y la mandíbula floja por la inconsciencia, pero aún respira. La cantidad de músculos necesarios para noquear a un cambia formas unicornio es enorme. No son seres inmortales sin haber aprendido unos cuantos millones de trucos de lucha a puño limpio, subterfugios y maldad en general.

En cuanto entro, Birdie se precipita hacia delante, pero no se aleja más de dos pasos de la mesa antes de detenerse de golpe, con los pies bloqueados por lo que tiene que ser algún tipo de hechizo de contención. Por su parte, Eli parece a punto de comerse la cara de quienquiera que tenga la osadía de hacerle esto a Birdie.

Esa persona no es otra que Erik Svensen. Sorprendentemente, está solo, sin ningún secuaz mágico a la vista.

—Supongo que sabes por qué estoy aquí —dice Erik, con los hombros caídos como si fuera él el rehén en lugar de ser él quien tiene todo el poder mágico—. Entrega el Liber Umbrarum.

—No lo tengo. —Y por alguna razón desconocida, no delato

inmediatamente a Gil Connolly como el poseedor del libro de hechizos más poderoso del mundo.

¿Por qué?

Porque, al parecer, soy una maldita tonta hasta el final.

—Por favor, no me hagas hacer esto por las malas. —Se pellizca el puente de la nariz y suelta un suspiro cansado—. Vamos, Tilda —suplica—, sé inteligente. No puedes ganar.

A la mierda. Ya me harté.

Sí, es probable que Gil mintiera al decir que soy una hechicera, pero no puedo quitarme de la cabeza la idea de que quizá no lo hiciera. Tal vez en parte sea porque hay un buen porcentaje de mi corazón, todo él, que quiere creer que el hombre al que amo no está completamente lleno de mierda, pero también es más que eso. Lo que pasó entre Gil y yo en la cafetería. La obsesión del árbol de sangre de dragón conmigo. El hecho de que fuera capaz de besar a Gil cuando caminaba sin el cuerpo, lo cual es casi, pero no totalmente, imposible. El fallo que congeló a mi familia. La explosión de energía cuando escapamos del museo. Todo tendría sentido si yo fuera una hechicera.

La probabilidad de que yo sea una hechicera es pequeña, sólo hay uno cada tres o cuatro generaciones, según el Liber Umbrarum-, pero no es imposible.

De todas formas, ¿qué perdemos con intentar sacarle jugo a un hechizo y ver si ser una hechicera no es una maldita mentira total?

Gil aún se habrá escapado con el libro de hechizos más poderoso de todo el Witchingdom.

Vance seguirá inconsciente y atado a una silla.

Erik seguirá mirándonos como si no supiera si darnos un puñetazo en la cabeza u olvidarse de que nos ha localizado.

Y yo seguiré siendo yo, la rara, la que no encaja, Tilda Sherwood, que tiene la suerte de contar con dos de los mejores amigos del mundo. Lo arriesgaron todo por mí. No podría vivir conmigo misma si no hiciera todo lo que *tal vez esté* en mi mano para sacarlos del lío que he montado.

—Birdie. Eli —susurro—, inicia el hechizo de libertad.

—¿Hablas en serio? —Erik se burla, porque obviamente susurrar no es una de mis súper habilidades—. Ustedes tres van a superar *mi* hechizo, dos inadaptados mágicos y una outré. —Entrecierra los ojos e intenta parecer un tipo

malo, pero no se le escapa la lástima que hay en ellos—. Mira, sólo quiero el libro. No tengo ningún interés en hacerles daño a ninguno de ustedes. Sin embargo, si no recupero El Liber Umbrarum antes de que mi padre o el Consejo se den cuenta de que lo tienen, ni siquiera El Más Allá será un lugar lo bastante seguro para esconderse de ellos.

Empieza a caminar delante de Vance, que sigue desmayado, y abre un pequeño portal de comunicaciones situado de forma que ni nosotros ni el cambia formas unicornio podamos ser vistos.

—Te he dicho que estoy en ello, papá —dice Erik al otro lado.

Eli, Birdie y yo nos acurrucamos juntos mientras Erik y su padre pasan de la comprobación general a la micro gestión de cómo recuperar exactamente el libro de hechizos.

—Chicos —digo, esperando que mi susurro no sea escuchado ya que suena como si Erik estuviera discutiendo con su padre—, hemos llegado hasta aquí, podemos hacerlo.

—Pero, Til… —El estornudo de Birdie corta el resto de mi nombre.

—No pasa nada. —La tomo la mano y juro que puedo sentir el chisporroteo de la magia despertando en el aire a nuestro alrededor, algo vivo, palpable—. Podemos hacerlo.

Ninguno de los dos parece convencido, pero Eli toma la mano de Birdie.

—Maleficas omnium magicas veterum ac novorum nostram appellamus ad libertatem.

La magia eléctrica invisible se desplaza a nuestro alrededor y una de las cartas del tarot que hay sobre la mesa revolotea en el aire antes de volver a caer. Erik nos mira y nos fulmina con la mirada antes de volver a centrar su atención en el portal de comunicación.

—Cerca. —Birdie mira a Eli y le dedica una suave sonrisa—. Maleficas omnium veterum ac novorum magicas appellamus…. ah... ah... ah —Birdie lucha contra el estornudo, sus ojos llorosos mientras sigue intentando combatirlo, pero no puede—. Ah-chuu.

Las luces del vagón brillan cegadoramente durante un segundo antes de apagarse y dejarnos a todos a oscuras. Sí, a mí también me parece un poco justo, pero el universo es así a veces. ¿Sientes que estás en el pozo de la desesperación y que no puede ir peor? Oh, aquí, dice el universo, déjame demostrarte que estás equivocado. Y así es como acabas de pie en la oscuridad enfrentándote a uno de

los brujos más poderosas de Witchingdom sin ninguna esperanza de salir de allí.

—Papá, todo está bajo control. Tengo que irme. —Hay un suave resplandor amarillo alrededor del portal y luego desaparece justo antes de que Erik agite las manos y lance un hechizo sin ni siquiera tener que pronunciar una palabra.

Se produce un silbido mágico y el aroma a café recién hecho inunda el vagón medio segundo antes de que las luces vuelvan a encenderse. Eli, Birdie y yo enarcamos las cejas. Vance sigue inconsciente y atado mágicamente a una silla. Hay poder y luego hay super *poder.* El mayor de los hermanos Svensen definitivamente tiene el segundo.

—Mira. —Erik se pasa los dedos por el cabello oscuro con tanta brusquedad que se le eriza—. No quiero hacer esto. LeLe haría... Bueno, eso no importa, ¿verdad? ¿Dónde está el libro?

—No lo sé. —Es la verdad. Por lo que sé, Gil se lo está llevando a alguna isla sin descubrir en el Océano Pacífico para prepararlo para subastarlo al mejor postor—. Gil tomó el libro y salió de aquí por arte de magia justo después de que llegaras.

Erik vuelve a pasearse frente a la silla de Vance y suelta una retahíla de maldiciones deliciosamente creativas sobre Gil con las que estoy de acuerdo en su mayor parte. El hombre merece asistir a una cena de trolls como plato principal. Por supuesto, nada de eso va a sacarnos a Birdie, Eli, Vance y a mí de este lío. Mi familia sigue congelada. Gil se ha ido. No queda nadie para ayudar. Tenemos que venir a nuestro propio rescate.

Es entonces cuando veo dos pastillas de Griselda para la alergia de Birdie en la mesa del tarot, junto a un vaso de agua.

Me inclino hacia ella y bajo la voz.

—Tus pastillas, tienes que tomarlas.

Sus ojos se abren de par en par.

—Está mirando.

Levanto una ceja en señal de desafío.

—Y yo que pensaba que tenías todo tipo de habilidades de prestidigitación.

Un lado de su boca se curva mientras todos braceamos las piernas cuando el tren toma una curva en las vías a toda velocidad. Sí, esa es la Birdie que conozco y amo.

—Lo siento —dice.

Tengo medio segundo para preguntarme de qué se trata antes de que ella tropiece y su pie aterrice con fuerza sobre mis dedos descalzos. Mi grito de dolor es auténtico y lo bastante fuerte como para captar toda la atención de Erik, mientras Eli cambia de posición para cubrir a Birdie, que toma las pastillas por detrás y se las traga en seco.

—¿Qué está pasando? —pregunta Erik.

—Nada, sólo perdí el equilibrio —dice Birdie con una risita tonta—. Ya estoy bien.

—Bueno, gracias al destino por eso —refunfuña Erik mientras reanuda la que parece ser la misión de su vida: hacer un agujero en la moqueta del auto salón—, ya que todo lo demás se ha ido directamente a la mierda.

Nos ignora casi por completo, ya que sin duda ha decidido que no somos un factor importante en todo este asunto del poder mágico, y sigue caminando y preguntándose en voz alta qué demonios va a hacer ahora, y algo sobre cómo LeLe va a matarlo. Sinceramente, como persona que habla consigo misma, lo comprendo. Más allá de noquear a Vance e intentar robar su propiedad, parece un buen tipo. Y si Leona va a matarlo, lo hará lentamente, así que le espera un mundo de miseria. Ella parece dulce e inocente, pero en realidad, mi hermana más cercana es mala como el infierno. En serio.

Birdie comienza, su voz apenas supera un susurro.

—Maleficas omnium veterum... —Hace una pausa, con la punta de la nariz crispada.

Aguanto la respiración e intento ver cómo se defiende del estornudo con un ojo mientras vigilo a Erik con el otro, lo cual es tan fácil como cabría esperar.

Eli toma la mano de Birdie y continúa el hechizo:

—Ac novorum magicas appellamus ad . . ad . . ad...

Birdie le sonríe y dirige la parte final del encantamiento:

—Ac novorum magicas appellamus ad libertatem.

Mirándose el uno al otro, empiezan de nuevo mientras los destellos más suaves de la magia empiezan a brillar en mi visión periférica. Tomo la mano de Eli y empiezo a recitar el conjuro con ellas.

—Maleficas omnium veterum —decimos, nuestras voces se vuelven más seguras con cada palabra en latín—, ac novorum magicas appellamus ad ac novorum magicas appellamus ad libertatem.

Birdie cierra los ojos y entra en ese trance de bruja en el que he visto caer a

mi madre un millón de veces cuando se concentra totalmente en preparar un hechizo en el caldero de nuestra cocina.

—Maleficas omnium veterum ac novorum magicas appellamus ad ac novorum magicas appellamus ad libertatem.

Todo mi cuerpo zumba mientras los aromas de miel, mantequilla y azúcar con canela llenan el aire y hacen que el vagón huela como un bollo recién horneado. La energía me llena, me eleva, hace que mi cabello flote alrededor de mi cabeza como si la gravedad no existiera y que mis gafas se pongan chuecas, algo de lo que no me había dado cuenta hasta que este momento siempre parece ocurrirme cuando la magia se está gestando a mi alrededor.

Puede que lo odie, pero Gil tiene razón: soy una hechicera.

El poder ha estado en mí todo el tiempo, esperando a salir, y esta es la oportunidad más perfecta para desatarlo todo.

Tomo la mano de Birdie, completando el círculo. Es como tocar un cable con corriente y apenas puedo sujetarlo. Mi mano empieza a resbalar, pero Birdie me agarra con fuerza, dándome el empuje extra necesario para calmar todo el zumbido de mi interior y terminar lo que los mágicos inadaptados hemos empezado.

—Maleficas omnium veterum —decimos como uno, el aire a nuestro alrededor chispeando de magia—, ac novorum magicas appellamus ad ac novorum magicas appellamus ad libertatem.

Las luces del vagón salón pasan de una intensidad normal a un brillo similar al del sol y a un pico de supernova antes de que suene un trueno tan fuerte que me haga preguntarme si estoy a punto de ser alcanzada por un rayo, y entonces todas las bombillas se hacen añicos, lanzando pequeños fragmentos de cristal por todas partes medio segundo antes de que explote el hechizo de libertad, rompiendo el hexágono de contención de Erik por la mitad mientras se queda mirando boquiabierto.

Genial, ¿verdad?

Bueno, sí, excepto por una pequeña cosa. Verás, con un gran poder vienen grandes consecuencias inesperadas (ejemplo: yo congelando a toda mi familia); en este caso, el poder de la explosión mágica hace que el tren salte las vías y lo lance por los aires.

El pánico se apodera de todos y gritamos, despertando a Vance medio segundo antes de que su silla salte por los aires. Entonces estamos todos en el aire, con lo que parecen kilómetros entre nuestros pies y el suelo. Pero antes de

que podamos gritar de terror, el tren pasa de volar a flotar y luego aterriza suavemente junto a las vías.

Más allá del sonido de mi sangre corriendo por mis oídos, el interior del oscuro vagón de tren está en absoluto silencio... hasta que oigo *su voz*.

—Prepárate, Svensen —grita Izzy Sherwood desde el exterior del tren, con todo el terror de la voz de madre en su tono elevado al infinito—. Si un solo cabello rojo de la cabeza de mi hija ha sido dañado, te espera un mundo de dolor y miseria absolutamente devastador.

Capítulo 32

Tilda...

Birdie, Eli y yo corremos hacia la puerta. Salgo corriendo tan rápido del tren que casi me caigo de cara en la pasarela en mi prisa por asegurarme de que no me lo estoy imaginando todo. Tengo el corazón en un puño y estoy a punto de echarme a llorar cuando veo a mis padres de pie, hombro con hombro, preparados y listos para enfrentarse a quienquiera que salga del tren descarrilado. Mis hermanas están de espaldas a mis padres, observando los huertos como si esperaran que alguien más poderoso que Erik se acercara corriendo.

—¡Mamá! ¡Papá! —Me quedo paralizada en el sitio, con el puño apretado contra el vientre mientras me clavo las uñas en la palma de la mano, intentando convencerme de que, como siento el dolor pero no me despierto, esto no es un sueño.

Pero no sólo están aquí mis padres y mis hermanas. Griselda está aquí. Mis tíos y tías, mis primos segundos, terceros y cuartos, la abuela Louise e incluso Barkley, mi némesis el gallo, están todos reunidos en el claro junto al tren. Quiero abrazarlos a todos y cada uno de ellos a la vez. Quiero gritar y dar gracias al destino por todos ellos, pero no puedo. La emoción me obstruye la garganta y, por primera vez en mi vida, no sé ni por dónde empezar.

—¿Pero cómo? —pregunta Birdie desde detrás de mí, diciendo las palabras que pasan por mi cabeza y que no puedo sacar.

—Un tipo con pinta de profesor muy guapo —dice la abuela Louise, haciendo lo que considera su movimiento de cejas más sugerente—. Deberías quedarte con ese, Matilda Grace.

Sí, eso no va a pasar, en parte porque ya se ha ido y en parte porque puede que me sienta un poco (mucho) asesina por el hecho de que nos haya abandonado a mis amigos y a mí en el peor momento posible, después de prometerme cuántas veces que me tenía. Mil millones y una.

Mis hermanas se abalanzan sobre mí, me rodean con sus brazos y me abrazan mientras Barkley nos rodea con su extraño movimiento del gallo, como si desafiara a cualquiera a intentar atacarnos. Como si alguien fuera a hacerlo, viendo este equipo. No es sólo el número de Sherwoods lo que debería hacer temblar a Erik en su esmoquin a medida de varios miles de dólares, sino el hecho de que hayan abierto la armería. Todos los miembros de mi familia están allí.

Están armados con varitas, cuchillos rituales de doble filo, bolinas de mango blanco con hojas ganchudas, látigos de cola larga y lanzas. La abuela Louise tiene su caldero de viaje, grabado con su dirección por si se le olvida accidentalmente, cosa que con ella ocurre más a menudo de lo que imaginas. Barkley tiene incluso una armadura metálica mortal sobre sus espuelas.

La muestra de apoyo me tiene al borde de las lágrimas.

—¿Has venido a salvarnos?

—No —dice mi madre, con acero en la voz.

Mis hermanas se separan como si estuvieran en un baile sincronizado del siglo XIX y mi madre camina hacia nosotras, con un aspecto tan regio y aterrador como siempre.

—Hemos venido a ayudar, *pero* sólo si es necesario —dice mientras me rodea con sus brazos en un fuerte abrazo que me calienta desde los dedos de los pies hasta las puntas del cabello—. Pensé que cuando llegáramos ya tendrías todo resuelto o casi. —Mira por encima del hombro y contempla la noche—. Y si hay algún otro movimiento esta noche, compadezco a la bruja que lo intente, sin importar el poder que crea tener.

Se oye un crujido y, a continuación, una ráfaga de aire caliente cae sobre nosotros como un tsunami antes de que media docena de sombras surquen el cielo nocturno, desapareciendo entre las estrellas.

—No te preocupes —dice mi madre, dándome otro apretón—. El Consejo se ha ido por ahora. Volverán cuando se reagrupen, pero ya nos ocuparemos de ellos más tarde. Ahora sólo quiero abrazarte.

Lo hace, abrazándome tan fuerte que no estoy segura de que vaya a soltarme nunca.

Y es entonces cuando me doy cuenta de que Gil no mentía sobre mi familia. Mi madre lo sabía. Todos debían saberlo. Me siento entre dolida y conmocionada, pero estoy demasiado feliz de tener a mi familia de vuelta como para decir nada, aunque tiene que estar escrito en mi cara, porque mi padre se une al abrazo de grupo. Mis hermanas se unen e incluso Barkley me da un amistoso picotazo en el dedo del pie.

—Me equivoqué al no decirte la verdad, Tilda —dice mamá cuando se rompe el abrazo, pronunciando unas palabras que creo que nadie le había oído nunca—. Sabíamos desde que naciste que había algo diferente en ti. Pero no fue hasta que Griselda nos dijo que eras una hechicera cuando decidimos que lo mejor que podíamos hacer para protegerte hasta que estuvieras preparada era

mantenerlo en secreto... incluso para ti.

—Deberíamos habértelo dicho antes —dice papá, dedicándome una sonrisa de disculpa—. Supongo que es difícil reconocer que la bebé de la familia ha crecido.

—Pero lo has conseguido —dice mamá con una sonrisa de orgullo—. Mira lo que has hecho. Sabes, hay una razón por la que te puse a cargo de nuestras redes sociales familiares.

—¿Porque era lo único para lo que estoy cualificada? —pregunto.

—No. —Me mira como una madre—. Te puse a cargo porque no hay nadie en quien confíe más la imagen y el legado Sherwood que en ti. Tilda, lo tuviste en ti todo el tiempo. Y mira lo que lograste cuando te lo propusiste.

—No, gracias a éste —refunfuña Vance al salir al andén. Su cuerno de unicornio brilla en un tono rojizo y agarra con fuerza el brazo de Erik.

Leona se queda boquiabierta y se sonroja.

—Hola, LeLe —dice Erik, coqueto incluso dadas las circunstancias.

Leona se acerca a la plataforma, con humo, sí, humo literal, saliendo de sus orejas.

—¿Amenazaste con hacer daño a mi hermana?

Todos los Sherwood retroceden al unísono. El temperamento de Leona y su rechazo a los tontos es legendario. Nadie quiere estar en el camino de uno de sus hechizos de pellizco. Mi hermana es muy creativa en sus objetivos.

—Intentaba ayudar —responde Erik, librándose del agarre de Vance—. Ella robó el Liber Umbrarum. Mi padre se pasó años planeando la seguridad de la gala y asegurándose de que toda la magia fuera nula dentro del museo.

—Bien hecho, Matilda Grace y amigos —dice la abuela Louise con una risita encantada—. Sabía que lo llevabas dentro. Te pareces a tu abuelo. Era bastante alborotador cuando era joven. —Aplaude con alegría—. Estoy deseando que me cuentes todos los detalles con unos cupcakes de ojo de tritón y una taza de té de saúco bien caliente.

Me encantaría decir que sí, y estoy tan condenadamente feliz de tener a mi familia de vuelta que estoy tan tentada de seguirle la corriente a la abuela y jugar a que todo es una aventura divertida, pero no puedo. Gente a la que quiero salió herida por mi culpa.

—Lo siento mucho, todo el mundo, por el lío que causé —digo, haciendo mi voz lo suficientemente alta como para que todos puedan oír—. Entiendo que

puede tomar algún tiempo, pero realmente espero que puedan perdonarme.

—Con una condición —dice mamá, con una mirada suave en los ojos.

No lo dudo.

—Cualquier cosa.

Tiene la punta de la nariz roja y lágrimas en los ojos.

—Perdónanos por ocultarte la verdad. Creíamos que te protegíamos, pero el universo sabía que estabas preparada.

—¿Incluso cuando te congelé? —Se me quiebra la voz en la última palabra, y entonces se me saltan las lágrimas, porque ¿cómo demonios se supone que voy a estar en medio de este campo, junto a un tren descarrilado, rodeada de las personas que más quiero en el mundo, y ver a mi madre llorar sin emocionarme?

—Nunca me preocupé, ni siquiera mientras estábamos congelados; sabía que encontrarías la forma de arreglarlo todo. Eres una Sherwood, después de todo. —Sus ojos se entrecierran—. Sin embargo, si alguno de ustedes vuelve a ponerme un trapo de cocina en la cabeza, habrá consecuencias incómodas.

Todo el color se drena de las caras de Birdie y Eli. Nadie, y quiero decir nadie, quiere estar en la lista de mierda de Izzy Sherwood. Entonces a mi padre le entra la risa floja, esa que se apodera de todo tu cuerpo y no puedes parar por mucho que lo intentes. Mamá pone las manos en las caderas y mira fijamente al amor de su vida, pero aprieta tanto los labios que los rodea una línea blanca. Sus hombros empiezan a temblar. Se le escapa una risita que intenta hacer pasar por una tos, pero no puede. Es demasiado ridículo. Suelta una carcajada, un sonido contagioso al que todos se unen.

Un minuto después, me estoy secando las lágrimas de risa y observando la reunión de Sherwoods.

—No puedo creer que todos vinieran *y* tan bien armados.

—Puede que hayamos empacado de más —dice mamá encogiéndose de hombros—. Los Sherwood tenemos tendencia a hacer eso.

—Odio ser portador de malas noticias, pero puede que necesiten todas esas armas —dice Erik mientras él y Vance bajan del andén del tren hasta donde estamos Leona y yo con nuestros padres—. Mi padre está absolutamente lívido y listo para ir a la guerra, pero si puedo recuperar el libro de hechizos esta noche, hay una posibilidad de que pueda convencerlo de que no vacíe nuestra armería.

Con cara de aburrimiento, Leona hace crujir un montón de hojas naranjas

caídas bajo sus zapatillas de tenis.

—Entonces lo devolveremos.

—*¿Nosotros?* —pregunta, enarcando una de sus oscuras cejas.

Leona le lanza una mirada sucia que pondría a cubierto a la mayoría de las brujas. Erik ni siquiera se inmuta.

—Después de lo que pasó la última vez, no hay forma de que confíe en ti para asegurarme de que tu padre entienda que la guerra no está sobre la mesa.

—¿Cuántas veces tengo que decirte lo mismo? —En los brillantes ojos azules de Erik destella algo que se parece mucho al enfado por tener lo que parece la misma discusión por cuadragésima vez—. La última vez no fue culpa mía.

La sonrisa de mi hermana es todo menos dulce y amistosa.

—Lo que sea que te ayude a dormir por la noche.

Leona y Erik siguen discutiendo, pero eso pasa a un segundo plano junto con el resto del mundo porque es entonces cuando me doy cuenta de que Gil está aquí. Ha estado aquí todo el tiempo, merodeando entre la multitud. Hacen falta dos latidos de mi corazón roto para que todo el dolor regrese, despiadado y crudo.

Si tiene alguna idea del peligro que corre en este momento, no lo demuestra mientras se acerca con confianza.

—Sabía que podías hacerlo si te dabas la oportunidad.

Me estremezco con todo un tornado de emociones encontradas al verlo: rabia, dolor, alivio, emoción. Incluso ahora, después de que nos abandonara a Birdie, Eli, Vance y a mí a nuestra suerte, no puedo evitar querer abrazarlo y agradecerle eternamente que haya vuelto. ¿Qué clase de tonta débil soy? Gil Connolly es un idiota sabelotodo que ni siquiera se molestó en confiarme su plan. Y eso era justo ahí, por qué todo esto duele tanto. Me había pedido un millón de veces que confiara en él, pero a la hora de la verdad, no me devolvió esa confianza.

—Confía en mí —le devuelvo sus propias palabras antes de añadir unas cuantas mías—, estás a punto de descubrir exactamente lo que puedo hacer.

Agarro el antebrazo de Erik, el poder de sus habilidades mágicas un zumbido perceptible en mi cabeza tan pronto como lo hago.

—Necesito un hechizo de destierro.

—¿Estás segura? —pregunta, mirando a Leona en busca de apoyo u orientación o quién demonios sabe.

Yo seguro que no. No estoy segura de saber lo que quiero en este momento, pero ver a Gil de pie con mi familia como si perteneciera, como si perteneciéramos juntos, me hace doler tanto de nuevo al mostrarme todo lo que podría ser.

Aprieto el agarre.

—Sólo hazlo.

Erik inhala un suspiro, invocando la magia de su familia y el sabor único que es todo suyo.

—¡Tilda, espera! —Gil suplica, con las manos levantadas en señal de rendición—. Por favor. ¿Podemos hablar?

Pero ya es demasiado tarde, el viento me rodea y el aire huele a mantequilla y café recién hecho. La magia se apodera de mí, una ráfaga de poder con un único objetivo.

Capítulo 33

Gil...

No hay tiempo para agacharse y, sinceramente, ya sé que no es necesario, no con Tilda. Puede que tenga suficiente poder en el dedo meñique para aplanar medio Wrightsville, pero nunca lo haría. Aun así, eso no significa que no se me ericen los cabellos de la nuca y las bolas cuando me dice que es demasiado tarde para hablar.

Confío en Tilda, no soy estúpido sobre mi capacidad para molestarla.

Una ráfaga de magia produce un estampido sónico en el prado y todo un huerto de manzanos de cien acres que estaba en lo alto de la colina detrás de mí desaparece en un instante.

Todos los Sherwood se callan, algo que no habría creído posible, y los que no somos Sherwood nos quedamos un segundo con la boca abierta. Hay poder y hay desterrar más de 3.500 manzanos con un simple movimiento de muñeca.

Ahora es cuando un hombre mejor podría acercarse al amor de su vida con cierta cautela. Sin embargo, como ya sabes, no soy el mejor hombre. Soy un agente doble. He mentido, engañado, me he escabullido, he traicionado a gente y, hasta que conocí a Tilda, estaba más que satisfecho con esa vida. Por supuesto, ahora no puedo imaginar ser ese tipo, como tampoco puedo imaginar pasar el resto de mi vida sin Tilda.

Con los ojos muy abiertos por la sorpresa, Erik hace una rendición táctica y se acerca a Leona, que, aunque sorprendida por el movimiento de poder que ha hecho su hermana, sigue estando obviamente lo bastante enfadada con el heredero de los Svensen como para lanzarle una mirada de 9,5 en una escala de 6 puntos.

Con el corazón martilleándome contra las costillas, acorto la distancia que nos separa, necesitando estar cerca de ella como necesito oxígeno para respirar.

—¿Acabas de enviar un montón de manzanos al Más Allá?

Se endereza las gafas y me levanta la barbilla.

—Hasta que podamos poner fin a lo que está haciendo el Consejo, pensé que podría ayudar a aumentar las reservas de comida de la gente para que no tengan que trabajar tanto como tus padres para alimentarte.

Sólo Tilda ejercería su ira asegurándose de que un grupo de extraños

tuvieran suficiente para comer.

—¿Por qué? —Se cruza de brazos y mi mirada se fija en el aspecto de sus tetas en mi vieja camiseta negra y en las puntitas que hacen sus pezones al tensarse contra el algodón—. ¿Te asusté?

—Sí —digo, siguiéndole el juego—. Eres petrificante. Creo que son las gafas.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Tienen ese efecto en la gente.

Nos quedamos parados un segundo. Ninguno de los dos sabe qué decir a continuación. Hay un millón de cosas que quiero explicar, un billón de promesas que quiero hacer. Pero primero tengo que disculparme.

—Siento no haber tenido tiempo de contarte mi plan.

Le tiembla la barbilla.

—Pensé que te habías ido.

Mierda. Realmente no hay nada peor que la decepción y el dolor en su voz.

—Nunca. Al menos no permanentemente. —Tomo su mano entre las mías, entrelazando nuestros dedos, mi pulgar rozando el lugar de su dedo anular donde irá un anillo—. Te quedas conmigo, Tilda Sherwood.

—Mira, sobre lo que dije anoche. —Toda su cara tiene el color de una de las manzanas que cuelgan en la parte del huerto que aún está aquí—. Se me escapó. Sé que es demasiado pronto para algo así y... —Se detiene un segundo, enrojeciendo aún más mientras se muerde el labio inferior—. Sé que no tiene sentido, pero Griselda siempre dice que uno sabe cuándo sabe. Pues bien, lo sé. Me doy cuenta de que esto puede venir de muy lejos, y después de todo lo que he dicho en nuestras citas puede parecer fuera de lugar para mí, pero es lo que es. Te amo. Me doy cuenta de que esto puede estar influenciado por la adrenalina de los últimos días o por la magia duíl de tu familia, pero eso no significa que no sea real. No te estoy pidiendo que me ames de vuelta. Podemos tomarlo un día a la vez. Sin presiones. Yo sólo...

—Tienes razón. —Siempre parece tenerla. Quiero decir, estoy seguro de que encontraré algo en lo que esté equivocada. Algún día—. Todo ha sucedido con prisa y tal vez deberíamos tomarlo con calma. Eso sería lo más inteligente.

—Sí, claro —dice, con un chirrido en la voz—. Claro. Perfecto.

—Pero el caso es que —bajo la cabeza hasta que nuestros labios prácticamente se tocan y las ganas de besarla casi me desbordan, pero tengo que

decir las palabras antes— no quiero ser inteligente. No quiero pensar cínicamente en los posibles resultados. Sólo quiero seguir amándote.

Parpadea varias veces antes de sonreír.

—¿En serio?

—Sí. —No pudiendo esperar más, la beso, rozando mis labios con los suyos en una promesa de lo que está por venir ya que estamos rodeados de toda su familia, y todos nos están mirando—. Te voy a contar un secreto sobre la magia duíl. No puede hacer algo de la nada. El deseo tiene que estar ya ahí. Podemos hacer creer a la gente que puede crear un deseo o una necesidad que antes no existía, pero no puede. Como tu magia hechizante, sólo amplifica lo que ya está ahí. Puede que no me diera cuenta, pero ya estaba medio enamorado de ti en aquella cafetería cuando el árbol de sangre de dragón fue por ti. Eso no va a parar, con o sin la magia duíl, porque nunca se acabará mi deseo de amarte. Estará ahí para siempre.

Juguetea con los botones de mi camisa, trayéndome recuerdos de la noche anterior y enviando todos mis pensamientos exactamente a donde no tienen que ir en este momento.

—¿Y el factor adrenalina? —pregunta.

Oh, la mujer me está jodiendo ahora.

—Tilda, no me hago ninguna ilusión sobre vivir contigo tranquilamente. Siempre será inesperado, excitante, y todo lo que podría desear.

—Ronco.

Me encojo de hombros.

—Tengo el sueño pesado.

Se muerde el labio inferior y mira al cielo mientras intenta hacerme otra advertencia.

—Me doy duchas muy largas y gasto la mayor parte del agua caliente.

—Parece que tengo una buena razón para unirme a ti entonces. —¿Tilda enjabonada y desnuda en el vapor? Sí, por favor.

Echa un vistazo a la multitud de Sherwoods que nos observan.

—Mi familia es un montón.

—Espera a conocer a los míos. —No hay tantos, pero son igual de entrometidos.

—Por el amor del polvo de hadas —grita Vance desde el andén del tren—.

¿Quieres acabar ya con su sufrimiento y decirle que tú también lo amas de verdad?

Griselda, que está a su lado, pone los ojos en blanco.

—Vance Eldridge, tienes los modales de un unicornio metamorfo.

—*Soy* un cambia formas unicornio —responde.

—Créeme —-Griselda se pellizca la nariz—, lo olemos.

—Cuidado, Griselda, o haré que tu futuro ahijado use esa magia duíl contigo.

Suelta una carcajada.

—Ya tengo todo lo que quiero.

—Sólo los jueves por la noche —dice Vance con un guiño.

Griselda se vuelve seis tonos de rojo y desaparece en un puf. Vance suelta una carcajada grave y estruendosa.

—No te preocupes, G —le dice al lugar vacío donde estaba Griselda—. Seguiré allí a la hora de siempre.

El intercambio entre Vance y Griselda rompe el momento y los Sherwood dejan de vernos como un reality show en directo y empiezan a compartir teorías sobre lo que realmente está pasando entre el metamorfo unicornio y la bruja de la vieja escuela más mala de Wrightsville. Brujas, siempre puedes contar con ellas para distraerte con los últimos chismes.

—Entonces, ¿es verdad? —le pregunto a Tilda, acercándola.

—Sí. —Asiente—. Yo también te amo.

No hay cuatro palabras en el mundo más mágicas que ésas.

Una parte de mí se pregunta cómo pasé de ser un imbécil tan cínico a ser el mayor bobo del planeta, pero en realidad, no importa. Lo único que importa es que Tilda me ama tanto como yo a ella. La vida no puede ser mejor que eso.

—¿Estás lista para salir de aquí? —Muevo la barbilla hacia la alfombra mágica que flota cerca—. Conozco un sitio que sirve un té estupendo y resulta que tiene una mesa privada junto a un árbol de sangre de dragón muy amistoso, oloroso y solitario.

—Pensé que nunca lo preguntarías.

Salimos corriendo y nos vamos antes de que su familia se dé cuenta de que hemos robado una de sus alfombras mágicas. No es que vayamos a convertir el

robo en un hábito, pero, bueno, tenemos cierto talento para ello.

Epílogo

Tilda...

CINCO AÑOS DESPUÉS...

El hombre más sexy que he conocido se dirige hacia mí con un plato doble de papel cargado con comida suficiente para alimentar a seis personas. Ninguna queja aquí, Gil se toma muy en serio su trabajo como marido de una bruja embarazada. Mientras tanto, me alegro de poder volver a comer a tiempo para la barbacoa anual del Samhain de Sherwood, con concurso de limbo, mi padre con un ridículo delantal de Besa al Maestro de la Barbacoa en la parrilla y varios parientes y amigos riendo, comiendo y pasándoselo en grande.

—No estaba seguro de lo que te apetecería —dice Gil dejó de saberlo todo con mi primer embarazo, hombre listo—. Así que traje un poco de todo.

—Lo que de verdad me vendría bien es un beso. —Me bajo las gafas y le guiño un ojo coquetamente—. Ya sabes cómo es el segundo trimestre.

Me lanza una sonrisa malvada.

—Me encanta el segundo trimestre.

Sí. Tanto a él como a mí. Hay algo en estar increíblemente cachonda todo el tiempo que pone a una mujer de muy buen humor, especialmente cuando hay muchos orgasmos.

Prioridades.

Los tengo. La familia que amo. La empresa de gestión de redes sociales que he creado y que está a punto de abrir una oficina satélite en Salem. Definitivamente estoy viviendo mi mejor vida e incluso usando mis poderes de hechicera cuando es necesario, lo cual no es tan frecuente desde que mi hermana Bea asestó el golpe mortal absolutamente más perfecto al Consejo. ¿Quién iba a pensar que su mascota el gallo podría ser útil en cualquier situación, y menos en una tan masiva como esa? Bueno, lo fue y ahora todos somos grandes fans de Barkley por aquí.

Gil se inclina, me entrega el plato y me da un beso que me enrosca hasta los dedos gordos de los pies.

Huevos endiablados y besos fenomenales, de verdad, ¿hay algo mejor en la

vida?

—¿Pueden bajar la voz? —refunfuña Vance desde su silla de jardín cercana, donde sostiene a mi primogénito entre sus enormes manos—. La bebé está intentando dormir.

Griselda se acerca al metamorfo unicornio y a la pequeña para ver más de cerca a la niña medio dormida, pero Vance cambia a Marisol de lado y sonríe a Griselda. Esos dos han sido así con las niñas desde la noche en que nacieron. Casualmente, o no, aquella noche se habían producido algunas de las tormentas eléctricas más fantásticas sobre Wrightsville, como si todo el cielo se hubiera vuelto eléctrico.

Sí, el trabajo de parto es así.

Tomo un bocado de ensalada de patatas y observo los fuegos artificiales de tipo metafórico entre mi madrina y el padrino de las trillizas.

—¿Quién te ha nombrado niñera? —pregunta.

—Me nombré a mí mismo. —Vance sigue meciéndose hacia delante y hacia atrás en un movimiento que garantiza poner a dormir la siesta hasta al niño más testarudo, incluso a un medio Sherwood—. No puedes esperar que cualquiera sea capaz de manejar a una bebé como Marisol, ella es especial.

Griselda da un grito ahogado y le mira mal.

—¿Y Thea y Zita?

—Igual de especiales —dice Vance—. Las trillizas siempre dan más suerte.

—Por una vez, no te equivocas del todo —admite Griselda a regañadientes —. Los trillizos siempre son afortunados, pero estas tres, oh las hadas tienen algo fantástico planeado para ellas.

—¿Qué es eso? —pregunta.

Ahora le toca el turno a Griselda, que le sonríe con una mueca que no veas.

—Una buena bruja nunca lo cuenta. El destino lo desenredará todo cuando sea el momento.

—Un montón de acertijos y tonterías —refunfuña Vance—. Estas tres son perfectas y le dirán al universo lo que es bueno, no al revés.

Griselda se frota las manos con alegría.

—¿Apuestas?

Vance no duda. Le tiende la mano para estrechar el trato. Griselda suelta

una carcajada triunfal y utiliza sus considerables poderes mágicos para arrebatar a Marisol de sus fornidos brazos y desaparecer en un santiamén, para volver a aparecer un segundo después al otro lado de las piedras lunares del dragón, arrullando y haciendo muecas a la bebé. Vance, que lleva tres nuevos nombres tatuados sobre el corazón con un tipo de letra que da miedo, mira a Griselda como si no fuera a derribar cielo y tierra para proteger a las niñas de cualquier peligro.

Buena suerte a ambos en eso. Los problemas siempre tienden a encontrarnos a los Sherwood, y los resolvemos. De acuerdo, bien, puede que nos lleve un tiempo hacerlo y que cometamos un montón de errores en el proceso, pero si hay algo que he aprendido, es que hay un núcleo de poder dentro de cada uno de nosotros, sólo tenemos que salir de nuestro propio camino y averiguar cómo aprovecharlo. ¿Y después? Witchingdom no tiene ninguna posibilidad.

Gil sacude la cabeza hacia Vance y Griselda mientras se sienta en la silla de jardín de rayas rosas y moradas que hay a mi lado.

—Esos dos van a malcriar a las niñas.

—¿Sólo Vance y Griselda? —me burlo y tomo un bocado de ensalada de patata—. Nuestros padres ya están enzarzados en una batalla tácita por ser los abuelos supremos.

Los dos miramos hacia donde están nuestros padres, charlando junto al arbusto de lavanda. Los padres de Gil sonríen más de lo que yo esperaba, pero supongo que sobrevivir al exilio y ayudar a acabar con una banda de fascistas idiotas tiende a hacer que una persona aprecie todos los pequeños trozos de felicidad del mundo. Y mis padres no han dejado de sonreír desde la boda. Eso es una exageración. Es una pequeña exageración, pero entiendes lo que quiero decir. Creo que guardar el secreto de yo siendo hechicera les pesaba y tenerlo todo al descubierto les está permitiendo bajar la guardia por primera vez en mucho tiempo. Bueno, eso y el hecho de que el plan maestro del Consejo para acabar con nuestra familia no fructificó. Ya sabes, las pequeñas cosas.

Espera, ¿aún no conoces esa parte? ¿Ni siquiera lo del perro demonio, los secuestros de duendecillos y el incidente de la cama individual? Bueno, mis hermanas van a tener que compartir todo eso contigo. Después de todo, son sus historias. Te van a encantar. Créeme.

Aun así, después de la agitación de los últimos años, me vendrían bien unas pequeñas vacaciones.

—¿Crees que aún podremos encontrar el camino a esa isla inexplorada del

Pacífico? —le susurro a Gil—. ¿Sólo tú, yo y las chicas?

Gil deja su plato vacío, ¿cómo ha podido comérselo todo tan rápido? ¡Hombres!

—Podemos ir a donde tú quieras.

La mejor. Respuesta. Siempre.

—¿Hoy?

—O mañana, o cuando sea. —Gil me quita el plato y me hace flotar un momento para sentarme en su regazo. Me rodea la cintura con sus brazos—. Mientras estemos juntos. Siempre *estuvo* en las cartas, ¿sabes?

Uf. A este hombre le encanta fastidiarme con eso. No he renunciado a leer el tarot, pero sigo siendo un desastre. Resulta que hay algunas cosas que incluso un hechicero no puede hacer.

—Nunca me dejarás olvidar que pensé que te ibas a casar con Leona.

Me pasa unos mechones de cabello por detrás de la oreja y desliza las yemas de los dedos por la concha de mi oreja con la presión justa para provocarme un escalofrío de deseo que no puedo achacar a la calentura del segundo trimestre. La verdad es que no me canso de mi marido. Por suerte para mí, él tiene el mismo problema cuando se trata de mí.

—Sí —dice Gil, con tono burlón—, aunque no estuviera en contra de que fuera cualquiera menos tú, creo que Erik tendría algo que decir al respecto.

—No es el único. —Se me escapa un suspiro de felicidad más que satisfecho y vuelvo a acomodarme contra él, dejando que mi cabeza descanse sobre su hombro. ¿Quién iba a pensar que mi némesis sabelotodo resultaría ser la persona de la que me enamoraría? — Te amo, Gil Connolly.

—Yo también te amo, Tilda Grace Sherwood Connolly. —Me roza la sien con un beso—. Y siempre lo haré.

¿Cursi? Completamente. ¿Quién iba a decir que el sexy agente doble con el metafórico palo en el trasero sería tan blandengue? Ni siquiera me hagas hablar de su amor por las viejas comedias románticas y los anuncios lacrimógenos que pasan durante la Super Bowl; lo negaría de todos modos.

Al otro lado del jardín, Zita, que está trepando a Vance como si fuera un gimnasio de la jungla, empieza a balbucear con Marisol en el idioma de trillizas que comparten y Thea se une a la conversación. Hay un escalofrío en el ambiente medio segundo antes de que las flores del jardín empiecen a flotar y bailar en el aire. Todas las chicas empiezan a reírse y a aplaudir. Hombre, el

Witchingdom no está preparado para lo que sea que estas tres vayan a preparar.

Estoy impaciente por ver cómo acaba todo.

—Estás conspirando otra vez —dice Gil mientras besa ese punto sensible donde mi garganta se une a mi hombro.

—Tal vez estoy tramando cómo podemos escabullirnos de aquí y tener al menos unos minutos de tiempo a solas de mamá y papá. —Quiero decir, no lo estaba hace medio segundo, pero con ese beso definitivamente lo estoy ahora.

—Ya me he adelantado a ti. —Chasquea los dedos y ¡puf! Nos vamos.

Me encanta cuando un plan sale bien, casi tanto como Gil, mis hijas, nuestro bebé en camino y la felicidad para siempre que tendremos juntos.

La vida es así de mágica, incluso cuando crees que no lo eres (pero créeme, tú sí que lo eres).

xoxo,

Tilda

Acerca de la Autora



Avery Flynn es una autora romántica superventas de USA Today y Wall Street Journal. Tiene tres hijos un poco salvajes, ama a un marido adicto al hockey y espera desesperadamente que alguien invente el gotero intravenoso para el café.

Fue lectora antes que escritora y espera ser siempre ambas cosas. Le encanta escribir sobre héroes alfa sabelotodos a los que se les dan muy bien las ocurrencias como sus *ejem* otros talentos divinos. Sus heroínas son luchadoras, feroces y fantásticas. Inteligentes y valientes, estas mujeres saben cómo valerse por sí mismas y derribar a los malos.

AGRADECIMIENTOS

Traducción
Mona
Corrección
Karikai

ESTE LIBRO LLEGA A USTEDES, GRACIAS A

SIMPLY BOOKS

Notes

[←1]

Deflategate: Es una controversia en la National Football League (NFL) relacionada con la acusación hacia los New England Patriots por desinflar deliberadamente los balones en el partido contra los Indianapolis Colts el 18 de enero de 2015, el partido terminó 45-7 favor New England Patriots. La liga anunció el 11 de mayo que Tom Brady, quarterback titular de los New England Patriots, sería sancionado con 4 partidos de suspensión en la temporada de 2016.

[←2]

Magical Misfits to Raise Awareness for Nonmagical Beings: En español Magical Misfits para Crear Conciencia Sobre los Seres no Mágicos